
ESTER
INVERNON
SIN TI
Rocaeditorial

ESTER INVERNON

SIN TI

Traducido del catalán por
Andrea M. Cusset

Rocaeditorial

Para Montse y Marcel

1

Nueva York, 19.33 h del 4 de mayo de 2022

Cuando ayer por la tarde llegó a Nueva York, Raquel se fue directa a la oficina. No pasó por el hotel para ducharse, ponerse ropa limpia y tres gotas de perfume que la liberasen del olor a humanidad contenida, refritos y desinfectante de la cola de inmigración. Ya no lo hace. Últimamente la tentación de enfundarse el pijama, pedirse una copa y arrastrarse por la habitación hasta una hora decente para meterse en la cama la seduce hasta límites incontrolables. Y luego, al día siguiente, al incordio de lidiar con la diferencia horaria, tiene que sumarle el cabreo consigo misma por todo el tiempo perdido y la certeza ingrata y desoladora de la incapacidad.

«Puto jet lag…». A los treinta, esto no le pasaba; tampoco a los cuarenta y cinco.

Ella es así, de ir al lío y dejarse de hostias. Currar, currar y currar es lo que le funciona, o lo que le funcionaba hasta hace poco. Ahora son demasiados los días que se comería sus palabras. Sobre todo este primer día de viaje, que es el peor. No para de venirle a la mente Laura cuando le hablaba de todos los daños colaterales de hacerse mayor… Laura la conoce tanto… Incluso la forma en que se

lo decía podía llevar a pensar que la excluía, no fuese que su hermanita pudiese llegar a sentirse igual de frágil y vulnerable que el resto de las féminas mortales. Y ella, ¡claro!, ¡lusa, como con tantas otras cosas, se creía inmune. Libre y también soberbia, muy soberbia. «Eso a mí no me pasará», se decía, incluso se cachondeaba.

Y no es solo el primer día, también le pasa en casa, e incluso si lleva semanas en un país; todo cuesta: cuesta dormir, cuesta levantarse, cuesta concentrarse… Cuesta la vida. Ahora le daría la razón a Laura. Y ella no le diría: «Ya te lo dije».

Tampoco se ha recuperado de lo que le pasó ayer. No había pegado ojo en todo el vuelo y no llevaba ni media hora en la oficina cuando se le escapó un grito aterrador que le salió del alma. Llegó a pensar que se trataba de un ataque de ansiedad; la rasgaba por dentro, como si una fiera salvaje le royese las entrañas. Rugía en su interior un dolor virulento como el quejido de un animal herido de muerte. Después llegó el vértigo, tan intenso que le producía arcadas; vomitó todos los cafés y el agua que había tomado. Y las náuseas continuaron durante buena parte del día, absolutamente anegadas en una bilis amarilla y amarga. También sentía un dolor lacerante en todo el cuerpo que hoy aún no ha acabado de irse y que se ha quedado como una desazón asfixiante clavada en la boca del estómago. Tuvo que largarse sin acabar el trabajo. No se veía con fuerzas para seguir, y Thomas le pidió un coche que la llevase al hotel. Se tomó el Orfidal para casos de emergencia que siempre lleva encima y ha dormido del tirón hasta las seis de esta mañana.

Hoy, cuando ha encendido el teléfono al levantarse, ya tenía un montón de llamadas perdidas de Núria. El mareo, la confusión y el

agujero en el estómago seguían ahí. En la oficina se las ha arreglado para acabar el trabajo antes; no podía más, ni con su cuerpo ni con su alma, ella entera era un colapso.

«¿De verdad que todo esto puede ser por la puta menopausia? ¡Para lo que me habrá servido a mí, joder! Y Laura ahora me diría que, cuanto más me ofusque, peor, que medite, que respire y haga yoga… ¡Ella siempre tan zen, coño! Laura, Laura, Laura… —se repite —. No quiero pensar en Laura… Quizá solo sea la puta pastillita para dormir; siempre me pasa lo mismo, y al día siguiente me arrepiento».

Cuando ha vuelto de la oficina, ha sentido la tentación de bajar al spa, pero al final se ha preparado un baño, ha pedido que le subiesen un gin-tonic y ha buscado una lista de Supertramp en Spotify para sumergirse en la bañera con vistas a Central Park. Quizá sí que, mientras estaba en el agua, se ha dejado llevar por la música, paseando entre los cerezos en flor, el perfume de la hierba recién cortada, la tierra húmeda, la dulzura de las lilas y las azaleas, y esa explosión vibrante, intensa y saturada que rompe y enaltece a un tiempo con la ternura que luce en la copa de los árboles a principios de mayo. Entonces, por fin sí, se ha relajado. Se habría zambullido por completo, pero no quería mojarse el pelo.

Ahora se pasea en pijama por la habitación. No le apetece nada salir, pero ha quedado con Thomas para cenar. Tampoco quiere dejarse vencer por este malestar. Si sucumbiese a su estado físico y mental, últimamente no haría nada. Y Thomas no es de los que encajan bien las negativas, tampoco las suyas.

«No me quito de la cabeza qué narices le pasará a Núria».

Mientras elige qué ponerse esta noche, espera la llamada de Thomas para que le aclare dónde han quedado. Se le pasa por la cabeza acercarse paseando al Mission Ceviche. «Ojalá al final Thomas haya conseguido mesa».

«Igual me da el aire y me espabilo —piensa—, y Central Park está tan bonito en esta época».

Pero lo descarta. Raquel también cree que cuando gobernaba Giuliani la ciudad era más segura. Incluso el Upper East Side. Cogerá un taxi, así puede ponerse los Manolos, suerte que ha cogido los de tacón medio, y el Valentino con la espalda descubierta. En el restaurante hará un calor espantoso. Desde hace un tiempo suda a la mínima, y llevar las axilas al aire se ha convertido en un imprescindible de la seducción. Se mira en el espejo con el vestido aún en la percha. Se lo aguanta delante del cuerpo, se pone de puntillas para acabar de convencerse. Con las manos se recoge la melena y se mira, la suelta. Moño, ¡sí!, y sonríe orgullosa de su aspecto mientras se imagina la cara de tonto de Thomas.

Una de sus máximas es no acostarse nunca con nadie del trabajo, pero eso no significa que no pueda hacerles jugar al gato y al ratón todo lo que quiera. Y eso a Raquel le encanta. Ahora muchos días también piensa que le gusta más seducirlos que follárselos.

—¡Buaaaaaaaaa! —Deja escapar un gemido que le brota del esófago—. Putas arcadas.

Vuelve a ser Núria: «Quién te escribía a ti versos, dime, niña, quién era», y su tono, que desde ayer no para de molestarla. Hoy tampoco le contesta, no quiere cogerle el teléfono y que cargue contra ella por a saber qué coño de mierda suya.

—Yaaaaaa, vaaaaaa, bastaaa, prueba superada, Raquel.

En realidad, no.

Se pierde en la voz del Manzanita; cómo cabrea a Núria que tenga esa canción cuando la llama. Sonríe al pensarlo mientras revuelve en el minibar en busca de algo para picar. Tiene hambre y aún no sabe a qué hora habrá encontrado mesa Thomas. ¿Hambre?, ¿o ese agujero ansioso que solo se calma comiendo guarrerías y que aparece siempre que anda cerca el puto rastro asqueroso de su madre?

—Mierdaaa —grita mientras devora compulsivamente una lata de almendras saladas.

Le gusta caminar descalza por la alfombra. La hace sentir ligera. De pequeñas, en casa, tenían moqueta, y su mente la lleva al recuerdo de aquellos cuatro pies descalzos el día que la estrenaron. Ella y Laura revoloteando por encima, riendo y chillando. Por fin podrían ir sin calcetines por casa. Aquellos cuatro pies blancos, idénticos. Tan iguales y tan diferentes ya entonces por dentro. También con nimiedades como esa, Laura siempre era feliz. De pequeña corría contenta, se sentaba a jugar con las muñecas en la alfombra, desplegaba su universo imaginario y estaba bien allí, se sentía plena. Laura solo ha necesitado vivir la vida, estar para ser feliz. Ella y Laura, idénticas pero profundamente dispares, por completo opuestas. No alcanza a recordar qué consciencia fue primero, si la de su existencia o la de Laura, a la que siempre ha tenido al lado.

«Siempre, hasta que la empujé a huir», piensa.

Ella no soportaba la moqueta, nunca le gustó, pero acabó odiándola el día que los oyó discutir: su padre aseguraba que podía estar llena de ácaros y que aquella leve tos que ella tenía cada

primavera tal vez fuera culpa de aquel suelo que su madre se había empeñado en poner. «Es lo que se lleva», decía Núria. En realidad le importaba un bledo.

«Si nunca ha tenido ni idea de lo que se lleva o se deja de llevar…».

Era rugosa, de un granate indefinidamente feo que siempre le evocaba el color de la sangre sucia; llegaba a olerla. Más que la suave caricia que Núria se empecinaba en exaltar con entusiasmo, a Raquel le producía picor en la planta de los pies… Para ella era comezón, escozor, desasosiego. Seguro que era de poliéster barato.

Y al final la quitaron.

«Y ahora ¿por qué coño me viene a la cabeza el puto suelo del piso de Barcelona?».

Queda vino en la botella de ayer. Con el dolor de estómago que tenía, apenas la tocó. La coge y bebe a morro con un ansia que la hace sentirse de lo más vulgar. Busca una copa para servirse el vino que queda mientras mira a un lado y al otro de la habitación como si hubiese podido verla alguien.

«¡Serás idiota!».

La sal de las almendras le ha dejado los labios entumecidos. Se gusta con esta sensación de hinchazón en los morros, pero parece que se haya tragado un trozo de bacalao sin desalar. «Ahora vas a tener más sed».

A Núria le gustaba más Serrat que Manzanita, pero se obligó a detestarlo cuando su marido se fue, como todo lo que podía acercarla a su recuerdo. Aún los imagina con añoranza, y no puede evitar conectar con el mismo dolor retorcido y abrumador que siente siempre que tiene noticias suyas. Su padre le cantaba al oído: «La

mujer que yo quiero no necesita…», y ella se lo quitaba de encima con una mueca torcida y juguetona, se sacudía las manos de él, de encima de la tripa, de las caderas, de los pechos. «La mujer que yo quiero me ató a su yunca…», proseguía insistente, hasta que ella se giraba para encontrarlo, buscando aquella mirada suya, sosegada y traviesa, de ojos entornados que conectaban con todo lo que Núria no le sabía decir de ninguna otra forma. Cuando él los abría, entonces siempre le sonreía, antes o quizá después de añadir un «pobre Juanito…» desagradecido y seco como ella, y que soltaba con una altivez que con los años Raquel ha logrado entender que la hacía sentir victoriosa y, a su parecer adulto, profunda y poderosamente estúpida.

Núria se ha hartado de llenarse la boca cargando contra él, y ella se lo ha encontrado. Tanto culparlo de su amargura… «Pero ¿de verdad se cree que en algún momento ha sido diferente?».

A ellas les gustaba tanto mirar cuando su padre le cantaba a su madre… Su hermana entonces la cogía de la mano, tiraba de ella y esperaba aquello con los mismos ojos que los suyos, de una inmensidad profunda, honesta y esmeralda, fría y cálida a un tiempo. Los de Laura, cautivadores y acogedores, llenos de alegría y con una sonrisa que no le cabía en el rostro. Recuerda que entonces su gesto ya tenía algo de quimérico. ¿Lo cree o quiere recordarlo? Laura se hartó de intentar arrastrarla a su mundo, a su manera fácil y sencilla de ser y entender la vida. De vivir.

Ya no sonríe, ahora vuelve la cabeza deprisa a un lado y a otro, como si con ese impulso pudiese reprimir hoy también ese llanto que se escapa y que tampoco sabrá dejar ir.

—¡Aaaaaaaaaaah!

Cuando piensa en Laura, siente una fuerza airada y condenatoria que la empuja hasta el fondo del pozo. ¿Qué dolor es peor, o mejor, si es que hay forma de clasificarlos: la rabia hacia Núria, esa impotencia que quiere gritar con valentía pero que la asusta, el abandono o la culpa?

—¡Ya está! ¡Basta de putas mierdas!

Coge aire y lo suelta, a ver si se lleva de una vez toda esta sarna enquistada. Y canta lo que no quiere, su mente reproduce en bucle a Serrat y vuelve a pensar en su padre.

—¿Otra vez las putas violetas?

Tampoco descuelga.

Le resulta más fácil no dejar de elucubrar sobre qué coño quiere ahora que coger la llamada y enfrentarse a la voz de su madre. Cuánto odio y menosprecio, que finalmente puede fundamentar. Hace más de un año ya le dejó muy claro que para ella estaba muerta.

«¿Y qué coño hace Núria despierta a estas horas?».

Siempre ha sido de acostarse temprano, y en Barcelona es más de la una de la mañana. Tanta insistencia empieza a preocuparla. Si las cosas no estuviesen como están, ahora llamaría a Laura y le preguntaría qué puñetas quiere su madre. No consigue imaginarse qué habrá pasado para que la persiga de esa forma suya tan obsesiva.

Vuelve a sonar el teléfono y esta vez no es Núria. Va a buscar el aparato y de repente le viene a la mente todo lo que le pasó ayer, cuando sintió que se quebraba por dentro, quizá sea porque a Laura le ha sucedido algo. ¿Quizá sí que debería llamarla? Recuerda cómo se encontró el día que su gemela parió. Se acaba la copa de un

trago y se apresura a responder. El vino está caliente, una sensación agridulce y pegajosa le inunda el paladar y le recorre la boca con un escalofrío rabioso que se le extiende hasta las orejas. Un alarido estremecedor que habría querido contener la sorprende. Deja la copa en un estante del vestidor para ir a buscar el móvil, después de que otro gemido angustioso se le escape de las entrañas. «Debe de ser Thomas». Tampoco tiene ganas de hablar con él, pero querrá decirle cómo han quedado.

«¡Qué intenso este también!».

Vuelve a abrir el minibar, con la intención de dejar el teléfono dentro después de contestar, a ver si es capaz de olvidarse de Núria y de todas sus mierdas, y lo cierra cuando recuerda que las mierdas de Núria hoy quizá también son suyas. «¿O no lo son siempre?».

Tampoco responde.

Le ha dejado un mensaje de texto que le sacude el alma antes de acabar de leerlo.

Las piernas no la sostienen, cae al suelo después de golpearse con la esquina del mueble que recubre la nevera. La imagen del moratón que le saldrá mañana en el culo se mezcla con el texto de la pantalla y la refugia momentáneamente en otro dolor, punzante y demasiado fugaz. Se mira los pies descalzos encima de la moqueta, solos, únicamente dos, esos que nunca más caminarán al lado de Laura. Busca un cobijo que no existe.

El teléfono se ha caído al suelo, bocarriba.

El texto de su madre sobresale magnificado de la pantalla, la atrapa y la engulle en un vacío nuevo.

Tu hermana ha muerto.

2

Abril de 1973

—Pues, si el oído no me falla, yo diría que aquí vienen dos.

Núria, cuando supo que estaba embarazada, tardó unos días en reunir fuerzas para contárselo a Juan. Esperó, podían ser muchas otras cosas, ya había oído en el mercado que más de una no era un reloj y no siempre le bajaba de manera regular. Ella tenía dolores. Las dudas se convirtieron en certezas y aquellos días se le hicieron eternos, nunca había pasado tanto miedo. Y no se creía capaz de soportar más por nada en la vida. Cuando se lo contó, Juan se quedó paralizado del susto. Aquellos segundos que precedieron al resto, ella sintió pánico. En su interior una voz gritaba: «¿Lo ves? Si ya te lo podías imaginar, ahora también te dejará, se irá y tú te quedarás sola con el bombo y no te querrá nadie». Empleó todas sus fuerzas en no llorar y en frenar un temblor incontrolable en las piernas. Luego Juan le tomó las manos, la miró con unos ojos que concentraban más ternura de la que recordaba haber recibido en toda su vida y le dijo:

—Pediré a Camps que le diga a su padre que nos haga un hueco en la consulta; por lo que tengo entendido, es de los mejores

ginecólogos de Barcelona. —A continuación la abrazó, la levantó en vilo y la colmó de besos antes de añadir—: Una nueva vida siempre es una buena noticia, amor mío.

Hoy, en la consulta del ginecólogo, Juan no dice nada. Tampoco sabe si con el ruido que hace ese aparato llegaría a oírle.

Quizá solo se había hecho a la idea de ser padre. O quizá dudaba de que realmente Núria estuviese embarazada y ahora esperaba que le confirmasen lo contrario. Y en lugar de eso le acaban de anunciar que será padre de gemelos. Eso no entraba en sus planes. Seguro que ya tiene claro cómo interrumpir este embarazo, algún amigo de la familia, quizá ese mismo médico.

—Vaya por Dio —se apresura a decir, por fin, Juan.

Durante esos segundos, los que ha tardado él en responder después de que el doctor haya dicho que esperaban gemelos, a Núria le ha parecido que está a punto de marearse.

Cuando han llegado los han hecho esperar un buen rato en una sala llena de mujeres jóvenes, recargadas de joyas, acompañadas de sus maridos. El aire apestaba a nicotina y desinfectante, con vaharadas de perfume caro que se colaban de vez en cuando. A Núria ambos olores le han producido náuseas. Por encima de la cabeza, sobrevolaba una neblina compacta y amarillenta. Ellos fumaban todos, y muchas de ellas también. Ella no ha fumado nunca y hace un par de semanas que no soporta el hedor. Cuando la enfermera la ha llamado y la ha hecho pasar a esa habitación, ha respirado aliviada hasta que ha estado dentro. Entonces casi se cae redonda, invadida por un tufo de puro que notaba caliente y adherido a la garganta.

Juan y el doctor aún han tardado un rato en entrar. Una vez dentro, no podía verlos, pero los oía hablar, le parecía que de fútbol. Las ganas de orinar empezaban a hacerse insoportables.

El doctor Camps, con la cabeza oculta tras una máquina que ocupaba más de media sala, les ha explicado que estaba tomando imágenes, y Núria no ha entendido de qué. Tampoco se ha atrevido a preguntarlo, porque el hombre hace como si ella no existiese. Detrás de ese aparato gigante y con la habitación prácticamente a oscuras, no le ve, pero se imagina las caras que pone por el entusiasmo con el que les explica, y casi tiene que gritar para que le oigan, que eso es lo más moderno en tecnología y que son unos privilegiados por tenerlo, que muy pocos centros del país disponen de ese tipo de diagnóstico.

—De hecho —ha dicho—, me arriesgaría a poner la mano en el fuego a que soy el único que lo tiene en Barcelona.

Antes de aventurarse a confirmar que venían dos criaturas, la ha hecho permanecer un buen rato sin moverse mientras él le pasaba por encima de la tripa una especie de brazo de hierro que salía del aparato gigante. Se habría asustado mucho de no haber estado tan centrada en no mearse encima. Juan le había dicho que debía ir con la vejiga bien llena, y aún no entiende por qué. Se le ha hecho eterno. Ya apenas podía aguantarse antes de entrar y, durante todo el tiempo detrás de ese trasto inmenso, ha sufrido por que no se le escapase el pipí, convencida de que, si caía una sola gota, acabaría soltándolo todo, y no podía permitirse una humillación como aquella. Otra no.

Cuando el doctor ha acabado de comentar la quiniela con Juan, le ha hecho callar. Guardaban los tres un riguroso silencio. Núria no se

había atrevido a abrir la boca en todo el rato que han pasado allí. La tenían despatarrada, con las piernas levantadas y ligeramente vuelta hacia un lado. La enfermera le había embadurnado la barriga con un líquido pegajoso, que, por cómo olía, juraría que, si no era aceite de oliva, era alguno de esos más baratos de los que le han hablado en el mercado. No entiende qué representa toda esa parafernalia, y ahora mismo le da igual. Duda de si habría preferido ir sola o si ya le va bien que sea el doctor el que le haya dado a Juan la noticia de que son gemelos.

—Vale, madre mía, menuda puntería hemos tenido. —Se le traban las palabras a Juan—. ¿No te parece, cariño?

Núria fuerza una sonrisa, no puede hablar, apenas puede respirar. Con la noticia de que son gemelos, no ha aguantado más y se ha meado encima. El doctor le dice que no pasa nada, que es normal. Ahora mismo no puede agradecer más estar a oscuras, seguro que se ha puesto roja como un tomate, y no puede contener un gemido que la incomoda y la avergüenza aún más. No lo entiende, porque ella no es nada llorica.

Ha soportado todo el rato que él le presionaba la tripa con ese cacharro que salía de la flamante máquina que les ocultaba.

No se reconoce en medio de tanta duda, tanto pánico, tanto pavor. También vergüenza; si su madre siguiese viva, está segura de que le diría que se lo ha buscado. Y sabe que tiene razón. No quiere pensar en la reprimenda que le va a caer por parte del tío. Esta vez seguro que no se pone de su lado y se suma a las injurias de la tía Rosa.

Ahora mismo, saber que está embarazada no es el mayor de sus problemas. Descubrir que son dos y no uno es lo que realmente la

trastorna. ¿Y si Juan no quiere casarse? ¿Cómo se presenta en casa con eso? Ya está viendo la cara de la tía diciéndole que es igual de furcia que su madre.

Aún no conoce a los padres de Juan, no la querrán. Ellos, que son de buena familia, gente de dinero y muy respetados en su tierra. Eso es lo que siempre le dice Juan. Hasta ahora ha querido creer que la quiere. Cuando le habló de la falta, se mostró tierno y comprensivo, la abrazó y le dijo: «No te preocupes, todo irá bien, yo me ocupo de todo». ¿Qué quiere decir «de todo»? Ella se limitó a asentir, confió, sí. Y se sintió segura, protegida. Dentro de aquel abrazo, mientras escuchaba sus palabras de consuelo, también de esperanza, se sintió más en casa que nunca desde que su madre había muerto. Ya no recordaba qué era sentirse protegida en ninguna parte, con nada ni con nadie.

Núria ha empezado a querer a la criatura. Empezó a hacerlo aquel día entero que tuvo que esperar el resultado de la prueba de la rana. Ahora la asaltan un montón de dudas: ¿quizá ese médico amigo de la familia le haga perder a las criaturas? ¿A eso se refería Juan con «ocuparse de todo»? ¿O quizá sí que la quiere de verdad y también quizá querrá casarse?

Quizá, quizá, quizá, quizá… Tiene que aclarar las cosas antes de contárselo a sus tíos.

Han ido a ver al doctor para confirmar que está embarazada. Juan no se fiaba de lo que le habían dicho en la farmacia. También para saber que va todo bien, eso le dijo él. A Núria no le hace falta, ella ya hace días que no tiene ninguna duda. Solo le preocupa que ese pequeño dolor que tiene siempre antes de la semana indispuesta quiera decir que puede perder a las criaturas. Se nota los pechos

hinchados, también el vientre. Y a todas horas tiene un hambre tan voraz que se comería una vaca entera.

De repente, el pánico a que la tía se dé cuenta de que hace días que debería haber ensuciado esas primeras bragas de cuando empieza a manchar, esas que siempre hacen que se enfade y ella se sienta como una cerda cuando le dice que tiene que tener más cuidado, que una mujer tiene que prever esas cosas, que ya no es una niña.

Y tanto que no es una niña.

Su tía no la ha querido nunca. Tampoco quiso a su madre. De hecho, no cree que esa mujer sea capaz de querer a nadie, a nadie excepto a sí misma. Apenas tiene recuerdos de las dos en casa, y quizá era demasiado pequeña para cobrar conciencia de cómo trataba la tía Rosa a su madre. Sí que recuerda al tío, que llegaba a casa y la cogía en brazos, la acariciaba, le daba besos y le decía cosas bonitas. A medida que fue haciéndose mayor, se dio cuenta de que siempre era así cuando la tía no andaba cerca y no podía oírlo. Para ella siempre ha sido una carga, no se cansa de repetirlo, con las quejas constantes de todo lo que tiene que hacer por ella, y no llega a entender por qué, si le hace más de criada que de otra cosa y la tiene encerrada detrás del pedal de la Owerlock en ese puñetero cuartito oscuro y húmedo a más no poder en invierno. Da al patio de luces, en verano se convierte en un horno bochornoso y maloliente por el que se elevan los tufos de las cocinas de los vecinos. Eso también la alertó, aún no se había percatado de la falta y ya contenía las arcadas. La peste a leche hirviendo por la mañana y a sardinas fritas al mediodía y por la noche son los peores.

—¡Venga, nos vamos! —Juan la coge por la cintura y la atrae hacia sí en dirección a la puerta mientras tiende la mano libre al médico—. Gracias, doctor Camps.

—Tutéame, hombre —dice estrechándosela con fuerza.

Ella solo puede pensar en ir al baño, acabar de vaciar la vejiga y limpiarse esa cosa tan pringosa que le embadurna el vientre y que está segura de que le ha manchado el vestido de los domingos.

—Bien —ahora sí que la mira el doctor—, normalmente, señorita, en la próxima visita ya te vería la matrona, pero, al tratarse de dos, prefiero atenderte yo. Eres joven y salta a la vista que estás sana y fuerte, no tienes de qué preocuparte. Estaremos en contacto, Juan —le dice con unas palmaditas en la espalda—. Al final del pasillo hay un lavabo.

Cuando Núria sale del baño, Juan le tira de la mano y se la lleva a toda prisa. En el momento en que no los ve nadie, la abraza por la cintura, la levanta en vilo y la colma de besos.

—En cuanto llegue a la residencia, llamo a mi madre. —Le coge la cara con las manos y la besa con fuerza en los labios—. Venga, vámonos.

Ella se limita a sonreír y se deja llevar mientras intenta contener las lágrimas que amenazan con salirle a mares.

Quizá sea por lo de estar embarazada o porque aún le dura el susto de saber que vienen dos, pero siente que navega en una noche de tempestad con un cielo plácido, y eso que nunca ha pisado un barco. La certeza de que en casa de Juan no les gustará la noticia impregna de un recelo pegajoso esta suerte de felicidad nueva, como una neblina espesa y húmeda, de esas que se meten

en los huesos, y no le permite disfrutar del momento como le parece que lo hace Juan.

Él es el heredero, y no se ha cansado de decirle que en casa le esperan para llevar el negocio. No verán con buenos ojos, de ninguna de las maneras, a una chica de barrio como ella, huérfana y sin oficio ni beneficio para su hijo. Y ahora, además, preñada de gemelos.

3

Nueva York, 7 h del 5 de mayo de 2022

La despierta el teléfono. En dos o tres minutos lo hubiera hecho el martilleo que le amenaza las sienes y la parte de delante del cerebro. Raquel tarda en ubicarse. Solo en el espacio. Ayer se quedó dormida en el suelo, con la cabeza apoyada en el sillón. Está helada, lleva el albornoz sobre el cuerpo desnudo, en algún momento se le ha desatado y le asquea la imagen de su vientre flácido y esos pechos que cada día le cuelgan más. Cierra los ojos mientras busca a tientas el cinturón para atárselo.

Qué imbécil se siente ahora mismo, qué necia, mediocre y cretina al pretender tener el cuerpo de los treinta a las puertas de los cincuenta.

También se avergüenza, ¿cómo puede albergar pensamientos tan estúpidos y banales ahora, hoy?

Desmañada, se ayuda con los brazos para levantarse, nota las rodillas débiles y las cervicales y los riñones entumecidos. Poco a poco, vuelve al presente, a las últimas horas de ayer. La mente la aleja de todos los cretinismos frívolos y la anega en un dolor lacerante y abrumador. También la sumerge en un frasco de culpa, y

es como si alguien lo tapase con esa fuerza nacida de la ira. Siente que se ahoga; quizá, ahora, sería ella misma quien lo obstruiría. Después de leer el mensaje, ¿era necesario recordar las veces en que, de pequeñas, había deseado la muerte de Laura? ¿Era necesario fustigarse más? No eran más que pensamientos infantiles, adolescentes. ¿Envidia? Saber que ya nunca podrá recuperar el amor de su hermana, que ha muerto odiándola, duele más que la pérdida, piensa.

No se le ocurrió cancelar el servicio de despertador.

Bebió hasta dejar de pensar.

Hoy no le hace sentirse bien, ni siquiera mejor. Hoy se siente miserablemente vacía y ridícula. Y es que aquí, cuando te llaman para despertarte y darte los buenos días, son especialmente pelmas. Se repudia aún más cuando reconoce que la hace sentirse importante que la llamen para que se levante. Será que la mente se excusa con futilidades para alejarla, para protegerla, de lo que la tiene rota.

Se siente como una rata. Es una puta rata.

¿Cómo tienes que estar para creerte que significas algo para el recepcionista? ¿Quién es más desgraciado, el que se siente feliz cuando oye esa voz amorosa y desconocida, de lo más falsa, o el pobre que no tiene otra cosa que hacer?, alguien que seguramente se pasará hasta las doce del mediodía con un casquete ridículo plantado en la cabeza, ofreciendo este servicio a cada uno de los huéspedes, forrados, que huelen a dinero cuando se los encuentra en el ascensor y en la piscina, que siempre llegan tarde… Debe de ser la única que madruga en ese hotel, porque desayuna prácticamente sola. Sabe que cualquier día la empresa le cerrará el

grifo y empezarán a ponerle pegas, pero, hasta que eso ocurra, ella seguirá pidiendo la misma suite.

Le gusta especialmente la piscina; no hace tanto que cada mañana, cuando estaba en la ciudad, bajaba a nadar. No hace tanto, cuando todavía dormía bien.

Duda si descolgar, pero intuye que si no lo hace no parará de sonar, lo intentarán una y otra vez hasta que responda.

Decididamente, ella es más miserable.

—Cooofff —llega a soltar antes de salir corriendo al baño para vomitar la fiesta de anoche.

La memoria, o quizá el dolor en el culo, la devuelve a todo eso otro que la avergüenza más que le duele. También el desparrame con los carritos del servicio de habitaciones y las copas vacías esparcidas por la moqueta. Ahora se recuerda, ya como una cuba, yendo a abrir la puerta al camarero que le subió la última bandeja. Se le insinuó, se desató el albornoz antes de que el chico diese media vuelta y cerrase la puerta; se lo habría follado solo por dejar de sentir, ni que fuera unos minutos. La peste a ginebra le llena la nariz hasta el paladar y se mezcla con la amargura espesa y viscosa del reflujo de bilis que le ha quedado.

Tiene los pies congelados.

«Hostia puta, Raquel, ¿cómo pudiste caer tan bajo…?». Le parece que en tercera persona no es de sí misma de quien habla. También se habla así las pocas veces que se felicita. «Jooooooodeeer, ¡me cago en la puta!».

No dio muchas explicaciones a Thomas. Dejó que sonase el teléfono hasta que se cansó. Entonces le envió un mensaje de

disculpa, que le había sentado mal algo que había comido y tenía el estómago revuelto.

«Siempre he sido la mejor mintiendo. Pero ¿cómo se puede ser tan hija de puta?», se pregunta mientras intenta recordar qué le dijo exactamente a Núria. Seguro que ya se ha levantado y lo ha oído todo.

«Mierda, mierda, mierda, mierda y mierda. ¡¿Cómo has podido ser tan imbécil, Raquel, hostia?!».

Se arrastra a cuatro patas hasta dar con la cama y se mete dentro para intentar entrar en calor. También tiene las manos heladas, se las pone debajo del culo y un escalofrío le recorre el cuerpo, de dentro hacia fuera; toda ella tiembla. Apoya la espalda en la pared e intenta recordar dónde narices está el teléfono, no lo ve cargándose por ninguna parte.

No alcanza a entender a qué clase de mente jodidamente retorcida se le ocurre dar una noticia de ese tipo así.

Anoche, sentada en el suelo después de infinitas llamadas sin que Núria le cogiese el teléfono, mientras bebía como si se acabase el mundo, le envió un mensaje. No sabe qué la envalentonó para mandarle el segundo; quizá cuando se dio cuenta de que no los leía no pudo detenerse. Sin parar y con toda la ira que le desataron la impotencia y el dolor que sentía dentro, siguió con una retahíla de audios, cada vez peores, cada vez más duros, más macabros y mezquinos.

«¿Había alguna puta manera de empeorar las cosas aún más? ¿Por qué cojones no te cogió el teléfono? Si no pasaron más que cinco minutos desde que recibiste el mensaje hasta que la llamaste. No te dejó alternativa, Raquel, seguro que la muy cabrona lo hizo a

propósito…». Gime y moquea, querría poder llorar a lágrima viva. «¡Mierdaaa!». Se suena la nariz con un trozo del albornoz que le queda embadurnado de rímel y restos de maquillaje. Se toca la cara, un gesto no meditado cuando se da cuenta de que ya estaba maquillada cuando recibió el mensaje y no se la limpió antes de acostarse. No consigue que se le calienten los pies. «¡Es lo que te mereces, te lo has ganado a pulso, idiota! Estuvo llamándote… ¿qué?, ¿un día?, ¿dos?».

Si encuentra el teléfono lo comprobará, y también volverá a escuchar todas las burradas que llegó a decirle.

—¿Igual no los ha escuchado? Claro que sí, allí son…

Por un instante contempla la posibilidad de que tirase el teléfono por el balcón o de que quizá antes de dormirse recuperó la razón, y el arrepentimiento y la vergüenza la empujaron a…

«No, no, nooo… ¡Mierda, mierdaaa!». Ya recuerda dónde está. Y que compró billetes para volver hoy mismo.

La duda de cómo ha sido tampoco la abandona. Pero ¿importa el cómo? ¿Qué sentido tiene ahora mismo? Ni ahora ni nunca, ¿no? No, nunca si… ¿Saber si ha sufrido? No sabe qué le duele más, si la certeza de que no la verá nunca más, de que ya no volverán a hablar, o todo el tiempo que han pasado sin saber nada la una de la otra, por su culpa, por todo lo que hizo.

¿Cómo de presente estaba en la mente de Laura?

De todas las personas a las que ha perdido en la vida, su hermana es a la que más echa de menos. Nunca ha podido conectar con el porqué de aquel momento, con aquella noche por la que se odia más que por ninguna otra. ¿Qué pretendía? Han sido tantas las cosas que ha hecho sin sentido…

Sí, la culpa pesa más que la pérdida.

4

Verbena de San Juan de 1972

Juan se enamoró de Barcelona nada más poner un pie en ella, cuando llegó a la ciudad para estudiar.

De eso hace cinco años.

Esta es la primera verbena de San Juan que puede pasar en la ciudad. Cada año se marcha en cuanto termina el último examen para poder estar con la familia y no disgustar a mami. En casa, ese día es sagrado, es también el santo de su padre y lo celebran casi más que Navidad.

Según los planes de ella, ya debería llevar días haciendo la pasantía en el bufete de su padre.

Está más que contento de no haber tenido ni que pedirle permiso a su madre para quedarse. Este año no podrá ir a casa hasta mediados de julio porque los exámenes se han retrasado debido a la revuelta estudiantil, la cual ha provocado muchos encierros en numerosas universidades.

Ningún año se había sentido con fuerzas para llevarle la contraria, y desde que llegó ha tenido ganas de pasar una verbena en Barcelona, de celebrarla con los amigos de aquí y con los de fuera

antes de separarse todo el verano, de ir con ellos a mojarse los pies en la playa de la Barceloneta como todos cuentan.

Las calles humean y bullen de exaltación, huelen a papel y a madera quemada, que una ligera brisa de principios de verano remueve y extiende por todas partes. La gente se mueve enloquecida por la fiesta, las hogueras y una luna enorme y refulgente que les cae casi llena encima y que esta noche parece que vaya a rozar el suelo.

La ve de lejos.

Lleva un vestido blanco hasta la pantorrilla y mira con cara de desconcierto a su grupito de amigas, que se ríen a pleno pulmón. Núria siente la fuerza de la mirada de Juan, percibe penetrante la energía y, con cuidadosa timidez, busca por todas partes esa ansiedad inquieta que experimenta. Al topar con él, enrojece avergonzada antes de regresar, sobresaltada y temerosa, a la charla de sus amigas. Ya no oye nada de lo que dicen. Él la observa risueño; ella no puede evitar volver a girarse y se lo encuentra de nuevo. Se le escapa una risita por lo bajo y desea que la distancia no le haya permitido a él darse cuenta. Pero advierte que no es así cuando él se lleva el cigarrillo a la boca y la saluda con la mano.

Sus amigos le acercan la bebida y todos enloquecen cuando empieza a sonar «Quisiera ser», del Dúo Dinámico. Las amigas de ella también. Juan hace un intento decidido de acercarse a Núria, pero sus compañeros lo arrastran hasta la pista de baile.

Ella lo mira de reojo desde un lugar en el que todavía se siente segura.

Hoy es la primera vez que su tía la deja salir sola por la noche con sus amigas. Hasta el último momento ha dudado de que se echara

atrás; sabe que fue su tío quien finalmente la convenció para que la dejase salir sin carabina. Tiene suerte de contar con él. No hace muchos días los oyó discutir en la cocina: el tío le decía que cómo pretendía que se echase novio si la tiene todo el día encerrada entre las cuatro paredes del piso, encorvada sobre la máquina de coser como una condenada, y prácticamente no la deja marcharse de casa más que para ir al mercado. No paró de insistir hasta que oyó que su tía decía: «Venga, va, sí; que, si no, tampoco la casaremos y no nos la quitaremos nunca de encima».

No recuerda qué dolió más, si la alegría por que la dejara ir o la tristeza por las palabras de la tía Rosa, a las cuales está segura de que nunca se acostumbrará.

Hoy, de ninguna manera quiere llegar tarde y que la castigue. Prefiere estar en casa diez minutos antes de la hora que le ha impuesto.

Vuelve a pensar en su tío y sonríe con ternura; antes de que se marchara, y a escondidas de su tía, le ha dado cinco duros y le ha guiñado el ojo al tiempo que le hacía una señal para que no dijese nada. Sabe que ese dinero tendrá que quitárselo de algún café con los amigos.

Mira el reloj; son las once y cuarto. A sus amigas las dejan llegar a la una hoy y ella tendrá que regresar sola a casa. Ellas irán a mojarse los pies a la playa de la Barceloneta. No se lo ha contado a sus tíos; no la habrían dejado ir si supieran que tiene que volver sola a esas horas de la noche. Tampoco ha querido tensar demasiado la cuerda y pedirle a su tía que la dejase estar hasta más tarde por miedo a que al final le hiciese quedarse en casa. Le preocupa que la información pueda llegarles por otro lado, sobre todo a su tía, si

coincide en el mercado con la madre de alguna de sus amigas. Elabora un plan para asegurarse de que no tenga que ir ningún día; normalmente ya es ella quien va a comprar, y esta semana y la próxima se adelantará a cualquier cosa que pueda hacerles falta. Tampoco puede llegar a casa demasiado temprano, ya que eso también la haría sospechar y buscaría a alguna de las madres para averiguar la verdad. Se suma a regañadientes al grupo de chicas para cantar la última antes de irse; el miedo a que la descubran en casa la hace sufrir más que las ganas de bailar.

Cuando ya ha recorrido media calle, «Que se mueran los feos», de los Sirex, le saca una sonrisa.

De lejos oye unos pasos que se acercan a toda prisa. Se asusta. Le da miedo que la hayan visto sola y la sigan. Mira a un lado y a otro, las calles son un hervidero de gente y griterío, se siente extrañamente angustiada e insegura, y piensa que no cogerá la calle por la que tenía pensado atajar. Cada vez suenan más cerca. Los oye más fuertes y veloces que los suyos. No quiere volverse, mira el reloj y lo pasa mal. Aún faltan cinco minutos para las doce, si llega antes y la tía puede irse a la cama, seguro que la deja salir por la fiesta mayor. Acelera el paso, un sudor frío le empapa el escote y la espalda, nota el cosquilleo de una gota que le resbala despacio por la frente. El repiqueteo de sus tacones sobre los adoquines se oye desacompasado con esos otros que ahora ya no tiene duda de que van tras ella, aproximándose. El pánico se apodera de ella y echa a correr, aprieta con fuerza los pies en las sandalias para no perderlas y tropezarse. Lo único que le faltaba era caerse y que la atrapasen. Por un momento, cree que ha dejado atrás a quien la seguía cuando le oye gritar.

—¡Mushashaaa!, no te asuste, que no te voy a hasé na.

La voz la cautiva un instante antes de que la coja por un brazo.

—¡Aaah! —grita ella, que enseguida se vuelve y descubre que es el chico de la verbena.

A partir de ese día se verán cada tarde hasta que él regrese a Cádiz.

Se escribirán a diario mientras él esté fuera.

Juan volverá en septiembre, después de convencer a sus padres de ir a preparar la tesis en Barcelona para poder quedarse un año más.

5

Cabrils, 1.25 h del 5 de mayo de 2022

Núria no pega ojo, no es capaz desde aquella llamada a la puerta.

Se encontraban a pocos kilómetros de casa; hacía escasos minutos, quizá media hora, que habían hablado por teléfono. Laura y Mikel las llamaron desde el coche. Querían estar en casa antes de que las niñas se fuesen a la cama, pero se retrasaron, ya no recuerda con qué, y llamaron para darles las buenas noches por teléfono.

Aquella última despedida, aquel hasta mañana que se ha convertido en un hasta nunca.

Se los oía felices, volvían muy contentos.

—Mañana os lo contamos todo en el desayuno —dijo Mikel—, que no tenemos cobertura.

Otro mañana que también será un jamás.

Núria estaba en casa de su hija. Había ido a hacer de canguro de sus nietas para que Laura y Mikel pudiesen irse de fin de semana sin tener que preocuparse por nada. Los había encontrado muy distantes los últimos meses, y ahora volvían a estar más enamorados de lo que recordaba haberlos visto en la vida.

Núria había acompañado a Júlia y a Martina a la cama de sus padres. Así habían quedado: se dormirían allí y, cuando llegasen, las llevarían a su habitación y les darían aquel beso de buenas noches.

Ese beso que tampoco les darán.

Cuando los mossos ya se habían marchado, Núria llamó a la vecina y le pidió que fuese a casa. No le contó nada, hacerlo habría sido confirmarlo, darle la veracidad que no quería, que no puede, que no era capaz de soportar.

En el hospital le ofrecieron un tranquilizante, algo para que pudiera descansar, también la posibilidad de hablar con un psicólogo. ¿En qué momento han pensado que existe algo que pueda hacer que se sienta mejor?

Ella también lo piensa, que debe ser fuerte, que tendrá que hacerse cargo de las gemelas.

Aún no sabe cómo, aún no sabe de dónde sacó fuerzas para contarles lo que había pasado.

Ahora no tiene energía para afrontar un nuevo día. Fuera todo sigue igual. Dentro, solo vacío. Pronto volverá a salir el sol. Tendrá que ir a comprar el pan, prepararles el desayuno, despertarlas. Si las lleva a la escuela, quizá allí puedan dejar de pensar en… Trata de conectar con el momento en que ella se enteró de que su madre había muerto, no lo recuerda, es probable que su mente no se lo permita, dolería demasiado.

¿También olvidará este momento?

Este no duele, este la ha matado.

Querría protegerlas con un cuerpo que no tiene ánimo ni para respirar.

En realidad, no. Querría no tener que hacerlo. No tener que ser ella. Poder desaparecer también.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

También tiene que ir a ver cómo sigue Mikel; quizá sí que tiene razón Raquel y le ha querido más que a ella.

Ayer no fue capaz de dar la noticia a sus nietas hasta que llegaron a casa, después de recogerlas de la escuela. Al atardecer, preparó la cena para las tres y se sentaron a la mesa, ninguna tenía hambre, pero las obligó a comer un poco de puré de calabacín, no quería que se fuesen a la cama con el estómago vacío. Ella no era capaz de quitarse de la cabeza a Raquel, aún no habían hablado, llevaba todo el día llamándola sin respuesta. No sabe dónde está, no sabe dónde para, ni con quién, ni cómo, ni qué hace. No quiere pensar en el porqué, pero ese impulso fluye en ella, visceral y animal. Tiene que hablar con ella, tiene que contarle lo que ha pasado.

—Le dije a Raquel que estaba muerta para mí —se le escapa a Núria en un susurro ininteligible.

—¿Qué dices, yaya? —pregunta Júlia.

No sabe hasta qué punto las niñas son conscientes de la magnitud de la tragedia. Tampoco si ella va a estar a la altura de lo que necesitarán. Cuando les dio la noticia, Júlia rompió a llorar desconsolada y la abrazó. Ella no fue capaz de levantar los brazos. Y con aquella impasibilidad el dolor crecía, escocía cada vez más y más mientras su cabeza, sus ojos, su mente, todo estaba lleno de Raquel, aquella otra hija a la que tiempo atrás había dictado una sentencia de muerte. Martina lloraba, las miraba atenta y perdida, en una lejanía indefinida, fría y casi tangible. Hasta que se fue a su habitación. No ha vuelto a acercársele.

No quiere pronunciar más esas palabras. Ya lo ha dicho, una vez: «Vuestra madre ha muerto». Volverá a decirlo: «Tu hermana ha muerto». Y se acabó, se acabó, se acabó.

Ella sabe lo que es crecer sin madre, no quiere saber lo que es envejecer sin hijas.

Sin hija.

Tampoco se deshace del fatídico presentimiento de que Mikel no saldrá de esta.

6

Mayo de 1973

—Ahora… os vai a tené que casá —dice la madre de Juan en un andaluz que a ella le cuesta entender—. Y, cuanto antes, mejó —añade mientras vuelve poco a poco la vista y, con una sonrisa que le llena la cara, la posa en el vientre de Núria.

—¡Mamáá́á! —la interrumpe Juan.

—Vale, venga, ya me callo… —No permite hablar a su hijo—. Porque digo yo que, si son do, enseguía se te va a poné una barriga bien grande.

—Venga, mamáá́á… —vuelve a decir Juan.

—Deja hablá a tu madre, Juanito —añade ahora el padre de Juan —, que está mu ilusioná con eso de se agüela —dice mientras mira sonriente a Núria.

Han quedado en el Zurich. En cuanto se enteraron del embarazo, Raqui —así es como la llama afectuosamente su marido— compró billetes para ir a ver a su hijo a Barcelona. Cuando le visitaba, solía ir en tren, parando un día o dos en Madrid para descansar y aprovechar para hacer algunas compras. Esta vez, llevada por la emoción de saber que sería abuela y para conocer a esa chica

misteriosa de la que su hijo poca cosa le había contado, decidió que viajarían en avión.

Para la ocasión, Raqui ha escogido un conjunto inspirado en el caftán de seda con estampado psicodélico y geométrico que la princesa Gracia de Mónaco vistió el verano pasado. También se ha puesto el turbante a juego. Lo vio en el *¡Hola!* y se lo enseñó a la modista, con tantos otros, cuando fue a encargarle los vestidos para la nueva temporada. Lo combina, igual que la princesa, con unas enormes gafas de sol de pasta oscuras, y cuando se las quite, solo un momento, Núria encontrará en ellos la misma inmensidad verde, profunda y salvaje con que la mira Juan.

Núria no puede dejar de observarla fascinada y embelesada ni evitar pensar en dónde ha visto antes ese vestido. No llega a recordar que encontró el mismo número de la revista y que, cautivada por la foto de portada en la que aparecía aquella actriz tan guapa que se había convertido en princesa, fotografiada con dos de sus hijos, se decidió a hojear el interior.

Su hijo se ha cuidado mucho de contar nada de su prometida a su madre cuando han hablado por teléfono y, en respuesta a la infinidad de preguntas que le ha hecho sobre ella, siempre ha dicho: «Te va'ncantá, mamita».

—Lo vamo a hasé ner Cortijo, cuando lo nene tengan edá de viajá, y mientra podemo hasé arguna cosa por aquí, solo pa la familia, pa lo ma sercano, digo yo. Esto niño tienen que nasé bajor paragua der Señó —dice Raqui alzando la vista al cielo como quien busca la aprobación del santo padre—. ¿No cree, Juanito?

Juan es el único hijo de la pareja. Una complicación en el parto que estuvo a punto de acabar con la vida de Raqui la dejó estéril.

Desde entonces, el padre de Juan la adora hasta la perdición, y Raqui se ha convertido en la niña malcriada que no tendrá nunca y a la cual consiente todos los caprichos.

—Porqu'hora mismo, en su estao, no sería mu recomendable hasé un viaje tan largo, ¿no cree, Juanito? —pregunta a su hijo mirando de reojo la tripa de Núria.

—Que sí, mamáááá…

—Aaah —añade sin dejarle hablar—. Y si son niña…, ¡ay, si son niña!, o una parejita —dice ahora con una mirada profunda y directa a su futura nuera—. A una la vai a tené que llamá como a la agüela, que Raquel e bien bonito, ¿no?, que, bien pensao, poné er nombre de la yaya no sería ninguna locura.

Raqui no calla, bajo la atenta mirada de los demás, que tiene a Núria más que sorprendida. Juan no le ha hablado demasiado de sus padres, como ella tampoco le ha hablado a él de sus tíos.

—Así, ¿me dise mi Juanito que tú vive con uno tío tuyo? —pregunta a Núria.

—Siento que los hagan esperar, señora Raquel —dice asintiendo con la cabeza.

—De señora na de na —replica ella con una pronunciación exagerada—. Raqui a seca, que pronto va a se una ma de la familia —añade mientras busca con la mirada la sonrisa de aprobación de su hijo, a quien encuentra contemplando embobado a su prometida.

Raqui lleva desde que se ha enterado de la noticia fantaseando con la idea de que esos niños que están por nacer harán sentar la cabeza al tarambana de su hijo. Con que, cuando se dé cuenta de lo cara que está la vida, y con tres bocas más que alimentar, seguro que decide regresar a casa, donde tendrán la vida más que

solucionada. No le había oído hablar nunca de ninguna chica, y conociéndolo sabe que ha ido de flor en flor todo lo que ha podido en Barcelona. Considera que ha tenido mucha paciencia con él. La primera Navidad que volvió a casa después de haber empezado los estudios en Barcelona ya se dio cuenta, recelosa y en contra de todo lo que había pronosticado, de que a su hijo le gustaba demasiado el destino que había escogido para sus estudios. Aquellas primeras vacaciones ya llegó entusiasmado con un montón de palabras que había aprendido en catalán. Le contó que había pedido a sus compañeros de clase que no le hablasen en castellano, que ya les preguntaría si no entendía alguna cosa, pero que estaba decidido a aprender aquella lengua. Ella solo sufría por que se hubiese apuntado a algún lugar clandestino para dar clases, no podía ser que el régimen lo permitiese, y que cualquier día los llamasen para comunicarles que le habían enchironado por rojo y catalanista. Porque su Juanito, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no paraba; era muy testarudo. Y ella ya había aprendido que, cuanto menos caso le hiciese, antes se cansaría. Ahora tendrá que sentar la cabeza, y será el primero, pensando en las criaturas, que querrá volver a Cádiz y hacerse cargo del bufete.

—El tío Josep es el hermano de mi madre —añade Núria en un castellano forzado—. Ellos me acogieron cuando murió.

—¿Y tu padre…?

—Mamáá á —vuelve a interrumpirla Juan—. Deja a la mushasha, que bastante nerviosa está —añade, y se inclina para darle un beso en la cabeza, cosa que lo hace ruborizarse de lo lindo—. Mira, ya vienen. —Levanta el brazo hacia la Rambla de las Flores, por donde ha visto que se acercan los tíos de su novia.

Raqui, que ha permanecido sentada en la silla desde que han llegado, estira el cuello para verlos subir.

—Son esos d'ahí, mamáááá —le dice Juan señalándolos con el dedo.

—Niño —contesta Raqui dándole una palmadita en la mano—, que no me señale con er deo, qu'está mu feo y e de mala…

—Perdón, mamáááá…

—A ve, explícate, que e que no lo veo…

—¡Mamáááá, esos!… Que van por el… Míralos, ahora están al laíto la fuente.

Núria mira a sus tíos, que suben ajetreados por la Rambla, vestidos con el traje de los domingos.

No le sorprende la cara de Raqui, ve que le cambia poco a poco, a medida que fija la vista en ellos y los observa acercarse, no sabría discernir si hacia el espanto o el disgusto. Ha tenido que bajarse las gafas, lo hacía mientras escuchaba con atención a su hijo y descartaba mentalmente todas las opciones, hasta quedarse con la única posible. Traga saliva y se tapa la boca con las manos antes de bajarlas para santiguarse.

Núria acaba de conocer a su futura suegra, pero no le cabe duda de que no la esperaba así.

Ahora entiende la insistencia de Juan en que estrenase, para conocer a sus padres, el vestido que le había regalado al día siguiente de ir al ginecólogo y que se le manchase el que llevaba, que era el único que tenía para los domingos.

Enseguida ha comprendido lo apegado que está Juan a su madre, y teme que, ahora que la mujer tiene claro que es una chica que no

tiene dónde caerse muerta, lo convenza para que acabe desentendiéndose de ella.

7

Cabrils, 5.44 h del 5 de mayo de 2022

Solo ella podía ponerse así…

Núria escucha los mensajes de Raquel, una y otra vez. Hay uno en el que le dice que está segura de que preferiría que la muerta fuese ella, que le duele más que ningún otro. Repite en bucle el fragmento en el que enfatiza el «muerta de verdad».

No sabe qué la aflige más: el sentimiento de culpa por esa certeza escondida tan adentro que no es capaz de decirse a sí misma o ser la culpable del carácter de Raquel. Eso también se lo ha dicho. Y ella hace tiempo que lo piensa. Lo ha aprendido viendo a sus nietas, con el amor que Laura sabe, sabía, darles a las dos; igual pero diferente, como ellas.

Laura intentó decírselo un día, ella se enfadó y no volvieron a hablar al respecto.

Ya no lo harán.

Ya no se deshará nunca de ese pensamiento de su hija, que le cayó como una losa pesada y candente que no ha dejado de arrastrar.

—Abuela…

Martina aparece por la puerta y Núria se sorprende avergonzada.

—Ayyy, ven… —dice incorporándose en el sofá—. ¿No puedes dormir? —A sus nietas, como a sus hijas, no le hace falta ni mirarlas para distinguirlas. Martina la llama «abuela», y Júlia, «yaya», es así desde que eran muy pequeñas.

—No —responde Martina acercándose.

—¿Es la tía la que te manda ese mensaje?

Núria no contesta, se limita a negar con la cabeza.

No sabe qué habrá oído antes de entrar en la sala de estar. Tampoco lo que pueden llegar a saber a su corta edad de todo lo ocurrido.

La certeza de que mentirle es el peor de los caminos le supone un golpe, uno más, pero ahora mismo no tiene fuerzas para ninguna otra cosa. Eso también lo aprendió de Laura, pese a que nunca llegó a darle la razón.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? Es que no tengo sueño… —dice tumbándose al otro lado del sofá.

Núria la mira mientras se levanta para arroparla; le hace pensar en Raquel a su edad.

La niña no dice nada, solo la observa con una cara que esconde todo lo que siente.

—¿Quieres que te caliente un vaso de leche? —pregunta a su nieta antes de volver a sentarse.

8

Junio de 1973

La señora Raquel —Raqui «pa los amigos», como se apresuró a indicarle a Núria— lo primero que hizo al volver a casa fue buscar un piso para Juan y su prometida. No dudó en absoluto en comprarlo, pensó que sería el regalo de boda perfecto para su hijo, convencida de que, a la vez, supondría una magnífica adquisición.

Es una mujer con un instinto felino y voraz para los negocios, su marido no tardó en darse cuenta. La dejaba hablar, primero sin hacer mucho caso de sus intuiciones en lo que respectaba a esta empresa y a la otra, aunque no tardó en concederle el beneficio de la duda y apoyar lo que ella consideraba una buena inversión. Con los años, la pequeña fortuna que Juan había heredado de sus padres se ha convertido en un imperio de propiedades cuyos alquileres les proporcionan unas buenas rentas.

Cuando le habló de una vivienda en Barcelona para Juanito, la dejó hacer, como siempre. Pese a que de entrada pueda parecer que se aleja totalmente de su intención de que su hijo vuelva a casa, nada más lejos de la realidad, piensa ella. Por otro lado, tampoco falta nunca a su primer y gran principio desde que es madre: «Pa mi

Juanito lo mejó de lo mejorcito». Le ha visto muy decidido a instalarse en Barcelona y está convencida de que cuanto más fácil se lo ponga antes conseguirá que regrese. De momento, que su hijo y sus nietos tengan un buen lugar en el que vivir, no vaya a ser que de no hacerlo llegase a oídos de cualquiera que su Juanito vive con una mano delante y otra detrás.

No tuvo que pasar mucho rato con aquel par de muertos de hambre que son los tíos de Núria para darse cuenta de que la muchacha arde en deseos de dejar de vivir bajo el mismo techo que ellos. Enseguida advirtió que a la chica su tía le da más miedo que otra cosa, y que el tío es un perfecto calzonazos, más o menos como su Juan, pero, en su caso, muy pobre.

Ella y su marido ya la llaman «la Catalana». No acaba de entender qué le ve su hijo; que sí, que es guapa para rato, pero, aparte de eso, le pareció que era una verdadera pánfila. Ahora que será madre, y no contará con la ayuda ni el apoyo de la suya, la idea de que pueda confiar en ella, aunque signifique mudarse a Cádiz, le parecerá la mejor de las opciones. Ahora sobre todo necesita tener bien contenta a la Catalana, que tiene a su Juanito tan enamoriscado, piensa Raquel, y, después, Dios dirá.

Raqui convierte la búsqueda de la vivienda perfecta para sus nietos en una obsesión, hasta que la consigue. Acaba decidiéndose por la reforma de un edificio de principios de siglo en la calle de Pau Claris, del cual no ha visto ni los planos, pero el chico de la inmobiliaria que se ha ocupado de ello lo ha puesto por las nubes, y su piso será de los primeros en estar listos para que puedan mudarse en cuanto se casen. Tampoco querría que Juanito se

pasease demasiado con esa muchacha y sus nietos en el vientre, con las pintas que lleva y viviendo en el barrio en el que vive.

Durante su primera estancia en la Ciudad Condal, después de enterarse de que iba a ser abuela, ya hizo un primer intento de convencer a su hijo para que volviesen a Cádiz cuando las criaturas tuviesen edad de viajar, ya que así ella podría ayudarlos con todo lo que hiciese falta. Juan no está acostumbrado a llevar la contraria a su madre, y optó una vez más por seguirle la corriente y, al mismo tiempo, no darle muchas explicaciones en lo que se refiere a sus pretensiones. Ni siquiera lo ha hablado con Núria, pero no tiene ningunas ganas de regresar a su tierra natal, ni cerca de sus padres, donde nunca dejará de ser el «señorito Juanito» o «el hijo de la señora Raqui y el señor Juan».

En cuanto la llamaron para decirle que ya estaba todo listo y que podían iniciar los trámites para la compra, Raqui pidió a la agencia de viajes que le reservasen la suite de siempre y billetes, esta vez de tren, que el avión no le hace ninguna gracia. «Pa i a eshale una manita al mushasho», le dijo a su marido, y poner a punto el piso, el ajuar y los preparativos de la boda, ya que, visto lo visto, es evidente que tendrá que ser ella quien se encargue de todo.

Juan padre tenía demasiado trabajo en Cádiz para acompañarla, y ella piensa que ya le va bien de vez en cuando ir sola y no tenerlo todo el día detrás. Se instala en una suite del hotel Ritz, la misma que ocupan siempre que visitan a Juanito; esta vez, de momento, con la intención de alojarse un par de semanas. No quiere escatimar ni tiempo ni recursos en arreglar el nidito de amor de los chicos, conoce a su hijo y no le había visto nunca tan enamorado. Se le ha metido en la cabeza hacer todo lo que diga esa chica, pero ella sabe

que acabará bajándose del burro, y está segura de que todos estos esfuerzos tendrán su recompensa. Que Juanito no pueda decir que ha maquinado en contra de sus deseos ni que no ha removido cielo y tierra para acercarse y gustar a esa muchacha. Tampoco quiere que se retrase más de lo estrictamente imprescindible, no se atreve a decírselo a su hijo, pero es evidente que tienen que ser discretos.

Al volver de Barcelona de conocer a Núria fue a hablar con el vicario de la catedral de Santa Cruz para informarse de cómo podrían resolver la boda de los chicos deprisa y corriendo y en la Ciudad Condal. También era mala suerte, pensó, que justo a finales del año anterior hubiesen enviado al obispo a Bilbao y su puesto se hallase vacante, ella que había procurado siempre llevarse tan bien con él.

A mediodía ha quedado con Juan en que irá a recogerlo a la oficina para que la lleve a comer. Que se coja la tarde libre, le ha dicho, que luego se les puede unir Núria y así van juntos a ver el piso.

Raqui se ha plantado en el bufete en el que Juan hace las prácticas cargada con dos cajas de corrusquillos gaditanos que ha entregado a la secretaria para que los repartiese entre todos. Juan estaba atendiendo una llamada y, cuando ha salido a recibirla, a su alrededor ya se había creado un círculo de gente que la miraba y escuchaba absorta. En el poco más de la media hora que ha pasado allí, se los ha metido a todos en el bolsillo. No esperaba menos de su madre.

La lleva a almorzar al O'Nabo de Lugo. Para su madre comer bien es una religión, y ahora le resulta imprescindible tenerla más que contenta. Ella está decidida a aprovechar esta comida, ya que la

última vez que fueron de visita no pasó ni diez minutos a solas con Juan, y quiere que le aclare todas las dudas referentes a su prometida. Más tarde, cuando esta se les una, también irán juntos a confeccionar la lista de bodas en El Corte Inglés. Hace poco más de tres años que abrieron el de Sevilla, y Raqui se ha convertido en una auténtica devota y repite el peregrinaje como mínimo una vez al mes. No puede dejar de conocer como es debido el de Barcelona, y qué mejor que ir a preparar una lista de bodas, se ha dicho. Si hace falta, ya comprará ella misma todo lo que quede pendiente. Alguien tendrá que equipar el domicilio a los chicos.

Cuando ha visto llegar a Núria, se le ha caído el alma a los pies, y Juanito no paraba de decir: «E que mira qu'es guapa la condená, ¿no te parese, mamá?». Cuando la ha tenido sentada a la mesa, la conversación tampoco le ha hecho mejorar el cliché que se había creado. Quería esperar unos días, tampoco quiere parecer más mandona de lo que es, pero enseguida le ha dicho que debía dejar de trabajar y que pediría hora para ir juntas a Santa Eulàlia a buscar el vestido de novia y, con la excusa de que pronto no le quedaría bien nada, preparar un buen armario. De ninguna de las maneras va a consentir que Juan se pasee con esa muchacha con la pinta de muerta de hambre que tiene.

Núria no había estado nunca en un restaurante como ese y ha entrado con una cautela desmesurada. No sabía dónde meterse cuando Raqui se ha levantado para recibirla con los brazos abiertos y una sonrisa que ha encontrado exagerada. Su futura suegra la incomoda más que nada, y la forma en que se hablan ella y Juan, aunque no la entiende, no le gusta en absoluto. Tanto tocarle la cara y las manos, tanto «mi niño» y «mi Juanito» por parte de ella, y

tanto «maaa», «mamita» y «mami» por parte del otro, le ha resultado más bien enfermizo, no una relación normal entre madre e hijo.

Raqui, sin embargo, también convencida de que ninguna chica le parecerá nunca lo bastante buena, ni lo bastante guapa ni lo bastante lista para su Juanito, no puede evitar sentir cierta empatía por esa chica que le ha robado el corazón a su hijo. No puede evitar sentirse íntimamente cercana a Núria, salvando las distancias, porque ella nunca fue ni tan pobre ni tan desgraciada como le parece que es la Catalana. Aún recuerda los tiempos en que ella era una chica sin oficio ni beneficio capaz de enamorar perdidamente a un joven abogado con un futuro y una cuenta bancaria más que deseables. La que fuera su suegra nunca la tuvo en estima ni consideración, y se niega rotundamente a hacer nada parecido a la futura madre de sus nietos.

Mientras se toman el segundo café, Raqui les cuenta que tiene cita con el obispo de Barcelona para hablarle de su caso y organizar lo antes posible una boda de penalti.

9

Cabrils, 1.30 h del 5 de mayo de 2022

No puede esperar más para contárselo a Raquel.

Esta verdad la quema por dentro y siente que no le pertenece solo a ella. Tampoco cree que sea capaz de soportarla. Como si, compartida, tuviera que resultar menos cruda. Como si por el mero hecho de regresar a ella, apenas un instante, cuando Raquel le diga que no, que no puede ser, y ella vuelva a dudar, vaya a viajar un efímero y mínimo lapso de tiempo a aquel pasado en el que Laura todavía estaba viva.

Tal vez ya sea hora de dejar de jugar al gato y el ratón con su otra hija.

Da igual que no haya sido capaz de responderle.

Ya podría haberse imaginado que algo gordo había pasado si la llama con tanta insistencia.

La idea de que quizá no lleve el teléfono encima, que se lo hayan robado o lo haya dejado olvidado en cualquier sitio, aunque ciertamente improbable, la anima a la vez que la hace dudar de qué hacer y cómo.

Respira y recoge su corazón en otro vacío. Hace nada, no habría pensado que existiese algo que pudiera hacerla sentir peor. Ha tenido que recurrir a lo último que habría querido.

«Tu hermana ha muerto».

Ahora le parece que llora, que derrama una lágrima que se le desliza lenta mejilla abajo hasta que le llega a los labios, mezquina e ingrata.

«¿Por qué es siempre esta hija quien saca lo peor de mí?».

No pasa ni un minuto hasta que Raquel ve el mensaje, y Núria revive todo el dolor del primer momento; vuelve a sentir que el mundo se desmorona a sus pies, que el corazón le estalla en mil pedazos en otro universo. Vuelve a querer ser ella la muerta, vuelve a desear haber sido ella la que iba en aquel coche.

Raquel no responde.

Raquel no llama.

Vuelve a mirarlo, y sí: Raquel lo ha leído y no responde; lo ha leído y tampoco llama.

—¡Mamáá́á! —En la planta de arriba, una de sus nietas grita.

Núria se deshace de la manta, se levanta del sofá y sube corriendo a socorrer a la niña.

No se lleva el teléfono.

Cuando Raquel llama, no han pasado ni tres minutos, nadie la oye, nadie responde.

Llama y llama y llama y llama.

Núria se tumba al lado de Júlia, para calmarla tras esa pesadilla para la cual no tiene respuestas.

En la planta de abajo el teléfono sigue llamando, en silencio. Núria le había quitado el sonido para no despertar a las niñas

cuando Raquel la llamase.

Al otro lado del océano, una mujer para la que nadie tiene palabras quiere morir después de haber muerto.

En la planta de arriba, a Núria la envuelve un olor que le devuelve un pedacito de su hija muerta, se rinde sin sentir que lo merece a una falsa felicidad, también al agotamiento y el silencio y la paz de una respiración plácida. Se queda dormida.

Raquel no es capaz de asumir el desconcierto, no entiende el comportamiento de su madre, no puede salvarse de la culpa de lo que hizo, tampoco de cómo la ha ignorado en las últimas horas.

Pero no se merece esto.

Tampoco sabe qué se merece.

10

Junio de 1973

Hay un miedo que acompaña a Núria desde que sabe que está embarazada, como una babosa pegada al alma y a la sombra, que con un rumor leve y molesto, que grita bajito pero constante, reclama el recuerdo de su madre muerta al tiempo que roe ese amor que crece en su interior.

Apenas se acuerda de su madre. De su padre no le contaron nada. Desde que tiene uso de memoria vive en casa de sus tíos.

Aún era una niña cuando su madre murió. Desde entonces, sus tíos han cuidado de ella. El tío Josep es el hermano mayor de su madre. Pensar en él la aboca a una caricia temerosa e indecisa, siempre acompañado de la tía Rosa. De su tía nunca ha recibido una palabra amable. No se la ha oído para nadie. A ella la sentó detrás de una máquina de coser en cuanto llegó al pedal, cuando aún no había cumplido los catorce años. Desde entonces le dice que tiene que trabajar para pagar lo que gasta, lo que come, la luz y el butano. También le hace encargarse de la casa, de ir a comprar y de cocinar.

Cuando les contó que estaba embarazada, a la tía le faltó tiempo para decirle a Núria que era como su madre, y la tachó de ramera y calientabraguetas. Aquel fue el único día que vio cómo el tío Josep la hacía callar. «Ya basta», le dijo. Más tarde los oyó discutir en su habitación, y sabe que al tío le salió caro, porque la tía estuvo muchos días de morros con los dos.

Hasta que conocieron a los padres de Juan.

Hoy Núria llega a casa tarde y asustada. Raqui no la dejaba irse, y ella no ha sabido cómo decirle que en casa la esperaban para preparar la cena y que su tía es muy estricta con los horarios. Tampoco que no había terminado con el saco de dobladillos que el cliente de la tía Rosa iría a recoger al día siguiente a primera hora. A ella, que seguro que tiene una legión de criadas y que no debe de haber trabajado en su vida. Se atrevería a decir que le ha dado vergüenza que vea la manera como vive.

Cuando abre la puerta, le llega el sonido del televisor y se imagina que sus tíos estarán sentados delante. Habría querido entrar sin hacer ruido, pero se le ha escapado la puerta y el golpe la ha delatado.

—¿Eres tú, nenaaa? —oye que la llama la tía.

—Voy a preparar la cena…

Se va directa a la cocina, si no se da prisa, hoy cenarán a las tantas por su culpa y se llevará un buen rapapolvo. Coge un vaso, ha corrido para no llegar aún más tarde y está sedienta. Quizá sea el miedo. Cuando se lo llena de agua se da cuenta de que las patatas ya están peladas y cortadas, listas para la tortilla. Piensa en la reprimenda que le va a caer cuando oye las alpargatas de la tía enfilar el pasillo.

—Perdone, tía… —suelta, temerosa.

—Tranquila, nenaaa —dice la tía Rosa en un tono inusualmente amable en ella—. Y ya puedes tutearme, que pronto serás una mujer casada —añade mientras retira una silla de la mesa con un gesto con el que la invita a sentarse.

—Es que la madre de Juan… —intenta disculparse cuando ve que la tía se agacha para coger la sartén—. Deje, tía, ya lo hago yo.

—Tú siéntate y reposa, nenaaa.

Núria no entiende nada, esa apariencia tan afable solo puede significar que lo que vendrá después será peor que nunca. Se sienta a la mesa como le ha pedido, aguarda inquieta, si no fuese por ese cansancio extremo que siente, que si pudiese elegir lo único que haría sería dormir, también estaría impaciente. Quiere que le diga lo que tenga que decirle enseguida, ya sabe que cuanto más tarda más fuerte es la bronca.

La tía no dice nada, se pone a preparar la cena, ella se da cuenta de que no sabe por dónde empezar.

—Nenaaa —dice, con una delicadeza que desconcierta aún más a Núria—, ¿dónde está el aceite, que empezaré a freír las patatas? No, nenaaa, no… —niega la tía cuando hace además de levantarse para sacarlo—. Me lo habrás cambiado de sitio, ¿no? —añade con una carcajada.

«Ahora —piensa—. Ahora. Ahora es cuando me la pega». La mira con una cara que solo consigue que su desconcierto vaya en aumento. Se ve que hoy la tía Rosa está de buenas. Con todo lo que llegó a soltarle el otro día, cuando les dijo que estaba embarazada.

Siente una angustia que le oprime el pecho y le dan ganas de llorar. No se reconoce, ella no llora nunca, y últimamente se le caería

la lagrimita por todo.

—¡Tienes cara de cansada, nena! —agrega—. Piensa que ahora tienes que cuidarte. He pensado que quizá no hace falta que te pongas a la máquina, ¿no crees?

—Tía, pero… —Busca cómo continuar, qué decir.

—Nada de peros, ahora tienes que cuidarte, comer y descansar por dos. —La mira con un semblante que no le había visto nunca—. Buenooo, por tres —añade, y vuelve a reírse.

—Como usted diga, tía…

—Si los padres de tu prometido son tan de buena familia como parece, quizá tenga que llevar sombrero, ¿no crees?

Núria hace rato que no la escucha, el miedo que sentía al principio empieza a dilucidar una certeza: aún no había visto esta parte malevolente y maquiavélica de la tía.

—Nenaaa —dice ahora en un tono que a Núria ya le resulta familiar y que le hace saltar de la silla—, ¿dónde estás? ¿Estás en la luna?

—Sí, tía, sí, lo que usted convenga —acaba diciendo Núria.

—Ya estamos otra vez, tutéame, mujer, tutéame —añade mientras escurre las patatas que tenía en remojo en un cuenco.

11

Noviembre de 1973

Esta mañana Núria se ha puesto de parto. Aún era noche cerrada cuando han empezado las contracciones y no ha querido molestar a Juan, que ayer ya le dijo que todavía le quedaban un par de días de papeleo para dejarlo todo listo y poder acompañarla al hospital sin tener que preocuparse por nada.

Juan la ha llevado a todas las visitas con el médico y se ha hartado de oír que a partir de la semana treinta y cinco estén preparados, que las criaturas pueden nacer en cualquier momento.

Núria ya no puede más con lo que ella califica de tortura: las piernas hinchadas, la barriga que no sabe dónde meter, sobre todo por las noches, que se le hacen infinitas, cuando no la despiertan unas ganas de hacer pis que acaban en cuatro gotas, son las coces de las niñas, porque en ningún momento ha salido de ese convencimiento suyo, tan animal y primigenio, de que son dos niñas. El ardor de las últimas semanas, qué sinsentido, pensaba, un hambre que se comería una vaca y a la vez esa quemazón feroz en la boca del estómago. Se despierta con la sensación de que no ha pegado ojo en toda la noche, oye los minutos, las horas, pasar en

las manecillas del reloj que tiene en la mesita de noche. Ha romantizado este momento, quizá porque es el que vio en aquella película que echaron por televisión el día de Navidad de hace dos o tres años, *La gran familia*; recuerda que se hartó de reír. Quería que fuese así, tener la canastilla lista en el sillón de la habitación quince o veinte días antes, despertar a su marido o llamarle a la oficina y decirle: «Las niñas ya vienen», y que él, una vez más, le dijese: «Si te salen dos varones, te llevarás un buen chasco». La idea de verlo correr desesperado por esa ilusión asustadiza, que no encontrase las llaves del coche y ella le dijese que pidiese un taxi.

Eso no se lo ha contado nunca a Juan. Tampoco a Raqui, que se ha desvivido por acercarse a ella y que hace dos semanas que vuelve a estar instalada en la suite del Ritz.

La primera hora —quizá han sido dos, quizá media—, cuando han empezado los dolores, también le parece que ha perdido la noción del tiempo. Ya se lo dijo la matrona: empezará como una molestia fuerte de menstruación. Sí, quizá sí que al principio los dolores eran bastante soportables. Luego, todavía con la intención de dejar descansar a Juan hasta el último momento, el sufrimiento se ha hecho inaguantable, salían de ella unos gemidos semejantes a mugidos animales, intensos, primitivos e irreprimibles. Sin querer, le ha despertado, tampoco ha podido evitarlo.

—¿Y ahora qué pasa? —ha dicho, medio dormido y cariñoso mientras se giraba hacia ella y la buscaba a tientas.

Núria estaba en el comedor, se ha ido allí para intentar evitar que la oyese, no quería molestarle si resultaba ser una falsa alarma y no estaba de parto. Le ha parecido que le oía revolverse entre las sábanas, se lo ha imaginado alargando el brazo y quedándose

dormido otra vez. Otro alarido, más intenso, más animal y más primitivo todavía, le ha hecho levantarse cuando por fin se ha dado cuenta de que ella no estaba en la cama.

—¿Yaaa? ¿Ya viene? ¿Ya's la hora? —ha preguntado buscando a tientas la ropa que le parecía recordar que ayer estaba encima del sillón.

—Creo que sí… —contesta Núria antes de dejar escapar un bramido que ha ensordecido a su marido, aún atontado por el sueño, y que seguro que ha despertado a la mitad del vecindario—. Aaaaaargh.

—Vamos, vamos, tranquila —le dice en un tono que destila de todo menos calma—. Que…, que me visto y cojo las cosas. ¿Dónde están? —Ha tardado unos segundos en activarse y se mueve inquieto mientras entra y sale de la habitación en calzoncillos todavía y con la ropa en las manos.

—Juuuaaan, víísteteee…

—Sí, sí —responde, y sigue buscando lo que tiene que ponerse, que se le cae al suelo cuando se para a pensar y se lleva las manos a la cintura.

Cuando llegan al hospital, Núria ya está muy dilatada. Antes de experimentar este dolor infernal que no la deja estar ni sentada ni de pie, siempre había dicho que era lo que quería, que no la durmiesen mientras le abrían el vientre para sacar a sus hijas.

Las niñas ya tienen nombre: una, la que nota siempre más tranquila, es Laura, y la otra, que es un terremoto, se llamará Raquel, como su abuela. A ella no le gusta mucho el nombre; de hecho, nada, pero Raqui no ha parado hasta que ha convencido a Juan de que, si son niñas, una lleve su nombre. Está muy orgullosa

de su nombre, y a Núria, en realidad, se la trae al pairo; solo desea que fuera de la barriga sea más calmada y que no haga demasiados honores a la abuela cuyo nombre heredará.

Solo le habló un día a su marido de esta certeza. Él anda siempre tan atareado, y ella tiene la sensación de que todo esto le molesta más que nada. Ya se lo dijo entonces, en un tono extrañamente hosco en él, cuando le explicó cuál sería Raquel: que no podía estar segura de ninguna de las maneras de que fuera siempre la misma criatura la que le daba patadas. Al principio se mostraba más complaciente que nunca, pero no duró mucho. Quizá ella también se ha vuelto un poco cascarrabias desde que dejó de verse los pies.

Acaso es que a Juan le importa poco el nombre de sus hijas. Ella ya las conoce, y les habla cuando está sola en casa y nadie puede oírla. Laura le recuerda a ella misma y la nota muy sosegada dentro de la tripa. Raquel, en cambio, es una criatura alborotada, no para quieta y, bueno, no sabe si será porque se parece a su padre, ahora que se le va revelando un carácter más arisco y esquivo que cuando se enamoraron. Cuando lo piensa, no han tenido mucho tiempo de conocerse de verdad. Después de todo aquel verano que él pasó en Cádiz, de todas aquellas cartas amorosas e infinitas que le escribía, cuando volvió a verlo, cayó rendida a sus pies y a sus deseos. Ya podría habérselo imaginado: que casarse e irse a vivir juntos —él, que es de tan buena familia y acostumbrado a que las criadas se lo hicieran todo— no sería como con su tío, que siempre que podía le echaba una mano con las tareas que le encargaba la tía. Ya ha intentado tener la casa como una patena y la mesa siempre puesta cuando llega. Pero los últimos tres meses se ha sentido atrapada y abrumada por un agotamiento pesado, los pies le arrastraban el

resto del cuerpo y apenas podía hacer la cama y pasar la bayeta para quitar el polvo con el barrigón que se le había puesto. Él se ha hartado de cenar huevos fritos, tortilla francesa y pan con tomate y jamón, y ella de cocinar siempre lo mismo y empacharse solo con el olor.

—Es una niña —dice el doctor.

La primera en venir al mundo es Raquel, brama con todas sus fuerzas y Núria la mira incrédula y desasosegada, también feliz. ¿Cómo ha podido salir una cosa tan bonita de su vientre?

—¡Madre mía! —oye que dice el médico—. ¡Si esta criatura casi ha nacido criada!

Se siente exhausta y se acoge a este breve descanso mientras la matrona le muestra a su hija.

—Cuando la tengas limpia —indica el doctor a la comadrona—, sácala un momento al pasillo, que puedan verla el padre y la abuela. Lo estás haciendo muy bien, muchacha —le dice a Núria—. Descansa un poco, que la otra no tardará en venir.

—Dos kilos seiscientos cincuenta gramos —confirma la matrona.

Les habían dicho que las meterían en la incubadora en cuanto naciesen. Y que lo más probable es que tuviesen que irse a casa y dejarlas allí unos días más, hasta que alcanzasen el peso. Núria está agotada, no pregunta por ese cambio, solo intenta sonreír cuando piensa en la ilusión que le hará a Juan poder ver a su hija. Unas horas más tarde, cuando ya esté en la habitación, le parecerá recordar que incluso cerró los ojos entre una niña y la otra.

Las contracciones han tardado unos veinte minutos en empezar. Se lo explica la matrona cuando pasa a visitarla por la habitación del hospital. También le confirma que ha podido dormir un cuarto de

hora entre parto y parto. Ella, en silencio, guarda un recuerdo dulce de ese segundo nacimiento. Le cuentan que es normal que sea menos doloroso y que el bebé tarde menos en salir, que la musculatura está más flexible y que el canal de parto se ha preparado con el primero, también que el cuello del útero ya está dilatado. Un montón de conceptos que no tarda nada en olvidar. Todos, menos el de que ya es una madre experimentada. Ese sentimiento la acompañará mucho tiempo, cada vez que se sienta sola, cansada, abatida, sobrepasada. No intenta entenderlo, pero, en el fondo de su corazón, no puede evitar sentir una extraña e irreverente dualidad. En cierto modo, en su interior, siente que ha nacido otra Núria a la que desconoce y que la trastoca desde que sabe que lleva dos niñas en el vientre, una a la cual ha dado por perdida sin intentar comprenderla, y que le atormenta el espíritu en silencio.

Laura nace tranquila, no llora hasta que la matrona le da una palmadita en el culo y en la espalda para que reaccione. Ella sufre mucho esos segundos, se le hacen eternos, hasta que la niña arranca a llorar y siente unas ganas irreflexivas de tener en brazos a su hija. Sin darse cuenta, levanta los brazos hacia la matrona haciéndole un gesto para que se la acerque.

—¡Otra niña! —dice ahora el médico—. ¡Es igualita que la otra! Píntale la planta del pie enseguida y no hace falta que se la lleves al padre.

—Sí, doctor.

—Solo faltaría que nos confundiésemos —añade, y deja escapar una carcajada.

—Esta es Laura —dice Núria con un hilo de voz.

Unos minutos antes, en el pasillo del hospital, una enfermera ha llevado a Raquel, bien limpia, aseada y con uno de los conjuntos de perlé que les ha comprado la abuela, a Juan y Raqui para que la conozcan. La niña es rolliza y preciosa, y chilla mientras se llena la boca con un puño que chupa hambrienta y mamífera. Se la entregan a Juan, que cuando la tiene en brazos se la acerca al pecho y la huele.

—Mira qué cosita, mamáááá —dice lloroso a Raqui.

—Juanito, mi niño, no me llore, que a ve qué se van a pensá de ti en Barselona…

Juan hace un intento de enjugarse las lágrimas y sonríe cuando piensa que se la trae al pairo lo que piensen de él al darse cuenta de que no puede hacerlo con su hija en brazos.

La abuela contempla a la criatura, qué preciosidad de nieta tiene. Han escogido la muda de color blanco, no puede evitar pensar que un poco más y no le cabe, qué pedazo de niña, se dice. Le retira el gorrito que le cubre hasta media frente para poder verle bien la cara y los ojos.

—¡Sí qu'es bonita, la condená!

Debajo del gorrito se entrevé un mechón pelirrojo.

Raqui mira a su hijo y traga saliva mientras espera que haga algún comentario.

—¡Juanitooo!

—Qué bonita e mi niña, mamita…

—Sí, sí, ¡mu bonita! La ma bonitaaa, pero…, pero ¡¿tú ha visto…?!

—Di que sí, que e la cosita ma bonita der mundo…

—A ve, Juanito… ¿De dónde ha salío esta niña tan colorá?

—Presiosaaa, como la madre.

La matrona, que ha esperado un par de minutos a que pudiesen verla, se lleva otra vez a Raquel hacia la sala de partos.

—El doctor dice que saldrá cuando haya acabado con la otra.

—¿Y la madre? ¿Cómo está la madre? —pregunta Juan.

—Bien —contesta la enfermera.

—Juanito —dice Raqui cuando vuelven a estar solos—, ¿a ti ta disho tu mujé que hubiera pelirrojo en su familia?

—Ayyy, mamáá, ¿con qué me sale tú ahora? —responde sin entender dónde quiere ir a parar su mare—. Pos digo yo qu'alguno habrá, si la niña e tan colorá.

—Pos yo… Yo no quiero ser… —Raqui quiere callarse, pero no puede—. Eso da mala suerte, ¿eh? Mu mu mucha mala suerte…, ¡eh! Rojaaa…, roja como Judas…

—Pero ¡¿mamáá?! ¿De dónde saca eso? ¿Y tú no has visto que parese que va tené mis ojo…?

—Eso se cambia en na, Juanito —replica todavía dándole vueltas al color de pelo de su nieta—. Pero sí, niño, parese que va tené tus ojo —añade al ver el disgusto de su hijo.

12

Diciembre de 2019

—¿Y a ti qué te pasa con mi hermana?

No le mira, enjuaga los platos, los coloca cuidadosamente en el lavavajillas y espera a que Mikel le salga con cualquier tontería de las típicas de Raquel y que a él, el civismo personificado, le sacan de quicio.

Hoy han celebrado el cumpleaños de Júlia y Martina. Lo hacen todos los años y siempre invitan a toda la clase y a las compañeras del equipo de básquet. Normalmente, y teniendo en cuenta que lo celebran la mañana antes de Nochevieja, suelen faltar más de la mitad, pero este año no. Hasta ayer, Laura aún estaba recibiendo confirmaciones de padres y madres que decían que irían a la fiesta y, pese a estar muy contenta por las niñas, le preocupaba que no cupiesen en casa.

—¿Con Raquel?

—No —responde Laura—. Pepaaa —añade—. ¿Y quién va a ser, si no?

—Vaaale, ya, ¿eh? —dice con un intento de sonrisa—. ¿Qué quieres que nos pase? —quiere zanjar el asunto, y duda sobre cuál

será la mejor forma de conseguirlo—, claro que no me pasa nada con Raquel, cariño, estoy mareado de tener a tanta gente en casa y ya está.

No quiere mostrarse inquieta por lo que ha visto hace unas horas y, de hecho, estaba más tranquila antes de la respuesta de Mikel. Algo raro, aunque no sabe exactamente qué, sí que le ha notado. Entraba decidida en la cocina; alguien, ya no recuerda quién, le había pedido hielo. Por el pasillo, delante del baño, ha visto a hurtadillas a Mikel y a Raquel. Ha sido de pasada, pero está segura de que había mal rollo entre los dos. Ha frenado en seco. Quizá lo que de verdad le ha extrañado es que no los recordaba de morros cuando estaban con todos. Ya no se acordaba de qué había ido a hacer a la cocina y ha vuelto atrás. Entonces ya solo estaba Raquel, a punto de abrir la puerta. Notaba que su hermana no estaba bien. Se le ha acercado y, al verla, de pronto con prisas, le ha dicho sin detenerse: «Espera, que meo y voy».

Laura no necesita ni verle la cara para saber cómo está, y ahora no es capaz de quitársela de la cabeza, tampoco qué puede haberle dicho Mikel. Porque todo el mundo sabe cómo es ella con los hombres, pero tampoco se imagina que Mikel se haya metido con ella por cómo trató a su compañero de bufete, que es lo único que se le ocurre que puede haberles pasado. Si Raquel cada vez está menos por aquí. Y fue Mikel quien dijo que Víctor era un plomo.

No la convence. Hasta entonces recogía con su calma habitual las sobras de la fiesta en táperes, y, en cuanto le ha interrogado sobre lo de Raquel, ha empezado a notarle una incomodidad inaudita en él. Y le extraña. No puede parar de dar vueltas a por qué narices habrán discutido.

—¿No será por lo que pasó con Víctor?

—¿Cómo? ¿Víctor? ¿Qué Víctor?

—Bueno… A Raquel la conocemos todos, pero ya son mayorcitos, ¿no te parece? —No puede evitar defenderla siempre.

—Pero ¿de qué coño me estás hablando? —añade en un tono ligeramente elevado para él—. No sé por qué cojones tiene que pasar algo entre tu puñetera hermana y yo.

—¡Hombre! De tu compañero de trabajo, guapo —contesta—. Y tampoco hace falta que nos pongamos así, ¿no crees?

—Perdona —agrega bajando la voz—, que no nos pasa nada, te digo, no te preocupes.

—Vale, vale… —responde ahora conciliadora.

Mikel se acerca y le da un beso en la mejilla.

—Siempre pendiente de los demás…

—Mi madre come con nosotros, ¿vale? ¿Te parece bien si preparo un aperitivo y encargo unos pollos *a l'ast*? Esta noche ya nos atiborraremos…

—Haz lo que quieras… —dice con la misma actitud que hace un rato.

Mikel se ha quedado bloqueado en la disputa con Raquel y en el hecho de no haber podido convencer a su mujer de que no pasa nada entre ellos.

—Tampoco hace falta que te lo tomes así —suelta ahora Laura.

—Amor, lo que elijas me parece bien —añade con cierta ironía—. ¿Así sí?

—Vaaa, tiraaa.

13

Mayo de 1974

Cada día se va más temprano de casa.

Se levanta sin hacer ruido e intentando no despertarla. Para siempre el despertador al primer toque y se espera en la cama, sin moverse, hasta que está seguro de que vuelve a dormirse.

Núria no duerme.

Le escucha coger con cuidado la ropa que le ha dejado preparada la noche anterior, oye su respiración profunda y un taco amortiguado y resignado el día que tropieza con la pata de la cama o de la mesilla de noche; aún no tiene cogidas las medidas al piso nuevo. Le oye salir de puntillas de la habitación y va a vestirse al cuarto de baño.

Ya no se acerca a darle ese primer beso del día, antes de levantarse de la cama, tampoco antes de salir de casa. Al principio creía que no quería interrumpir su sueño.

Se prepara un café. Le llega el olor hasta la cama. Aspira el aroma y la acoge en un momento de quietud, de armonía. Le oye abrir el armarito y sacar el azucarero, una cucharada, dos, y lo remueve poco a poco, aún dormido. Ella se siente en casa, segura, protegida, y se deja atrapar por un nuevo sueño que no siempre llega.

Es su momento, el de él, su ritual para empezar el día con ímpetu. Se lo imagina tomándoselo tranquilamente mientras mira por la ventana cómo se despierta la ciudad. Mete la taza en el fregadero, antes ha abierto el grifo para dejar un dedo de agua en el fondo para que no se queden los restos pegados. Con andares todavía perezosos, arrastrando las zapatillas de estar por casa, entra en el despacho y coge el maletín. En el recibidor, se sienta en el banco y se calza antes de marcharse. Deja las zapatillas bien colocadas, una al lado de la otra y arrimadas a la pared. Sabe que intenta no darle más trabajo del necesario. Cierra la puerta con delicadeza, mete la llave por fuera para no hacer más ruido del imprescindible. Entonces, esa hora, hora y media a lo sumo, que puede dormir todavía, Raquel también duerme.

Al principio pensaba que era porque no quería despertarla, porque era consciente de que andaba muy cansada, y así era, así sigue siendo. Quizá Núria sí que se quejase alguna vez, sin darse cuenta, de que no iba bien afeitado y le molestaba el cosquilleo de la barba.

Las noches son un infierno.

Laura duerme plácidamente; desde el primer día se queda dormida en su moisés después de que le dé el pecho, y es como si no hubiese niña hasta la mañana siguiente. Las primeras noches, incluso sufría por si seguía viva y se acercaba a escuchar su respiración. Alguien le habló de que hay criaturas que mueren sin razón alguna dentro de la cuna. El recuerdo de su suegra el día que le dijo que un pelirrojo en la familia traía mala suerte, y que ellos tenían dos, la llevaba a plantearse que ese fuese el mal augurio que les había tocado. El médico le ha dicho que aún no se sabe qué les pasa a esos niños que mueren, podría ser por la postura o por un

golpe de frío. Las primeras semanas sufrió mucho por que les ocurriese a ellos, también lo preguntó en el mercado, y la pescadera le dijo que eso venía de las envidias. Y ella, con aquel par de criaturas preciosas a más no poder… Ya había llegado a sus oídos que la sobrina de Rosa había pescado un buen partido, y más de uno también había dicho que cargado de cuartos. Si la envidia podía hacer daño a alguien en su antiguo barrio sería a ella. Dejó de ir. Hasta entonces siempre había considerado que pasaba desapercibida en todo y por todos, hasta que empezó a oír los rumores que corrían en torno a ella por el barrio: que había enredado a su marido haciéndole creer que las niñas eran suyas. Algunos se aventuraron incluso a hablar de su padre, que tampoco era pelirrojo. De hecho, llegó a oírlo decir de infinitas maneras: cabeza de Mirinda, oxidado, zanahoria, colorín, rojito… También que no se sabía de ninguno en la familia. Cuando hablaron de su padre, aguzó el oído. Le dolió lo que oyó y decidió no volver. Con el dolor por lo que decían de su madre, le sobrevino la certeza de que, si de alguna envidia debía protegerse más que de ninguna otra, era de la de la tía Rosa.

A su casa también dejó de ir.

Del tío se acuerda a menudo; lo orgulloso que estaría él de sus niñas. Él, que seguro que, como Juan, es el único que no tiene ninguna duda de que sean hijas de su padre.

Raquel no duerme en toda la noche; cuando no llora porque tiene hambre, gimotea. Siempre está hambrienta. Su gemido es pesado y angustioso, se le clava en los oídos; parece que, si pudiera, le perforaría el cráneo. Le irrita a más no poder. También fue la pescadera quien le dijo que el llanto de los bebés está pensado para

molestar a las madres, para alertarlas de que a sus criaturas les pasa algo. Ella no ha descubierto qué le pasa a su hija. Al margen de que parece que no le pasa nada. Tiene que cogerla en brazos y dar vueltas con ella a cuestas por el piso para que se tranquilice, y rompe a llorar con la misma intensidad en cuanto la deja en la cuna.

Las niñas son tan iguales que, cuando se queja de que siempre es Raquel la que no los deja dormir, Juan le dice que son cosas suyas y que, si sigue así, acabará por coger manía a una. Ha terminado por no decírselo. A Núria le preocupa que despierte a Laura y a Juan, que al día siguiente tiene que madrugar para ir a trabajar. Coge a la niña y se la lleva al comedor; se pasa las noches dando vueltas con ella en brazos entre la mesa, las sillas y el sofá. Cuando le parece que está bien dormida, intenta sentarse. Entonces descansa un rato, a veces minutos, quizá un cuarto de hora; algún día le parece que ha logrado dormirse con la niña encima cuando esta arranca de nuevo con los quejidos. Tampoco se agarra bien al pecho y, cuando lo consigue, no mama con la calma con la que lo hace su gemela. Es como si albergara un desasosiego que no la dejase vivir. Cuando tiene la teta en la boca, le aprieta con fuerza el pezón con las encías y le da cabezazos contra el pecho. A Núria le hace pensar más en un cordero o un ternero mamando de la madre que en su propia hija.

No necesita nada para diferenciarlas; solo por cómo respiran, ya sabe cuál de las dos es. Es la única que las distingue. Cuando la miran, también lo sabe.

¿Cómo pueden ser tan iguales y tan diferentes a la vez?

Fueron juntos al médico y le preguntaron por el color de pelo de las niñas; ninguno de los dos recordaba a ningún familiar pelirrojo. Ella no sabe nada de su padre, su madre nunca le habló de él y los

tíos dicen que no lo conocieron. Ha removido y rebuscado en los pocos recuerdos que guarda de su madre cuando se ha quedado sola; todo aquel desprecio que siempre había mostrado hacia el hombre que las abandonó se ha manifestado ahora de golpe en la búsqueda de algún indicio que pueda demostrar que su padre era pelirrojo. El médico les dijo, con unos tecnicismos que le costó entender, que un carácter genético podía perpetuarse muchas generaciones y que no hacía falta que ninguno de ellos fuera pelirrojo si lo había sido un antepasado lejano, que ni siquiera recordaran. También les quitó de la cabeza la idea que Raqui se había cansado de repetir: que las personas con el pelo rojo podían traer mala suerte. De hecho, ridiculizó de mala manera a los que todavía creían en esas tonterías, tal como las llamó.

Está convencida de que a Raqui le ha faltado tiempo para decirle a Juan que las niñas no son hijas suyas.

Nunca había echado tanto de menos a su madre como desde que ha parido, y también con eso sabe que la habría ayudado. Habría hurgado en su memoria hasta encontrar a aquel miembro de la familia que tenía el mismo color de pelo que sus niñas, porque ahora ella y solo ella y Dios Nuestro Señor saben que Juan es el padre de sus criaturas. No quiere ni pensar qué dirán todos los vecinos.

Él se lo dejó caer pocos días después de volver a estar en casa. Cómo se había puesto su madre, se cachondeaba más que nada, y, pese a saber que es devota hasta la médula, le sorprendía que todavía pudiese estar de acuerdo con todas aquellas tonterías y prejuicios hacia sus nietas.

A ella le molestó mucho también que insinuase con sus dudas y preguntas y su insistencia que quizá aquellas niñas no eran de su

Juanito. Y no pudo evitar decirle que no cuando le enumeró las ventajas que les supondría mudarse a Cádiz. Seguía rabiosa por cómo había iniciado la conversación su marido, ya que, aunque podía parecer que se burlaba de su madre, a ella le llegó con la misma duda maldita.

Dudó de que él también dudase.

Entonces, con la certeza que tuvo pocos segundos después de que se había equivocado, no tuvo pelos en la lengua a la hora de explayarse con todo lo que le hacía sentir Raqui.

Él se lo negó, sin poder disimular lo molesto y disgustado que estaba por lo que decía, argumentando que su madre no había hecho más que intentar acercársele y que ella siempre se había mostrado arisca y desagradecida.

Desde aquella tarde, pasada la cuarentena, cuando él intentó acercársele, sabe que no es su descanso lo que más le preocupa ni lo que quiere proteger cuando se va de casa sin darle ni un beso, sin decirle al oído aquel «que tengáis un buen día» como al principio de vivir juntos, justo después de la boda. Porque ya lleva unos cuantos días persiguiéndola cuando se meten en la cama, los mismos que ella habría dicho que no. Las veces que ha podido escaparse ha sido porque Raquel llora. Entonces, y solo entonces, ella sabe, siente, que esa niña se propone rescatarla.

Y Laura duerme, plácida siempre. Plácida, quieta y calmada.

A Juan tampoco le gustó que decidiese dejar de dar el pecho a Raquel.

—No está bien hacer distinciones con las niñas —le dijo.

—Tú no estás en casa cuando lo intento —le respondió.

No le gustó tener que tomar esa decisión, pero solo sufría por si la niña no crecía bastante. Lo intentó, Dios sabe que lo intentó, de todas las maneras posibles, antes de empezar a dar el biberón a Raquel.

14

31 de diciembre de 2020

—¿Cómo?

—Ya… Ya hace…, hace demasiado tiempo que lo guando eta… infernura, madarikatua…

—Estás borracho, Mikel…

—… maridakatua, madarikatua…

—¡Vete a la mierda! —grita Laura jadeante—. Que no te entiendo si me hablas en euskera.

Mikel va muy bebido, ha empezado con la cerveza de antes de comer y no ha parado en todo el día. Últimamente bebe más, pero Laura no quiere darle importancia. El otro día oyó en las noticias cuánto había aumentado el consumo de alcohol en los hogares desde el confinamiento, hasta el punto de que en los supermercados la venta de cervezas había crecido hasta un 78 por ciento. La verdad es que le hizo sentirse mejor; las casas se habían convertido en los nuevos bares, también para los que, como Mikel, ni los pisaban.

Hoy las niñas han cumplido diez años. Laura había imaginado para este día una fiesta diferente y especial, con los compañeros de

clase y las compañeras del equipo, como cada año. Todo lo que tenía pensado se ha ido al traste con las restricciones por la covid.

Han optado por una cena en casa, ellos cuatro y Núria, que finalmente se ha decidido a ir. A Laura le sorprende cómo se ha adaptado su madre a convivir con la situación. Ahora es un abismo respecto de la psicosis que tenía al principio, que no quería verlas ni salir de casa casi para nada, y cuando se atrevía a hacerlo se limpiaba las manos con gel desinfectante cada vez que tocaba algo o a alguien.

Es la primera vez que Raquel falta a este día; está fuera del país, como casi siempre, y con las restricciones no ha conseguido volar hasta casa. A Núria le ha faltado tiempo para cuestionar la decisión de su hija mientras comían, poniendo en duda todas las explicaciones que Laura le daba para intentar disculpar a su hermana. Quizá este punto final durante el postre, después de que las niñas soplasen las diez velas, es lo que ha envalentonado a Mikel. Eso, y el vino y la botella de cava que ha compartido con Núria.

—Ya no pueto… No puetzo másss… Hache demasssiado tieeempo…

—¿Demasiado? —dice ella incrédula.

—Lauraaa…

—A ver, a ver…, pero ¿qué?, ¿qué me estás diciendo? ¿Que tú…?

—Síííííí…

—¿Cómo has sido capaz de hacerme algo así? ¿Y cuánto hace? No puedo imaginarme cómo debe estar Raquel por esconderme una cosa así…

—¿Que cómooo eshtará la zzzorra de tu hermaaa…? —Se ha sentado en el suelo e intenta permanecer sereno—. E una caprooona, egggoísssh…

—Pero ¿cómo tienes el valor de…?

Sigue en el suelo, con la cabeza entre las piernas y dando tragos al gin-tonic que aún está tomando.

—¿Quieres dejar de beber? Y habla bajo… —le dice ahora—. ¿O quieres despertar a tus hijas y que te vean así?

Mikel escucha a su mujer, que grita en un susurro, no puede creerse que, ante ese hecho, sin cuestionárselo mínimamente siquiera, deduzca que el instigador ha sido él. No entiende cómo Laura, que conoce mejor que nadie a Raquel, aún sea capaz de dudar de él. Quería llegar hasta el final de la historia, cuándo y dónde ocurrió, y cuándo descubrió que había sido Raquel. Pero se calla, no se esperaba esa primera falta de confianza de Laura, ese ni plantearse poner en duda que quizá solo fue el engañado.

Le da miedo que se vaya, que le deje, que se lleve a las niñas.

Desde que las conoce, sabe que Raquel tiene absolutamente sometida a Laura. Ella lo justifica bajo el autoengaño de que es para proteger a su hermana de Núria, pero no se reduce a eso. Él hace mucho que tiró la toalla. Ni él ni nadie será capaz de sacar a Laura de esa farsa de amor incondicional que le ha vendido toda la vida.

—Tu puuutzzzaaaaaa hermnitzxa queridaaa… —grita entre la sorna y la náusea.

—¿Quieres bajar el tono? ¡Vas a despertar a las niñas! —le recrimina otra vez con un grito sordo.

—Cayoooooo…

Mikel intenta levantarse haciendo equilibrios con la copa que lleva en la mano mientras Laura, tan silenciosa como puede, le reprende con la mirada fija en el gin-tonic. Se tropieza, la copa se rompe y se derrama todo; los hielos, el limón y las bayas de enebro quedan esparcidos por el suelo.

—Mieeedddaaa —vuelve a gritar cuando se da cuenta de que se ha hecho un corte en la mano.

—¡Shhh! —Laura se lleva un dedo a los labios con brusquedad—. ¡Por favor! Es que… Miraaa, no me preguntes por qué, pero me lo veía venir.

Mikel se queda de rodillas, la mira antes de bajar la vista a sus pantalones, salpicados de ginebra y manchados de sangre. Se levanta a duras penas, vacilante, e intenta apoyarse en lo que puede. Se dirige al baño, sorteando a tientas todo el desastre.

Laura quiere seguirlo, ir detrás de él y ayudarle con la herida, pero no lo hace. Se va a la cocina para coger un trapo y limpiar el desaguisado que ha quedado en el suelo, no puede parar de llorar. Quiere saber cuándo ocurrió, qué ocurrió exactamente y cómo. Pero no se atreve a preguntárselo. ¿Y qué? Le ha dicho que fue hace mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo? ¿Cómo puede haber vivido con esa mentira? Las dudas se le agolpan caóticas y no quiere conocer la respuesta. Tira el trapo a la basura mientras oye a Mikel vomitando en el lavabo y vuelve a contener las ganas de ir a ver cómo está. Se frota la cara, las lágrimas le resbalan hasta el cuello y le dejan un leve ardor en las mejillas. Ayer el aire era gélido y se le quedaron cortadas. Respira hondo, poco a poco, intenta serenarse. Se suena la nariz con una servilleta de papel y deja escapar un grito ahogado

que la calma menos de lo que esperaba. Su imagen le llega reflejada en la ventana.

«¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo ha podido pasarnos?».

Vuelve a gritar, sin voz pero más fuerte, con la boca más grande, más abierta, desde más hondo, y llora y se mira, y llora y no quiere verse.

Respira de nuevo, el corazón le late desacompasado, regresan las imágenes inventadas de cuándo pudo pasar, cómo, dónde.

—¡Basta! —deja escapar ahora con un hilo de voz—. ¡Noooooooo!

Se bebe un vaso de agua, se encamina a la entrada de casa, coge el abrigo, la bufanda, las llaves del coche y el bolso. Y se va.

No quiere seguir allí, no puede. No quiere que Martina o Júlia se despierten y la vean en ese estado. Se lleva la mano al interior del abrigo y saca un pañuelo de papel sobado para sonarse; le viene Núria a la cabeza y lo que diría ahora mismo, de Raquel y también del hecho de que se suene con un pañuelo usado con el panorama que los rodea.

Dentro del coche llora. Y grita, grita, grita y grita antes de arrancar. Sí que puede conducir, se dice. Conduce hasta el paseo marítimo. Aparca y se apea. En la playa tampoco parece que sea Nochevieja. Pese a que no está desierta, constata que al día siguiente en las noticias dirán que la mayoría de la gente ha seguido las normas de distanciamiento social por la pandemia. Se acerca caminando hasta la orilla del mar y se sienta. Le llegan las risas y conversaciones entrecortadas por el soplo del viento. Es gélido y siente de nuevo el mismo ardor en las mejillas.

Le habría gustado poder estar sola.

La luna pende majestuosa y omnipresente en medio de un cielo carente de nubes.

Ha tenido el cuidado de poner la bufanda en el suelo y no sentarse directamente en la arena húmeda, pero empieza a notar el culo mojado y helado, y un ligero temblor le recorre el cuerpo.

El canto del oleaje le llega como un clamor, se acoge a su danza majestuosa, aspira el salitre, se le adhiere a la garganta con el frío, la humedad, las algas, que hoy más que nunca apestan a azufre y huevos podridos.

¿De verdad ha llegado a decirle Mikel que «omitir la verdad no es mentir»?

—¡Aaaaaaaaah! —El grito ha alertado al grupito que tiene más cerca, que se han echado a reír después de volverse sobresaltados para mirarla.

—¡Abogaaados de mierdaaa!

Advierte que le nace de muy dentro, que lo guardaba escondido a una profundidad insondable, sin entender cómo ha podido mantenerlo reprimido y oculto tras una vergüenza disfrazada de felicidad y complacencia.

15

Septiembre de 1979

Raquel mira a su madre.

Hace rato que ha llegado, que está dentro.

Escucha a la señorita atentamente, le sostiene con firmeza la mirada, una que presiente que busca indulgencia. Ahora se vuelve hacia ella, rotunda, rígida y con una autoridad que seguirá horrorizándola hasta la edad adulta.

Este mes ha empezado la escuela. Núria se ha hartado de repetir todo el verano las ganas que tenía de que empezasen, que ya no sabía qué hacer cada tarde con las dos en casa. Raquel le proponía que fuesen al parque, pero ella siempre decía que mañana, que estaba cansada.

Su madre niega con la cabeza, cada vez más rápido; con los años también aprenderá que ese gesto apunta vertiginosamente a una cólera irrefrenable. Se le ensanchan las fosas nasales, puede verlo desde donde está, gesticula con la boca mientras aprieta con fuerza los labios para no dejar escapar nada de lo que está deseando decir.

Raquel está sentada en el banco que hay contra la pared de delante del despacho de la directora. No alcanza a oír de qué

hablan, pero ya lo sabe. Además, estará a rabiar porque seguro que ha tenido que venir deprisa, dejar lo que sea que estuviese haciendo. Raquel tiene una pierna que no hay manera de que pare de bailar; también la reñirá por eso, seguro que ahora quiere que se esté quieta. Ya lo sabe, que no debe pegar a los niños, que hacerlo es de niña mala… Pero también sabe que no está bien reírse de los demás.

Cuando ha llegado la hora del recreo, ha corrido a buscar a Laura, como todos los días. Raquel intentó por todos los medios que no las separasen, y su madre hizo lo mismo pero al revés, y, como siempre, ganó su madre. Cuando la ha encontrado estaba en un rincón, sentada en el suelo con la cabeza gacha entre las piernas. Junto a ella se hallaba Carla, que no decía nada. Cuando las ha tenido cerca, se ha dado cuenta de que Laura estaba llorando.

No le gusta Carla; es la nueva amiga de Laura, ella sí que va a su clase y, cuando están en casa, no para de hablar de ella: Carla esto, Carla lo otro, Carla aquí y Carla allá.

Ella no tiene ninguna amiga aparte de Laura.

Pero Laura es su hermana, y por eso nunca sabe si cuenta.

Se ha sentado a su lado durante un buen rato hasta que se ha calmado, entonces le ha contado que un niño de clase se ha metido con ella, con el color de su pelo: la ha llamado panocha y plato de lentejas. Primero ha sido solo él, pero, al ver cómo se lo tomaba, se le han sumado todos los que estaban alrededor.

De entrada, cuando Raquel ha visto cómo se había puesto Laura por una bobada como esa, se ha echado a reír, e incluso le ha sorprendido que su hermana se molestase por una tontería así. Entonces Carla la ha mirado desafiante, con una cara y un tono de

voz que le han hecho pensar en Núria, y le ha dicho muy seria que no se riese, que a ella no le hacía ninguna gracia. Laura ha levantado la cara y, mirándola a los ojos, ha dado las gracias a su nueva amiga.

Raquel se ha achicado.

Entonces ha esperado a que Laura se calmase. Ha ido a buscar al niño, aún quedaba un poco de patio y él jugaba al balón con su grupito de amigos. Raquel se ha enfrentado a él y él se ha envalentonado, no ha tenido suficiente con ridiculizar a una de las hermanas y se ha atrevido con la otra. El niño repetía las mismas palabras que le había dicho a Laura hacía un rato.

No se lo ha pensado dos veces. No ha podido. Ya le había hecho pasar bastante vergüenza la nueva amiga de Laura. Ha empujado al niño y le ha hecho caer al suelo, y luego le ha propinado una patada. El resto de los niños han empezado a burlarse:

—Te pega una niña, te pega la Mirinda —gritaban riendo descontrolados.

La maestra que vigilaba el patio se ha apresurado a acercarse cuando se ha dado cuenta del alboroto y le ha faltado tiempo para decidir quién era la culpable de todo y llevarla al despacho de la señorita Mercè. Laura ha intentado defender a su hermana y no paraba de decir: «Ha empezado el otro, ha empezado él», pero nadie le ha hecho caso.

No ha podido evitarlo, ha sido como una fuerza superior a ella, una rabia justiciera que ha plantado una semilla de envidia cuando estaba con Carla y Laura y que ha crecido descontrolada, airada y vengativa cuando ha tenido a ese niño delante. Le cuesta entender

que Laura pueda llegar a ser tan pánfila, pero no soporta que la hagan llorar.

Ahora, mientras mira cómo se va calentando su madre con el discurso de la directora, se arrepiente de haberse comportado así.

«¿A lo mejor sí que soy mala, como siempre me dice mamá?».

Ahora la castigará, le dirá que se queda sin televisión durante una temporada. La tendrá esperando hasta que lleguen a casa y después de merendar, cuando esté a punto de apretar el interruptor, como cada día, le dirá: «Tú no, tú te quedas sin *Barrio Sésamo* hasta que yo lo diga». Se perderá a la gallina Caponata y al caracol Perezgil. Le hará encerrarse en su habitación y, antes de que entre, le dirá: «De ti depende que sean muchos o pocos días». Nunca la entiende cuando dice eso, pero en este momento la ve tan iracunda que no se atreve a preguntar, no se atreve ni a mirarla. Ahora mismo querría no ser de esta forma, no quiere estar castigada en su cuarto mientras Laura ve la tele.

«A lo mejor sí que tiene razón mamá y soy una niña mala. Suerte que tengo a papá, él sí que me quiere», se consuela.

16

Marzo de 2021

Laura mira por la ventana. Oye a sus hijas peleándose en el comedor, la disputa le llega entrecortada e ininteligible. No piensa ir a ver qué les ha hecho discutir esta vez. Ocurre tanto, este invierno que está siendo tan raro, que el murmullo se le acomoda como un zumbido, hasta que una de las dos alza el tono —suele ser Martina— y la saca de su ensimismamiento.

Últimamente piensa con demasiada frecuencia que querría cogerlas y marcharse. Solas las tres. No sabe qué la frena, solo que hay alguna razón más allá del hecho de que no puedan permitírselo económicamente. Supone, sabe, que no se imagina la vida sin él. ¿No se la imagina o no quiere vivir sin él? No ha pedido muchas cosas a la vida, ella no era como Raquel, con aquel hambre feroz para comerse el mundo y el convencimiento absoluto de que lo lograría.

Con Mikel, a medida que iban conociéndose, le pareció que podría conseguir lo único que ha anhelado de verdad, lo que siempre ha sentido que tenía coartado…

Una familia.

Mira fuera y piensa en la naturaleza, virtuosa ella, sola. Generosa y magnánima. Honesta, humilde y elegante. Compleja y simple a la vez.

«Solo le sobramos los humanos».

Está convencida de que esta pandemia es un clamor de la tierra, un llanto, un grito de auxilio, quizá. Mikel lo llamaría alegación, pero tampoco han hablado de eso.

Las jardineras de los árboles del vecindario, tras todos estos meses en los que el aislamiento no ha permitido ninguna intervención, lucen más bonitas que nunca, una belleza exultante y púdica, que ha estallado como la primavera, armónica y respetuosa.

Un equilibrio perfecto.

No hace mucho también creía que su pareja era así.

Está harta de llorar, de esta tristeza que la abruma, que le roba el ánimo para hacer nada.

Martina suelta un grito de los suyos y la saca del hechizo. No piensa acudir, pero cae en lo que ha pasado esta mañana cuando desayunaban.

La echa de menos cuando en la televisión ve a la gente haciendo videollamadas. No puede evitar pensar que ella habría hecho lo mismo con Raquel. Le parece que todo ese distanciamiento físico está llevando a mucha gente a un acercamiento que no habría conseguido nunca, como si las distancias mentales y emocionales se salvasen para dar paso a lo que de verdad importa. Ella, en cambio, nunca se ha sentido tan lejos de las personas a las que más quiere, de Raquel y de Mikel.

Hoy se ha dado cuenta de que también de sus hijas.

Lo ha llevado todo lo bien que saben, y no puede culparse también por eso. A él tampoco. No han hablado de ello, como de tantas cosas que siempre han creído que no hace falta, fluyen con respeto hacia el otro, hacia los padres que quieren ser, hacia sus hijas. Pero ¿cómo puede estar segura de que las cosas son así si no se habla de ello? Ahora mismo, la palabra «respeto» le resuena más que ninguna otra en la cabeza.

Otro grito de Martina desde el comedor la devuelve al presente. En ningún momento, en ninguno hasta esta semana, hasta hace unos segundos, antes de ser rescatada de su naufragio materno por los parterres del vecindario, había pensado que estuviesen traicionando ni engañando a sus hijas.

Como cada día, desayunaban los cuatro sentados a la mesa.

—¿Qué pasa, que uno de los dos tiene covid y no queréis contárnoslo? —suelta Júlia—. Porque, si tenéis covid, Lucía me ha dicho que el enfermo tampoco puede estar con nosotras…

—Nooo —responde Mikel—. Estamos los dos bien…

—¿Y por qué duermes en el estudio? —vuelve a preguntar Júlia sin dejar acabar a su padre—. Porque el padre de Noa cogió la covid y dormía en otra…

Mikel y Laura, que parecen abducidos por el cuenco de cereales, levantan la vista y se miran a los ojos por primera vez en muchos días.

—No sé qué pasa, pero no es por la covid —interviene Martina sin apartar los ojos de su plato.

Laura le pidió que no durmiese con ella por las noches.

Le gustaría irse de casa, con las niñas, pero sabe que eso les haría demasiado daño.

Tampoco pensó nunca que se darían cuenta de que no dormían juntos, los dos han tenido mucho cuidado. Pero se equivocaba. Y ya no soporta más mentiras. No soporta disimular que todo va bien cuando ellas están delante. Y ahora están siempre delante. Y se dan cuenta de todo, ya no son tan pequeñas. Quiere protegerlas de su pasado, de las disputas entre su madre y su padre antes de que él se fuese. Entonces piensa que se prometió que, si un día era madre, sus hijos no vivirían violencias similares. Pero ¿qué es lo que la tiene en este terremoto emocional? La mentira perpetuada, tanto tiempo suspendida en los silencios de los dos. Y cómo la inmortaliza ahora, con esta incapacidad de enfrentarse a lo que ocurrió, de querer escucharlo, este muro protector de mudez que han levantado, cada día más alto.

Su situación económica nunca ha sido boyante, y todo este tiempo sin trabajar no ha hecho más que empeorarla. Si se va, tiene que hacerlo ella, sola, y sin un lugar donde vivir, no podría llevarse a las niñas. Cuando la abuela de Mikel les regaló el piso, dejó muy claro que era para él. Ya costó bastante que aceptase que se quedaba a trabajar en Barcelona y que no volvería a Bilbao a hacerse cargo del bufete del abuelo. Es curioso, piensa, pese a que su madre no les ha contado cómo fue ni por qué se marchó su padre, las similitudes que hay entre su historia y la de su madre.

17

Octubre de 1983

Juan no se lo ha dicho nunca a Núria y, de hecho, incluso duda de que lo sepa, que fue su madre quien le encontró trabajo en El Corte Inglés. No lo entiende; por un lado, los padres de Juan les retiran la asignación económica que les enviaban cada mes, desde el día que se casaron, y, por otro, se aseguran de que le ofrezcan un empleo. Por mucho que Juan se empeñe en hacerle creer lo contrario, Núria sabe que su suegra no la ha soportado nunca, y con demasiada frecuencia piensa en qué clase de energía o tufo debe desprender para crear repulsión a todas las mujeres que la rodean.

«Mira que llegan a ser rebuscadas las maquinaciones de Raqui», se dice. Porque a ver si no cómo iban a ofrecerle trabajo en El Corte Inglés si nadie sabía que estaba buscándolo. Porque no lo buscaba, Juan fue el primero en decir que ya se apañarían con su sueldo.

Aquel día se enfadó con su madre. Núria los oía hablar por teléfono; no entendía nada de lo rápido que hablaba y de cómo se le cerraba el acento, pero no le había visto nunca dirigirse en ese tono a Raqui. Puede llegar a imaginarse la retahíla de despropósitos que utilizó para argumentar aquella decisión, para decir sin decir que, al

final, lo que tenía que hacer su mujer era ponerse a trabajar, que las gemelas estaban a punto de cumplir diez años y que seguro que tenía tiempo de sobra.

Juan no le habló de la conversación que mantuvieron, pero está convencida de que le dijo: «Si tu mujé quiere viví como una reina y no hasé ni er huevo, pos os vení pa Cadi». Se niega a aceptar que quien no quiere ir es su Juanito, porque vivir cerca de ella tiene que ser un infierno que no paga ni todo el dinero del mundo. Eso sí, al día siguiente le dijo que les regalaba un microondas… Debe de ser la forma que tiene de compensar la disputa, o de pedir perdón, porque ese día la tuvieron gorda. ¿De verdad pensó que con aquello contentaría a su hijo? «Que o será de gran ayuda cuando tu mujé se ponga a trabajá, y que toda familia de bien tiene uno en su casa», añadió.

Cuando fue a recogerlo a la planta de electrodomésticos de El Corte Inglés, no pudo llevárselo de lo grande que era, y les dijo que ya volvería con su marido. Pudo ver el precio, y no se cayó de culo al suelo porque le dio tiempo de apoyarse en el mueble que tenía detrás. «¡Madre mía!», no pudo evitar exclamar. Casi cien mil pesetas, si Juan no llegaba a ganar eso ni en dos mensualidades. Por eso le hizo ir a ella, una forma más de enseñarle todo lo que tendrían si se mudaban a Cádiz.

Pero ¿cómo narices quiere que se muden a Cádiz si no puede ni verla y a la mínima ocasión carga contra ella e insinúa que las niñas no son de su padre? Es que parece ciega, si tienen los mismos ojos verdes que su Juanito y cuando sonríen son el vivo retrato de su padre. Y sabe que es muy feo que lo piense una madre, por eso no

se atreve a decírselo a nadie, pero Raquel, aparte del nombre, está segura de que tiene el carácter de la abuela.

El dependiente le explicaba las ventajas del aparato delante de su cara de convencimiento de que no sería más que un trasto de los muchos que les ha comprado Raqui. Claro, la señora no podía permitir que su Juanito no tuviese ese cacharro carísimo, que debían de estar comprando todo el edificio y toda la clase alta barcelonesa. Antes de irse, le anotó su dirección en un papel y le dijo que se lo llevasen a casa.

También sospechó que Raqui estuviese detrás de la oferta de El Corte Inglés por el modo en que se enteró. El día que fue a hacer la entrevista, sabían demasiadas cosas de ella. «Es una mala pécora y no parará hasta que Juan vuelva a casa». «Mi Juanito, mi Juanito», esa manera que tiene la mujer de tratar a su hijo le parece incluso enfermiza. Si el primero que no quiere volver es él. Porque ella lo tiene muy claro: en el fondo, él tampoco aguanta a su madre.

«Quizá sí que piensa que, como tenga que trabajar, cederé a sus deseos».

El trabajo no le gusta; eso de estar de cara al público y tener que aguantar a la versión catalana de mujeres como Raqui la tiene hasta la coronilla. Ya tiene suficiente con encontrárselas en la escalera de casa. Llegan enjoyadas y cubiertas con unas pieles que a los cinco minutos les hacen sudar la gota gorda con la temperatura que hace ahí dentro. Que si «nena», esto, que si «muchacha», lo otro… ¿Qué se creen? Y el uniforme, qué suplicio, tampoco le gusta nada eso de que tengan que ir todas iguales. Ella aún, que, como la dejaron escoger, se decidió por el pantalón en lugar de la falda que llevan la mayoría.

Ahora quita el polvo a la vitrina y no puede salir de ahí; vive en un bucle quejumbroso que desde que trabaja no ha hecho más que agravarse. Su marido le dijo que ya estaba harto de llegar a casa y encontrarla siempre enfurruñada y poniendo pegas a todo. Cada día se promete que hará un esfuerzo para ser mejor mujer para Juan, sobre todo ahora que se ven tan poco. Pero también cada día acaba faltando a su promesa.

¿Y en qué momento pensó Raqui que un trabajo así le iría bien?, se pregunta. Conociéndola sabe que alguna cosa más se trae entre manos. Se siente sola y se le hace difícil salir adelante con las niñas, la casa, el trabajo. Juan cada día se va más temprano y regresa más tarde, y cada vez son más y más frecuentes las cenas de negocios. Y siempre se excusa diciendo que ahora le toca currar más que nunca, que si no recuerda que la «mamita» les ha retirado la asignación. Él tiene la intención de acercársele, pero, cuando llega a casa y se ven —quizá no se han visto en todo el día, o quizá a causa de los horarios de Juan ya hace un par de días que no coinciden—, Núria, sin quererlo, y después de haberse repetido hasta la saciedad que se mostraría afectuosa y complaciente, solo es capaz de soltarle cuatro mocos y reproches.

Ha llegado a pensar que, desde que Juan le hizo ver todas esas cosas suyas, todas esas malas formas, críticas y reprobaciones, y el hecho de que se lo quite siempre de encima cuando se le acerca amoroso, es aún peor. Ella no era consciente de su comportamiento, y le hizo reflexionar, darse cuenta de que casi siempre ha sido así con él, salvo cuando se conocieron y quizá también las primeras semanas con las niñas. Antes de que el cansancio acumulado

volviese a atraparla y encajarla en esta forma de ser tan seca y tan suya.

Quizá es que no sabe hacerlo de otra manera.

Ahora se arrepiente de todos esos prontos huraños que ha tenido siempre con su marido; le parece que solo al principio no era así. Si hace memoria, recuerda que era cariñosa con él, pese a que desde el primer beso le pareció que era un chico muy pegajoso. No había tenido ningún otro novio, si la tía siempre la tenía pisando el pedal de la máquina de coser, tampoco estaba acostumbrada a halagos ni palabras dulces.

Está convencida de que aún arrastra todo aquel cansancio de las noches que Raquel lloraba con aquella inquietud desconsolada que no sabía cómo parar. A Juan tampoco le gusta cómo habla a veces de Raquel, pero la verdad, la que él no quiere ver, es que no se lo ha puesto nada fácil.

Las pocas amigas que había tenido, pese a que duda de que fueran amigas de verdad, las ha perdido. Decidió dejar de acercarse a su barrio de siempre y no esperará que la vengan a buscar aquí, ¿no? A ella, la que siempre fue la mosquita muerta del grupo. Podía salir tan poco que cuando se unía a ellas siempre se caía de un guindo y nunca sabía de qué hablaban. Tampoco les gustó que se prometiese con Juan, lo notó, una sensación extraña cuando se lo dijo, quizá por cómo la miraban. Y, a pesar de que entonces no quiso creérselo, a la tía, antes de conocer a sus futuros suegros, le faltó tiempo para decirle que aquella y la otra iban diciendo por el barrio que a la sobrina de Rosa —eso, que su nombre saliera en la conversación era lo que más cabreaba a la tía—, con aquella cara de

no haber roto nunca un plato, le había faltado tiempo para pescar a un andaluz cargado de duros.

Ahora, en el trabajo, quizá podría hacer alguna amiga, pero le parece que las compañeras, más que no acercarse a ella, la esquivan. Tampoco tiene veinte años, y está cansada, y cuando sale de ahí solo tiene tiempo para lo que tiene que tenerlo.

No entiende cómo lo hacen el resto de las mujeres que trabajan y llevan la casa, se ocupan de los hijos y el marido. Quizá también están como ella, pero no tienen el morro tan fino ni se quejan por cualquier cosa. Al final va a ser verdad lo que la tía no se cansó de repetirle, que no es más que una vaga.

18

Abril de 2021

Hoy Laura ha quedado con su madre para tomar un café. Núria lleva días insistiendo en que se vean y ahora la espera en la terraza de una cafetería del pueblo.

Ha sido Núria quien la ha convencido de que, si no se tocan ni se acercan demasiado, si están al aire libre, no tiene por qué pasar nada. Es cierto que Núria es una mujer fuerte, nunca ha mostrado una salud débil. De hecho, Laura no recuerda verla enferma, salvo por el típico resfriado de invierno o algún año en que haya sufrido una gripe más virulenta. Tampoco acaba de entender tanta insistencia en que se vean, si ya hablan por teléfono todos los días y hacen alguna videollamada los fines de semana con las niñas.

La verdad es que ya le va bien. Seguramente añora más salir de casa que verse con su madre con normalidad.

Núria, aparte de la llamada de ayer con Raquel, que ya de por sí es un hecho bastante excepcional, hace días, semanas incluso, que encuentra rara a Laura. Le nota un no sé qué que la tiene preocupada. No tiene ninguna duda de que la responsable de todo es su hermana, lo que le inquieta aún más, porque normalmente sus

riñas duran poco más de algún día. Ha sido así desde que eran pequeñas: Raquel le juega cualquier mala pasada y siempre es Laura quien acaba bajándose del burro. Cuando eran unas niñas, Núria siempre le decía que era una pánfila por permitir todo lo que le permitía a su hermana, pero no ha habido manera de que le hiciese caso.

Como siempre, Núria llega cinco minutos antes. La espera sentada en una de las mesas de fuera y, cuando coge el teléfono para mandarle un mensaje, ve cómo se acerca. Ya de lejos advierte que ha perdido peso. Este hecho, y el carácter, es quizá de las pocas cosas que diferencian a sus dos hijas, ya era así de pequeñas. Laura pierde el apetito en cuanto hay algo que la agobia; Raquel, en cambio, calma todas sus ansias comiendo.

Cuando llega se pone una mascarilla y se sienta delante de ella.

—¿No te parece que exageras un poco? —pregunta Núria señalando la mascarilla.

—Voy a pedirme un café. ¿Quieres algo más? —responde Laura, y se levanta.

Núria no contesta, niega con la cabeza y la mira mientras entra en la cafetería.

—¡Un café con leche! —grita antes de perder a Laura de vista.

Cuando la vuelve a tener delante, Núria pregunta:

—¿Y a ti y a tu hermana qué leches os pasa?

—Ay, mamá, nada —dice sin poder evitar que se le humedezcan los ojos.

—Nada no —responde con rotundidad—. Pero ¿tú te has visto? Si pareces un alma en pena. Y mira qué cara de cordero degollado se te ha puesto solo de oír hablar de tu hermana.

—¿La cara? —dice Laura a la defensiva—. Si no me la ves con esta cosa que llevo puesta…

—A ver, que no me chupo el dedo, ¡¿eh?!

—Ay, mamá…

—Pues… Raquel me ha llamado, y que me llame a mí… —la interrumpe Núria.

Núria observa a su hija, Laura lo nota, sus ojos penetrantes, que la escudriñan con todo ese resentimiento que alberga hacia su hermana, clavados en ella, con un recelo que el tiempo ha convertido en una obsesión casi enfermiza.

—¿No te parece que te pasas un poco…?

—Vamos —retoma Núria, que parece que no la ha oído—, que, conociéndola, muy necesitada tiene que estar para que se digne llamarme a mí.

—Ay, que pares, que no empieces con esa cantinela destructiva…

—No, no, yo no empiezo nada…

—¿Y qué te ha dicho? —la interrumpe, concentrada en lo que se ha propuesto hacer para no tener que centrarse en sí misma—. Dime, ¿qué te ha dicho?, si puede saberse…

—Pues que llevas días evitándola, ¿ves, qué quieres que me diga? —suelta Núria con cierto desdén—. Pero lo que tengo claro es que, si me llama a mí, es que ni tú ni Mikel habéis querido hablar con ella. —Va subiendo el tono, sin darse cuenta, para captar la atención de su hija.

—Ah… —Laura se incorpora frotándose los ojos llorosos con las manos, y mira a su madre antes de responder—. O sea que ¿él tampoco habla con ella?

Aún no ha acabado de formular la pregunta cuando se da cuenta de que ha caído de cabeza en la trampa de su madre. Sin poder entender por qué, sin poder recordar cuándo empezó, es muy consciente de la mala relación entre Raquel y su madre, y le da miedo lo que pueda llegar a pasar si se lo cuenta. Su madre nunca las trató igual, y después de que su padre se marchase fue a peor. Si siempre había sido hostil y descortés y había tenido poca paciencia con Raquel, entonces aún menos. A la mínima estaba de morros con ella, le pegaba gritos y la castigaba por nada. Por entonces ellas tenían casi doce años, Raquel ya apuntaba a una adolescencia precoz y rebelde y no se abstenía de contestar a su madre, lo que provocaba que la otra se sulfurara aún más. Convivir con las dos, durante mucho tiempo, fue una tarea casi insufrible. Hasta que se fueron a Cabrils, y entonces se calmaron un poco. Quién sabe si es porque Raquel le recuerda a su padre, esos pequeños gestos y expresiones que ella también le encuentra. Ha llegado a pensar, aunque no logra entenderlo, que en cierto modo culpa a Raquel de que su padre se fuese. Es un conflicto con el cual hace tiempo que tiró la toalla. No logra comprender cómo pueden vivir así, ella, que evita y elude las riñas por insignificantes que sean. Y desde hace tanto tiempo con este malestar entre las dos. Debe resultar agotador estar mal con una persona a la que quieres tanto. Porque, por mucho que intenten fingir o demostrarse que no, no puede ser que madre e hija dejen de quererse. ¿A quién puede pasarle por la cabeza una barbaridad así?

Ella no puede ni recordar cuándo optó por quitar hierro al asunto y no permitir que la una le hable mal de la otra. Quizá no es ninguna decisión meditada, quizá es pura supervivencia. Las dos fueron

durante muchos años, seguramente hasta que fue madre, las personas más importantes de su vida. Y verlas así también la consume y es perjudicial para ella.

—Noooooo… —responde Núria—. ¿Y Mikel qué dice?

Laura la observa un instante, no soporta esa mirada inquisidora y baja los ojos mientras busca qué responder.

—Pero… ¿es que tu marido y tú no habláis? —añade Núria—. ¡Me cago en mi hijaaa! —grita dando un golpe a la mesa que hace que los que están sentados en las mesas vecinas se giren—. ¿Qué os ha hecho ahora?

—Mikel… es igual de culpable aquí —replica, y se echa a llorar.

—¿Qué dices? —pregunta en un tono que ha pasado de despectivo a sentencioso sin saber por qué.

No tiene muy claro si es lo que pretendía, pero Núria ha metido el dedo en la llaga, y Laura, sin buscarlo ni pretenderlo, ha acabado dejando al descubierto ese hecho que se había prometido no contar a nadie, y menos a su madre.

—No me lo quiero ni imaginar… —contesta Núria al tiempo que se acerca a su hija.

Laura le cuenta hasta donde sabe lo que pasó hace tantos años entre Raquel y Mikel. Se percata de que, como siempre, intenta excusar a su hermana con cada palabra. Quisiera comérselas todas, no puede reprimir un sentimiento de culpa que crece a medida que habla. Le dice también que no se habla con Mikel, que ella no quiere saber nada más de lo que pasó. Que él culpa a Raquel, pero que está segura de que es solo para exculparse. Que hacen el paripé en casa, por las niñas, y ya está, y que ellas ya se han dado cuenta de

que pasa algo. Que le importa más que se lo hayan escondido tantos años que el hecho en sí.

—Pues la muy caradura me ha dicho que viene este fin de semana —añade Núria—. No sé cómo lo ha hecho, pero dice que nos echa de menos y que ha conseguido que la empresa le encuentre un vuelo desde Nueva York, que no sé cuántas PCR ni qué narices de prueba más me ha dicho que tiene que hacerse, pero que vendrá y podrá quedarse unos días en Barcelona.

19

Marzo de 1984

Raquel se despierta, asoma la cabeza por debajo de la manta y se le enfrían la nariz y las manos. Ya hace rato que se revuelve en la cama en un estado que discurre entre la somnolencia y la consciencia. La habitación está a oscuras, y tarda unos segundos en acostumbrársele la vista. Laura duerme. «Como siempre», piensa. Cae en la cuenta de que su madre hoy no está en casa y sonríe.

Todo está demasiado tranquilo.

Respira aliviada, y esa sonrisa inicial, asustadiza y culpable, acaba llenándole la cara, y por un instante siente una felicidad inmensa. Hace dos semanas que no salen de casa, han tenido varicela, empezó ella y tampoco pudo evitar pensar que solo es la primera para las cosas malas. Al cabo de un par de días se le unió Laura. Raquel se alegró, ese tiempo sola con mamá en casa, pese a tener fiebre y apenas salir de la cama, se le había hecho insoportable. Su madre ya hacía días que empezaba a estar muy pesada con la cantinela de que en el trabajo le leerían la cartilla.

Raquel se había acostumbrado al rumor de la radio, que le llegaba a lo lejos y era incapaz de descifrar. La atrapaba al despertarse, o

quizá era aquel murmullo enrevesado que le llenaba los oídos hasta hacerle abrir los ojos.

Laura es más dormilona. Todos estos días, mientras su madre estaba en casa, Raquel ha esperado a que Laura se espabilara para levantarse. Se ha quedado acurrucada e impaciente bajo la colcha, prestando atención a lo que su madre podía estar haciendo hasta que reconocía ese movimiento de su hermana que significaba que se le acababa el sueño. Si la impaciencia le hacía la espera insoportable, empezaba a moverse ella, a emitir murmullos y a chasquear los dientes, hasta que conseguía despertarla. No tenía ningunas ganas de levantarse y encontrarse a Núria enfurruñada en el comedor, y, si tenía que estar allí, quería asegurarse de que fuese poco rato.

Cuando era pequeña anhelaba los pocos momentos en que podía estar sola con su madre, quizá entonces aún se aferraba a la idea de que un día la trataría igual que a Laura. Ahora, cada vez le gusta menos, no, de hecho ya lo detesta. Siempre la riñe y siempre encuentra cosas que Laura hace mejor: «Laura es mejor estudiante», «Laura es más cuidadosa comiendo», «Laura no replica a todo lo que le digo», Laura, Laura, Laura…

¿Cuántas veces ha pensado que su madre habría querido tener una sola hija? ¿Cuántas veces ha pensado que su madre habría querido tener solo a Laura?

Los primeros días, con picos altos de fiebre, estaban muy mustias y prácticamente se limitaban a dormir, pero, desde que han empezado a encontrarse bien, se les ha hecho un poco insoportable, sobre todo a Raquel, que solo necesitaba tener picores por los granos para quejarse aún más por todo.

Núria ya ha faltado demasiados días al trabajo, y ayer, cuando vio que las niñas estaban bastante espabiladas, decidió que hoy volvería al trabajo. De hecho, de no ser por que si ella no está en casa nadie hace las tareas, preferiría currar. Está cansada y han tenido que bajar el ritmo de vida de manera considerable, pero al final aún tendrá que agradecerle a Raqui que le encontrase este puesto en El Corte Inglés.

Ha dejado la comida preparada y cubierta con un trapo en la encimera de la cocina. Cuando se ha ido las dos seguían dormidas, y les ha escrito una nota que ha dejado al lado del tarro de las galletas para asegurarse de que la verían. Les ha apuntado el teléfono del trabajo —solo para urgencias— y también les ha prohibido taxativamente que toquen el microondas, pues ya se acercará ella a calentarles la comida al mediodía.

Raquel aprovecha que está sola en casa para revolver en los armarios. Pocas cosas le gustan más que husmear en la vida de sus padres, sobre todo en la de su madre. Busca indicios que le aclaren por qué Núria la quiere menos. Un día se lo preguntó a su padre y él le dijo que no era verdad y que hiciese el favor de no decir esas burradas. Se lo dijo en castellano, con ese mismo tonillo que adopta cuando le oye hablar con la abuela Raqui por teléfono y que a ella le gusta tanto. Su padre siempre se esfuerza por protegerla, de Núria también, y aprovecha cualquier nadería para intentar acercarlas. Ella ya no sabe qué hacer con su madre para gustarle. No quiere ser mala, como le dice, pero tampoco sabe cómo dejar de comportarse de ese modo.

Ahora le parece que Laura se ha despertado y recoge deprisa y corriendo, pero lo bastante bien para que su madre no se dé cuenta,

la caja de zapatos llena de retratos y papeleo antiguo que ha sacado del fondo del armario. Se levanta agitada del suelo; se le han quedado el culo, las manos y los pies helados.

Cuando aparece Laura, la encuentra empezando a preparar el desayuno y cantando: «Hoy en mi ventana brilla el sol, y el corazón se pone triste contemplando la ciudad, por qué te vas…». Imita a Jeanette, el tono que pone ella. La vio en la tele, le encantó y se la imaginó con el mismo rojo de pelo que el suyo. No entiende muchas cosas de lo que dicen las canciones que escucha en la radio, pero le gusta cantar, bailar, imitar a los artistas si ha podido verlos en la televisión. Por unos momentos se siente otra. Una que brilla, que gusta, que lo hace todo bien.

—¿Qué haces? —dice Laura con un bostezo.

—Leche con colacao…

Antes ha leído la nota de su madre. De puntillas llega al estante de las tazas de la leche, coge dos y las llena.

—Yo me la caliento en el microondas… —le dice a Laura cuando ya tiene la taza dentro—. «Pensando en ti, y en mi reloj todas las horas vi pasar, por qué te vas».

—Mamá se va a enfadar. Toma, te he traído las zapatillas, no cojas frío en los pies.

—«Me olvidarás, me olvidarás».

Ahora están las dos sentadas a la mesa de la cocina, Raquel ha calentado la leche sin ningún incidente y sin derramarla dentro del aparato, cosa que también la habría delatado y habría hecho enfadar mucho a su madre. Lo que más le gusta a Laura de la leche con colacao son los grumos de cacao, encontrarlos enteros y enormes, y que le estallen en la boca. A Raquel también le gusta más así, y

ahora piensa por qué ha sido tan tonta de calentarla, de arriesgarse a que su madre la descubra y le eche la bronca. Y, además, se ha quedado sin las bolas de cacao. Si pescarlas con la cuchara y deshacerlas en la boca, y que se le queden los dientes negros, es de las cosas que más le gustan del mundo.

—¿Me dejas mojar en tu taza? —le dice a Laura cuando ya tiene la cuchara dentro.

Después de desayunar, juegan cada una por su lado. Laura ha vuelto a montar su peluquería con las sillas del comedor; las ha puesto la una al lado de la otra y ha sentado a las muñecas encima.

—¿Te apetece un café? —le pregunta a la Nancy—. Ahora mismo, ¿como siempre, señora Milagro? Con una nube de leche y dos terrones de azúcar, ¿verdad?

»¿Usted quiere algo, señora Martí? —le dice a la muñeca Repollo que les mandó la yaya Raqui por su cumpleaños.

»Muy bien, solo las puntas y después le haremos la toga para que le quede bien liso.

Raquel juega con el radiocasete de su padre. Tiene puestos Los 40 Principales, hace un rato ha sonado «Thriller» y lo ha grabado con una cinta virgen que le dio su padre y canta y ensaya la coreografía. El 31 de diciembre, en el programa que emitió Televisión Española para celebrar la Nochevieja, pusieron el videoclip, y a Raquel le fascinó.

—¿Nos cambiamos el pijama y me haces de novia de Michael Jackson como en el videoclip de «Thriller»?

—Mejor no, que mamá…

—Si no va a enterarse —dice risueña.

—Si llega y nos encuentra…

—Pues sin cambiarnos —insiste.

—Nooo.

—Vaaa, si no, no te dejo mi Nancy…

—Estas son las dos mías. Además, me da miedo esta canción…

—Noooooo —dice Raquel cogiéndosela de la silla—, esta es mía… y… eres una cagona.

—¡Es míaaa! Tú le cortaste el pelo a la tuya —replica Laura, y le saca la lengua—. ¡Cagona tú! ¿Y qué?, ¿no te acuerdas de que mamá se enfadó mucho contigo? —añade poniendo mucho énfasis en el «mucho».

20

Abril de 2021

Debería haberse ido a China. Todos los años, después de las fiestas de Navidad, Raquel viaja allí y recorre Asia hasta que acaban las celebraciones del Año Nuevo chino. Visita cada una de las tiendas más importantes que tiene el grupo en cada ciudad, repasa las colecciones, se asegura de que les quede claro cómo y dónde van en la tienda, y los ayuda a preparar y supervisar los escaparates. Este año, a causa de la pandemia, la empresa ha cancelado todos los desplazamientos de sus empleados a cualquier país asiático. Ya se quedó atrapada en Estados Unidos por Navidad, y pese a que le ha costado mucho, finalmente y con mucha presión por parte de la empresa, argumentando que era imprescindible que estuviese en Barcelona, y una PCR negativa, ha podido volver.

Raquel, como quien no quiere la cosa y como suele hacer ante cualquier conflicto, dejar pasar un tiempo prudencial, lo que considera necesario para que el otro olvide, en función de cada circunstancia, también de cada persona. Puso en el grupo de WhatsApp de la familia la hora de llegada de su vuelo y les dijo que le gustaría invitarlos a comer, que hacía mucho que no se veían, que

se había perdido el cumpleaños de las niñas y las echaba mucho de menos.

No pudieron pasar las fiestas juntos, ella estaba en Estados Unidos y un nuevo brote provocó cancelaciones de vuelos en casi todo el país. Miró y buscó opciones, pero siendo consciente de la alta probabilidad que tenía de quedarse tirada en un aeropuerto para comerse los polvorones; se lo tomó bien, se quedó en el hotel y cenó con Thomas y su familia.

Nadie respondió a aquel mensaje, ni a ningún otro de los que fue añadiendo, variando las propuestas y preguntando por las niñas.

Raquel no había tenido en cuenta que Laura nunca se había comportado como los demás con ella y no previó que quizá la de ahora era la gota que colmaba el vaso. Pero ¿qué había pasado? No tenía constancia de nada que hubiese podido hacer o decir para enfadar a su hermana. Si su hermana no se enfadaba nunca.

—Mira que siempre te dije que ese juego de haceros pasar la una por la otra acabaría mal, que tendría consecuencias…

—Pero ¿de qué coño me estás hablando?

—¡Y mira cómo habéis acabado! ¡Cómo hemos acabado! —Núria no puede reprimir la ira.

Raquel, a medida que se acercaba a la puerta de llegadas, veía de lejos a su madre, esperándola. Las puertas se abrían y se cerraban, y allí estaba ella, detrás, quieta y tiesa como una estaca. La multitud se movía a su alrededor, se reencontraban con sus seres queridos, algunos se abrazaban y se besaban, otros se cogían de las manos, se las apretaban fuerte, sin quitarse los guantes, y lloraban detrás de la mascarilla. A Núria solo la inmutaba algún empujón que recibía

y al que se mostraba impasible. Ni siquiera eso la hacía salir de su pasmo y mostrarse quejosa como habría hecho normalmente. Su comportamiento no la extrañó más que el hecho de que estuviese allí. De hecho, se quitó las gafas de sol para confirmar si era ella. Por un momento le inquietó, llegó a pensar que les había pasado algo a Laura y a Mikel, tanto silencio desde hacía tantos días, quizá a alguna de las niñas. Pero exhibía su pose de amargada de siempre, la misma bufanda de hace diez inviernos. Sonrió con sarcasmo al pensar en la que le había regalado el año anterior por Navidad de Bergdorf Goodman, y que está segura de que no se ha puesto nunca.

«Con el dineral que me costó… Qué lástima, debe de seguir en la caja, envuelta en el papel de celofán», piensa.

Cuando ya estuvo muy cerca, sintió una dicha extrañamente agridulce por el hecho de que su madre hubiese ido a buscarla. Incluso suponía que ya le resultaba imposible omitir su típica cara de acelga con cualquier cosa que tuviese que ver con ella. Pero eso duró un segundo, quizá dos. La singular sensación de que aquella felicidad inusual y momentánea acabaría pasándole factura, y también el absoluto sometimiento a dejarse llevar, sin sufrir por las consecuencias. De repente, la sorprendió de nuevo el miedo a que a Laura le hubiese pasado algo. Todo aquel silencio empezaba a cobrar una forma indeterminada en su cabeza, angustiosa y dolorosa.

—Pero… es que…, pero ¿cómo fuiste capaz de hacer algo así? —le dice ahora con los ojos llenos de lágrimas.

Raquel no podía recordar cuándo había visto llorar a su madre. La única vez que era consciente de que lo hubiese hecho fue el día que fue abuela, cuando tuvo a sus nietas en brazos por primera vez. Ella entonces no estaba, y fue Laura quien se lo contó, sorprendida, agradecida y también con añoranza por no haber vuelto a vivir aquella muestra de afecto sincera y espontánea hacia sus hijas.

Siempre ha envidiado a su hermana esa forma tan fácil que tiene de encontrar amor en todas partes, sobre todo donde ella solo encuentra juicios y envidia.

Ella, si escarba en la memoria, recuerda que, pocos días después de que su padre se fuese, pilló a Núria sentada en la cama. Pensaba que estaba sola en el piso y había dejado entreabierta la puerta de su habitación. Fue solo un momento; en las manos sostenía lo que le pareció que era una carta e intentaba reprimir un llanto airado. En cuanto se dio cuenta de su presencia, la despachó con un grito raquítico mientras se escondía en el bolsillo la hoja que sujetaba.

21

Marzo de 1985

Poco después de aquel día, se enteró de cómo había sucedido todo. A Raqui, por mucho que ella quisiese convencerse de lo contrario, nunca le gustó Núria, ni poco ni nada: huérfana de padres, pobre y sin oficio ni beneficio, le oyó decir la primera vez que fueron a visitarlos a Cádiz. Estaban en el cortijo de la familia y habían organizado un encuentro con familiares y amigos para que conociesen a las gemelas. Entonces las niñas tenían poco más de cuatro meses. Tras aquel día, tuvo claro que se avergonzaba de ella y que por esa razón nunca llegaron a celebrar aquella boda majestuosa que le había prometido cuando se conocieron. Ya le fue bien, tanta pomposidad la hacía sentir pequeña y nunca encontró en ellos la familia que habría querido tener, la familia que nunca ha tenido y que siempre ha añorado.

Sabe que, desde el día que vio a Raquel aquel mechón de pelo rojo, ha pensado que las niñas no son nietas suyas. También aquel viaje fue idea de Juan. De la misma forma que no sabía negarle nada a su madre, a ella le pasaba lo mismo con su hijo. Y su suegro poca cosa tenía que decir o hacer cuando se trataba de asuntos

entre los dos. Juan pensó que, cuando sus amigos conociesen a aquel par de niñas, verían que, aparte de ser pelirrojas y preciosas, eran hijas de su padre: tenían los mismos ojos verdes y la misma carita que Juan cuando era un bebé. Creyó que sus amigos se lo dirían, que ellos encontrarían todas esas similitudes que su madre, centrada en las diferencias y en ese color de pelo que la hacía rabiar a más no poder, había obviado. Pero no fue así. Ya no recuerda quién sacó el tema. Nunca volvió a ver a aquella gente, y tampoco se atrevió a hablar de ello con Juan. Faltó tiempo para que aquel comentario sobre lo extraño de que de unos padres de cabello negro naciesen dos criaturas con aquella cabeza de panocha diese pie a una conversación llena de burlas y prejuicios que hicieron que se sintiera una furcia. Llegó a dudar de sí misma y a asumir como ciertas todas las insinuaciones, que, aunque fuese la única, sabía que no eran verdad.

Raqui se enfureció, pero a disimular y hacer el numerito no la ganaba nadie. Cuando fue conociéndola, entendió que de otra forma habría sido como aceptar que su hijo eran un cornudo delante de sus amigos. Un ataque de tos que Raqui fingió de maravilla la hizo levantarse de la mesa y dirigirse al interior de la casa. Una de sus amigas, la única que no se había sumado a las bromas del resto, la siguió. Raqui morirá sin saber que fue esa misma amiga, a quien había confesado sus dudas y sospechas al volver de Barcelona después de que naciesen sus nietas, quien fue diciendo por medio Cádiz que el hijo de Juan y Raqui era un cornudo a quien una catalana de Barcelona había enredado bien y que la prueba irrefutable eran dos niñas con la cabellera roja como el demonio.

Raqui y su amiga tardaban mucho en salir, y Núria, a quien, por otro lado, nadie veía, se levantó con disimulo y fue a buscarlas. Las niñas dormían plácidamente dentro del moisés. Aún no sabe por qué fue, si en el fondo sabía que no sacaría nada bueno. Pero entró en la casa y, cuando las vio, se escondió lo bastante cerca para oír lo que decían.

Hablaban un castellano muy cerrado, muy de allí, y le costaba entenderlo.

—Ya se le pasará —oyó que le decía Raqui a su amiga—. No sé qué l'ha visto'l niño a esta catalana… —Podía captar el desdén de sus palabras hacia lo que representaba Núria, al tiempo que quitaba hierro con risas a un tema que en realidad la traía de cabeza—. A veee, que la mushasha e un rato guapa, y mu arta…

De lejos vio a Juan acercarse, seguramente había ido a buscarla, y Núria entró en pánico. Le daba miedo que la viesen, el cuerpo se le empapó en sudor y el corazón le latía enloquecido.

Él la encontró abatida, supo que algo le había disgustado, se lo notaba en aquel otro llanto que percibía que también reprimiría. Núria, a pesar de la insistencia de él, no le contó nada. No se veía con fuerzas. Aparte de que sentía un convencimiento, inconsciente y absoluto a la vez, de que remover el asunto, de que fuese ella la que verbalizase todo lo que le había oído decir a su suegra y a su amiga, podría acabar suponiendo que Juan se creyese también aquella sarta de mentiras que confirmaban que él no era el padre de las niñas. También estaba segura de que no hacía falta, de que no serviría de nada o de que emporaría las cosas. En cuanto lo conoció se dio cuenta de lo apegado que estaba a su madre, y de lo capaz que era ella de manejarlo a su antojo.

Casi doce años más tarde, el día que él no volvió, no le dio importancia. Habían discutido otra vez por las mismas historias de siempre: que él no estaba nunca en casa, se cansaba de decirle Núria cada noche cuando se le acercaba al llegar. Cada vez eran más frecuentes y recurrentes las disputas, y el lenguaje, cada vez, más violento. Juan, poco a poco, dejó de mostrarse cariñoso con ella, dejó de darle aquel beso, también de acariciarle el culo mientras le preguntaba cómo le había ido el día. Aquella noche no llegó a cenar, pensó, o eso quiere creer, que había salido a desfogarse con los compañeros del trabajo, últimamente lo hacía muy a menudo.

No tenía ningún sentido extrañarse.

Al día siguiente no estaba en su lado de la cama.

Tampoco en el sofá, donde ya había empezado a dormir muchas noches cuando se peleaban.

En el armario seguían todas sus cosas.

Sufrió por él, por su vida, hasta que encontró el sobre dentro del cajón. Contenía un grueso fajo de billetes: quinientas mil pesetas, cuando los contó, y una carta en la que le decía que se iba, que ya no la quería, que de ninguna manera podían seguir así, ni por sus hijas ni por ellos mismos. Que había empezado una nueva vida con otra mujer, que no le buscase y que su madre lo había arreglado todo con el notario para poner el piso a nombre de Núria, para que a sus hijas no les faltase de nada. También adónde debía llamar para ir a formalizarlo.

No ha vuelto a verle.

¿Cuántas veces descolgó el teléfono y llamó a casa de sus suegros, esperando que respondiese él? ¿Cuántas fue a su trabajo, a esperar ver salir a algún compañero para preguntarle si sabía algo?

Se escondía, la vergüenza de ser abandonada entonces la acercaba a otro dolor, uno que mantenía dormido y al que hasta muchos años más tarde no pudo poner nombre.

Núria, después de que él se fuese, no tuvo ninguna duda de que había sido su suegra quien se había encargado de enviar a aquella abogada jovencita a Barcelona. Carmencita era hija de unos buenos amigos de la familia, y a Raqui le faltó tiempo para organizarlo todo. Cuando se enteró de que en el bufete de Juan necesitaban abogados tras la aprobación de la ley del divorcio a principios de los años ochenta, de repente, parecía que toda Barcelona quisiese acabar con sus matrimonios. Eso es lo que puso él como excusa la tarde en que, cuando llegó a casa, Núria le preguntó por ella. Nunca iba a buscar a su marido al trabajo, tampoco pasaba a verle, pero aquel día, tras una nueva discusión, vio que tenía una carpeta con papeles del bufete encima de la mesa del despachito y le pareció que sería una buena forma de hacer las paces. Dejaría a las niñas en la escuela y se la llevaría antes de irse a trabajar. Si no se entretenía, le daba tiempo a todo.

No llegó ni a entrar en el edificio.

La alertaron las risas de su marido, las mismas que se le hacían tan contagiosas e irresistibles cuando se conocieron. Cuando los vio… Él exhibía aquella actitud tan seductora suya que ya no recordaba cuándo había visto por última vez.

Con el tiempo, comprendió que la habían enredado bien.

Estaban juntos en la barra del café que había en el chaflán de la calle de Muntaner, adonde habían trasladado las oficinas del bufete. Núria se encontraba demasiado lejos para entender qué decían, pero sí que adivinó que la chica hablaba el mismo castellano cantarín que

él. Por la noche, cuando estaba en casa y las gemelas ya dormían, él le quitó hierro al asunto y la tildó de boba y de ver cosas donde no las había. Quizá entonces su marido no fuera consciente todavía.

Y no ha sabido nada más de él, ninguna carta, ni siquiera para preguntar por sus hijas; tampoco ninguna llamada.

No le cabe duda de que Raqui acabó saliéndose con la suya y de que Juan volvió a Cádiz.

22

Abril de 2021

Hotia putaaa tía! Laura!
Llámame, dim algo, no me dejs así, cabona, otia puta, jodeee

Se ha despertado en el sofá de su piso de Barcelona, adonde se fue ayer después de encontrarse con Núria en el aeropuerto.

Su madre la dejó allí plantada, delante de la puerta de llegadas, rodeada de gente. Se sentía invisible en medio de tanta felicidad ajena. Le gritó, la insultó como nunca. No la tocó. Le dijo que no quería saber nada más de ella, que a partir de aquel momento ella solo tenía una hija.

«Por mí estás muerta», dijo.

Cogió un taxi y se fue directa al piso con aquella frase revolviéndosele por dentro con la vergüenza y el odio hacia sí misma. En casa se abrió una botella de vino. No había comido en todo el vuelo, nunca lo hacía, y enseguida se notó la mente turbada.

Escribió a Laura. Tan rápido como veía que su hermana leía los mensajes y no respondía, ella bebía. Se llenaba la copa y se le acababa.

Ahora, mientras trata de olvidar lo que recuerda de ayer, con la certeza de que no ha hecho más que empeorar las cosas, busca el teléfono para leer los mensajes.

Hotia putaaa tía! Laura!
Llámame, dim algo, no me dejs así, cabona, otia puta, jodeee

Escucha el audio que precede al último mensaje. Quizá aún no se había dado cuenta de lo estúpida que es, no ahora, no hoy ni ayer. ¿Cómo ha podido tratar así a su hermana?

También tiene un montón de mensajes de Toni. Aquello que hizo en Tamariu y que había enfadado tanto a Laura no se lo ha contado ni a su amigo. En el fondo siempre ha sabido que es el día que más se ha equivocado en la vida. Mientras le escribe un mensaje para decirle que no puede quedar, Toni entra por la puerta; no recordaba que tiene un juego de llaves que le dio cuando compró el piso para que fuese a regarle las plantas antes de que ella las matase todas las primeras vacaciones que pasó allí.

—Pero buenoooooo, zorrita, cuánto tiempo…

—No estoy para hostias, Toni; de hecho, ahora iba a decirte…

—Mejor, ayer salí de fiesta con las niñas y… —Toni no acaba la frase cuando ve la cara de Raquel—. Nenaaaaaa, ¿qué pasa? —dice al tiempo que se acerca al sofá.

—No quiero hablar de…

—¡Peeerdooonaaa! Venga, va, ¡suéltalo! —insiste mientras la abraza—. Si sabes que después te sentirás mejor, amor.

Raquel le cuenta a su amigo lo que hizo hace casi treinta años, cómo se dio cuenta Mikel y el dolor que le produce cada vez que le

ve desde que sabe que descubrió la verdad en su despedida de soltero.

—Tíaaa —dice Toni con un suspiro—. ¿La verdad?

Raquel le mira sin responder.

—Aquí debo decirte que te has pasado… Sí, te has pasado tres pueblos, amor…

Lo mira de nuevo mientras coge el teléfono para ponerle el último audio que envió ayer a Laura.

—Tía, pero es que además no creo que exista nadie peor que tú pidiendo disculpas; si es que tu hermana es una puta santa…

—No me estás ayudando…

Raquel le hace callar y coge el teléfono que había dejado encima de la mesa.

—Es Laura —le dice.

No me escribas, no vengas a vernos, no preguntes por mí a
mamá, ni por Mikel ni por las niñas.
Cuando pueda.
Si algún día puedo.
Ya te llamaré.
Dame tiempo, por favor.

23

Diciembre de 2021

Laura no se ha separado de Júlia en ningún momento. Lleva tres días en el hospital, tres días con sus tres noches enteras.

Los centros sanitarios están saturados de enfermos de covid. Las plantas de pediatría son las únicas que permiten un acompañante por enfermo, y siempre debe ser el mismo. El resto de las visitas están restringidas, pero con ellos han hecho un poco la vista gorda y dejan que Mikel y Martina puedan entrar un rato casi cada día, a verlas, si antes se hacen una PCR y da negativo.

Martina es la que peor lo lleva. Hasta ahora no se habían separado para nada, prácticamente no se habían alejado, y no habían pasado nunca una noche sin compartir techo.

No paran de hacerle pruebas y les dicen que está todo bien, que no hay nada que justifique esa parálisis parcial, ni ese agotamiento y esa apatía desconcertantes.

Ella no se quita de la cabeza la culpa por el estado de Júlia. Han intentado llevar la situación de la mejor manera posible, y es evidente que se les ha ido de las manos. No han vuelto a sentarse a hablar de qué ocurrió. Los días que siguieron a la confesión de Mikel,

este trató de acercarse, explicarse, pero ella se negó en redondo cada vez. Hasta que él dejó de intentarlo. No hablan para nada, ni de nada, salvo cuando están con las niñas y hacen la pantomima para disimular después de aquel desayuno en el que Martina vino a decirles que sabía que pasaba algo entre ellos. Desde entonces, delante de ellas se esfuerzan por mostrarse más comunicativos el uno con el otro, pero sin verdad no puede transmitirse ni crearse una energía de paz, ni de amor ni de armonía. Ninguna mentira ni ningún silencio podrá restablecer su felicidad.

¿Existe alguna forma buena de llevar esto?

Nunca se había enfadado con Mikel, nunca de verdad, nunca por algo importante como las cosas que le cuentan algunas de sus amigas de sus parejas y sus ex. Él siempre atento y servicial a las necesidades de las tres, siempre pendiente de que estén bien y de que no les falte de nada. Es cierto que ella es una persona fácil, que no se complica la vida por muchas de las tonterías con las que se la complican la mayoría, que sabe dar la vuelta a los problemas. En realidad, nunca han tenido problemas. Inconvenientes sí, o pequeñas discusiones incómodas, pero nada más grave.

Hasta ahora.

A Laura le ha venido todo de golpe. Quizá también se aprende a gestionar los conflictos, y lo que más ha hecho ella en la vida es evitarlos. Quién sabe, si no hubiese sido siempre una pánfila, sobre todo con Raquel, su madre se ha hartado de decírselo, desde que son pequeñas. Pero siempre ha pensado que su madre, por una razón que no alcanza a comprender, siente alguna clase de animadversión y desconfianza hacia su hermana. Y Mikel también se dio cuenta muy pronto de las diferencias en lo que se refiere a

Núria, pese a que él, que las conoció de adolescentes y es de la opinión de que los hijos vienen como vienen y debes aprender a quererlos como son, encuentra más fundamentada esa forma de tratarlas, porque es verdad que Raquel se las ha hecho pasar moradas a Núria. Pero ¿qué va primero? Sin planteárselo de ningún otro modo, ahora se da cuenta de que el carácter de su hermana no ha sido otra cosa que una respuesta de supervivencia al desdén de su madre, porque al final, de tanto oír que no se le ocurría ni una idea buena, se lo ha creído. ¿Puede ser Raquel de otra manera? Y sin buscarlo ni pretenderlo, ella siempre ha hecho lo que ha podido por protegerla, por intentar ocultar sus fechorías y también por quitarle hierro delante de su madre.

No recuerda que nunca haya sido diferente.

Si hurga en su memoria, el primer recuerdo que tiene es el de un día que en la guardería habían pintado un dibujo, ya no sabe de qué era, pero da igual. Cuando estaban en casa y Núria los tuvo en las manos, no le hizo falta preguntar a quién pertenecía cada uno. Raquel había pintado por todo el papel, por dentro, por fuera, por encima de la raya… El de ella, en cambio, quizá sí era como debía ser. Quizá la maestra también les dijo que no se saliesen de las líneas. Quién sabe si fue la misma maestra quien le hizo ver las diferencias a Núria. No lo sabrá nunca. Pero, una vez en casa, Núria se llenó la boca de cumplidos hacia el que había hecho ella y después arremetió contra Raquel. Le dijo que el suyo estaba mal, que no podía salirse de la raya, que debía ser una niña buena y hacer lo que le mandase la maestra.

Raquel no está hecha para vivir dentro de márgenes ni límites, tampoco para respetar las formas.

Ahora lo ve distinto, ahora que es madre se da cuenta de que Raquel era discrepante, con todo y con todos. Con la vida, las normas y los convencionalismos. Pero no por eso peor ni mala. Puede verlo con Martina. El día que Núria le dijo: «A esta niña tienes que atarla en corto, porque apunta maneras, ¿eh?», tuvo muy claro por dónde iba el comentario de su madre. Ese día no hizo lo que hace siempre. Ese día, pese a que había decidido mostrarse respetuosa y no permitir que la una le hablase mal de la otra, quiso dejar hablar a su madre.

A Núria el comentario le había salido así, límpido y conciso, como quien dice que hoy va a llover o hará sol. Lanzó esa crítica sobre una de sus hijas, pero quería llegar más lejos.

—Mamá…

—Dime…

—¿Qué quieres decir con que apunta maneras? —preguntó en un tono tan conciliador que parecía tonta.

—¡Nena! —contestó exagerando Núria—. De verdad, a veces parece que te hayas caído de un guindo…

—No te entiendo…

La entendía, y en cierto modo no quería hacer lo que hacía, ella no era así. Estaba manipulando a su madre para llevarla a un lugar que ya conocía. Estaba haciendo lo que debería haber hecho Raquel. Solo tuvo que escoger, y decidió proteger a su hija, entonces y en el futuro. Ya le había oído algún otro comentario que no le gustaba y que había llegado a molestarla.

—¡Ay, nena! —volvió a gritar—. Pues que esa hija tuya…

—¿Martina? —la interrumpió Laura.

—Sí, sí, sí, Martina. —Núria negaba con la cabeza, con los ojos como platos, sin creerse en absoluto que Laura no se hubiese dado cuenta de lo que quería decir—. ¿De quién quieres que hable?

—Podría ser de Júlia —respondió—, tengo dos hijas, pero dime, dime, que me interesa.

—Pues que, si no la atas en corto, tiene todos los números de volverse como tu hermana.

Quería oír eso, quería la frase que habría deseado que no pronunciase nunca. Respiró hondo. No quería decir todo lo que le vino a la mente en un primer momento. Quería entenderlo, estaba convencida de que Núria había tratado a Raquel de la mejor forma que pudo, de la mejor forma que supo y creyendo en todo momento que lo que hacía era lo mejor para ella. Pero no permitiría aquellas distinciones con sus hijas. Respiró y contó hasta diez, hasta veinte, antes de decir nada.

—Parece mentira que no te des cuenta de según qué cosas —añadió Núria al ver que Laura no contestaba.

—¡Basta! —gritó más alto de lo que habría querido.

Contuvo las ganas que tenía de gritar a su madre, ella, que nunca tenía un tono fuera de lugar para nadie. Y tal vez sí que debería haber pegado algún grito a alguien en la vida, y seguro que ese alguien habría sido, si no siempre, la mayoría de las veces su hermana. Pero ese día no empezaría a gritar. Su madre le había hablado poco de su infancia, pero ella sabía sin saber, porque cada vez que le había preguntado había encontrado un dolor y un silencio diferentes en la mirada de Núria.

Diferentes, también, del dolor que aún alberga por su padre.

Saltar en defensa de su hija no tenía por qué convertirse en un ataque a su madre.

—Mamá. —Alargó una mano para coger la de Núria.

No quería emitir castigos ni juicios, y no quería que sus palabras los rezumasen.

—¿Te has parado alguna vez a pensar que lo que no nos gusta de los demás no es más que un reflejo de algo que no nos gusta de nosotros mismos?

Lo que más reprocha Laura a su padre, quizá, no es que las abandonase; lo que más le ha pesado es que dejase a Raquel sola con su madre. Ya casi nunca estaba en casa antes de irse para siempre, no recuerda que en aquella época llegase nunca antes de que ellas se fuesen a dormir, como tampoco que estuviese en casa cuando se levantaban. Recuerda que su madre se pasaba el día quejándose de él, de sus ausencias. Renegaba con resentimiento y los fines de semana siempre se lo echaba en cara.

Está claro que no es motivo suficiente para hacer lo que hizo.

No cree que exista ningún motivo para que un padre abandone a sus hijos.

Nunca se había planteado lo que había hecho su padre. No lo había cuestionado ni había intentado entenderlo hasta el día que fue madre. Aquel día se sintió más cercana y conectada que nunca con Núria y su pasado, y todo aquello que guardaba silenciado impactó de lleno en su consciencia sin quererlo ni buscarlo.

No pretendía juzgarlo, tampoco entenderlo, pero ¿cómo podía abandonarse a un hijo?

Fueron tantas las veces que los oyó discutir por las distinciones que hacía Núria con ellas dos y que su padre también veía… Del

mismo modo, ¿podría ser que eso le hubiese creado un prejuicio a Raquel?, ¿que ya mirase su relación desde la opinión de su padre? Quizá Raquel recordaba más esos reproches de su padre a su madre que las veces que su madre las había tratado diferente.

Tal vez Raquel no ha podido más que resonar con lo que ha oído, y al final se lo ha creído, y no podía ser de otra manera.

Quizá también ha estado siempre convencida de que era culpa suya que su padre se fuera, como había llegado a decirle su madre.

Laura y Mikel llevaban poco tiempo saliendo juntos. Hasta aquel momento, Núria se había hartado de hablar mal de todos los chicos con los que andaba Raquel, y de repetirle siempre lo mismo: que no fuese una guarra, que al final todos buscaban lo mismo, que no se abriese de piernas a la primera de cambio, que si se corría la voz de que era una calientabraguetas ninguno querría casarse con ella… A Núria se le llenó la boca de barbaridades. Quizá entonces parecían normales, o las habían normalizado de tanto oírlas, pero ¿ahora? Laura se tiraría de los pelos hasta quedarse calva solo de imaginarse diciendo algo parecido a una de sus hijas. Y sonríe al recordar que llegó una factura de teléfono de más de cincuenta mil pesetas porque ella, que sí que no había hablado de ningún otro chico, se pasó un año entero enviándose cartas y hablando por teléfono con Mikel. Suerte que fueron remirados y se llamaban en horario de tarifa reducida. Es la única vez que Núria ha puesto el grito en el cielo de verdad por él, el único momento en que la ha visto enfadada con algo que tenga que ver con su marido. Núria nunca tuvo ningún otro reproche para él, que enseguida supo metérsela en el bolsillo, y ella siempre le ha adorado.

Ahora Laura querría perdonarle, pero no puede quitarse de la cabeza la imagen que se ha creado del momento ni olvidar que se lo ha ocultado tantos y tantos años.

Al ver que no había ninguna razón física que pudiese explicar lo que le ocurría a Júlia, el médico acabó preguntándoles si la niña se había visto sometida a alguna situación de estrés, que si en casa iba todo bien. «Todos hemos pasado tiempos difíciles con el confinamiento», dijo el doctor. «El confinamiento es lo de menos», pensó Laura. Una vez que el médico estuvo fuera, la forma en que los miró Martina… Albergaban tanto odio y tanto juicio aquellos ojos… «Es culpa vuestra», les espetó, y luego se abrazó a Laura y miró a su padre con un desdén que está segura de que le dolió más a ella misma que a su marido. «No sé qué has hecho, papá, pero Júlia está así por tu culpa».

Lo que había hecho estaba mal, esconderlo tantos años desde que lo supo era horrible. Pero ella había tenido en sus manos, cuando menos, tratar de evitar llegar al punto en el que se encontraban. Y no quiso, no lo intentó. Ahora Martina culpaba a su padre de lo que sufría su hermana, y ella no podía más que sentirse responsable. La más responsable.

¿También estaba protegiendo a Raquel? ¿Todavía? Hasta ahora se había enorgullecido de su manera de abordar la vida. ¿Cómo era aquello que repetía tanto a sus clientas? «No podemos escoger qué nos pasa, pero sí cómo nos lo tomamos».

Desde que Júlia está en el hospital, Mikel duerme cada noche en casa con Martina, y ella no sabe cómo les va, porque no han hablado ni de eso. No sabe si han hablado de lo que le dijo ayer, de

cómo se siente después de las palabras de su hija, que le culpa sobre todo a él de cómo está Júlia… Ella no sabe nada, porque no le ha dicho nada desde entonces, y ahora, al ver a su otra hija tumbada en la cama, tan grande y tan pequeña a un tiempo, tan débil, desvalida y agotada… Seguramente su cuerpo ha escogido enfermar para dejar de pensar en lo que les pasa a sus padres. Ahora, a ella todo eso que ocurrió hace tantos años le parece una mierda monumental y le hace sentir como una mierda aún más grande.

«Quizá el universo me ha plantado una cosa así delante para que ponga de una vez por todas el grito en el cielo», piensa Laura.

Dentro de esta habitación, al ver a Júlia postrada en la cama, Laura ha llegado a pensar que habría preferido no descubrirlo nunca.

«¿Por qué me lo contaste, Mikel?».

Él intentó acercarse a ella muchísimas veces, hasta que se hartó de sus negativas. De verla arrancar a llorar e irse, huir, como ha hecho siempre.

Siempre ha mostrado buena cara ante los conflictos, hasta que ha llegado uno con el cual no puede hacer más que sobrevivir. O sí que puede, lo que pasa es que hasta ahora no ha querido.

Hoy, cuando venga a traerle el café con leche, como cada día desde que están aquí, actuará de un modo distinto.

24

Octubre de 1987

Ese día Raquel tenía un examen de literatura castellana. Ella detesta cualquier cosa relacionada con el instituto y, en especial, leer. No es ninguna novedad que, en contra de lo que había creído Núria, la cosa ha ido a mejor con el paso al instituto. Laura, en cambio, siempre está rodeada de libros.

Las han llamado a las dos al despacho de la directora y ahora esperan fuera a que llegue Núria. Raquel está inquieta y no puede detener el bailoteo indisciplinado de una pierna.

—Vaaa, paraaa…

—Me pegará la bronca —dice Raquel—. Y que grite y se ponga como una energúmena me da igual, pero la tía me castigará…

—No la llames «tía»…

—Tía, tía, tíaaaaaa —replica Raquel con una risa de pánico descontrolada—. Si la muy cabrona siempre me culpa a mí de estas cosas…

—A ver, Raquel… —Se para a pensar cómo decírselo—. Es que siempre eres tú la que insiste en hacerlo…

Las alerta un golpe en el cristal del despacho de la directora.

Las dos se callan al instante y se miran. Laura articula unas palabras sordas que vocaliza de forma exagerada: «Vengaaa, paraaa». Y Raquel rompe a reír, lo cual provoca que vuelvan a llamarles la atención desde el otro lado del vidrio.

—Mira, vaaa, paraaa, que ya viene —dice Laura, que apoya la pierna en la rodilla de su hermana para que se detenga.

—Menudo careto trae…

—Vaaa, paraaa. ¡Hola, mamá! —Laura se levanta risueña para recibir a su madre.

—Os he dicho mil veces que no me gusta ese juego —suelta Núria, enfadada, mientras las mira de arriba abajo.

Raquel no se ha movido de la silla, no se ha dignado ni a mirar a su madre, y se le escapa un suspiro con un «pesada» que Núria no alcanza a distinguir.

—O sea —dice ahora mirando a Raquel—, tú, sí, tú, tú, jovencita, ¡quieres hacer el favor de mirarme! —añade con un grito que hace que todos los de secretaría se vuelvan.

—¿Quéééé…?

—¿Qué?, ¿qué?… ¿Cómo que qué, qué? —repone con un bramido ensordecedor al tiempo que levanta la mano para darle una bofetada que reprime cuando se da cuenta de que toda la oficina la observa.

—Vaaa, mamá. —Laura procura calmarla.

—Mira, mira, mira, ¿eh? Que me tienes…

—Vaaa, mamá… —vuelve a interrumpirla Laura con cariño.

—Tú calla y siéntate…

—Señora Salat —la directora del instituto asoma la cabeza por detrás de la puerta—, cuando quiera puede pasar…

—Un segundo —responde con rotundidad antes de retomar la reprimenda a sus hijas—. Porque ya sé que la instigadora es tu hermana —añade mientras vuelve la vista un segundo hacia Laura—, pero tú… bien que te sumas, ¿eh? —Ahora gira la cabeza de la una a la otra—. Esta vez habrá para las dos. —Se detiene un segundo y comprueba si alguien las mira—. ¿No tuviste suficiente con lo del otro día? —añade en un tono bajo dirigido a Raquel.

—Señora…

—Que sí, que sí, que ya voy —dice volviendo la vista en dirección a la puerta que se ha abierto hace unos instantes—. Un segundo —deja escapar un suspiro—, que acabo con este par.

No pueden sentirse más avergonzadas por el comportamiento de su madre, que está montando un numerito que para la semana que viene será la comidilla del instituto. Laura, pese a que tener que separarse de Carla la entristeció enormemente, había llegado a sentirse segura en esta nueva escuela. Una oportunidad para empezar de cero. Hace poco más de un mes que están aquí, y es la segunda vez que tienen que ir al despacho de la directora. Núria también. La semana pasada tuvieron un examen de Matemáticas, y Raquel también le pidió que se intercambiasen para que se lo hiciese ella. Cuando Raquel, vestida de Laura, acabó la clase, se fue con Toni, su nuevo amigo, a las gradas del instituto y los pillaron fumando. A Núria no le contaron qué había pasado hasta que estuvo en la escuela, y Raquel llegó a pensar que ni ella se había dado cuenta de que no era Laura, ya que en ningún momento lo desmintió. De camino a casa, le echó a la caballería encima. Sí que se había dado cuenta, pero había preferido no decir la verdad y no quedar mal delante de todo el mundo: «Me dejas en ridículo en

todas partes», le espetó, y «me haces quedar como una mierda de madre, que no sabe manejar ni controlar a sus hijas». Acabó diciendo que no le gustaba nada aquel nuevo amigo amanerado que había hecho y que no quería verle más con ella. Hablaba de Toni.

Pocas semanas después de que su padre se fuese de casa, echaron a Núria del trabajo. Llevaba muy mal el abandono de Juan, se pasaba todo el día con cara de vinagre, y su humor, que en el trabajo siempre había distado de lo que se espera de una dependienta de El Corte Inglés, había ido empeorando. Aquel día acabó soltando un moco a una clienta: «Da igual si hay motivos o no», le dijo después el de personal, cuando la llamó a la oficina pocos minutos antes de concluir la jornada: «Aquí, las clientas siempre tienen la razón», y le acercó con una mano la hoja del finiquito y, con la otra, un bolígrafo para que la firmase.

El fajo de billetes que les había dejado Juan menguaba a marchas forzadas. Núria no tenía prácticamente experiencia laboral y no le pareció buena idea pedir una carta de recomendación a la persona que la había despedido. Solo se veía con fuerzas para ponerse a buscar trabajo con la Owerlock, que es lo que había hecho antes de quedarse embarazada de las gemelas. No sabía por dónde empezar, después de tanto tiempo; iría a preguntar a las fábricas, podría comprar una máquina de coser y trabajar desde casa.

Esa tarde, como todas, abrió el buzón para coger el correo. Hacía días que encontraba el mismo papel entre las cartas, y hasta entonces no se paró a leerlo:

¡SU PISO EN BARCELONA VALE ORO!
¿Sabe cuánto vale su piso HOY?

Le ofrecemos una TASACIÓN GRATUITA
Y SIN COMPROMISO.

Por un momento sintió la ligereza de ver desaparecer de su vida todos los recuerdos dolorosos, ingratos y humillantes que albergaban aquellas cuatro paredes.

El curso siguiente, Laura y Raquel tenían que cambiar de centro porque empezaban el instituto. ¿Qué pintaba ella en un piso del Ensanche? Y más aún si le daban trabajo en alguna fábrica. Ya no era muy buena amiga de los vecinos, y no quería imaginarse las reprimendas si alguna noche tenía que acabar algún encargo y los de arriba o los de abajo no podían dormir por el traqueteo de la máquina. La idea le vino como caída del cielo. También estaba harta de ser la comidilla de toda la escalera. Desde que Juan había desaparecido de sus vidas, ya le había llegado por más de un lado que al final su marido había descubierto que no era el padre de las niñas y se había largado. Otro día, que había sido un tonto por creérselo durante tantos años. Ella no tenía fuerzas para intentar negarlo, se sentía sola tratando de apagar una hoguera, con la certeza de que cuanto más lo intentase más la avivaría. Tampoco tenía ganas. Aquellos rumores le habían llegado a través de paredes y muros desde que las gemelas habían nacido, y en el fondo creía que, cuanto más se empeñase en desmentirlos, más ciertos parecerían.

Venderían aquel piso, Juan ya le explicaba en la carta que lo había puesto a su nombre, que quería que fuese para las niñas. Se mudarían. Había oído hablar del incremento del valor de la vivienda un día en el mercado, cuando contaban el caso de una familia que se había ido a Vilassar y, con lo que les habían dado por el piso,

ahora tenían uno delante del mar con piscina comunitaria y jardín, y aún les había quedado un dineral. Empezó a soñar con la casita con jardín que podría encontrar en algún pueblecito del Maresme.

Uno cerca del mar, donde no las conociese nadie. Un lugar en el que empezar de cero.

—Pero es que ya me imagino qué puñetas ha pasado —continúa Núria en un tono de voz ligeramente más bajo—, que hoy la señorita tenía examen de Lengua y se las ha arreglado para enredarte —ahora se vuelve hacia Laura—, para que se lo haga su hermana, ¿verdad? ¿O me equivoco?

—Lengua y literatura —responde Raquel provocadora.

Ahora es la puerta del despacho de la directora la que se abre, y Raquel está segura de que la ha salvado de una buena bofetada.

—Señora Salat, ¡por favor!, debería pasar o, sintiéndolo mucho, no podré recibirla, que…

—¡Sí, sí! Voy —dice forzando una sonrisa y sin dejar acabar a la directora—. Perdone, ¿señora?

—Francesca —dice tendiéndole la mano derecha.

—Núria —contesta ella con el mismo gesto—. Esto no se ha acabado aquí, señorita —añade mirando a Raquel.

25

Abril de 2022

«La vida va de prioridades», piensa Laura. Solo hace falta que te dé una sacudida más fuerte para que veas como una nimiedad lo que hasta entonces había condicionado tu felicidad.

Ella nunca ha sido una persona rencorosa, o eso le gusta pensar. Y, de hecho, le parece que puede entender y empezar a compartir lo que muchas veces había oído que le decía su madre a alguna amiga, cuando ellas eran niñas y también adolescentes: «Suerte que Laura es como es, porque la otra…». Siempre ponía énfasis en la palabra «otra», como si tuviese que pararse con cada letra, y nunca la llamaba por su nombre, y luego, siempre, repetía: «Porque la otra me las lía de todos los colores».

Eso le dolía.

Cuando lo piensa, a Laura aún le duele.

Y seguramente ha sido esa manera tan suya, y que ella, sobre todo desde que es madre, no puede aceptar ni compartir ese carácter tan retorcido, la que le hacía tratar a Raquel de un modo distinto. Pues sí, ahora su hermana ha liado una muy gorda, pero «¿cómo narices quieres que sea, mamá?». «¿Cómo narices quieres

que se haya vuelto si la persona que debería haberla querido más que nadie en el mundo la trataba como lo hacías tú? ¿Cómo no iba a liártela de todos los colores? Y ahora, por extensión, me ha tocado pagar los platos rotos a mí».

Ahora, ahora, ahora, que de eso hace tiempo.

Oye que alguien se acerca por el pasillo, se sube la mascarilla y baja la mirada avergonzada por el hecho de habérsela quitado. Sabe que no debe hacerlo, por el bien de su hija y también por el suyo. Pero le parece que ya no respira, tantas horas detrás de ese papel asqueroso; las gomas le han llagado la piel de las mejillas y le han salido granos alrededor de la boca.

—Toma. —Mikel le tiende el café con leche.

Le nota más hundido que ningún otro día.

—Gracias —dice ella.

Se siente tan cansada de estos días de hospital, de este sufrimiento, de esta incertidumbre, de esta espera solitaria, de esta angustia y de esta culpa abrumadora.

Laura asoma la cabeza por la puerta y ve que las enfermeras aún tardarán un rato en acabar con Júlia, y, si no, tampoco pasa nada, ya ha visto que estaba, piensa. Con el vaso de café en las manos va a buscarlo, quema mucho, y eso que hoy Mikel ha tenido la precaución de pedir que le pusiesen dos vasos; sonríe con ese pensamiento mientras con la otra mano se arregla el pelo para volver junto a su marido.

Está sentado en la sala de espera de la planta. Tiene su café en la silla de al lado y apoya la cabeza entre las piernas con la espalda encorvada. Le echa de menos. Tiene ganas de abrazarle, de apoyar la cabeza en su hombro, de abrigarse con su calor, de respirar y

llenarse de su olor de siempre, el mismo que la ha alertado de que había llegado hace un rato, cuando ha ido a llevarle el café.

—Buenos días —dice acariciándole el pelo.

Mikel levanta la vista, en los ojos le ve que ha llorado, le imagina una sonrisa triste y cansada.

—¿Cómo estás? —Mira a su alrededor y al ver que no hay nadie cerca se baja la mascarilla para hablar con él.

No responde, la mira y agacha la cabeza.

—¿Me haces sitio?

Él coge el vaso de café, lo pone en el suelo y deja libre el asiento de al lado.

—No es culpa tuya —dice antes de sentarse y coger la mano a su marido.

Vuelve la cabeza hacia ella. No dice nada.

—¿Has hablado con Martina?

Él no responde, niega con la cabeza, coge el vaso y se retira la mascarilla. El café aún humea y lo huele antes de dar un trago.

—Tenemos que hablar, Mikel.

26

Diciembre de 1988

Raquel estaba en clase de Mates cuando le ha sobrevenido un dolor estremecedor en el bajo vientre. Ha pedido al profesor que la dejase ir al baño, y muy mala cara debía tener, ha pensado, cuando en ningún momento ha cuestionado que fuese cierto que no se encontraba bien. En los lavabos ha esperado a recuperarse y, en lugar de volver a clase, ha ido a buscar a su hermana. Laura tiene Plástica, piensa que tendrá que cruzar todo el patio y que está lloviendo a cántaros, pero siente la necesidad urgente de salir en su busca, está feliz, la alegría por lo que acaba de pasar se lleva de golpe todo el dolor que la había dejado doblada.

Llega empapada, chorreando lluvia y con los bajos de los vaqueros enfangados. El aula de Plástica está en lo alto del edificio de delante de donde estaba ella, y el patio del instituto es de tierra. Lo ha cruzado intentando saltar y esquivar los charcos, pero ha cometido un error de cálculo y ha caído de lleno en uno. Suerte que ha logrado mantener el equilibrio y que no ha ido a parar también de culo; aparte de empaparse, también se habría ganado la fama de torpe que tenía en la escuela de Barcelona.

La clase de Laura aún no ha acabado, y la profesora de Plástica tiene que llamar la atención a Raquel para que deje de estorbar a todos sus compañeros haciendo el burro detrás del cristal.

—¡Tía, tía, ven, ven, corre, uf, qué dolor! —dice con la cabeza dentro de la clase cuando ya han terminado.

—Y ahora ¿qué pasa, Raquel? —interviene la profesora de dibujo.

—Nada, nada —responde entre risas—. ¡Plasta! ¡Venga, Laura, tía! ¡Ven!

—¿Cómo dices? —vuelve a decir la profesora, que no tiene muy claro qué le ha oído decir—. ¡Cuando acaben las clases, vienes a verme! Ya veremos si te quedan tantas ganas de reírte…

—Pero si no he dicho nada…, ¡hostia!

Cuando Laura sale, la arrastra del brazo hasta los baños y entra decidida por la primera puerta que encuentra entornada.

—¿Ya la estás liando?

Laura la mira mientras se asegura de que están solas.

—Lauraaa —grita desde dentro del baño.

—Estoy aquí. —Niega con la cabeza mientras se ríe de lo escandalosa que puede llegar a ser su hermana—. ¿Qué te pasa ahora? Nenaaa, cierra la puerta —exclama en un susurro.

—Tía, tía, que me ha venido la regla. —Saca la cabeza por detrás de la puerta entreabierta—. ¡Qué dolor! —exclama.

Laura se ríe y le lloran los ojos.

—¿Y eso? Tía, ¿por qué lloras? Joder… —Se acerca a su hermana con las bragas puestas, un trozo de papel que le cuelga de dentro y los pantalones bajados hasta media pierna—. Tampoco es para ponerse a llorar, tíaaa…

—¡¡¡Raquel!!! —exclama la otra.

—Sí, sí, dime —contesta, asegurándose con la mirada de que no hay nadie más en el baño—. ¿Qué te pasa? —insiste.

—Nenaaa —gimotea—. Que a mí me ha venido esta mañana…

—Tíaaaaaa —la interrumpe—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

—¿Quizá porque te has ido dando un portazo? Hoy te has pasado con mamá…

—Ah, ¡¿sí?! Pues que se comporte… —No quiere recordar lo que esta mañana la ha llevado a discutir, otra vez, con Núria—. ¿Y tienes alguna compresa o alguna cosa de esas que se ponen para esto? —añade acercándose al lavabo.

Laura se quita la mochila de la espalda y la abre.

—Qué fuerte, ¿no? —Tiende una compresa a su hermana—. Me las ha dado mamá esta mañana.

—¿El qué?

—Nenaaa —responde con sorpresa.

—Que nos ha venido el mismo día…

—¡Aaah, síííí! Cómo duele, ¿no? —pregunta Raquel.

—No, a mí no…

—¿Qué hacéis aquí, pelirrojas peligrosas? —Toni asoma la cabeza por la puerta del lavabo.

—Toniiiiii —grita Raquel—, que nos ha venido la regla…

—¡¡¡Raquel!!! —grita Laura avergonzada.

—Ayyy, tíaaa…

—¡¡¡Oooh!!! —añade Toni entre risas—. Mis niñas preferidas se han hecho mujeres…

—Ja, ja, ja —ríen Raquel y él.

—Qué tonto —dice Laura.

Cuando se mudaron a Cabrils, lo que más le gustó a Raquel fue librarse de Carla. Ya empezaba a estar harta de cómo condicionaba a Laura y cómo intentaba ponerla en su contra. Empezaban una nueva etapa en un instituto nuevo donde nadie las conocía.

Conocer a Toni es lo segundo.

La primera vez que lo vio sintió que compartían algo. Sus almas atormentadas se reconocieron, lo que facilitó un acercamiento sigiloso. Ninguno de los dos podía dejar de mirar al otro. Aquel primer día, Raquel ya quedó eclipsada por su elegancia al moverse, por una cadencia que parecía que esculpiese el aire a su paso. Con una belleza enigmática e imperturbable y un estilo desenfadado y valiente. Cuando fue conociéndolo, le encontró en la mirada aquella tristeza disfrazada de falsa valentía que le resultaba familiar. Supo sin saberlo que compartían muchas más cosas de las que podía parecer a simple vista.

Raquel aún no lo ha descubierto, pero Toni la acompañará hasta el final de sus días. Será ese amigo incondicional, ese hombro sobre el que llorar cuando las lágrimas no broten. El guardián de sus silencios, de sus mentiras, de sus secretos y de sus verdades.

27

Mayo de 2022

Esta vez lo ha organizado todo Mikel. Le pidió que se dejase sorprender y no le costó convencerla. Antes se aseguró de que Laura no tenía a esa clienta que solo puede ir los sábados, a la que tiene fija una vez al mes. También habló con la madre de Lucía, por si podría encargarse de llevar a las niñas arriba y abajo si jugaban fuera de casa. Cuando lo tuvo todo bien atado, habló con Núria para que se instalase en su casa esos días. También con sus hijas. No les gusta quedarse con la abuela, en especial a Martina, pero esta vez estaban incluso contentas de que sus padres quisiesen hacer ese viaje solos.

Júlia se había pasado casi dos semanas en el hospital.

Un par de días antes de ir a urgencias, había empezado a quejarse de dolor y hormigueo en las piernas, también se sentía muy cansada, no tenía ningún apetito y lo único que quería era dormir. El tercer día no pudo levantarse de la cama, tenía las piernas paralizadas y apenas se las sentía. Fueron a urgencias. En el hospital le hicieron un montón de pruebas y, cuando descartaron que la causa de aquella parálisis parcial fuera neurológica, apuntaron a que

podría ser por estrés emocional. Mientras permaneció ingresada, durmió mucho. Los primeros días los pasó postrada en la cama. Poco a poco, pudo empezar a caminar, pese a que se sentía muy debilitada, y los mandaron a casa con la recomendación de que la llevasen a un psicólogo.

Lo que le había ocurrido a su hija era un síntoma, y había que tratar la causa con un profesional.

Ha escogido un hotel a escasa distancia de Tarragona, uno de esos en los que, si no quieren, no tienen por qué salir para nada, pero lo bastante cerca de la ciudad por si les apetece pasear y comer bien. A Laura las navajas de la zona la vuelven loca y, si no hay mala mar, confía en que las encontrarán en todas partes.

Su mujer le dijo que quería arreglar las cosas, que le costaría olvidar el engaño, que, aunque le creía cuando decía que él también había sido víctima de Raquel, lo que más le dolió fue que después de descubrirlo tardase tanto en contárselo.

Le cuesta entender que ella, que es tan intuitiva, no se diese cuenta antes del mal rollo que había entre él y su cuñada. Porque había habido muchos más encuentros como el del día que le preguntó por primera vez si les pasaba algo. Quizá no fue por lo que ella alcanzó a ver o sentir, quizá fue que él ya no podía guardar más aquel secreto, que no era más que una mentira…

Pero no puede estar seguro de qué le duele más, la relación que mantenían las dos hermanas no la había visto en nadie más. A él mismo, que es huérfano desde hace tantos años, que nunca ha tenido hermanos y no ha podido echarlos de menos, siempre le ha parecido que lo que comparten ellas dos va mucho más allá de lo

que había visto en los compañeros de la escuela, que podían pelearse y defenderse hasta el último extremo. Tienen una complicidad que solo ha vuelto a encontrar en sus hijas. En el caso de Laura y Raquel, que viven separadas y pueden verse poco, siente que incluso tienen dependencia la una de la otra.

No quiere pensar en cómo añorará Laura a Raquel desde que sabe lo que pasó. Tampoco puede evitar sentirse culpable de haber propiciado ese distanciamiento. Quizá si se hubiese callado para siempre… ¿Cuántas cosas se habrían evitado si hubiese sabido superar solo y en silencio ese engaño?

Al principio él también creyó que Laura se hallaba sometida y manipulada por Raquel. Cuando las conoció, ya advirtió que Raquel no estaba acostumbrada a que alguien se sintiese atraído por Laura antes que por ella. Eran idénticas, de una belleza que habría jurado que hacía daño en los ojos. Raquel desprendía una energía explosiva y salvaje, con una forma de ser que atraía todas las miradas. Laura, más tranquila y contenida, poseía un encanto cautivador, místico y profundo. De entrada, Laura podía parecer la frágil y que su hermana la dominaba y la hacía bailar a su son, y siempre ha sido así. Pero lo que hacía Laura no era más que amparar la debilidad de Raquel, que ocultaba bajo un disfraz de vanidad y coraje. Custodiarla ante una vulnerabilidad de la cual solo ella era consciente, y que él descubrió cuando conoció a su madre. Raquel, en el fondo y sin siquiera saberlo, siempre ha envidiado y deseado lo que ha tenido su hermana.

A Laura le faltó establecer límites, y con el tiempo la lealtad protectora hacia su hermana, Raquel la convirtió en parásita.

Él intentó decírselo cuando hacía poco que se conocían, se limitó a insinuarlo. La respuesta de Laura fue tajante, y ya no se atrevió a continuar con una conversación de la cual no tenía claro cuál era el final ni en qué posición quedaría él dentro de la escala de valores de su enamorada. Hasta que fueron padres, siempre estuvo convencido de que Raquel era la persona más importante de la vida de Laura y él ha sabido, o eso quiere pensar, mantenerse en un digno segundo puesto para no perderla.

Nunca le ha hecho mucha gracia. Podría haber llegado a odiarla antes de no ser porque tenía muy claro que debía protegerse de esa emoción hacia su cuñada. No podía mostrar nunca animadversión hacia ella delante de Laura, y en cierto modo se había resignado. Lo hizo durante muchos años, hasta el día que reconoció el tatuaje, cuando el recuerdo del momento en que lo había visto antes le asaltó como un maleficio, y como un cordero degollado se sintió manipulado hasta quedar doblegado y abatido. Él, que siempre se había creído al margen de las maquinaciones de su cuñada. ¡Iluso!

No alcanza a rememorar qué más ocurrió aquel día que llevase a Raquel a hacer algo así. Durante todos los años que ha mantenido ese momento en silencio, vestido de culpa y vergüenza, cada vez que hablaban, solos, seguros de que nadie los oía, no podía evitar descargar contra ella toda la ira que tenía reprimida. No podía evitarlo y, pese a que le hacía sentirse mejor, le acercaba a la sensación de que no hacía más que seguirle el juego, que continuar con aquella manipulación que siempre, incluso ahora, ha dado poder a Raquel sobre su familia.

Con todo, insiste en que intente hacer las paces con ella, y siempre que tiene ocasión menciona el nombre de su cuñada. No

porque vaya a sacar nada de ello, ni tampoco porque tenga que hacerle la vida más fácil o mejor, todo lo contrario. Solo porque sabe que Laura será más feliz. Desde que se lo contó, y también ahora que han hecho las paces, siente, ve, nota que a su mujer le falta algo. Él no vislumbra el día en que pueda olvidar qué pasó. Y llegó a pensar que acabaría destruyendo a su familia, que es lo que más le importa de todas las cosas de este mundo. Hace un montón de años que convive con este trío de mujeres, y ya hace mucho que se dio cuenta de que Raquel también es víctima de su madre. Él apenas tiene recuerdos de sus padres, pero no puede imaginarse un despecho peor en la vida que el de la propia madre.

Un día pensó que le iría bien que las hermanas rompiesen su relación, por lo presente que ha estado entre ellos, pero se da cuenta de que Laura la echa mucho de menos. Está convencido de que, de todo este conflicto, las consecuencias son lo que más le pesan. No haber tenido otra opción que alejarse. Le duele pensar que no sabe si Laura será capaz de seguir adelante y feliz estando distanciada de Raquel.

Laura no quiso saber nada más, ni dónde pasó ni cómo es posible que él no se diese cuenta del engaño.

Tampoco ha querido saber más sobre qué pasó. Le ha dejado hablar sin querer escuchar los detalles, le ha pedido tiempo y le ha dicho que le quiere, que confía en él y que quiere que hagan las paces.

—Venga, vámonos de una vez —dice mientras la coge por la cintura muy cariñoso y la empuja hacia la puerta de casa.

—Espérate un momento, impaciente —responde—. Déjame que lo repase todo con…

—Qué pesada eres, ¿eh? Que tu madre ya ha criado a dos gemelas y no lo hizo tan mal, ¿no te parece?

Ella le mira mientras acaba de repetirle a Núria la misma lista de posibles situaciones y qué hacer en cada caso.

—¡Queréis hacer el favor de iros! —dice ahora Núria.

—Venga, sí, que tenemos mesa para cenar y, si no nos piramos ya, no llegaremos —añade Mikel tirándole de la mano hacia fuera.

28

Mayo de 2022

Bajo la lluvia aún gira una rueda, busca la desaceleración perdida en el silencio.

El capó humea abollado y el asfalto está lleno de cristales hechos añicos.

Parece dormida a pocos metros del impacto.

La cabellera roja brilla extendida sobre el pavimento y queda empapada mientras la lluvia mengua.

Del cuerpo de ella se desprende un lánguido hilo de vapor, como si su último aliento se negase a abandonar la piel, deshaciéndose en el aire gélido.

Sus labios dibujan una última sonrisa, plácida.

Se oyen los acordes del estribillo de «With or Without You», de U2.

Cuando llegan la ambulancia, los mossos d'esquadra y los bomberos, pocos minutos después del accidente, ya está muerta.

Estuvieron a punto de posponer sus planes e ir otro fin de semana al ver que se esperaban lluvias de viernes a domingo, pero ya lo tenían todo organizado y decidieron ir. Este primer

contratiempo les ha ido mejor, solo han salido de la habitación cuando los obligaba el hambre, ninguno de los dos recordaba lo que era estar así, solos y sin ninguna preocupación.

Se echaban de menos.

Laura oye las primeras notas de la que un día, muchos años atrás, decidieron que sería su canción. Piensa que es un regalo del universo y se desabrocha el cinturón de seguridad para acercarse a su marido y cantarle al oído, apoyada en su hombro como tantas veces había hecho.

Él, hoy, no le dice que es peligroso. Él, hoy, baja la mejilla para que le acaricie con el pelo e inhala su olor.

Son casa.

Cuando levanta la vista, es tarde.

No ha sido hasta segundos antes del choque cuando Mikel se ha visto con fuerzas para contarle por qué dejó pasar tanto tiempo, por qué no se lo dijo cuando se enteró, por qué no lo hizo después, tampoco cuando nacieron las niñas.

No ha tenido respuesta antes a ninguno de los porqués.

Siempre había creído que primero fue el miedo a que no quisiese casarse; después, a que le dejase, a que, sin hijos, no tuviese ninguna razón para quedarse con él. Más adelante, con las niñas, su vida se convirtió en una vorágine que atropellaba los días, uno detrás del otro, sin tiempo ni para pensar.

Si no podía perderla a ella, menos a las tres.

No quería interferir en la relación de las dos hermanas, esta es la otra gran mentira a la que se aferraba, que Raquel es demasiado importante para Laura y que conocer la verdad le haría demasiado daño.

La realidad, la certeza exacta y precisa, es que siempre le ha dado miedo que ella no le creyese y que escogiese a su hermana antes que a él.

—Me daba miedo que me dejases por ella, siempre me he sabido en un segundo lugar —le dice.

Laura se desabrocha el cinturón de seguridad para acercarse a su marido y cantarle al oído, apoyada en su hombro, como tantas veces había hecho.

Él, hoy, no le dice que es peligroso. Él, hoy, baja la mejilla para que le acaricie con el pelo e inhala su olor.

Son casa.

Cuando levanta la vista, es demasiado tarde.

No lo ha visto venir y los ha embestido. Las luces le han cegado, no ha tenido tiempo de reaccionar, no ha podido ni pegar un volantazo. El otro conductor lo ha forzado cuando se los ha encontrado encima, pero tampoco ha sido capaz de evitar la colisión.

Los limpiaparabrisas no daban abasto con la cantidad de agua que caía, el pronóstico era pésimo y la recomendación era que no se moviesen de donde estaban, pero Laura no ha querido abusar de Núria pidiéndole que se quedase una noche más en casa. También sabía que las niñas ya estarían hartas de la abuela, sobre todo Martina.

No lo han visto venir justo cuando Laura se había desabrochado el cinturón para acercarse a Mikel. Y queda flotando en el aire esa confidencia que escuchada de sus labios le ha hecho cobrar consciencia por primera vez de que él está por delante de Raquel en sus prioridades.

Laura ha muerto en el acto. Él sigue vivo.

29

Berlín, septiembre de 1989

En el momento en que a Núria se le ocurrió la idea de dejar Barcelona, tuvo pocas dudas, pero, si le quedaba alguna, los precios a los que le ofrecieron las casas en la agencia a la que fue acabaron de disipársela al instante. Eran mucho más bajos que en las otras agencias en las que había mirado, y no dudó en lanzarse de cabeza. Escogió una casita adosada con cuatro habitaciones y un jardincito, como siempre había soñado. En el momento en que se hubo decidido, el vendedor le dijo que, si lo cerraban en menos de una semana y pagaba una buena cantidad en negro, podrían hacerle una rebaja importante, porque el propietario necesitaba tener el dinero pronto. Y así fue, a ella también le habían ofrecido dinero en negro cuando vendió el piso, y en ningún momento se planteó rechazarlo cuando le indicaron los impuestos que podía ahorrarse, un dineral. Viendo cómo crecían sus hijas, sobre todo Raquel, a quien cada día le costaba más controlar y saber dónde y con quién andaba, enseguida estuvo más que satisfecha con la idea y la decisión que había tomado.

A las tres les vino bien el cambio y mudarse a la nueva casa; incluso a Raquel, de quien Núria dudaba que estuviese de acuerdo. Quizá también habían llegado a oídos de las chicas algunos comentarios de los vecinos respecto a Juan, y cambiar de aires pesaba más que las renuncias.

Este será un verano diferente para Laura y Raquel. Núria, después de ver cómo se le ha quedado la cuenta corriente con la venta del piso, ha querido recompensar a sus hijas con algo especial. Una amiga que ha hecho en el pueblo le habló de los intercambios culturales, pues su hijo había hecho uno el verano anterior y volvió encantado.

Explica a sus hijas que quiere que puedan ver mundo, que ella solo había salido de Barcelona cuando se mudaron a Cabrils y las pocas veces que fue con Juan a Cádiz. Cuando se casaron, Juan le habló de París y de Venecia, le entusiasmaba la idea de llevarla a conocer las ciudades más románticas del planeta, como él las llamaba. El viaje se pospuso debido a su estado, después porque las niñas eran pequeñas y más adelante por el trabajo de él, de modo que una cosa llevó a la otra y acabaron por no hacerlo nunca. Es un sueño hecho realidad que sus hijas puedan viajar. No obstante, la intención oculta de Núria con este viaje es alejar a Raquel de sus amistades tanto tiempo como sea posible durante el verano. ¿Qué puede hacer con dos chicas a punto de cumplir dieciséis años? Incluso a ella le parecía ridícula la idea de apuntarlas a una escuela de verano. Y le preocupa Raquel, no puede controlarla, se le escapa, sale con una gentuza cuyas pintas no le gustan nada y no quiere ni pensar qué hará ni dejará de hacer.

Cada vez son más duras las noticias sobre lo que llaman la peste del siglo XX: el sida. No hay día en que no escuche algo por la radio o la televisión. La primera vez que oyó hablar de esta enfermedad, hace casi cuatro años, fue cuando leyó en *Lecturas* un reportaje sobre Rock Hudson. Nunca se habría imaginado todo lo que contaban de él. ¡Ese hombre le había robado el corazón! Cómo le había gustado en *Pijama para dos*, junto a Doris Day. Cuando se enteró de su muerte, y también del motivo, no podía creérselo. Durante unos días no se habló de otra cosa, en el mercado, en la peluquería, incluso entre los vecinos. Juan hacía pocos meses que las había dejado, y ellas eran el tema estrella de la escalera. La noticia le fue bien, y también le dio pena pensar que por unos días se habían olvidado de ellas y de por qué se había fugado Juan. No podía creerse que aquel galán de Hollywood, tan hombre, tan viril y tan elegante, fuese gay.

Los últimos días las cifras son devastadoras: el número de muertos por este virus prácticamente se ha duplicado en el estado español, y, si bien parece que los científicos tienen muy clara la forma en que puede contagiarse, también existe una gran incertidumbre en torno al tema. Por la tele y la radio no deja de sonar «Si da, no da». Está en boca de todos, como la duda y el miedo. Núria tiene que alejar como sea a su hija de toda esa panda de inadaptados con los que se junta. Ese viaje es una oportunidad para ver mundo y conocer otra cultura, y también la mantendrá ocupada y vigilada durante casi un mes y medio.

Llevan tres semanas conviviendo con un grupo de berlineses. Han ido de camping a la Costa Brava y a Montserrat, y han visitado

Barcelona más que nunca desde que ya no viven allí. Se sienten totalmente inseparables y ya no se imaginan la vida lejos de ellos, ni del resto de los catalanes que las acompañan.

Ahora ya están en Berlín, han cruzado prácticamente media Europa en tren en un trayecto que ha durado un día y medio. Se han encontrado en la estación de Mataró a primera hora de la mañana, donde han cogido un primer tren que las ha llevado a París. Han llegado a medianoche, prácticamente exhaustas, las escasas fuerzas que les quedaban se les escapaban con un nerviosismo contagioso y enajenado que no podían contener, en especial Raquel. Allí han hecho un cambio de tren que las ha llevado hasta Berlín.

El trayecto hasta la ciudad alemana ha sido la parte más dura del viaje. Sobre todo para Laura, que normalmente duerme como un tronco. Se han agolpado como han podido en el compartimento con las maletas; los asientos olían a tabaco rancio, y los pasillos, a hierro candente y desinfectante. Cuando no hablaba uno, otro chascaba. Hasta que todos han caído rendidos. Laura se ha acurrucado como ha podido, muy quieta, en un rincón al lado de Raquel, pero cada vez que se quedaba dormida recibía una patada de su hermana.

Una vez que llegan al albergue, dejan las mochilas y se dirigen al centro de la ciudad, se les pasa todo el cansancio. Una de las monitoras se la tiene jurada a Raquel. No le quita ojo desde la noche en que en el camping de la Costa Brava se fue de la discoteca con un guiri con el que pasó las horas bajo las estrellas en una playa mientras todo el mundo la buscaba.

Pasarán allí casi tres semanas, y el día de su regreso, con aquel deseo adolescente de no perder jamás el contacto con todos esos amigos nuevos, llorarán mientras se despiden desde la ventanilla del

tren. Esos días les abren la mente, sobre todo a Raquel, que toma la decisión —será una adulta cuando se dé cuenta de que fue en aquel primer viaje— de no dejar de recorrer mundo. Pasean por las calles de la ciudad de día y de noche. Encuentran a punkies y discotecas con luces láser. Ellas, a quien Núria no las deja salir a ninguna parte por la noche. Se acercan al muro y dejan su huella. Algunos escriben su nombre, otros hacen un dibujo. Y se sacan un montón de fotos allí. Un par de meses después, ese 9 de noviembre en el que las libertades triunfan por encima de todo, imponen y cambian Europa y el mundo entero, el muro cae y ellas vuelven a llorar, delante del televisor, cogidas de las manos, recordando a aquellas personas llenas de carencias, aquellos supermercados desprovistos de víveres y con colas infinitas para comprar una barra de pan, los coches que parecían sacados de una película antigua, que emitían el mismo runrún que la máquina que había comprado Núria para cortar el césped de la casa nueva y apestaban a gasolina requemada, y los bloques de pisos enormes que habían visto el día que pasaron en Berlín Este. Ese día, en esa otra mitad de la ciudad donde descubren otra forma de vivir, a Raquel también se le desata otra de sus pasiones: se queda plantada, atrapada en una belleza azul turquesa, inmensa, vidriosa y brillante, que le eriza la piel de todo el cuerpo. Ante la Puerta de Ishtar, contuvo el llano.

El primer día en la ciudad, Raquel se enamoró de un amigo de uno de los alemanes del intercambio. La segunda noche, el chico le propuso recogerla en el albergue, y ella no dudó ni un segundo en escaparse, esa noche y todas las que no salían con el resto del grupo. Nunca la pillaron, y no se lo contó a Laura hasta que

volvieron a casa. Si no se hubiese arriesgado, Raquel se habría perdido el mejor de los aprendizajes. Recorrió bares y discotecas, bebió y fumó. De día iba rendida, pero la emoción de lo que volvería a hacer la noche siguiente y las hormonas adolescentes le proporcionaban una energía inagotable. También pasó miedo y angustia, conoció a través de otros los efectos devastadores de las drogas y, pese a no ser consciente de ello entonces, aquel temor la ha mantenido alejada de ellas durante el resto de su vida.

Cuando faltaban pocos días para volver a Cataluña, una tarde, Raquel se las arregló para quedarse sola en el albergue. Dijo que se encontraba mal y que quería dormir. Cuando se fueron todos, su amor alemán la recogió y la llevó a comprar ropa de segunda mano y a hacerse un tatuaje. Escogió un lugar bien escondido, en una nalga, que Núria no pudiese verle nunca. Le escoció el resto del viaje y tuvo que ponerse todos los días unos pantalones anchos que le dejó Laura. Logró ocultárselo a Núria hasta que fueron mayores, pero, nada más llegar, le cayó una buena bronca por los vaqueros rotos y la chaqueta de piel que se compró en un mercado *vintage*.

30

Mayo de 2022

—¿Sabes que habían ido a celebrar que volvían a estar bien? —le dice Núria a Raquel.

No ha creído en ningún momento que hubiese forma humana de prepararse para este reencuentro. De entrada, cuando ha visto que le abría la puerta una de las niñas, ha respirado, convencida de que con ellas en casa iría mejor.

Ayer, antes de embarcar, ya le envió un mensaje para informarla de la hora a la que aterrizaba y decirle que iría directamente a casa de Laura. Núria no le respondió, tampoco al que le he ha escrito cuando ya estaba en Barcelona para hacerle saber que iba para allá.

Le ha abierto la puerta Martina. Hace más de un año que no ve a sus sobrinas, pero la ha reconocido por la mirada lánguida y el «hola, Raquel, la abuela está en el comedor», que le ha dirigido cuando la ha visto. No le ha dicho nada más y se ha ido a su habitación. No esperaba un gran recibimiento, pero la actitud de la niña, aparte de ser comprensible por todo lo que ha pasado, la lleva a dudar de qué saben ellas de lo que ocurrió aquella noche en Tamariu. Sabe que Laura, por mucho que haya llegado a odiarla,

nunca le contaría una cosa así a nadie. Y que si acabó diciéndoselo a Núria es porque se vería acorralada por sus maquinaciones maquiavélicas. Desde que hace dos días recibió aquel mensaje de Núria, aquel «Tu hermana ha muerto», siente la necesidad de dejar de existir; no pensaba que nada pudiese hundirla más en la miseria en la que se encuentra.

¿Cómo de pesado y amargo puede llegar a ser todo lo que se esconde al otro lado del silencio?

No ha hablado con Núria, no lo ha conseguido. Al día siguiente, después de escuchar todos los audios que ella le había enviado, lo intentó. Se pasó todo el día llamándola y no respondió. Tampoco ha escuchado el mensaje de disculpa. Le costó enviarlo. Lo grabó y lo eliminó un montón de veces. Ninguna le parecía sincero, ni con suficiente pesar. Cuanto más lo intentaba, más se hundía en la mierda que la cubría; cuanto más se esforzaba, más se daba cuenta de cómo había pasado por la vida y por encima de todo y de todos sin pedir perdón jamás.

Tampoco a Laura.

Tampoco a él.

Cuanto más se adentra en esta nueva vida que ha creado sin idearla para su familia, más ganas tiene de huir.

Desde donde está puede ver a Núria sentada, de espaldas a ella. Duda si entrar mientras la atrapa el olor de ellos, mientras la persiguen las fotografías de los dos, de los cuatro. Una punzada que le retuerce los intestinos la sacude cuando se ve junto a la foto de las gemelas recién nacidas. Está la de las dos el día de la boda de Laura y Mikel, no la descolgó. Dejó de hablarle y la sacó de su vida,

pero no la quitó de la pared que alberga los momentos más felices de su existencia.

¿Fue Laura quien la echó o ella la hizo huir?

—Todo es culpa tuya. —La voz de Núria la alerta desde el fondo del comedor.

Su madre se levanta para pronunciar esas palabras, cuatro, que deja caer del paladar sin pensar, lentamente. Núria no piensa.

Núria sobrevive sin quererlo, busca dónde puede encontrar una intención mínima para no querer morir. Por un momento pensó que la había hallado. Aquel instante, tras despertarse en la cama de Júlia, donde se había quedado dormida cuando fue a calmarla después de una pesadilla. Esa niña, su olor, sus sollozos, esa paz que desprendía y que la acercó a su hija muerta, que le contagió un sueño que sentía que no merecía, un descanso que no quería. Ese día había hecho lo último que habría querido hacer. Se dejaba envolver por una falsa placidez, acariciaba el pelo rojo de su nieta y viajaba a aquella infancia de Laura en la que todavía se hallaba Juan, en la que todavía habría podido hacer algo para enmendar lo que sentía por Raquel. A aquel entonces en el que todavía podía encontrar en los ojos de su otra hija aquel deseo, aquella súplica, aquel anhelo por una respuesta a su amor no correspondido. Aquel todo que no quiso ver ni escuchar nunca.

No quiere pensar cuánto de aquel todo hay en su ahora.

Se quedó dormida y olvidó que no tenía el teléfono. El teléfono que había mantenido cerca, silenciado, por si la llamaba Raquel. El que había llevado consigo cada vez que iba al lavabo. Se quedó dormida y no se dio cuenta de que lo había olvidado abajo, cuando

acababa de hacer lo único que le había hecho sentir peor después de perder a una hija.

Fueron pocos minutos, pero suficientes.

Suficientes para que Raquel llamase y nadie contestase.

Cuando se despertó corrió a buscarlo. Vio que la había llamado y por un momento sintió una brizna de felicidad en medio de la desolación.

¿Tal vez si hubiese llamado?

También le había dejado mensajes de voz. Tenía más llamadas perdidas que mensajes de voz.

Tuvo miedo y no llamó.

Raquel la mira. Antes de ayer, cuando aún estaba en Nueva York y leyó el mensaje de su madre, cogió el primer avión de regreso que encontró. Está cansada, todos los vuelos directos a Barcelona estaban llenos para los dos días siguientes. Tenía que hacer algo, tenía que largarse, acercarse a la desgracia y a la pérdida, también físicamente.

Ha hecho escala en Roma, después de un vuelo en el que solo quedaba un asiento de clase turista, en medio de una hilera de tres. A un lado y a otro tenía a dos personas que se conocían, pero que han querido sentarse una junto a la ventanilla y la otra en el pasillo. Sin ninguna intención de dormir y sin parar de beber y hablar durante todo el trayecto. Solo se han quedado quietas y calladas la última hora, tras caer redondas por la cantidad de alcohol que llevaban dentro.

31

Tamariu, agosto de 1991

Laura no quería salir esa noche y, como de costumbre, después de la insistencia agotadora de su hermana y consciente de que si accedía sería más fácil que su madre también la dejara salir a ella, dijo que sí.

Ella es de levantarse temprano, de salir a pasear por el pueblo cuando todo duerme aún, sentarse en la playa, cerca de donde rompen las olas, y ver cómo se eleva el sol. Le gusta sentir la humedad de la arena en las nalgas, en los pies, pararse a mirar el mar con un jersey, grueso para agosto, pero que la abriga de la brisa marina, que este verano sopla con fuerza a primera hora. Se abraza y acoge esos primeros rayos de sol. Le gusta regresar al apartamento dando un paseo, detenerse en Can Titonc a comprar un poco de coca de panadero o unos cruasanes y sentarse a tomar el primer café con leche del día con su madre.

Poco le importa que todos la encuentren extraña, o rarita, como ha oído que la llamaban alguna vez; lo prefiere a la pesadez de las horas sentada en un taburete del Calos, o de cualquier otro antro de Begur, viendo a Raquel mariposear con unos y otros. Alguna vez le

envidia esa capacidad que tiene de hacer amigos, de conocer a gente nueva, pero solo cuando ha conocido a algún chico con el que a ella también le habría gustado charlar. Prefiere cuidar de Raquel desde la distancia, eso es lo que siempre dice su madre que hace. Aunque le cuesta, porque su hermana no es de las que se dejan controlar con facilidad. Ella piensa más en el día siguiente, en el sueño que tendrá, en la bronca que les caerá si llegan tarde. Esta vez, en cambio, no cree que vaya a costarle mucho arrastrarla hasta casa. Núria ha sido muy explícita con la hora de llegada, y tiene muy claro que se arriesgan a no poder salir otra noche. Siempre se lo dice, que se la trae al pairo que ya estén a punto de cumplir los dieciocho años, que mientras vivan bajo su techo y sea ella quien las mantiene ya saben quién manda en su casa. No se lo pone nada fácil, porque tampoco les deja juntarse con cualquiera, y eso las limita a salir por el pueblo, o la noche del sábado, que es la única que sale Xavi.

Xavi es pescador en el pueblo y su madre tiene un restaurante en el paseo marítimo. Aún no ha aclarado cómo conoció a Núria, pero la cuestión es que se llevaron bien enseguida. Cuando le contó que tenía dos hijas, a la nueva amiga de Núria le faltó tiempo para decirle que si quería podían salir con su hijo por Begur la noche del sábado. Le dijo que estaba segura de que a él no le importaría, que es muy buen chico y que cuando tiene que conducir no prueba ni gota de alcohol. También que cómo era capaz de tenerlas, a su edad, encerradas en ese maldito pueblo en el que poca cosa había que hacer por la noche.

Laura piensa a menudo en cómo sería su madre de joven, si se parecía a ella o era más como Raquel.

Esa noche fue distinta, Raquel había vuelto a enamorarse perdidamente del hombre de su vida, eso decía siempre, pese a que Laura ya sabía que era una estrategia para convencerla de alargar las horas hasta el toque de queda. Xavi, cuando las vio por primera vez, quedó deslumbrado por las dos; miraba primero a una y luego a otra, y no podía decir cuál le gustaba más de lo idénticas que eran. A Raquel le faltó tiempo para intentar empezar su juego favorito y tratar de confundirlo, pero Laura no accedió. Acabó convenciéndola de que si el chico las descubría se les habría acabado el transporte hasta la civilización y que al final sería ella quien más perdería. Las noches que salieron juntos, Xavi antes que nada escaneaba cómo vestía cada una y no tardó demasiado en distinguir cuál era la que bebía, fumaba y ponía calientes a todos los que se le acercaban y cuál la que tomaba lima con Schweppes de limón.

Poco a poco se hicieron buenos amigos, Laura y Xavi, y él también se enamoró de ella. Le gustaba aquella chica sencilla y compleja a la vez, que le escuchaba y no encontraba raro que le encantase el mar ni la vida que había escogido.

Salir de noche es lo que menos le gusta a Laura. Pero es de simple contentar. Tiene esa facilidad innata para dar la vuelta a las situaciones que le son adversas, y esa noche lo ha agradecido más que nunca. Se ha sentado en un rincón de la barra y ha buscado estratégicamente un lugar desde donde poder distraerse. Xavi se ha encontrado a un amigo al que hacía tiempo que no veía y los ha dejado charlando. Todo el mundo habla de las carpas de Begur, es la discoteca favorita de la zona para acabar la noche, pero ellas es la primera vez que van. Desde donde se encuentra, puede ver a Raquel bailando como una loca y coqueteando con unos y otros.

Hoy es el centro de un grupo de chicos que, por el acento, diría que vienen del País Vasco. Tienen pinta de ser algo mayores que ella, quizá como Xavi. Raquel ha escondido en el bolso unos pantalones cortos que si su madre la viese la haría volver a casa en el acto. Y los que la rodean van de cabeza. Ella los mira y sonríe. Aún es temprano, y Laura tiene margen de tiempo para empezar a insistirle en que se les hace tarde. Hay uno en el grupo que no le quita la vista de encima a ella. Debe de haberle chocado encontrarse en la barra a una chica idéntica a la que habla con sus amigos. Lleva un polo de marca y un jersey en los hombros atado con un nudo al cuello, pantalones de pinzas y mocasines, y le dedica una atención que empieza a molestarla. Tal como va vestido, demasiado arreglado para su gusto y para lo que suelen llevar sus amigos, él y su pandilla parecen sacados de una boda. Se fuma un cigarrillo poco a poco, y da sorbitos al vaso que lleva en la mano. La incomoda la manera que tiene de observarla y no puede sostenerle la mirada. Se le aproxima lentamente y, cuando ya lo tiene muy cerca, lo primero que percibe de él es el olor a tabaco mezclado con un exceso de perfume con notas de cedro y pachuli.

—Mikel. —Se acerca a darle dos besos.

—Laura…

—¿Eres de por aquí? —pregunta Mikel.

Él es de Bilbao, estudia Derecho y ha venido con los amigos a pasar las vacaciones. No se habían visto hasta hoy, pero él también está en Tamariu. No habían coincidido porque, como le ha contado, salen cada noche hasta que los echan del local que cierra más tarde, y para cuando se despiertan ya es la hora de comer. Curiosamente se aloja en los mismos apartamentos que ellas. Él y sus amigos, en

unos de la planta baja con la terraza delante, justo en el lado opuesto de la hilera en la que están ellas. Cada día le toca a uno distinto hacer la comida, pero siempre comen lo mismo: espaguetis con salsa boloñesa de Gallina Blanca y sanjacobos de lomo. Después de comer bajan juntos a la playa a echarse la siesta debajo de las barcas, juegan un rato al vóley cuando se despiertan y, cuando empieza a atardecer, vuelven al apartamento para prepararse para salir otra vez.

A Laura no se le ocurre peor manera de pasar las vacaciones, también le ha encontrado insulso y con unos gustos muy diferentes de los suyos, pero, no sabe ni por qué ni cómo —y tampoco lo entenderá cuando se vaya a dormir ni al día siguiente cuando se levante—, no puede dejar de pensar en él, de buscarlo por el pueblo, y tampoco de sacarse esa sonrisa grande, amplia y profunda, que le recuerda a fresas maduras en la garganta y le llena la cara desde que se dijeron buenas noches.

32

Mayo de 2022

Hoy también llueve. El día ha amanecido encapotado, con una humedad densa y áspera que se mete en los huesos, como si los royese, y un viento que hiela y desgarra feroz el alma.

Raquel no se ha despertado mejor.

Ayer se pasó el día en el tanatorio, y los escasos momentos en que Núria y ella se quedaron a solas fueron los peores. Ni la miró. No hizo ni el intento de disimular delante de nadie. Tampoco delante de Júlia y Martina.

Hoy volverá allí, irá a primera hora y se quedará hasta que acabe el funeral, hacia las siete de la tarde. Aunque nadie la vea, y tampoco la quieran allí, estará.

Estará donde tiene que estar.

Después de que se fuera de casa de Laura y Mikel, ninguna de las dos ha vuelto a decirle nada a la otra, y Raquel no puede quitarse las palabras de su madre de la mente: «Ha muerto por tu culpa, tú la has matado».

Sale del tanatorio. Se aleja del gentío que acoge a Núria y a las niñas, que les da el pésame. Ella huye. Desolada y abatida. Se ha

sentido como si sobrase, como si nadie la quisiese allí. Como si ese no fuese su sitio. Como si no lo hubiese sido nunca.

Las niñas han ido a saludarla. Júlia la ha abrazado y le ha dicho: «Hola, tía», con los ojos rojos y húmedos y una luz que le ha devuelto por un instante a Laura. También huele igual. Martina no se le ha acercado tanto, ella tampoco lo ha forzado, y la ha saludado con un seco: «Hola, Raquel».

Después han regresado junto a Núria. Las tres se han sentado en el primer banco; ella también, pero al otro lado del pasillo.

Notaba todas las miradas clavadas en ella. El juicio. Las preguntas que se hacían: ¿por qué la distancia?, ¿por qué el silencio? No ha hablado con nadie.

Ha querido creer que se les haría extraño saludar a alguien igual que la muerta.

¿Cuándo le ha importado a ella lo que piense y diga la gente?

La muerte no es nada en absoluto.
No cuenta.

Se va directa a ver a Mikel, aún no ha podido visitarlo. Lo intentó la mañana siguiente a verse con su madre, cuando llegó le insistieron en que tenía que ir en el horario establecido. Suplicó que la dejasen verle, solo un segundo. Sufre por su vida y quiere estar ahí antes de que se muera. Necesita hacerlo mientras siga vivo.

Llega al hospital sin pensar, guiada por una fuerza que no reconoce. Busca dónde aparcar mientras las imágenes de lo que ha vivido en las últimas horas le bombardean el cerebro; todas esas

miradas lánguidas, todas esas sonrisas forzadas que pretendían ser de complicidad aún la persiguen.

Sube el volumen para tratar de enmudecer esas voces que también la atormentan. Todo lo que ha oído decir y lo que le ha parecido que oía.

Encuentra un sitio. Fuera llueve y empieza a ponerse el sol; las nubes hienden un cielo de primavera. Tiene frío. Intenta calmarse, intenta respirar para algo más que sobrevivir. Intenta recordar cómo ha llegado hasta ahí. Nada. Ningún semáforo, ninguna rotonda, ningún peatón al que haya dejado pasar. Se asusta. Más todavía. Por un momento, el miedo a lo que podría haber ocurrido la rescata, la coge de la mano y se la lleva a otra desgracia, una más, una que habría preferido, y la consuela: «¿Cómo puedo ser tan hija de puta?».

Ya solo le queda eso… Verle. Despedirse de él. Quizá también pedirle perdón. La misma urgencia que la ha llevado hasta ahí, la que le ha permitido llegar, ahora la mantiene clavada en el asiento del coche. No es capaz ni de desabrocharse el cinturón de seguridad.

Grita y canta para acallar lo que siente, cierra los ojos, los aprieta con fuerza para ahuyentar todo lo que no quiere ver.

No entiende el porqué de esta incapacitación. «¿Por qué ahora?, ¿y por qué aquí?».

No quiere saberlo.

Ahora camina hacia la UCI con las palabras de Toni dándole vueltas en la cabeza. La voz de su amigo, todo lo que ha dicho y cómo, su gesto, su tono, su ternura han sido su único consuelo mientras ha

durado la ceremonia. Su mente la mantiene enredada en un diálogo interno, irreflexivo y airado, autodestructivo. En ella continúan mezclándose un montón de pensamientos, recuerdos y otras imágenes del día, de la vida, del pasado. Desordenados, adulterados y arbitrarios, la asaltan con los versos que Toni ha escogido para despedir a Laura.

La muerte no es nada en absoluto.
No cuenta.
Solo me he escabullido a la habitación de al lado.
No ha pasado nada.
Todo continúa exactamente como estaba.

Él ha vuelto a ser el puente entre las dos. Nadie sabe con seguridad ni cómo ni cuándo empezó el acercamiento entre Toni y Núria, pero lo que es seguro es que, después de coincidir varias veces por el pueblo por casualidad, acabaron quedando. Probablemente los dos se sentían más cerca de aquella Raquel a la que tenían lejos y a la que, con mayor o menor consciencia, queriéndolo o rechazándolo más o menos, añoraban. Y quizá estar el uno cerca del otro les hacía sentir que la alcanzaban.

Ayer, cuando en la funeraria preguntaron a Núria si alguien de la familia podría decir unas palabras durante la ceremonia, sin pensarlo, dejó caer el nombre de Toni.

Ha escogido un poema de Henry Scott Holland.

Yo soy yo y tú eres tú,

y la antigua vida que con tanto cariño vivimos juntos continúa intacta, sin cambios.
Lo que sea que fuésemos el uno para el otro seguimos siéndolo.

Llueve a cántaros, y la idea de encontrarse con algún conocido, alguien que pueda haber ido a ver a Mikel, la acobarda; ha aflorado medrosa en el estómago cuando se encontraba en el coche y ahora se revuelve con saña, como un pequeño demonio que arrasara con todo lo que encuentra a su paso. Hoy no soportará ningún desprecio más, ningún otro juicio ni mirada inquisitiva. Llora y camina bajo la lluvia, le viene a la mente el primo de Mikel, tampoco recuerda haberlo visto en el funeral. Se lo folló en la despedida de solteros y también el día de la boda.

Llámame por el viejo nombre familiar.
Habla de mí con la ligereza con la que siempre lo hacías.

Aquel día bebió más que nunca. Se dejó vencer por una envidia que no quería sentir y por un enojo hacia sí misma y hacia el mundo entero. ¿Por qué le viene ese momento a la cabeza? ¿Por qué? ¿Por qué tiene que acordarse ahora arrastrándose hacia casa tirada del brazo por Toni, con los pies y las sandalias salpicadas de aquel vómito fétido y pegajoso, de color burdeos, después de potarse en el vestido? Y las palabras, la mirada de Núria aquel día, que también se avergonzaron la una de la otra.

No impongas diferencia en tu tono.

No fuerces un aire de solemnidad o tristeza.
Ríe como siempre nos reíamos de las pequeñas bromas de las que disfrutamos juntos.

Camina rápido, ya ha oscurecido. Camina con el bolso encima de la cabeza, con los brazos levantados, para guarecerse de la lluvia. Deslumbrada por los faros de los coches que llegan, que se van. La vida de los demás continúa igual ahí fuera, aquí. Camina, llora, siente miedo. Las palabras de Toni caen sobre ella como un salvavidas y como un castigo.

Corre para verle antes de que se muera, corre y tampoco quiere llegar.

Se detiene. Baja los brazos y mira el cielo. Llueve más fuerte, más mojado y más intenso. Le dan ganas de descalzarse, de quitarse la ropa hasta quedar desnuda. Querría que ese cielo gritase su misma ira, su mismo miedo. Querría que se revolviera rabioso, que bramase con toda la firmeza y el coraje que a ella le faltan. Dejarse atrapar por un rayo, o no dejarse, pero irse ella a la habitación de al lado.

Juega, sonríe, piensa en mí, reza por mí.
Que mi nombre siga siendo la palabra familiar que siempre fue.
Que se pronuncie sin esfuerzo, sin el fantasma de una sombra sobre él.

Debe hacerlo, entrar, verlo. Lo intentó, ya lo intentó: «Vuelve mañana», le dijeron. Ella se dijo que no, que mañana son el velatorio y el funeral de Laura. Este mañana ella estará donde le

corresponde, con su hermana muerta y su madre, que le había deseado la misma suerte. Aunque nadie la quiera allí, aunque nadie la mire ni le hable. Aunque sea la única vez en su vida que hace lo que debe hacer.

Mañana ha sido hoy.

La vida significa todo aquello que siempre significó.
Es lo que siempre fue.
Hay una continuidad absoluta e ininterrumpida.
¿Qué es esta muerte sino un accidente insignificante?

Entra y al verlo recibe un golpe que la sacude de arriba abajo. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Cómo esperaba verle? Mikel está magullado por todas partes. ¿Por qué no había contemplado esa posibilidad? En ningún momento ha preguntado por él. Quizá porque en ningún momento ha tenido la certeza de recibir ninguna respuesta. Tampoco de merecerla.

Está intubado.

¿Por qué esperaba ese vestigio suyo de juventud? La última vez que lo vio aún llevaba el mismo perfume, quizá porque a ella le gustaba y se lo regalaba cada año por Reyes.

Hace frío, huele mal y el rumor del ventilador mecánico del aparato de respiración al que le tienen enchufado por un momento la socorre. Irreflexiva, se acomoda a su ritmo. Solo un instante respira pausada. Sin paz.

Le mira. Le ve y no es capaz de acercarse a él.

¿Por qué debería estar fuera de tu mente porque estoy fuera de tu vista?
Solo te estoy esperando, durante un intervalo,
en algún lugar muy cercano,
justo en la esquina.
Está todo bien.

Finalmente se sienta en el borde de la cama y le acaricia una mano.

—Lo siento…

No hay ningún daño; nada se pierde.
Un breve instante y todo será como antes.
¡Cómo nos reiremos de la pena de la separación cuando nos reencontremos!

Sabe que cuando se descubrió la verdad, cuando le contó todo a Laura, él hizo lo indecible para que la perdonase. No se lo ha contado nadie, pero Mikel es así, todo bondad.

El día que nacieron las niñas, le dijo que sabía de su engaño. Escupían tanto odio sus ojos cuando le hablaba… Ella, sin embargo, estaba convencida en lo más profundo de su ser de que haría lo imposible por mantener el secreto. Y de que no lo haría por ella, sino por Laura.

—Lo siento, lo siento, lo siento… Todo esto ha sido culpa…

No podía estar con ninguna otra de las dos.

Con ella no.

Ella lo habría echado a perder.

Al día siguiente por la mañana, Mikel muere.

Raquel no irá a su funeral.

Se enterará de que ha muerto el día que vuelva a visitarlo y se lo digan. Núria ya no la avisará de esa muerte.

Tampoco las acompañará a esparcir las cenizas, porque tampoco se lo dirá nadie.

Solo me he escabullido a la habitación de al lado.
¡Cómo nos reiremos de la pena de la separación cuando nos reencontremos!

33

Tamariu, agosto de 1991

Cuando Laura y Mikel se conocieron, se hicieron prácticamente inseparables. A Laura le daba miedo la reacción de Núria, siempre había sido muy dura cuando se había enterado de que Raquel había estado con algún chico. Al día siguiente de aquella primera noche en las carpas de Begur, los dos recorrieron el pueblo con la intención silenciada de encontrar al otro. No fue hasta dos días después cuando se vieron; ninguno había salido la noche anterior.

Mikel se despertó temprano, se puso un polo y el bañador, cogió una toalla de playa que se colgó del hombro, se calzó los náuticos y salió a dar una vuelta. Se acercó a la playa, donde los veraneantes empezaban a plantar las toallas para asegurarse un espacio al que volver después de desayunar. La vio sentada donde rompían las olas y fue a buscarla. Ya no se separaron. Los dos se esforzaron en acercarse, él dejó de salir las noches en que Núria no las dejaba moverse del pueblo. Y ella, Raquel y Xavi se unieron a su pandilla las que sí.

El último día de las vacaciones, Núria quiso invitar a sus hijas a comer paella en un restaurante. El chico, que apenas podía ni

respirar de pensar en la añoranza que ya sentía, se presentó a la hora del postre en el hotel Tamariu. Desde que su padre se había ido, casi nunca comían fuera, y aquel día las llevó a un restaurante de manteles largos. Según ella, cuanto más cerca del suelo cuelguen, de más categoría es. Núria, que lucía una piel brillante y dorada después de dos semanas en la Costa Brava, se había puesto sus mejores galas, estaba de especial buen humor y su mirada irradiaba felicidad.

Cuando Laura vio a Mikel de lejos, acercándose, se atragantó con el agua.

—Nena, ¿estás bien? —preguntó Núria al tiempo que le palmeaba la espalda con suavidad.

Ella asintió con la cabeza mientras retiraba la mano de su madre. Inquieta, siguió a Mikel con la mirada y cada vez tenía más claro que se encaminaba hacia donde se encontraban ellas. Empezó a sudar y a ponerse como un tomate, y la afabilidad de su cara cambió hacia alguna emoción que a Núria y a Raquel les costó reconocer en ella, de modo que se volvieron para buscar qué observaba con aquella fijación.

—Míííralooo —le faltó tiempo para gritar a Raquel cuando vio que era Mikel quien se acercaba a ellas.

—¡Nenaaa!, ¿quieres hacer el favor de comportarte, aunque sea por un día? —le reprochó enseguida su madre—. Ni hoy puedes…

—Ya me darás la razón —la interrumpió Raquel con una sonrisa que Núria tampoco llegó a entender.

—Bu… bu… buenas —dijo Mikel postrándose delante de Núria vestido con una camisa con sus iniciales bordadas en el pecho, pantalones de pinzas y el pelo brillante y con la raya a un lado.

—¡Patxiii! —Raquel volvió a alzar la voz—. ¿Qué te ha pasado en el pelo? —añadió antes de dejar escapar un grito de dolor por la patada que le arreó su hermana por debajo de la mesa.

—Mikel… Bueno…, Mikel Pérez Eguigure. —Tragó saliva y se alisó el flequillo, que, pese a llevar engominado a conciencia, se le decantaba hacia la frente—. Mejor así, sí.

—¿Egui… qué? —preguntó extrañada Núria—. ¿Conocéis a este chico?

—Más de lo que te imaginas, lo conocemos… —se apresuró a responder Raquel antes de que su hermana la cortase y le propinase otra coz por debajo de la mesa.

—Es…, es… un amigo. —Laura buscó la mejor forma de definir la figura de Mikel a su madre—. Amigo mío —afirmó con rotundidad.

Núria contempló la situación perpleja. La cara de bobos que se les había quedado al chico y a Laura, y la mofa exagerada de Raquel.

—Siéntate, siéntate —le dijo señalando la silla que quedaba libre a la mesa—. Hacedle sitio, chicas. ¿Quieres tomarte un café? —añadió en un castellano forzado mientras Mikel retiraba la silla.

Laura suspiró aliviada tras lanzar una mirada asesina a Mikel. Sabía que a Núria le había gustado, lo notaba por cómo le miraba de arriba abajo con una sonrisa que se le salía del rostro.

El primer año de relación, Laura y Mikel lo pasaron separados, se escribían cartas a diario y los sábados por la noche se llamaban. No fue hasta el año siguiente, después de insistir mucho para convencer a la abuela, cuando Mikel solicitó un cambio de facultad. La idea de continuar la carrera en Barcelona le entusiasmó tanto que incluso pidió al quiosco donde la abuela Maitea compraba el periódico que le enviasen el curso *Digui, digui* para aprender catalán. Estaba tan

convencido que encargó los dos niveles de golpe, y eso que las ocho mil pesetas que le costaron le supusieron quedarse un par de semanas sin salir con los amigos. Tras hacer los primeros ejercicios y escuchar las primeras cintas, le pidió a Laura que le escribiese y le hablase en catalán. En un principio a ella se le hizo extraño, pero el segundo verano, cuando volvieron a encontrarse, tanto ella como Raquel y Núria se sorprendieron de todo lo que había aprendido.

Los padres de Mikel habían muerto hacía seis años, el 19 de febrero de 1985, cuando él tenía catorce, en un accidente aéreo volviendo a casa desde Madrid. Los dos eran abogados y quizá por eso, o porque era lo que se esperaba de él, el chico decidió estudiar Derecho.

Mikel era hijo único y, tras el trágico desenlace de sus padres, sus abuelos paternos eran sus familiares vivos más cercanos y los que se hicieron cargo de él. El abuelo Joxelu y la abuela Maitea encontraron en su nieto el único consuelo para seguir viviendo y se volcaron en cuerpo y alma en su educación.

El abuelo murió de un infarto cuatro años más tarde, y, desde entonces, Mikel vivía con su abuela en Bilbao. Ella, sus tíos y un primo eran casi la única familia que tenía.

34

Mayo de 2022

Raquel llega tarde.

Ha intentado hablar con su madre un par de veces desde el funeral, pero Núria, de nuevo, ha hecho caso omiso de sus mensajes.

Llega tarde y, si tenía algún objetivo hoy, si tenía una sola cosa clara, solo una, es que quería ser puntual. Quería estar allí antes de esos cinco minutos de antelación con los que llega siempre Núria. Que entrase en la notaría y la encontraste sentada, aparentando tranquilidad. Hoy tenía que ser ella quien la esperase.

—Mierdaaaaaa —reniega.

Ya se la imagina, poniéndola a parir delante del notario: «Es que ni con una cosa así puede comportarse…». Su desdén, el tono, la mirada lánguida, esos suspiros suyos tan abusivamente desmedidos y adustos.

Se siente tan imbécil ahora mismo. ¿Cómo ha podido dormirse?

Es evidente que anoche la cagó tomándose la pastilla para dormir, ya era demasiado tarde. Cuando por fin ha oído el despertador, con un rayo de luz que se colaba entre las persianas y le calentaba la

cara, ya hacía más de una hora que la alarma del teléfono sonaba sin que se diese cuenta.

Se ha vestido con lo primero que ha encontrado en el banco a los pies de la cama. Excepto la camiseta, porque después de olerse las axilas le ha tirado para atrás la peste. «Otro daño colateral de la menopausia, jooodeeer», se ha dicho asqueada al tiempo que agarraba de la estantería del armario, desmontando toda la pila, la primera que ha visto que le quedaría bien con el *outfit* de ayer. Mientras se ponía la gabardina y cogía el bolso, se ha recogido el pelo en un moño mal hecho. Ya en el coche, se ha dado cuenta de que no se había lavado los dientes y ha hurgado en el bolso en busca de un caramelo o un chicle que le quitase la sensación de boca pastosa.

El tiempo ha cambiado de golpe y ahora llueve. Encuentra sitio delante de la notaría y le parece mejor opción que dar la vuelta para entrar en el aparcamiento de tres calles más abajo. Es de carga y descarga, y en el peor de los casos le pondrán una multa que, ahora mismo, ante la perspectiva de la bronca de Núria, le parece un regalo.

Al bajarse del coche, mete los pies en un charco. «¿De verdad?». Se sacude el calzado, pero ya tiene un pie empapado. Dentro del ascensor se mira en el espejo e intenta arreglarse un poco. Una pernera de los vaqueros se le ha quedado dentro de la bota, se agacha para recolocarla y se da cuenta de que ha encharcado el suelo. «Suerte que voy sola», se dice. Hoy le tocaba lavarse el pelo, se coge un mechón y lo huele; parece que la lluvia ha acentuado el tufo, pero al menos disimulará que lo lleva sucio y evitará que se le vea grasiento.

—Mierdaaa —deja escapar en un grito dentro del ascensor.

Tampoco se ha puesto desodorante, le parece que le viene un sofoco con una vaharada algo pestilente. «Por favor, que sea de esos que solo huelo yo». Debe de haberse pasado la noche sudando como una mala cosa, e iba tan empastillada que ni siquiera se ha dado cuenta.

—¡Aaaaaah! —chilla otra vez.

Rebusca de nuevo en su bolso y encuentra unas toallitas desmaquilladoras que se frota en las axilas; se mira en el espejo, se remete la camisa en los pantalones, se deshace el moño y se arregla el pelo con las manos. No se gusta de ninguna de las maneras y, tras volver a hacérselo, vuelve a buscar en el bolso y encuentra una muestra de su perfume, que se da cuenta de que está vacía cuando intenta echárselo detrás del lóbulo de la oreja; también una barra de *gloss*, que se extiende un poco con los dedos por los labios.

Confirma que tiene una pinta espantosa cuando se mira de nuevo antes de salir al rellano. Se echa el aliento en una mano, lo huele y se le escapa una mueca de asco.

—¡Uuufff! ¡Vaya puta mierda, Raquel!

Entra en el bufete y escupe el chicle en la papelera antes de pararse delante del mostrador. Le llega un olorcillo tibio y dulce de café. «Mataría por uno», piensa. Cuando levanta la cabeza se da cuenta de que una mujer de una sesentena larga la mira fijamente, con una sonrisa casi invertida que ni pretende ni puede esconder el gesto de reprobación.

—Hola —la saluda, y sonríe ante la idea de que seguro que se llevaría bien con Núria. «Mejor tomárnoslo con humor», se dice.

—El señor notario y la señora Salat la esperan desde hace rato —le dice mientras se baja las gafas y la mira detenidamente, repasándola de arriba abajo por encima de los cristales.

Raquel pone los ojos en blanco por las veces que se ha enfadado ella por que la hacen esperar mientras sigue a la mujer hasta la puerta de un despacho. Respira, hace una inhalación profunda que espera que le dé valor, y oye del otro lado que ya puede pasar.

—Disculpad —dice al entrar y antes de escuchar el «por fin, ya podemos empezar» de su madre.

—No pasa nada —responde el notario—. Así he podido hablar un rato con su madre —añade con la intención de calmar los ánimos—. Pues venga, ya podemos ir al asunto —apunta cuando ve que Raquel se sienta en la silla.

Lo intenta, pero no puede prestar atención a todo lo que dice ese hombre. De hecho, vale que ella es la hermana, pero no entiende qué pinta ahí. No cree que ni Laura ni Mikel tengan ninguna posesión de valor, aparte del piso, que quedará para las niñas.

—Eso ya podemos ir modificándolo —dice Núria.

El señor notario y Núria miran atentamente a Raquel sin que ella, que ya ha llegado a la conclusión de que avisar a los familiares cercanos a la lectura del testamento debe ser el protocolo habitual, se dé cuenta.

—Nena, ¿estás aquí o en la luna? —agrega con unos golpecitos en la mesa para llamar la atención de Raquel.

—¿Qué? —carraspea avergonzada—. ¿Perdón? Me he despistado un segundo, es que…

—¿Ve? —exclama su madre—. Si ya le digo yo que todo esto le interesa bien poco.

—Valeee —suelta Raquel en un tono que habría querido reprimir.

—No pasa nada —vuelve a decir el notario conciliador—. Me hago cargo de que han sido días muy complicados para las dos… —añade con una mirada compasiva hacia Raquel—. Vuelvo a leerlo, porque es necesario que todo el mundo entienda bien lo que va a firmar.

—Estate atenta, ¡¿eh?! —la increpa Núria con nuevos golpecitos en la mesa.

Raquel alza la vista y la mira antes de asentir hacia el notario.

—«En el supuesto de la defunción de ambos progenitores, se establece que sus hijas menores de edad quedarán bajo la guardia y custodia de la señora Raquel Romero Salat hasta alcanzar la mayoría de edad, fijada en los dieciocho años. Asimismo, se dispone que la señora Raquel Romero Salat será la responsable de la administración y gestión de los bienes y recursos económicos de las mencionadas hijas hasta que estas alcancen la edad de veintitrés años».

No entiende nada. ¿Cuándo ha pasado eso? Busca el momento en que Laura se lo pidió o, cuando menos, comunicó. Porque… eso se hará así, ¿no? Una cosa como esta deben preguntártela, ¿no? No lo recuerda. Seguramente porque es tan poco probable que semejante desgracia acabe produciéndose… Ahora bien, quizá no se lo dijo nunca, porque, pese a ser algo a lo que piensa que no puedes negarte, no tiene muy claro que ella hubiese aceptado.

—Nenaaa, que vuelves a estar en la luna…

—Bien —interviene el notario—, entiendo que esto es una decisión muy importante y quizá necesiten unos días para tomarla…

—Ya puede ir preparando el papeleo —le interrumpe Núria—. Lo mejor será que las niñas se queden conmigo, y no se hable más…

Se hace un silencio frío, incómodo y denso. Unos golpecitos en la puerta desvían la atención de los tres. La mujer que la ha recibido entra con una bandeja con café y pastas.

—¿Café?

—Gracias, déjalo aquí, ya nos servimos nosotros.

Quizá ese olor al café que le ha faltado tomar hoy y que ahora le despierta una especie de deseo olvidado en el paladar la transporta a donde quiere estar. Detiene sin pretenderlo el movimiento de la pierna derecha, que le baila desde que se ha sentado, y se queda con la mirada perdida en sus manos, que mantenía apretadas, reteniendo la impotencia y todos esos dolores antiguos. Las abre y se fija en sus palmas sudadas y rojas antes de alzar la vista hacia Núria. La observa desafiante, le resuenan sus palabras de siempre, quizá se siente victoriosa y seguro que hoy también le parece que no hacen daño. Se levanta de la silla, con una parsimonia inaudita en ella, se sirve una taza de café, coge un hojaldre de manzana y crema, se lo mete en la boca y lo mastica con calma. Se relame el pulgar, que se le ha quedado embadurnado de gelatina. Añade una cucharada de azúcar y una nube de leche al café, da un trago después de removerlo todo con una lentitud tan rítmica y cuidadosa que cualquiera diría que tenía ensayada.

No los mira.

—No —responde a su madre con una rotundidad imperativa tanto en el tono como en la mirada, que ahora tiene clavada en ella.

—¿Cómo? —Núria vuelve la vista hacia el notario en busca de apoyo—. ¡¿Cómo que no?! ¿Acaso has perdido la cabeza? Que esto no va de jugar a las muñecas, ¿eh? —Niega con la cabeza mientras

se sube por las paredes y una burla airada y despiadada se le escapa por las fosas nasales.

—Bien —interviene el notario tras aclararse la garganta—, yo las dejo que hablen tranquilas y, cuando hayan tomado una decisión, ya procederemos con todo.

—No hay nada que hablar… —Ahora es Raquel quien interrumpe la conversación.

—Bueno, tómense el tiempo que haga falta —insiste el notario con una entonación más azucarada todavía.

—No sabes lo que dices, si tú no te has preocupado nunca por nadie aparte de ti misma…

—Bueno, bueno, bueno —añade él—. Ahora tienen que pensar en las niñas y en todo lo que…

Raquel se levanta sin dejar que el notario acabe su discurso, que empieza a dudar que de conciliador haya evolucionado hacia ponerse de parte de Núria. Lo mira con cierta provocación mientras coge de la bandeja con la cafetera aún humeante una servilleta de papel, anota algo que deja encima de la mesa y que le empuja lentamente con un dedo.

—Puede escribirme o llamarme aquí cuando esté todo preparado —dice antes de abrir la puerta, coger otra pasta y marcharse sin responder a su madre.

Aprieta el botón para llamar al ascensor y se da cuenta de que le tiemblan las piernas. Aún la oye blasfemar sobre ella, incluso fuera de la oficina. No quiere volverse, siente la misma mirada clavada en la nuca que cuando ha llegado. Pulsa con impaciencia y repetidas veces el botón para que suba el ascensor. La mujer de detrás, aparte de observarla, ha dejado escapar un suspiro que le ha sonado

reprobatorio, y busca la puerta de las escaleras, recuerda que está en un décimo piso, pero no soporta seguir un segundo más allí. Baja los escalones de tres en tres, corre y contiene las ganas de llorar: «Por favor, por favor, espérate a llegar al coche». Ya a pie de calle, se encuentra en el espejo con una mirada que la asusta casi tanto como el hecho de hacerse cargo de sus sobrinas. Intenta tragarse el hojaldre que se le ha hecho bola en la boca y acaba escupiéndolo cuando nota unas arcadas que la amenazan. Se agacha para recogerlo. «¿Cuándo me he vuelto también así de cerda?».

Fuera sigue lloviendo, el cielo se ha oscurecido tanto que piensa que se ha pasado el día entero en ese despacho. Se sienta en el suelo, apoya la espalda en la pared y estira las piernas.

—Putos tacones —dice mientras intenta levantarse—. Solo me faltaba que Núria bajase ahora y me viese aquí.

Una vez de pie, vuelve a encontrarse de cara al espejo. Su fisonomía ha virado hacia otro lugar y su reflejo la mira con el mismo desprecio que le mostraba su madre no hace ni tres minutos.

¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? ¿Ha pensado en algún momento en sus sobrinas?

35

Tamariu, agosto de 1992

A mediados de febrero, Núria ya les dijo a sus hijas que ese año le gustaría volver a Tamariu. El agosto anterior había encontrado una buena amiga en la madre de Xavi. Han ido llamándose a lo largo del año, y los lunes, cada quince días, han quedado en Barcelona para verse y comer juntas.

Mikel y su cuadrilla también han decidido volver a Cataluña. Él intentó por todos los medios que repitiesen destino, pero el resto prefería descubrir un lugar nuevo y estar más cerca de Barcelona. El 9 de agosto se habrán acabado los Juegos Olímpicos y, aparte de salir de fiesta e ir a la playa, quieren descubrir esa ciudad que se ha renovado para dar la cara al mar y que está en boca de todo el mundo.

Sin ninguna clase de premeditación, Mikel se metió en el bolsillo a Núria desde el primer momento. Como con Laura, con ella también fue amor a primera vista. Núria encuentra en la mirada de su hija el recuerdo de su historia de amor con Juan. Este año de cartas y llamadas ha rememorado aquellos meses en los que ella permaneció separada del padre de sus hijas después de que se conocieran. Pese

a que no la abandona el miedo a que la historia de Laura pueda ser una segunda parte de la que vivió ella, pesa la añoranza por todas las emociones de su primer amor. La decepción de Laura cuando Mikel por fin le dijo que sus amigos habían decidido ir a un pueblo del Maresme para estar más cerca de Barcelona la llevó a invitar al chico a pasar unos días con ellas en Tamariu.

Cuando Raquel se enteró de que Núria le había invitado, se puso como una mona, celosa a más no poder, y llegó a decirle que le quería más que a ella, que era hija suya.

Hoy han quedado los tres para salir, y a última hora Xavi se ha acercado para decirles que también se apuntaba. Irán a Begur, a comer algo por el pueblo y tomar la primera copa antes de dirigirse a las carpas.

Ahora las dos hermanas se preparan para ir de marcha, las dos delante del espejo del minúsculo baño del apartamento, mientras Mikel las espera tomándose una cerveza y fumándose un cigarro en el balcón. Tienen la radio puesta, y suena «Historias de amor», de OBK.

Núria hoy también ha salido a cenar con su amiga, que ha decidido cogerse fiesta en el restaurante.

—¿Qué, nos cambiamos? —propone Raquel con el neceser de maquillaje en la mano mientras menea el culo al ritmo de la música.

—Paso…

—¿Cómo que pasas? —insiste—. «Ojos que miran con ilusión, pasiones vividas entre los dos…».

—Pues eso, ¡que paso! —responde Laura con rotundidad.

—Veeenga, tíaaa, será divertido… «Imposibles de borrar…».

—Que no, nena…

—Vaaaaaa… —insiste juguetona—. A ver qué hace Patxi…

—Precisamente —dice al tiempo que vuelve la cara y la mira fijamente—. Y no le llames Patxi…

—Tíaaa, eres una aguafiestas…

—Es probable —contesta Laura.

Raquel no está acostumbrada a las negativas de su hermana; de hecho, es la primera vez que Raquel le pide que se intercambien y Laura le dice que no con esa rotundidad y una cara nueva que no reconoce, pero que tiene claro que quiere decir que la decisión es inamovible. No está acostumbrada y enseguida le entra la mosca. Había urdido un plan, hoy tenía que ser la noche más divertida del verano para las dos. Ya se había imaginado volviendo loco a Mikel y le cabrea que su hermana le eche a perder la fiesta.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunta provocativa.

—Tú… —Se detiene antes de continuar—. Tú lo que quieres es pegarle un morreo a Mikel…

—Y a ti te da miedo que le guste más que el tuyo —responde dejando el neceser en el estante con un golpe que hace que el vaso de los cepillos de dientes se caiga al suelo—. ¡Mierdaaa, hostia puta!

—¡¿Lo ves?! —suelta Laura en un tono que a Raquel le recuerda al de su madre—. Ya la has liado…

—¡Puta estrecha de mierdaaaaaa! —grita Raquel a su hermana con rabia—. A la mierdaaa —añade al tiempo que abre la puerta—. Y tú… —suelta antes de salir del baño—, tú a mí no me digas que la lío, que no eres mi madre… —Ver en Laura una actitud con ella más propia de Núria le ha dolido mucho—. ¡Patxi! Cuando quieras, podemos irnos —añade alzando de nuevo la voz para que Mikel la oiga—. Os espero en la calle.

—¡En catalán, por favor! —grita Mikel desde el balcón.

—¡Callaaa! Pesao… —contesta Raquel con un resoplido—. Ahora va de Pompeu Fabra este…

Raquel entra en la habitación que comparten las dos hermanas los días que Mikel ha venido de visita, coge el bolso y sale del apartamento.

—Sí —responde Laura enfadada—. Ya recojo yo tu estropicio —añade antes de oír el portazo.

Laura sale del baño y va a la cocina a por la escoba y el recogedor. Recoge los cepillos de dientes, que han caído dentro del lavabo, los mira y los enjuaga debajo del grifo para asegurarse de que no hay ningún cristal pegado. «Si no, tendremos que tirarlos», piensa mientras barre los restos del vaso roto antes de irse. Se le ha quedado algo dentro que le cuesta identificar e intenta no darle muchas vueltas. Nunca le había hablado así a Raquel. Las dos, salvo por las riñas absurdas entre hermanas, siempre han cerrado filas la una con la otra, no tiene ninguna duda de que es así. No quiere pensar que, invariablemente, ha hecho todo lo que le ha dicho Raquel, o bien para protegerla del menosprecio de su madre, o bien porque ya le iba bien. Al final, seguirle la corriente es arriesgado pero divertido, muy divertido, y jamás, hasta hace unos instantes, se había negado a sus deseos.

¿Qué ha pasado hoy? ¿La ha llamado «puta estrecha de mierda»?

36

Cabrils, mayo de 2022

Hace demasiados días de la reunión con el notario y no tiene noticias de Raquel. Núria quiere convencerse de que todos estos días sin saber nada no son más que un castigo que le impone su hija antes de volver a hablarlo. Antes de que se dé cuenta de lo que puede llegar a suponer una decisión como la que ha tomado y vaya a decirle: «Perdona, me equivoqué. No soy capaz de hacerme cargo de las gemelas». Que si «debería dejar el trabajo», que si «no me veo demasiado tiempo en el mismo sitio», que si «tienes razón», que si «a duras penas soy capaz de cuidar de mí misma, cómo se me ha pasado por la cabeza siquiera poder hacerme cargo de Júlia y Martina…».

Quiere mantener la certeza de que eso es lo que pasará, pero hay una duda, obstinada e inconsistente, que la angustia, que encabalga persistente y la espanta. Teme que Raquel sea capaz de decidirse a hacer lo que su hermana y Mikel previeron en vida. Tampoco alcanza a entender cómo tomaron esa decisión, ni por qué. No le encaja de ninguna de las maneras. ¿Qué los llevó a decidirse por Raquel?

La sentencia del notario sume a Núria en una tristeza infinita; le pesa profundamente que Laura pensara que Raquel sería mejor madre de lo que ha sido ella con las dos. No es que le duela sin más; la rompe, la desmiembra en una dualidad oscura, lacerante y abrumadora, una que no quiere ver. ¿O quizá no puede? Quizá aceptar la decisión de Laura la llevaría a plantearse todo lo que hizo y cómo lo hizo. Hace muchos años que no tiene ninguna duda de que, con Raquel, no ha actuado bien. No puede definir qué ni cuándo empezó a ser así. Pero la relación que mantenía con su otra hija la llenaba de orgullo y, en cierto modo, quería creer que compensaba todas las desavenencias y menosprecios con Raquel.

Núria también se redime, intenta convencerse de que será capaz de no echarle en cara toda la mierda cuando llegue el momento. Se da cuenta de que, si el día que leyeron el testamento hubiese sido más benevolente con ella, todo se habría resuelto de otra forma.

Ya estaría todo resuelto.

Le dan ganas de tirarse de los pelos cuando piensa en las veces que ese carácter suyo la hace ir por el camino que no toca.

Está convencida de que lo tiene más que sopesado. De hecho, no tiene ninguna duda de que su única pretensión con este tiempo de espera no es otra que prolongar su agonía. Si una cosa tiene clara de su hija es que de tonta no tiene ni un pelo, y seguro que antes de apretar el botón del ascensor ya tenía decidido que rechazaría esta responsabilidad.

«Todo lo que tiene de lista lo tiene de orgullosa —se dice ahora—. Y con el numerito que montó en la notaría estará calibrando cómo salir airosa de esta».

37

Tamariu, agosto de 1992

A Mikel le cuesta dormirse. Le da vueltas la cabeza y un susurro extraño, potente y molesto le llena los oídos. Hoy todos han bebido más de la cuenta.

Se revuelve en la cama, de un lado a otro.

Laura le ha puesto muy caliente; si no fuese porque le ha invitado la que espera que sea su suegra, se masturbaría. Visualiza la posibilidad de manchar las sábanas y que Núria pueda verlo y pierde la erección de golpe. Le tiene en muy buena consideración y no quiere que nada pueda cambiar este concepto. Aunque ya le iría bien no tenerla tan encima. Es una buena mujer, y no se imagina lo que debió de sufrir cuando su marido las abandonó. Y cómo le cuida. Retoma la idea de la paja pensando en que, si al menos le dejase hacerse la cama, podría esconder el accidente. A sus hijas las obliga a hacerla, cada día oye la misma cantinela de Núria persiguiendo a Raquel con amenazas de que no la dejará salir hasta que vea la habitación recogida.

«¡Qué pesadas esas dos también!».

Su mente no para, se incorpora y se sienta en la cama. Podría ir al baño y coger un rollo de papel higiénico, seguro que si se corre cae redondo. Tiene mucho sueño, cuando volvían para casa se le cerraban los ojos y ha conducido todo el camino con la ventanilla bajada y el viento azotándole la cara para mantenerse despierto.

«Si Núria se entera de que conduzco con esa taja con sus hijas en el coche, no me deja volver a ver a Laura ni en pintura», se dice.

Ha sido una noche extraña, con los ánimos de todos enrarecidos de principio a fin. Tampoco es que esperase nada demasiado especial, pero mañana es su cumpleaños y ni Laura se ha acordado de felicitarle a medianoche.

Se levanta y se acerca a la ventana, la abre de par en par; si cuando dé el sol le despierta, ya se levantará a cerrarla. El olor del pinar que tiene delante le invade salpicado de sal; busca, oculto entre las ramas, el eco del mar. Respira, coge aire, toma una bocanada lenta y profunda y, poco a poco, empieza a invadirle el sueño.

Ya está mejor. Intenta cubrir con la cortina ese sol que no tardaría en despertarle y vuelve a la cama.

Hoy Laura le ha sorprendido, aunque ya le gusta esa manera de ser suya, tan tradicional, tan… Hace un tiempo habría dicho que puritana y estrecha. Sonríe al pensar que a la abuela le encantará cuando la conozca. Hoy estaba rara, ha bebido y, si no es algo que ha cambiado este año, el verano pasado le dijo que no bebía demasiado. Recuerda cuando le contó que en el País Vasco beben mucho, y ella le respondió que lo que había probado hasta ahora no le gustaba. Hoy ha pedido que le añadiesen vodka a la lima con Schweppes de limón que toma siempre, cree que en algún momento

ha llegado a dudar de cuál de las dos era su novia. Algo les ha pasado hoy, cuando lo piensa cae en que Raquel también estaba especialmente extraña y en que apenas han hablado en toda la cena. ¿Quizá por eso ha bebido…? Y quizá también por eso Raquel no ha parado de menear el culo delante de Xavi, que nunca le hace ni caso. ¿Quizá porque es el amigo de su hermana? De hecho, si hace memoria, se da cuenta de que no se han hablado en toda la cena, y tampoco en ningún otro momento de la noche.

En realidad eran ellas las que se comportaban de forma extraña y han arrastrado al resto.

La habitación es pequeña, y las paredes, finas. Cree que puede oír al otro lado a Laura revolviéndose en la cama. Tal y como iba, seguro que ahora también le da todo vueltas.

Quiere dormir y se tumba de cara a la ventana, con la puerta a su espalda, e intenta no pensar en si Laura estará bien o no, trata de vaciar la mente de pensamientos y empieza a contar. Una ligera penumbra con aroma de borrajo húmedo se cuela por los postigos. Si presta atención, le parece que le llega el sonido del mar.

—¿Qué pasa? —dice en un grito ahogado al tiempo que se vuelve para ver quién ha entrado en la habitación.

Se caga solo de pensar en qué pasaría si estuviese cascándosela cuando el perfume de Laura le alerta de que es ella.

—Shhh… Hazme un hueco.

—¿Laura? ¿Qué…? ¿Qué coño haces aquí…?

—Shhh —vuelve a interrumpirle—. Vengaaa, muévete…

—A tu madre no le gustará encontrarnos aquí. —Se acojona solo de pensar en el momento—. Y si nos dormimos…

—No vengo a dormir, venga, calla…

—No, no y nooo —dice haciéndole el hueco que le pide—. Cariño, que has bebido, yo así no quiero…

—Estoy bien, tampoco he bebido tanto y ya no quiero esperar más…

—Que mañana te arrepentirás y yo…

—Nooo. —Le tapa la boca con una mano y vuelve la cabeza de un lado al otro—. Es tu regalo de cumpleaños.

Le quita los calzoncillos. Se encuentra el miembro caliente y mustio. Él se arrima para besarla y ella le rechaza mientras le colma de besos suaves, tiernos y húmedos con sabor a Licor del Polo por toda la cara, el pecho, el cuello, las orejas. Está muy caliente, pero le cuesta empalmarse de pensar en que Núria pueda pillarlos. Ella se le frota hasta que lo consigue. Entonces le tapa la boca, le coloca un preservativo y se lo mete dentro. Mikel no tarda en correrse y ella se aparta de encima enseguida. «Felicidades», le susurra al oído antes de salir de la habitación. Perplejo, la ve marcharse. Está sorprendido, y también agradecido, de que se haya puesto unas braguitas de encaje para él. Se fija en ellas mientras Laura abre la puerta, lentamente para no despertar a Núria ni a su hermana. Con el dedo se saca la parte de la prenda que se le ha metido en el culo, y a él, pese a estar exhausto, le parece que vuelve a empalmarse.

Antes de cerrar la puerta, le lanza un beso.

38

Mayo de 2022

Llueve.

Hoy es uno de esos días en los que la duda de qué dolor la aflige más la atormenta hasta desquiciarla.

Ha quedado con Núria. Sabe que su madre no quiere que sea ella quien se haga cargo de las niñas. Y Raquel duda de hasta qué punto quiere asumir esa responsabilidad, aceptar la decisión de Laura, o de si lo que quiere es hacer daño a su madre.

Ella nunca ha querido ser madre. El año pasado, en una entrevista que la revista *People* hizo a Iris Apfel con motivo de su centenario, leyó: «You actually can't have it all», y comprendió que ese había sido, sin saberlo, el mantra de su vida. «Querer» quizá tampoco es la palabra, sino «poder». Si hubiese encontrado alguna pareja con la que compartirlo… Siempre ha tenido claro que si tenía hijos no replicaría lo que ella había recibido. Quizá solo la ha frenado el miedo a no saber hacerlo mejor. El miedo a no ser capaz de evitar que ese alguien escogido, al cabo de un tiempo, se largase bien lejos como hizo su padre. El trabajo siempre es lo que más ha pesado en su vida y, como dijo Iris Apfel, en la vida no podemos

dedicarnos en cuerpo y alma a dos cosas. No podría haber realizado ese trabajo, recorrer el mundo como lo ha hecho, ascender hasta abrirse un hueco con cierto reconocimiento dentro del sector, y a la vez hacer de madre y hacerlo bien, como Laura.

Con excesiva frecuencia reconoce en sí misma esa forma insoportable de ser de Núria.

No han pensado en ningún momento qué querrán las niñas, eso también la desasosiega. Laura y Mikel las tenían en cuenta para todo, siempre le pedían opinión a cada una. ¿Qué deberían hacer Núria y ella en este caso, con unas crías de once años? Está convencida de que Núria no se lo plantea, pero ¿cuándo ha estado ella de acuerdo con su madre?

Hace dos días habló por teléfono con Núria, una conversación que duró segundos, para concretar cómo quedaban, dónde y cuándo. Por primera vez en mucho tiempo, se habría quedado a escuchar a su madre. Su voz parecía dulce, sin rastro del desdén que nunca había tratado de disimular. Se la imaginó al otro lado del aparato, con una sonrisa incluso cariñosa. Quería quedarse ahí, en ese instante, en ese proyecto de imagen que había ideado. Fue un momento feliz en medio de tanta desgracia que no logró aguar ni la vocecilla interior que le decía que no era más que una forma de manipularla.

Se ha hartado de repetirle que es como su padre, pero la verdad, la realidad, es que las dos no divergen tanto.

Raquel está convencida, no tiene ninguna duda, de que lo que quiere es lo mejor para Júlia y Martina, pero no sabe hasta qué punto puede traicionarla su deseo de desquitarse. Hasta qué punto la que escoge el futuro es la venganza de esa mujer que no la ha

querido nunca y que siempre ha creído que debería haberla amado por encima de todas las cosas y personas. Ella solo quería que fuese con ella igual que era con Laura.

Llueve, y hoy tampoco ha cogido paraguas. Si se convierte en tía madre, también tendrá que empezar a poner orden en este tipo de temas, como estar al día de la previsión del tiempo. Llega al portal del edificio del piso de Laura y se sacude el agua que va goteando antes de que le abran. Se ve reflejada en el cristal de la puerta y no encuentra nada que le guste. Está convencida de su discurso, pero no puede obviar ese runrún interno que le recuerda con tanta insistencia que se equivoca, que se acabó jugar con Núria a ver quién hace más daño a quién, que ahora lo que importa son las niñas y punto. Que esto no va de ganar o perder. Ha valorado, ha repetido la misma lista mental y escrita, mil y una veces: tiene que cambiar de trabajo, tiene que instalarse en el piso de su hermana. ¿Podrá? ¿Será capaz de parar, de permanecer en el mismo sitio indefinidamente? ¿De llegar a casa y pensar en qué hace de cena? ¿De tener siempre la nevera llena? ¿De lidiar con los calendarios de los que siempre le hablaba Laura: extraescolares, médicos, reuniones de padres, partidos, reuniones en la escuela, fiestas…? ¿Lo quiere, en realidad? Solo pensar en el grupo de WhatsApp de padres le produce urticaria. ¿Hasta qué punto importa lo que quiere ella? ¿Quizá es lo que debe hacer y ya está? Como tantas veces le ha dicho su madre, «lo que toca». La verdad también la atormenta, la certeza de que Laura, si hubiese recordado ese testamento que seguramente hizo cuando nacieron las niñas, si hubiera pensado en ello el día que se enteró de la verdad, ¿qué seguridad tiene ella de que le habría faltado tiempo para correr a la notaría a cambiarlo?

Y después está ese miedo suyo, esa sensación de que nunca lo hace lo bastante bien a ojos de su madre. Siempre esa voz que le llega al pensamiento cuando supera cualquier reto, el que sea, grande o pequeño; ¿qué pensará?, ¿qué dirá?, ¿qué pegas le encontrará? Esa insuficiencia y ese desmerecimiento que siempre acaban diluyendo los efectos del éxito. Esa inquietud que para ella nunca será bastante: ni lo bastante grande, ni lo bastante bonito, ni lo bastante valioso, ni lo bastante nada. Y esa espera impertinente, eterna y condenatoria de aquel error o defecto, que seguro que encontraría.

Núria la espera con la puerta abierta. Mientras se acerca, piensa que las gemelas deben de estar en casa y no quiere que se enteren de que va. No sonríe cuando la ve, no la abraza cuando la tiene delante, tampoco le da ningún beso, ni siquiera baja la vista con aire despectivo.

¿Hay algo peor que nada?

Se siente estúpida por haber pensado que después de aquella breve conversación quizá hoy sería diferente.

—Vamos a la terraza, que las niñas están en su habitación —le indica Núria con un gesto con el que la invita a seguirla—. Deja todo eso tan mojado en la entrada, que si no me liarás un estropicio y me tocará fregar a mí.

Raquel guarda silencio y la sigue.

La casa está llena de ellos.

—Júlia y Martina no tenían que estar en casa, pero… Bueno, da igual —dice antes de abrir la puerta para salir a la terraza—. Prefiero que no nos oigan…

—¿Qué…? —Se da cuenta de que su tono se aleja demasiado de todos los que había barajado en su fantasía irreflexiva. Se detiene y

carraspea antes de continuar—. ¿Qué les has contado? —retoma más conciliadora.

Núria no responde.

Una está dentro, y la otra fuera, no quería hacerle un reproche y baja la vista a sus pies. Se da cuenta de que no tiene el control, de que lo ha perdido al verla en el vano de la puerta. Percibe el poder oscuro y agobiante, duro e incluso macabro, que tiene sobre ella.

—Quiero decir… —se aclara la garganta de nuevo— que si están al tanto de la situación. —No sabe cómo acabar la frase.

Núria sigue sin contestar. La mira, quizá arrepentida, quizá suplicante. Raquel alcanza a distinguir más cosas hoy en los ojos de su madre aparte del resentimiento.

Cuando ya están fuera, Núria echa un vistazo al interior, buscando asegurarse de que ninguna de las niñas ande cerca antes de empezar.

—¿Que si he llegado a contarles todo lo que hiciste, me estás preguntando?

Raquel no sabe qué decir, toda la fuerza del momento la impulsa a sostener a su madre esa mirada pretenciosa e irreverente.

—¿O si saben que sus padres, a saber en qué momento de lucidez, decidieron que tú te hicieses cargo de ellas? —añade.

Raquel solo es capaz de tragar una saliva que querría poder escupir.

—A diferencia de ti —prosigue Núria—, yo quiero lo mejor para las niñas…

—Aaah —intenta diluir una sonrisa—, ¿y qué es eso para ti…?

—Pero ¿tú has visto la vida que llevas? —la interrumpe con rencor.

—Tengo ofertas… diversas de trabajo para dejar de viajar. —No había previsto este tipo de detalles en la conversación y, nada más decirlo, constata que no va por buen camino.

—¡Muuuy bieeen! —replica Núria, y deja escapar una carcajada—. Igual te crees que todo se acaba cambiando de trabajo…

—En todos estos días… —la conversación adopta un tono y un rumbo que ninguna de las dos había previsto ni ideado en su imaginario—, ¿te has parado a pensar, has llegado a comprender o te has planteado siquiera por qué Laura y Mikel me escogieron a mí?

—Te escogieron a ti, te escogieron a ti… —dice ahora con escarnio —. ¡Venga! —Su tono es cada vez más alto—. ¡Que se te llene la boca, vaaa! Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Hacerme daño con…

—Yo no quiero hacer…

—Eso la gente lo hace —la interrumpe Núria— porque piensa que nunca puede llegar a pasar…

—O quizá lo hace porque, si pasa, tiene muy claro lo que no quiere. —Enfatiza ese «no» que lanza envenenado con toda la intención de que duela fuerte y dentro.

En cada frase, las dos utilizan un tono más alto, más airado y ponzoñoso.

—¡Y tú! —la corta ahora ya con un grito—, no te lo has planteado, no has pensado por un momento que cuando tu hermana se enteró de lo que habías hecho…

—¡Parad!

Martina y Júlia estaban jugando en su habitación cuando han oído la discusión y han salido a ver qué pasaba.

—¡Martina! —exclama Núria.

Júlia llora desconsolada, tiembla y coge con fuerza la mano de su hermana.

Raquel no ha adivinado quién es quién hasta que ha hablado Núria. Las mira a las dos y percibe en ellas todas las diferencias invisibles que siempre ha compartido con su hermana.

Se fija en Júlia y le llega toda esa bondad suya, tan de Laura, también, innata e inquebrantable, ese saber bregar con la vida para que la vida te haga feliz, ese saber sin conocer que no necesita nada ni a nadie.

Mira a Martina y se reconoce en el enojo con el que sostiene la mirada a la abuela. Y entonces la mente la bombardea con un mensaje, con una visión de futuro en la que puede verse a sí misma de nuevo. La razón por la que su hermana y Mikel la escogieron a ella la asalta con una evidencia aterradora, con un escalofrío que le recorre la columna de arriba abajo y la deja helada.

No le cabe ninguna duda.

Tomaron la decisión para proteger a Martina de Núria.

Si tiene una sola cosa clara en la vida ahora mismo es que no quiere que la historia se repita. No quiere que Martina sea una segunda parte de sí misma, y sabe que eso es lo que ocurrirá si las deja con Núria.

Mira a las dos niñas, se le aparecen como si no compartiesen ninguna similitud. Júlia llora desconsolada y en ningún momento ha soltado la mano de su hermana. Martina mantiene la mirada clavada, quieta y profunda en las dos. Ahí, en la profundidad esmeralda de los ojos de su sobrina, su dolor la conmociona.

No tiene ninguna duda de lo que debe hacer.

—¡Cariño! —Núria se acerca a Júlia y la abraza.

39

Tamariu, agosto de 1992

—¿Quieres que hablemos de lo que pasó ayer?

Núria lleva discutiendo con Raquel desde que esta se ha levantado para que baje el volumen de la cinta que ha puesto, y las dos entran y salen de la cocina, una la sube y la otra la baja. Cuando se quedan solos en el comedor, Mikel, con una sonrisa que no le cabe en la cara, se arrima a Laura y le da un beso en la mejilla. Le habla en voz baja, desviando la mirada de Laura a la puerta del comedor, pendiente de cuando vuelvan a entrar. Siente un fuerte afecto por Núria y por cómo le ha acogido este verano en sus vacaciones, y es muy cuidadoso con las muestras de cariño hacia Laura, no vaya a enfadársele la suegra.

Desde que Laura se ha sentado a la mesa, la última este mediodía, no para de escudriñarla, de buscar en su expresión la complicidad por todo lo que ha pasado esta madrugada.

—Nooo… —deja escapar un bostezo—, no volveré a beber en la vida… —dice apretándose la frente con fuerza—. No sabes el dolor de cabeza que tengo.

—Pero… ¿te arrepientes?

—Arrepentirme no sería la palabra…

—Ya…

—Bebí un poco demasiado —dice mientras comprueba que Núria no ande cerca—, y déjalo, por favor, que a mi madre no le gusta que beba.

—Vale, vale…

—Lo que hice ayer no me dejes volver a hacerlo.

A Mikel le cambia la cara de golpe.

—¿Ves? —contesta en un tono que intenta que no suba—, te dije que te arrepentirías, y ahora…

—Que no, pesado… —se acerca para darle un beso en los labios —, ya te he dicho que arrepentirme no es la palabra…

—*Maite zaitut, maitea…*

—Y yo —responde.

Le encanta oírle hablar en su lengua, «te quiero» y «amor» son de las pocas palabras que conoce, y le parecen casi tan bonitas como en catalán.

La observa cuando se va. Después de hacer el amor, ayer cayó en un sueño profundo. Le invadió mientras su mente le llevaba a cómo habría imaginado que sería esa primera vez entre ellos, también porque habían hablado de ello. Le sorprendió que Laura decidiese prescindir de aquel hotelito en la montaña con chimenea, que encenderían para acostarse delante, sobre una manta y rodeados de cojines, y hacer el amor. Poco a poco y sin prisas. No quiso pensar en el porqué, ni en cómo se fue ella, no tenía ninguna duda de que no se había corrido cuando se retiró de encima de él. Se quedó dormido con su imagen alejándose de puntillas y deteniéndose para

lanzarle un beso desde la puerta mientras se tiraba de la braguita, que se le había quedado mal puesta.

Este curso ya estará en Barcelona. A Mikel le costó convencer a la abuela, pese a que sabe que en el fondo no puede negarle nada. Sabe que Laura es la mujer de su vida y que nunca había sentido nada que se le acerque por ninguna otra. Cuando la abuela la conozca, también se enamorará de ella. Piensa que lo que más le tira para atrás es que sea de fuera y que él no vuelva nunca a Bilbao ni acabe ocupándose del bufete del abuelo. Mikel era muy joven cuando sus padres murieron. El abuelo entonces aún vivía y, antes que ninguna otra cosa, con una mirada devastada por el dolor que no le había visto nunca, le dijo que sería él quien tendría que ocuparse del negocio familiar. En aquel momento empezaba a ser un chico, pero aún era un niño para la mayoría de las cosas, también para comprender lo importante que es el legado para su familia.

En el año que llevan juntos, Mikel ha intimado más con Laura que con ninguna otra persona en su vida. Por carta se han contado cosas y han compartido confidencias que probablemente todavía no se habrían confesado sin la confianza que les ha dado la distancia de los días. Si algo tiene claro Mikel de su novia es que no querrá alejarse nunca de su madre ni de Raquel. Apenas han hablado de sus familias; a él, sobre todo, las pérdidas aún le pesan más que todo lo que conserva. Los escasos días que hace que convive con ese trío de mujeres le han bastado para advertir que el papel de Laura también es el de mantener un equilibrio extremadamente frágil entre las otras dos. Ella es más consciente que nadie, y no le cabe ninguna duda de que no querrá dejarlas solas nunca.

40

Julio de 2022

No lleva ni dos meses viviendo aquí. Cuarenta y dos días, y aún se pasea por la casa como si fuese una intrusa. Hay días en que se siente como si le hubiesen regalado un presente y un futuro que ella no habría elegido nunca, y otros, como si se lo hubiesen impuesto.

Todavía duda de si hizo lo mejor aceptando la potestad de sus sobrinas. ¿Qué habría querido Laura si unos segundos antes de morir hubiese podido escoger? Este miedo difícil de llevar no la abandona y se funde con el dolor, pesado y punzante, en el corazón y en la garganta, y le mantiene la mente y las entrañas siempre secuestradas. La realidad es que no está preparada para la verdad.

Este esperar que se abra la puerta y aparezcan los dos, sonrientes. Sonrientes hasta encontrársela.

Sonrientes antes del recuerdo de todo lo que los alejó.

Sonrientes antes de las consecuencias.

Antes del ahora, antes del antes, antes de todo.

¿Qué duele más, la pena por la pérdida o soportar el peso de la culpa? Solo cuando duerme se libera de su tormento, ese sueño al que solo llega si se toma una píldora. Ese olvido pasajero y ficticio

que la lleva a un descanso que siente que no merece. Las primeras semanas después del accidente, cuando era capaz de caer rendida, cuando el agotamiento podía más que cualquier herida, le perseguía una obsesión más intensa que en la vigilia. Nunca supo qué comprendía: abría los ojos, veía otra hora pasar minada de rencor y dolor monomaníaco, más y más abrumador a cada minuto que corría.

Todo es más pesado de noche, más profundo, oscuro, macabro y desgarrador.

Accedió a tomarse los tranquilizantes que le recetó el médico. Los había comprado y los llevaba en el bolso. Los había usado poquísimas veces, cuando empezó a viajar, cuando el miedo a volar la paralizaba, y después en contadas ocasiones. No quería volver a recurrir a ellos, porque recordaba el día siguiente, ese estado de vigilia somnoliento, la sensación de mareo, la falta de concentración y aquella textura pastosa y espesa en la lengua y el paladar que le llenaba la boca.

Fue después de instalarse. ¿Quizá pensaba que allí sería más fácil? ¿Que por el hecho de firmar los papeles, acceder a adoptar a sus sobrinas y acomodarse en aquella casa se arreglaría todo?

¿Acomodarse? La mera idea de que ese concepto se le pase por la cabeza la avergüenza.

Ya no hay nada que quepa arreglar.

Tal vez en algún momento entrevió que firmar aquellos documentos significaba librarse de Núria. No deshacerse por completo, solo de su contacto, y volver a situarla en aquel lugar en el que un día creyó que podía protegerse de ella.

Guarda la ropa en dos maletas que tiene junto a la cama. No es capaz de colocarla en los armarios. No es capaz de abrirlos siquiera. No quiere, no puede enfrentarse al olor de Laura, que le estallará en la cara cuando abra la puerta. Tampoco al del él.

Algunos días parece que se disipa, igual que la imagen de los dos en los sitios en los que recordaba haberlos visto. Se encuentra a Laura sentada en el sillón leyendo, levantándose para recibirla, llenando el lavavajillas, enjuagando vasos en el fregadero. A los dos preparando la cena, el desayuno, la comida, reunidos en la cocina conversando e ignorándola.

Entonces no sabe si duele aún más pensar que un día su presencia hará que se vayan del todo.

Tampoco quiere ser quien vacíe los armarios, no cree que le corresponda a ella. Querría hacerlo con las niñas, o tal vez esperar a que sean mayores para que lo hagan solas. Quiere ponerse en su lugar. Se imagina a sí misma revolviendo las pertenencias de su madre, su madre muerta, esa madre suya que tan poco tiene que ver con la madre que era Laura. Se imagina que encuentra ese abrigo, ese jersey, todos esos regalos que le ha hecho y que debe de guardar sin abrir. Ese olor huidizo que nunca más deseará oler de cerca. Todas esas pertenencias suyas que ha guardado para que nadie las encuentre nunca. La caja en la que esconde las cartas que un día le envió su padre, y que no sabe de dónde, el día que se topó con ella, le nació una pizca de dignidad y decencia y cerró sin leer ninguna. Sí, sí que lo sabe, la imagen de Núria, el día que la había visto llorar poco después de que su padre se fuese, aquel día tenía una carta en las manos. Cuando encontró aquella caja y, al abrirla, vio que estaba llena de correspondencia entre su padre y su madre,

su cabeza la transportó hasta aquel momento, y sabía que no le pertenecía. Aquel día, recuerda coger el fajo, acercárselas primero al pecho y luego a la cara, y olerlas con fuerza en busca de aquel rastro que tanto echaba de menos. Aquello tampoco fue nunca suyo. El resto de las veces que revolvió el armario de su madre, se mantuvo alejada de la caja. Esta siempre estaba en el mismo sitio. Núria tampoco volvió a leerlas nunca.

Quizá quiera hacerlo Núria, lo de vaciar los armarios. O quizá deban hacerlo las tres.

Ahora mismo la única certeza en su vida es que no sabe nada.

¿Hará suya algún día esta casa llena de recuerdos de ellos? Querría guardar todas las fotografías, las muestras de su amor, las memorias de su felicidad plena, absoluta y explosiva que la persiguen para que no olvide que es ella quien la truncó.

¿Existe un mañana sin este pesar?

Sabe que nunca será capaz de hacer suya esta casa. Le dan ganas de vaciarla, cogerlo todo, tirarlo y empezar de nuevo; pintar las paredes y cambiar todos los muebles, pero no se siente con ningún derecho a hacerlo, y le duele incluso pensar que lo piensa.

Las niñas están bien, o eso quiere creer. Tampoco tiene con qué comparar. Un día pensó que no las confundiría, pero las confunde. Si no la miran directamente a los ojos, no sabe a quién tiene delante. De no ser por su forma de vestir, no distinguiría nunca con cuál de las dos habla. Cuando eran más pequeñas, había detectado en la mirada de Martina su mismo recelo hacia Núria. Aquel gesto inocente y frágil le hizo reflexionar, y los desprecios de su madre quedaron anestesiados temporalmente. Ella nunca ha sido una persona espiritual, no como Laura, y el hecho de descubrir en su

sobrina ese comportamiento tan genuino y que, hasta entonces y desde que es capaz de recordar, la había tenido elucubrando culpas y maldades propias, la acercó a otra consciencia y le surgió la duda de si quizá aquello venía de alguna energía, de alguna química humana o quimera ancestral, quizá de algún olor imperceptible a sus sentidos, a los sentidos de nuestra especie, que producía esa suerte de rechazo entre ellas, igual que con Martina.

Hace un par de días, las niñas no se dieron cuenta de que llegaba a casa y, nada más cruzar la puerta, oyó que hablaban. Se les acercó con sigilo, sin ser consciente ni plantearse qué podía llegar a pasar si la pillaban poniendo la oreja.

—Tengo ganas de ver a la yaya.

Enseguida adivinó que se trataba de Júlia, no sabía por qué ni desde cuándo, pero cada una se refería de un modo distinto a Núria, como siempre habían hecho Laura y ella.

—¿Tú sabes por qué hay tan mal rollo con la abuela?

—Ni idea…

—¿Verdad que mamá llevaba muchos días sin hablar con Raquel?

Júlia no contesta y Raquel se imagina la cara de inocencia y duda de la niña.

—A mí para vivir me mola más Raquel —añadió Martina—. ¿Te imaginas tener que vivir con…?

—A veces parece que le tengas manía a la yaya. A mí también me gusta Raquel, pero mamá siempre decía que no podía estar demasiado tiempo en el mismo sitio y…

—Ya —la corta Martina—. Crees que no tardará en irse y dejarnos con la abuela, ¿no?

—No, no lo sé, ni idea, pero…

No quiso oír nada más y volvió sobre sus pasos, intentando no hacer ruido.

¿Qué les había contado Laura de ella? Su hermana, que era incapaz de juzgar ni hablar mal de nadie. Aquello la había sometido a una nueva tristeza, una más. También sintió un alivio ingrato, una liberación sutil que al mismo tiempo la sumió aún más en aquella culpa cotidiana a la cual la habían abocado sus actos. Hasta entonces la duda de qué les habría contado Núria, hasta dónde sabían las niñas de lo ocurrido entre ellos, la tenía atrapada en un lugar muy similar al pánico. Un terror que la había llevado a no mencionarlos, a no hacer ni decir nada susceptible de incitar cualquier reproche por parte de sus sobrinas.

Mantenía escondido en el armario el fantasma de su error acompañado de la convicción de que se equivocaba.

Siempre se había imaginado que Núria había ido un paso más allá y les había contado la verdad para que las niñas no quisiesen quedarse con ella. Pero no había sido así, acababa de confirmárselo la conversación captada al azar. Su madre había sabido comportarse como ella no había sido capaz, protegiendo por encima de todo la integridad emocional de las niñas. Podría haberles contado una parte o todo lo que había ocurrido, no habría hecho falta mucho para que sus sobrinas supiesen que ella era la responsable de la muerte de sus padres, porque, de no ser por lo que hizo, no habrían tenido la necesidad de irse a celebrar que habían hecho las paces, ya que, sin ella de por medio, nunca habrían estado mal. Con muy poco podría haber manipulado la decisión, poniéndolas en su contra. Núria ha sido de silencios valientes y honestos, piensa, en detrimento de su

deseo y su convencimiento de que con ella estarían mejor. En beneficio de la voluntad de Laura y de mantener intacta y libre de prejuicios su figura ante las niñas.

Fue a abrir el ordenador y contestó al correo electrónico que hacía tantos días que tenía pendiente en la carpeta de borradores. Aceptaría aquel trabajo, el que le permitía prácticamente no tener que viajar. Les diría que se incorporaría a finales de septiembre, quizá a principios de octubre. Dejará pasar unos días después de que empiece el colegio, a ver si es capaz de recuperar esa rutina a la que Laura se refería cada año a finales de verano. A ver si es capaz de encontrarse en ese anhelo de nueva normalidad.

También quiere llamar a Núria, no ha vuelto a verla desde el día que las niñas se las encontraron discutiendo. Esperaba que apareciese en la notaría el día de la firma, aunque fuese con la idea de que a última hora se hubiese echado para atrás en la decisión de adoptar a las niñas y para poder decir «¿Lo ves?». O quizá para no decir nada y ser ella la que firmase la adopción. Núria no se presentó, tampoco el día que Raquel se plantó en casa de Laura y Mikel cargada con las maletas para instalarse.

Núria ha desaparecido, vuelve a estar tan presente en su vida como antes del accidente: nada.

El miedo que le ha suscitado hasta hace un rato, el mismo que la mantiene emocionalmente alejada de Júlia y Martina, hizo que no estuviese el día que Núria se fue de casa.

Se comerá el orgullo herido y dará ese paso, no puede ni quiere permitir que las niñas vivan otra pérdida, no tendría ningún sentido convertirlas en daños colaterales de sus diferencias.

Empezará a hacer las cosas bien. Cuando menos, a hacer lo que siente y cree que es correcto.

Quizá enfrentarse por las hijas de su hermana a todo aquello a lo que no es capaz de hacer frente por sí misma la ayudará a redimirse de esta culpa tan feroz que la abruma.

41

Estados Unidos, julio de 1996

Cuando Raquel le contó a su madre sus planes de largarse —así mismo se lo dijo—, ya lo tenía todo organizado. No quería decírselo antes y que Núria encontrase alguna forma de evitarlo.

Ya tienen veintitrés años. Laura, pese a que su madre insistía en que hiciese algo con más salidas, está acabando de estudiar para ser esteticista. Laura ya sabe que es lista y que podría hacer lo que quisiese, pero eso es lo que le gusta y no comparte en absoluto el convencimiento que tiene Núria respecto a las salidas laborales. Al contrario, ella cree que con lo del culto al cuerpo cada vez habrá más reclamo.

Raquel ha probado mil cosas y ninguna la convence. Le apasionan el arte, la música y también la moda, y tiene muchas ganas de viajar, y no solo por el hecho de alejarse de Núria. No terminó el bachillerato y, de todo lo que le llama la atención, cree que empezará por algún curso de patronaje, algo con lo que pueda trabajar a media jornada mientras va definiendo qué quiere hacer y que al mismo tiempo también le permita pagarse sus gastos y no andar mendigando a su madre cada vez que quiere salir. No hay

nada que elija a lo que Núria no encuentre pegas, y si Raquel tiene clara una sola cosa es que no quiere pedirle más dinero. Laura pasa más tiempo en el piso de Mikel que en casa. Raquel no puede evitar sentir cierto abandono por parte de Laura, y a la que puede le echa en cara que debería estar un poco más con ella y también un poco más en casa. Echa de menos a su hermana.

Había una idea que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo, pero el único motivo por el que no acababa de decidirse era que la alejaría aún más de Laura. Hace unos días, en medio de otra bronca con su madre, Núria le soltó que quizá era ella la que debería haber estudiado para depilar y hacer uñas, y no Laura. Aquel día no tuvo palabras, pero comenzó a urdir un plan. Se iría de au pair a Estados Unidos, ese era su nuevo salvavidas. Se aventuró a organizarlo con todas sus energías y una pasión desbordante. Se compró el *Curso de inglés* de Planeta DeAgostini y, si bien solo hizo los ejercicios la primera semana, iba a todas partes con el walkman, que había desterrado desde que tenía discman, y escuchaba las cintas y repetía como un loro lo que decían.

El día que llegó a Estados Unidos, cuando ya estaba en la casa, la llamó por teléfono. Núria había insistido, diciendo que se lo pidiese a la familia y que la hiciese a cobro revertido. La oyó diferente, había algo nuevo, divergente y de una sutileza que reconocía en la voz de su madre. Le transmitió una alegría aterradora y acogedora a un tiempo, que se le extendió por la piel y le plantó una sonrisa afable, una paz dulce, cálida, que no alcanzaba a recordar cuándo ni dónde había percibido iguales, pero que eran casa. Con la distancia de aquel océano de por medio, las palabras de su madre parecía que la

acariciaban y en cierta medida le curaban un mal que encerraba muy adentro.

No han vuelto a hablar. Distanciarse de Núria no ha aportado ninguna mejora a su relación. Esperó muchos días una llamada de su madre, volver allí. Ella no se atrevió a hacerlo. No quería arriesgarse a cambiar aquel último adiós. Aquel nuevo «ve con cuidado y pórtate bien», que llevase implícita la seguridad de que haría lo contrario.

De eso hace ya más de cuatro meses.

Laura le escribe día sí, día no, incluso en eso es metódica y ordenada. Siempre empieza las cartas contándole cómo está, cómo le van los estudios y las prácticas, le habla de Mikel y de cuánto la extraña. Luego siempre la pone al día de Núria, le dice que la echa mucho de menos y que por qué no le escribe alguna carta, que está segura de que le hará ilusión recibirla. Nunca han hablado de lo diferente que es el trato de su madre hacia ella. Está convencida de que a las dos les da miedo lo que podría salir de esa conversación. Laura siempre la protege, desde que eran muy pequeñas, porque, y ahora está segura, su hermana se dio cuenta antes que nadie de esas distinciones, como muchas veces que, sin motivo alguno, sin saber qué había pasado, ni quién ni cómo ni cuándo; Núria siempre coge la vía rápida y la responsabiliza a ella.

¿En qué momento pensó que alejarse la llevaría a sentirse mejor?

Ya hace más de dos horas que Raquel espera a Laura en la puerta de llegadas del aeropuerto de Newark, y hace más de una hora y media que ha visto en la pantalla que su vuelo había aterrizado. No se imagina qué puede estar haciendo, y tampoco cree que haya tenido ningún problema con inmigración si ella no lo tuvo.

La ve acercarse, sabe que está reventada y que la excitación por este reencuentro y este viaje la mantiene más que despierta y con el jet lag a raya. Las drogas naturales, piensa.

Seguramente sí que el amor es la mejor de las drogas. Eso le dice Toni cada vez que vuelve a presentarle al hombre de su vida con el único objetivo de que ella dé alguna oportunidad a cualquiera de los tíos a los que se tira.

A él también le echa de menos.

«Todos son de usar y tirar —le responde siempre—. Menos tú y tus amigos ñoños».

La casa la enamoró nada más bajarse del coche; la familia también. Los niños la adoran, sobre todo el pequeño, con quien pasa casi todo el día, y el padre, el padre también. De hecho, el buen rollo que le muestra el padre de la familia y la paciencia que tiene con su inglés, aún muy precario, le hizo darse cuenta de cuánto la valora y la aprecia. Enseguida entendió que esa es la razón por la que la madre la mira con tanta desconfianza. Ahora, mientras espera que Laura cruce la puerta de llegadas, se imagina cómo se pondrá cuando se dé cuenta de que son absolutamente idénticas y le crece la competencia. Sonríe con este pensamiento antes de negar con la cabeza: Laura nunca tendría una palabra ni una mirada fuera de tono.

Cuando sale por la puerta, aún se pasan dos horas más en el aeropuerto. A Laura le han perdido el equipaje y la cola para las reclamaciones es infinita. Si lo llega a saber, no espera todo ese rato delante de la cinta parada a ver si ve salir las maletas.

—No te quedará más remedio que ponerte mi ropa —dice Raquel mientras la abraza.

De camino al aparcamiento, Raquel no calla: compartirán habitación en el sótano de la casa.

—Aquí se llevan las camas gigantes —apunta señalando la medida con los brazos abiertos, y le dice que tendrán que dormir juntas.

Le cuenta que a ella le gusta, lo llaman *basement*, añade ahora haciendo una mueca.

—No conocía la puñetera palabra y me costó mucho aprenderla —agrega antes de continuar con la intendencia; pese a que en los meses fríos le ha parecido un poco demasiado húmedo, cuando les dice que se va a descansar, nadie baja a molestarla. Bueno, eso es lo que le cuenta a Laura cuando ya están en el coche yendo hacia la casa, porque sabe que la verdad no le gustaría del todo a su buena hermana.

—Habrás dejado de fumar, ¿no? —le pregunta Laura—. Aquí está muy mal visto…

—Sí, tía…

—¿Está muy lejos Basking Ridge? —pregunta Laura con una pronunciación que Raquel corrige con cierta mofa.

—Ahora… —gira la muñeca para mirar el reloj— podemos tardar una hora, quizá una hora y cuarto. Tranqui, a mí también me costó mucho pronunciarlo bien.

Laura mira a Raquel con sorpresa y felicidad. Cuánto la echa de menos. Conduce un coche gigante solo con una mano y con la pierna izquierda doblada sobre el asiento. Ya le dijo que aquí todos son automáticos y que es mucho más fácil.

Ya hace una semana que está en la casa y Laura aún no ha recibido el equipaje, tampoco lleva nada bien el jet lag. Ayer cenaron poco y hoy la ha despertado un runrún insistente de hambre. No le gusta ir a la planta de arriba sola, su inglés es casi nulo, deja mucho que desear, pero es muy temprano y piensa que quizá no se hayan levantado, se pone una sudadera y sube sin hacer ruido. No entiende cómo tienen el aire acondicionado tan fuerte y después duermen con el edredón de plumas en pleno julio.

Ve que en la cafetera hay café. Raquel compra uno que lleva canela y cree que ya no podrá vivir sin él cuando vuelva a estar en casa. Enciende el aparato para que se caliente, todavía no entiende cómo funciona el microondas en esa casa. Poco a poco le llega el aroma.

—Hummm —dice mientras se recoge la cabellera en un moño alto.

Todavía tiene frío y acerca las manos para que se le calienten. Bosteza y deja vagar la mente; piensa en Mikel y en cómo le gustaría que pudiese verla ahí.

—¡Ah!

—*Oh… Shit! So sorry…*

¿Qué acaba de pasar?

—*Laura?!*

—*Yeeesss…* —Cree que ha dicho su nombre.

—*I'm so sorry, I mistook you for… Never mind. Wait, you don't even speak English, do you?* —El hombre que acaba de abrazarla por la espalda se aleja de ella hasta el otro lado de la cocina—. *Fuck!, you look exactly alike, and that is Raquel's sweatshirt…*

Laura no entiende nada, mira al hombre de la casa, el padre de las criaturas de las que cuida Raquel, el marido de la mujer que la mira de reojo y por encima del hombro y que, de vez en cuando, también le sonríe. ¿La ha abrazado por la espalda y estaba a punto de besarle el cuello? ¿Qué puñetas ha pasado?

Durante la semana Raquel está ocupada con el pequeño de la casa hasta las cinco de la tarde; después pueden hacer lo que quieran y aprovechan para ir a visitar los pueblos de alrededor. A Laura le gusta especialmente uno situado a menos de media horita en coche que se llama Clinton, quizá es el único cuyo nombre recuerda porque es el mismo que el del presidente. No sabe por qué, pero no esperaba encontrar esos lugares bonitos y acogedores, donde la gente se saluda cuando se cruza por la calle. En unos años, cuando ya viva con Mikel y también se hayan casado, le encantará ver por televisión la serie *Las chicas Gilmore*, que le traerá tantos recuerdos de aquel verano.

Laura pasa un mes y medio con Raquel, y todos los fines de semana aprovechan para hacer excursiones por Nueva Jersey y los estados de alrededor. El siguiente, Raquel ha podido alargarlo y han alquilado una furgoneta para irse con unas amigas que ha hecho aquí a pasar el fin de semana. Llegan hasta Virginia Beach, y por el camino visitan la Universidad de Princeton. Entran cruzando en coche el puente cantando «Streets of Philadelphia» en la ciudad que da nombre a la canción con la que Bruce Springsteen ganó el óscar dos años antes. En Washington caminan desde la Casa Blanca hasta el Monumento a Abraham Lincoln y se paran para hacerse fotos en cada obra.

Cuando Raquel puede cogerse más días de nuevo, viajan hasta Pittsburgh, suben al mirador Mount Washington, y la ciudad, que les había parecido de lo más gris, se vuelve espectacularmente bonita desde allí, pues confluyen tres ríos cubiertos de puentes.

Pasan un par de fines de semana enteros en Nueva York, donde se amontonan cinco en una habitación doble de un hotel barato de Manhattan.

La primera vez llegan en ferry desde Nueva Jersey y quedan prendadas de la panorámica con las Torres Gemelas imponentes por encima del resto de los rascacielos.

Ese día empiezan a caminar por el distrito financiero, cruzan Chinatown, Little Italy y el Soho por Broadway Avenue. Recorren la ciudad, desde el sur hasta Midtown, ven cambiar sus atmósferas, su gente y las vestimentas, los olores, los colores y los gritos de las calles.

Otro día cruzan a pie el puente de Brooklyn y van a comerse un trozo de pizza a Grimaldi's. También cogerán un autobús en el centro de Manhattan que las dejará en Harlem y harán la ruta que atraviesa Central Park por la Quinta Avenida. Allí, en la calle Ciento veintiséis con la avenida Lenox, se comen los famosos macarrones con queso al horno de Sylvia's.

Son unos días que ninguna de las dos olvidará nunca.

No es hasta la semana antes de irse cuando Laura le cuenta a Raquel el incidente que vivió con el padre de la familia. Hasta entonces ha estado atenta al comportamiento entre los dos, siempre esforzándose por no encontrar ningún indicio de que sus sospechas fuesen reales. Es entonces cuando Raquel entiende por qué ha dejado de acercársele él y, ante la indignación que su hermana no

puede evitar mostrar, niega cualquier señal que pueda dar a entender que todo aquello que no quiere suponer es cierto. Ese mismo día, cuando ya sienten la añoranza por la separación inminente, es cuando Laura le cuenta a Raquel que Núria ha aceptado que se vaya a vivir con Mikel cuando ella acabe los estudios de estética.

Entonces Raquel, sin tener ni idea todavía de cómo se las arreglará, sabe que ya no volverá a casa.

42

Eurodisney, 31 de diciembre de 2023

Ha querido darles una sorpresa y llevarlas a Eurodisney.

Ya se está arrepintiendo.

Entre que detesta esos sitios llenos de frikis de Mickey Mouse y el frío que hace, Raquel preferiría haberse decidido por Sicilia.

Como llevan poco tiempo conviviendo, descartó la opción italiana porque pensó que en un parque temático estarían más distraídas. Y, por otro lado, pese a que cree que eso gusta a todas las edades y que seguramente ella es la excepción que confirma la regla, es posible que el año que viene ya no les haga tanta gracia.

Llegaron ayer y se alojan en un hotel situado dentro del parque, carísimo y horroroso, pero todas las personas a las que ha preguntado le han dicho que es la mejor alternativa. Incluso a Toni le vuelve loco «el ratón marica de calzoncillos rojos», como lo llama él, y le ha invitado a acompañarlas. Las niñas están encantadas con que Toni se haya convertido en uno más de la familia y, cuando se lo comentó, se alegraron mucho de que se uniese a ellas. Desde que están aquí mira a su amigo con absoluto pasmo. Parece que se haya visto abducido por algún tipo de poder o maleficio invisible al cual

ella es inmune, o quizá sencillamente se ha dejado llevar y se permite ser el niño que un día no fue.

No hace ni veinticuatro horas que se pasean por el parque, y ya le dan ganas de matar al tío que pone la música.

Hoy ha reservado para comer en el Plaza Gardens. Lo ha organizado para darles la sorpresa de que les lleven la tarta de cumpleaños y, aunque no hace ni un día que están aquí, agradece infinitamente que, pese a haber insistido mucho, no le diesen la opción de que fuesen los personajes los que apareciesen con la tarta.

—¿Raquel? —dice Júlia.

—Dime, cariño…

—¿Por qué no ha venido la yaya?

Raquel lleva mucho tiempo temiendo esa pregunta; no se atreve a mirarla y deja la mirada perdida en el fondo del plato mientras busca cómo responder a la niña.

—La tía y la abuela no se llevan bien —se apresura a responder Martina.

Raquel se atraganta con el trozo de salmón que acaba de meterse en la boca, bebe un poco de agua y busca a Toni, que no se ha enterado de nada porque está subiendo a Instagram las fotos de los mejores momentos del día, para que la rescate.

—¿Y eso? ¿De dónde te lo has sacado? —No ha acabado de pronunciar la pregunta y ya se arrepiente de cómo la ha formulado. Nunca soportó que la tratasen como a una tonta cuando era pequeña, y es lo que acaba de hacer ella ahora—. Es que… —Se aclara la garganta y piensa en cómo continuar—. No es que no nos

llevemos bien. Obviamente con la yaya… yo no tengo la relación que tenía vuestra madre, pero…

—A ver —dice Toni, cayendo de un guindo, al tiempo que deja el teléfono encima de la mesa—, ¿qué me he perdido?

—Raquel y la yaya… —empieza a explicarle Júlia.

—Uyyy… —se le escapa a Toni.

—No sabemos qué os ha pasado, si es lo que preguntas —responde Martina—. Pero no la hemos visto casi ningún día desde que vives con nosotras. La abuela nos había dicho que sería ella la que…

—Uy, uy, uy, yo… —dice Toni— voy al baño, que de repente me meo —añade sonriente mientras pide perdón con las manos a su amiga.

—Fueron vuestros padres quienes decidieron que fuese yo la que se quedase con vosotras. Pensaba que Núria os lo había contado…

—Qué vaaa…

—A nosotras nadie nos cuenta nada —replica Martina—, ni tú ni la a…

No logra acabar la frase porque llega el camarero con la tarta y las velas encendidas a la mesa, y Raquel no puede agradecer más el momento en que decidió darles la sorpresa.

Se pone a cantar «Cumpleaños feliz» en inglés y la siguen los camareros, Toni, que se ha apresurado a volver cuando ha visto el espectáculo, y casi todos los turistas que comen a su alrededor. Las mira a las dos, una sonríe y la otra pone cara de «Tierra, trágame». Le ha dado tiempo de grabarlo con el teléfono y saca fotos a diestro y siniestro. No puede evitar sentirse muy absurda; ¿cuántas veces

ante una escena así se había reído de todo lo que hacen los padres de hoy en día?

Júlia está encantada con este momento, y Martina la observa desafiante y roja como un tomate. Le gustaría no sostenerle la mirada, no puede evitar que la transporte a momentos similares que ha vivido ella con Núria, pero se la devuelve con una gran sonrisa mientras canta. Algo debe de despertarse en Martina, cuya cara poco a poco adopta un gesto más amigable, y no puede evitar reír tímidamente para sí.

Raquel disfruta del momento y piensa en Núria y en cómo le gustaría estar ahí con ellas. Quizá ha sido una mala decisión irse de vacaciones para evitar tener que pasar el cumpleaños de las niñas con ella. No quiere ser rencorosa, como tampoco quiere que sus sobrinas se pierdan esa relación, como les pasó a ella y a Laura. Con los abuelos por parte de Núria no está segura de qué sucedió; un día les dijo que habían muerto jóvenes y que cuidaron de ella unos familiares que eran mala gente, «sobre todo la tía Rosa», que habría preferido vivir en un orfanato a aquella casa en la que la tenían de criada. Cada vez que intentaron sacarle algo más de información, les decía que no quería hablar de ello. De los abuelos de Cádiz apenas tiene recuerdos. Núria nunca quería ir a verlos, y siempre que salía la yaya Raqui en la conversación sus padres acababan discutiendo. Le habría gustado conocer un poco más a la abuela Raqui y al abuelo Juan, siempre lo ha pensado. En más de una ocasión Núria la había comparado con la abuela Raqui y la había oído decir que fue por culpa de las dos que su padre se fue.

Años más tarde ha averiguado un poco más sobre cómo fueron las cosas y, aunque no por eso pueda exculpar a su padre de llegar

a abandonarlas, sí que ha conseguido liberarse de la carga de que ella tuviese algo que ver.

43

Mieres, mayo de 2000

Llevan desde el viernes por la tarde encerrados en una casa rural que han alquilado en Mieres, un pueblo pequeño y encantador de la Garrotxa, a poco más de una hora de donde viven. La casa es una masía rehabilitada con un encanto especial, de muros gruesos de piedra cubiertos de hiedra en el exterior. Cada estancia y cada rincón se han cuidado hasta el último detalle, respetando la tradición; conjugan con armonía materiales y colores para crear un espacio que te acoge en cuanto franqueas la puerta. Un lugar al que les gusta ir, de vez en cuando, para desconectar del mundo y reconectar con la naturaleza. La pareja que la gestiona cocina como los ángeles y siempre les hace sentir como en casa. Tanto a Laura como a Mikel les hacía ilusión organizar una fiesta conjunta como despedida de solteros y enseguida estuvieron de acuerdo en que aquel era el lugar ideal.

Núria está emocionadísima con la boda, también tiene ganas de coincidir de nuevo con la abuela de Mikel, la señora Maitea, la mujer que le ha hecho de madre desde que sus padres murieron en aquel accidente. No ha vuelto a verla desde que fue a visitarlos el año

pasado; entonces le pareció un poco estirada, la miraba por encima del hombro y con un poco de condescendencia. Ni entonces ni ahora, puede evitar encontrar muchísimas similitudes con la historia que vivió ella con Juan, otro chico de fuera y de buena familia. Aunque parece que Laura es mejor de lo que era ella, o quizá es que los tiempos han cambiado y la familia ya no ve con malos ojos que su hijo se case con la hija de una mujer obrera cuyo marido la abandonó para irse a saber dónde y a saber con quién. Núria guarda muy adentro el miedo a que, una vez casados, le presionen para que vuelva a casa, como hizo Raqui con ella y con Juan, y que Mikel se lleve a Laura a Bilbao.

Por parte de Mikel, al margen de los amigos que ha hecho en Barcelona, ha venido desde Bilbao su primo Aitor, que para él siempre ha sido como un hermano.

La primera noche pareció que se acababa el mundo, comieron y bebieron como si fuese la última cena. Al día siguiente continuaron con la fiesta con unas sobremesas que empalmaban una comida con la otra. Esta mañana se han despertado con cuentagotas, ahora uno, ahora otro, y se sientan a desayunar a medida que llegan al comedor. Les han puesto una mesa que daba pena tocarla de lo bonita que se veía, llena de zumos naturales y fruta de temporada cortada en rodajas, con coca de panadero y cruasanes de la panadería del pueblo, mantequilla y mermeladas caseras, y un pan que seguía caliente cuando se lo han servido y que ha llenado la estancia de un aroma cálido, tierno y acogedor. También hay embutidos y quesos de la zona, y huevos de las gallinas de la casa, con la yema consistente y de un amarillo anaranjado muy intenso, que les preparan al gusto a medida que llegan para almorzar.

Esta sobremesa también se ha alargado. El día invita a salir al aire libre y, sin darse cuenta, se desplazan, café en mano, hacia la zona de la piscina. Hace calor, pese a estar a principios de mayo, y más de uno se ha atrevido a darse un chapuzón.

Mikel yace en una hamaca, tiene una resaca descomunal, y Laura, que no se fue a la cama hasta dejarlo todo bien recogido, aún duerme, pese a que es casi la una del mediodía.

—Cuñaaaaaao. —Raquel se le acerca y le salpica todo el cuerpo con agua—. ¡Noches alegres, mañanas tristes!

—¡Tía! —Se levanta de golpe y la empuja para quitársela de encima—. Déjame en paz.

—Tranquilo, chico —se queja ella—. Tampoco hace falta ponerse así —añade riéndose descontrolada.

Raquel le mira y ve cómo vuelve a acomodarse donde estaba. Le parece que intenta dormirse. No ha tenido suficiente con molestarlo y vuelve a arrimarse. Ahora se le pone de espaldas, casi encima, meneando el culo delante de él.

—Tíaaa, que te largues, hostias —dice Mikel al tiempo que se quita las gafas de sol.

—¿A ti qué coño te pasa? —Deja escapar un suspiro rencoroso—. No has visto nunca un culo de verdad, ¿o qué? —añade hurgando en el hecho de que Laura no ha querido tener relaciones los últimos meses antes de la boda.

—Y a ti te ha faltado poco para tirarte a mi primo, ¿no? —contesta él con resentimiento.

—Unos tanto y otros tampoco, ¿no, Patxi? —Vuelve a menear el trasero delante de Mikel—. Si al final será verdad eso de que el mundo está mal repartido —añade con una carcajada exagerada.

A Raquel, de tanto mover el culo de lado a lado, la braga del bikini se le ha metido dentro de una nalga y la retira con el dedo para colocársela mientras se gira y le lanza un beso en el aire a su cuñado.

Mikel se incorpora de golpe. Se queda parado. Blanco. Mudo.

—¿Qué pasa, cuñado?

—Esto… y… —No sabe cómo decir lo que quiere decir—. ¿Qué coño es eso?

—¿Y a ti qué coño te pasa ahora?

—El… ¿el tatuaje?

—Uy, uy, uy… Patxi, que te estás poniendo muy serio.

—¿Que de dónde ha salido ese tatu?, ¿dónde te lo has hecho?, ¿y cuándo? —pregunta ahora muy enfadado.

—Tío, vete a la puta mierda, que no eres mi padre, y que te calles, que Núria no lo sabe, hostia —replica Raquel mientras recoge sus cosas y se va.

—¿Núria? ¿Y ahora a qué me sales tú con Núria, si no está aquí, cojones?

—¡Que te vayas a la mierda y te calles! —grita Raquel de nuevo —. Me voy a duchar y, si no sabes beber, no bebas.

—¿Que cuánto hace…, cuánto hace que lo llevas?

—Me lo hice en Berlín. En el año…, yo qué sé, ¡hace mucho tiempo, tío! ¡Y que no grites, coño! —dice mientras vuelve a acercársele—. Que no quiero que se entere…

Mikel vuelve a ponerse las gafas de sol y se levanta de un salto. Se le ha revuelto el estómago y corre al lavabo. Mientras se aleja de su cuñada no puede dejar de preguntarse cómo no se ha dado cuenta antes. ¿Cómo no ha caído nunca en que Laura no tiene ese

maldito tatuaje? Cree recordar que cuando lo vio le sorprendió, no le encajaba con la forma de ser de su chica que se hubiera hecho un tatu en el culo. ¿Cómo no le preguntó nunca antes por él? Jamás hablaron de ese encuentro de madrugada; la forma en que Laura, al día siguiente, se refirió a lo que pasó le sembró dudas y miedos, y no se atrevió. Todos iban muy borrachos y cree recordar que toda la noche transcurrió envuelta de una energía extraña e incierta. «¿Cómo pude ser tan imbécil?, ¡joder! ¿Cómo coño soy tan estúpido y cretino?».

—¡Hijaaa de putaaa!

44

Junio de 2023

Núria ha recuperado la rutina de verse dos tardes a la semana con Júlia y Martina. Como hacía antes, como habían hecho siempre. Las recoge en la escuela, las lleva a merendar y después las acompaña a casa.

Las semanas que no juegan fuera, también va a ver los partidos. En el primero al que fue desde que las niñas viven con Raquel, ya hacía rato que habían empezado, buscó a su hija entre el público y se sentó a su lado, la miró y, antes de ponerse a animar a las niñas, le dijo al oído: «No quiero que seamos la comidilla del pueblo». No cruzaron más palabra en todo el rato que compartieron grada.

Las dos tardes a la semana que Núria pasa con sus nietas a Raquel también le suponen una ayuda extra y no tener que correr para llegar a tiempo. Había pactado no viajar y tener libertad absoluta de horarios, pero todo se le complica cuando tiene videollamadas con Estados Unidos, y aún más cuando es con las oficinas de la costa oeste.

Desde que ella vivía en esa casa, Núria prácticamente no había vuelto a pisarla y, si lo hacía, siempre se las arreglaba para que no

se encontrasen, cosa que a Raquel ya le había ido bien durante mucho tiempo.

El primer día que la vio, Raquel apareció en el comedor cuando oyó que llegaban y que entraba cada una en su habitación, asomó la cabeza por la puerta del despacho para saludarlas y les dijo que estaba acabando una videoconferencia. Diez minutos más tarde, cuando bajó a la cocina para empezar a preparar la cena, se encontró a Núria.

—¡Coño, me has asustado! —exclamó al verla—. ¿Qué haces aquí?

Después, por la noche, cuando estaba en la cama, rememoró el momento para ver cómo podría haberlo hecho mejor.

—Nada, nada —Núria carraspea—, ya me iba, es que tenía que hacer pis y he preferido no esperar a llegar a casa.

—Ah, vale, sí, sí, tú misma…

—Ya sabes, a mi edad —agregó antes de esbozar una sonrisa—, es mejor no arriesgarse con según qué…

—Para mí no es ninguna molestia —dijo mientras se llenaba un vaso de agua que se bebió y la salvó de responder a aquella expresión de su madre que la había descolocado—. Voy a acabar una cosa y vengo a hacer la cena —añadió cuando ya se iba.

Nunca sabrá si para ganar terreno o porque no ha llegado a confiar en que se las apañe sola, Núria empezó a conquistar espacios, momentos y tareas en su cotidianeidad: un día se la encontraba ordenando el lavavajillas cuando creía que ya se había ido; otro volvía a tener una urgencia urinaria o cualquier excusa relacionada con las niñas para entrar y quedarse un rato.

Al principio Raquel intentaba evitarla, no coincidir nunca en la misma habitación, pero la casa se llenaba de una energía artificial, que no quería en su vida y aún menos en la de las niñas. Tampoco le parecía el camino correcto. No lo había hablado con Júlia y Martina, pero estaba convencida de que aquello, a sus ojos, era lo que fluía con naturalidad, no la forma en que Raquel procuraba esquivarla. Aquellas niñas, afortunadamente, no habían vivido más que en la cordialidad y el respeto, y cualquier otra sintonía les parecía postiza, además de crearles malestar.

Fuese como fuese, no sería ella quien las obligase a acostumbrarse a otros valores ni mínimos de convivencia.

Esta forma suya de hacer tenía mal final.

No soporta a su madre y prefiere tenerla cuanto más lejos mejor, pero no quiere que las niñas se pierdan la convivencia con la abuela. Ella no pudo disfrutar de sus abuelos, y siempre ha echado en falta esa figura. Toni le había hablado de que, después de cualquiera de las broncas que tenía con su padre, recurría a su abuela para hablar de ello, y de que ella era su consuelo, su red de seguridad.

En el fondo tampoco quiere que Núria se pierda nada de la vida de sus nietas.

También fue Toni quien le habló de la terapeuta: «Te ayudará a lidiar con las mierdas de Núria cuando la tengas cerca y te dará los recursos para aprender a gestionarlo y que te condicione cada vez menos».

—A ver, zorrilla —le dijo—, has escogido tenerla en tu vida por tus sobrinas, así que déjate ayudar o acabaréis mal las cuatro.

Puede verse en Martina. Esa sensación de que el mundo la excluye, la rechaza, de no ser suficiente por muchos esfuerzos que

haga. Quizá ir a terapia, si le permite entenderse un poco más y mejor a sí misma, le servirá también para acompañar a Martina en todos estos silencios en los que se reconoce. Recuerda el día que Laura quiso hablarle de que sus hijas le hacían pensar en ellas dos. Fue un día, una sola vez. No la dejó hablar. Se sintió atacada.

Su hermana se había comportado con ella con una intención clara, que seguramente de niñas había fluido así, sin que Laura lo hubiese pretendido ni premeditado. De protegerla, siempre a la sombra y desde la distancia, siempre la menos ruidosa, siempre escondiendo y siempre callando sus locuras, las de niña, las de adolescente y después las de adulta. Aquel día le pareció que podría dar pie a esa conversación que nunca habían mantenido porque dolía demasiado.

Las dos sabían qué ocurría. Quién tenía el control y quién aparentaba tenerlo. No quiere una segunda parte, no quiere que la historia se repita en Júlia y Martina. Siempre se ha arrepentido de aquella noche. De aquel silencio suyo que, al descubrirse, dio rienda suelta a todos los rencores e imposibilitó todos los perdones.

Intuye el mismo juego en las niñas. Sabe que Martina arrastra a Júlia, un día es por un examen, otro por una simple apuesta. O sencillamente por arriesgar. Advierte cuánto le gusta a Martina afrontar los peligros.

Le parece que tiene el control. La hace sentir poderosa. Y la otra accede, como hacía Laura. Tan iguales y también tan distintas.

Ha decidido que hará por las niñas lo que nunca ha sido capaz de hacer por ella misma.

Pidió a Toni el teléfono de la terapeuta y la llamó. Él ha hecho un cambio transgresor. Se ha hartado de hablar de ello. Al principio

Raquel se mostraba muy reticente a todas estas cosas, apenas le escuchaba, hasta el día que se dio cuenta de que se había quedado sola a la hora de cagarse en los progenitores. Toni empezó a hablarle de su padre de otra manera, para explicarle que había comprendido que el hombre le trató y educó de la mejor manera que supo, que había aprendido que no quería causarle ningún daño y que en el fondo siempre había estado convencido de que obraba de la mejor forma para su hijo. ¿Qué había pasado? Porque todo aquello no eran solo palabras vacías, su amigo no era de los que hablaban por hablar, y, en cambio, notaba que se había liberado de su pena, de todo aquel desmerecimiento y aquella sensación de no ser suficiente que Raquel había intentado tantas veces que no sintiese y de los cuales ella era incapaz de desprenderse.

Incluso delante de la puerta de la terapeuta, duda si llamar, duda si entrar o, por el contrario, enviarle un mensaje diciendo que le ha surgido un imprevisto y que no puede acudir a la cita.

45

Mayo de 2003

—¡Holaaa!

—¿Dónde andas?

—¡¡¡En París!!! Me gusta tanto esta ciudad…

—¡Es bonita, sí! ¿Qué tal vas?

—Pues de culo, como siempre. Aquí tenemos muchas tiendas, un par de días de trabajo en la oficina…

—No sabía que teníais oficina en París.

—Sí, y son un poco bastante estirados y tocapelotas.

—Ya…

—¿Y tú? Cuando vuelva quiero que me hagas un drenaje de esos…

—¿Renata o Vooder?

—Uy, los dos, qué maravillaaa…

—Ya…

—Oye, ¿qué vamos a hacer por los treinta? ¿Megafiesta?

—Yo no puedo tener gastos extra, Raquel…

—Pesadaaa…

—¡No! Acabo de abrir el centro, tengo muchos gastos. Y a mí ya sabes que salir de noche…

—Hacemos una comida, pago yo… Tengo que dejarte, ya hablaremos. Besos.

46

31 de diciembre de 2024

—¡Yayaaaaaa!

Raquel se queda perpleja, no se esperaba por parte de Martina una muestra de afecto así hacia Núria. Ya hace días que se ha dado cuenta de que a los adolescentes no hay por dónde cogerlos, pero ¿eso? No puede evitar sentirse algo celosa; pese a que hace dos años que viven juntas, aún le cuesta acercarse a esa niña que siente más suya que Júlia.

—Hola, cariño —dice Núria en un tono muy raro mientras busca la reacción de su otra nieta.

Júlia, que se ha dado cuenta de lo ocurrido, se dirige a su habitación.

—¡Tú, señorita! —grita Núria—. Ven aquí.

Júlia se detiene un segundo, no se vuelve para mirar a la abuela y reemprende vacilante su camino.

Núria se desprende del abrazo de su otra nieta y grita de nuevo mientras empieza a seguirla.

—¡Martinaaa, vaaa! —añade en un tono menos agresivo—. Venga, no nos enfademos.

Ahora es cuando Raquel también se da cuenta de lo que ocurre.

—La madre que las pa…

Deja la frase a medias tras una mirada de su madre.

—Haced el favor de no hacer estas cosas, ¿me oís? —les dice Núria al tiempo que coge de una mano a cada una—. Y ahora dadme un beso, ¡y feliz cumpleaños!

Raquel siente nostalgia por este momento, le entran ganas de reír y llorar a un tiempo. Asimismo, sin saberlo, sin quererlo, espera con un miedo conocido y antiguo la reprimenda de su madre.

—Venga, id a cambiaros… —añade dándoles un cachete en el culo —. ¿A qué hora llegan vuestras amiguitas? ¿Seremos muchos hoy? ¡Eh! —espeta otra vez a las niñas—. Porque ni se os habrá pasado por la cabeza liar a vuestras amigas todo el día con ese cuento, ¿no?

Las dos se han parado de golpe.

—¡Nooo! —exclaman al unísono negando con la cabeza.

—Porque…, señorita Martina —se embala sin querer—. Esto sé que es cosa tuya, ¡¿eh?!

—¿Mía? —responde con chulería.

—Sí, sí… Que… vuestra madre os contó que a eso ya jugaba ella con la tía. A mí no me gustó nunca, y al final no trajo más que problemas, porque ya veis cómo hemos acab…

—¡Vale! —grita Raquel. No quería gritar, no quiere desautorizar a la abuela delante de las niñas, no quiere que su madre vuelva a eso.

Núria y Raquel se miran; hoy cada una encuentra cosas diferentes en los ojos de la otra.

—Perdonad, no quería gritar —aclara Raquel.

—No volveremos a hacerlo —dice Júlia—. *Pinky promise?* —añade, y le tiende el meñique a Martina.

Martina no contesta, pero se acerca a su hermana y le engancha el meñique con el suyo.

—Venga, id a cambiaros… —dicen ahora madre e hija al mismo tiempo.

Todas se echan a reír y las niñas se van a su habitación.

Qué raro se le hace verlas irse así, con la ropa que les compró por Navidad intercambiada, comportándose como siempre. En el fondo piensa que se lo merece, que no deja de ser una especie de castigo por todas las veces que ella incitó ese juego. Es posible que también ellas lleven años intercambiándose, quizá debería haber escuchado a Laura cuando quiso explicárselo. Recuerda que a esa edad ya empezaba a costarle convencerla, y está segura de que nunca entendió que después de aquella noche en Tamariu no volviese a proponérselo.

—Nenaaa —la llama Núria—, ¿dónde estás? Caray, sí que estabas en la luna, ¿eh? —añade negando con la cabeza.

Raquel la mira y fuerza una sonrisa. Se ha comprometido consigo misma a mostrarse conciliadora. Especialmente hoy, aunque ya ha estado a punto de cagarla. Sabe que para su madre es demasiado tarde, pero ella aún está a tiempo de ser mejor persona, también con ella.

—Nena, tienes que estar al quite con estas dos, ¿eh?, porque…

—¡Vale, sí, sí! Ya lo he visto —la corta tajante. «Quiere ponérmelo difícil», piensa.

Núria traga saliva, se acerca al fregadero y mete los platos en el lavavajillas. La encimera de la cocina está llena de bandejas y bocadillos, platos con aperitivos varios y botellas. Raquel ha madrugado para engalanar la casa, pero, para cuando había colgado

los primeros globos, se ha dado cuenta de que a los catorce años les harían poca o ninguna gracia. Han invitado a un grupo de niñas de la escuela y del equipo de baloncesto, pasarán el día juntas. Este año también había previsto que hicieran un viaje las tres con Toni, pero Júlia se le adelantó y le pidió que lo celebraran en casa, con las amigas y también con la yaya y con Toni.

El almuerzo será el pistoletazo de salida, en casa, desde donde luego las llevará a un centro comercial, quieren ir a la bolera y a cotillear por las tiendas. A continuación, irán a comer y luego al cine a ver una película. Les ha prometido que, si aún les quedan energías y sus padres están de acuerdo, podrán picar algo para cenar allí. Prefería acompañarlas sola, pero Núria ha insistido en que si pasa algo estará bien que haya algún otro adulto, y, bien mirado, tiene toda la razón. Toni, por su parte, le dijo que adoraba a sus *twins*, pero que pasaba de tirarse todo el día entre tanta adolescente y que se les sumaría a la hora de comer.

A su manera, Núria también ha puesto de su parte para mejorar la relación, y le parece que se come muchas de las palabras que dirigiría a su hija, pero este comportamiento suyo es tan primigenio, tan animal y genuino, que ni se da cuenta de la violencia que muchas veces llevan implícitas las cosas que dice, su mirada y todos esos silencios que guarda.

—Es que menudo trasto es esta Martina…

—¿Es que no lo ves? —la corta Raquel con contundencia.

—No sé con qué me sales ahora.

—¿No te das cuenta de que estás haciendo lo mismo otra vez? ¿No te has parado nunca a pensar por qué nos intercam…?

Raquel deja la frase a medias ante la perplejidad de su madre cuando oye que suena el timbre de la puerta.

47

Junio de 2007

—Mikel está muy pesado con que quiere ser padre.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

—Mira, yo… —Se detiene un momento para ordenar todo lo que desea decirle—. Yo…, yo también, pero ahora no. No hace ni cuatro años que he abierto el centro. ¿Sabes cuánto he trabajado para esto?

—Laura…

—¿Qué?

—Mira, lo que voy a decirte no va mucho conmigo, pero…

—Venga, dilo.

—Pues que, si no quieres tener hijos, ya estás tardando en decírselo.

—Síííí…, no…, quiero decir que sí que quiero tener hijos, pero… —Se interrumpe y suspira—. Nena, es que no me dejas hablar.

—Vale, ya me callo.

—¿Lo ves?

—Vaaa, suelta lo que quieres decir de una vez.

—Que estoy segura de que vendrán dos, como tú y como yo, y…

—Pues espero que lo hagas mejor que tu madre…

—No empieces.

—No, que no quiero hablar de…

—¿Y tú dónde andas? —la corta Laura, que ya sabe por dónde va.

—Por aquí, hace un par de semanas que estoy dando vueltas por Europa, y la semana que viene iré a Barcelona…

—¿Nos veremos?

—Eso espero.

—Yo últimamente no salgo casi.

—Pues quedamos para comer, o mejor para cenar, y nos vamos de fiesta con Toni y sus amigos.

—Bueno, sobre la marcha…

—Y en julio tengo entradas para los Rolling, que vienen al Estadio Olímpico.

—¿No están muy mayores esos?

—Buenooo, sí, sesenta y tantos, pero dicen que se cambian la sangre…

—¡Venga, va!

—Va, ¡vente conmigo al concierto! Tía, no te puedes morir sin haber visto a los Rolling Stones.

—Tengo que dejarte, que entra la clienta…

48

Enero de 2025

Hoy Núria ha ido a comer a su casa. Desde que han iniciado este acercamiento silencioso, comen las cuatro juntas un día del fin de semana. La incomodidad todavía es una invitada más a la mesa, y el esfuerzo por mejorar la situación también. Raquel pidió a las niñas que el día que fuese la abuela aprovechasen para convertirlo en un día sin aparatos en la mesa. Desde que ha asumido la responsabilidad, está muy puesta informándose sobre cómo repercuten el uso y abuso de los móviles y las redes sociales en su desarrollo. Fue ella quien se lo regaló cuando cumplieron los doce años. Sus sobrinas eran como unos «bichos raritos», aseguraban ellas. No paraban de insistir en que querían uno, sobre todo Martina: que si «todos los compañeros tienen menos nosotras» y que «me sería de gran ayuda, para poder comunicarme»… Por entonces ella todavía creía que darles todo lo que le pidiesen facilitaría las cosas, que las acercaría más en aquella unión extraña y forzada que era su nueva familia. Todavía hoy, haría cualquier cosa para ayudarlas a sonreír cuando se da cuenta de que están sumidas en la añoranza

de aquel pasado que ya no volverá y no se cree capaz de poder liberarse del peso de haber sido ella quien se lo robó.

Ahora, cuando se despiertan, lo primero que hacen es coger el móvil. Ya le costó una bronca el día que les dijo que no podrían tenerlo en la habitación por la noche, que a la hora de acostarse los aparatos se quedarían en el comedor. El repertorio de excusas y argumentos por los cuales ellas consideraban imprescindible llevarse el teléfono para irse a la cama era infinito, pero lo consiguió. Aquella noche no podía dormir pensando en cómo habría comenzado la discusión Núria. ¿En qué momento el absolutismo había cambiado de bando?

Rara vez, cuando desayunan, mantienen alguna conversación, pues en la escuela ya no pueden utilizarlo —tienen una política muy estricta también en lo que respecta a los móviles—, de manera que la batalla de las mañanas la perdió casi antes de que empezase. Tan rápido como ellas debieron de darse cuenta de que ella tenía toda la paciencia que le faltaba a su madre, que era ninguna.

Raquel fue la primera en dejar de llevarse el teléfono a la habitación, del mismo modo que lo consulta cuando se despierta y ya no vuelve a cogerlo hasta que las niñas están en la escuela. Predicar con el ejemplo, que diría Núria. Aunque le gustan estos momentos de desconexión, se da cuenta de cuánto le ha costado acostumbrarse y no puede evitar pensar en lo difícil que tiene que ser para ellas, que prácticamente no se separaban de él desde que se lo compró.

Estos días se han convertido en un regalo para todas. Raquel no piensa que pudiese soportar esta hora larga sentada a la mesa con Núria sin Martina y Júlia. El contacto entre ellas tres es quizá lo

único que vuelve a ser como antes del accidente de Laura y Mikel. Y esta comida semanal, que por lo que ha ido descubriendo también formaba parte de sus rutinas entonces, es casi el único momento de más de diez minutos que comparten madre e hija. Hoy es la primera vez que Raquel, en previsión de lo que quiere tratar con su madre, les ha propuesto comer en casa. A ella no le gusta cocinar, tampoco sabe hacerlo, y siempre acaban yendo a algún restaurante del pueblo o de los alrededores.

Júlia ha preguntado si podían ir a ver una película al sofá cuando se han terminado el postre. Nunca piden permiso para levantarse de la mesa, pero sabe que a la abuela le gustan esos formalismos y, cuando Núria ha afirmado con la cabeza al tiempo que forzaba una sonrisa torcida, las dos se han levantado de la mesa. Tras un silencio incómodo, Núria se ha incorporado con el pretexto de ayudarla a recoger. Se les hace difícil establecer dónde empieza y acaba el papel de cada una en esa casa y en esa nueva familia que forman. Las dos querrían poder fluir en todo lo que hace referencia a las niñas, como saben que ocurre en la mayoría de las familias, respetar la jerarquía generacional que se instaura de forma tan orgánica en el resto de los hogares: los padres educan y los abuelos malcrían. Todo es demasiado nuevo para ellas, aún demasiado artificial y demasiado incómodo. Ninguna de las dos se encuentra en el lugar en el que querría estar, en el que habría elegido estar.

Hace más de dos años que murieron Laura y Mikel. Aún no hay día en que Núria no se suma en una profunda tristeza por la pérdida ni que Raquel no vea la sombra de la culpa tras de sí en el espejo.

—Me gusta esto de comer en casa —dice Núria sin mirarla mientras se acerca al fregadero cargada con dos platos para

enjuagarlos—. No hace falta ir siempre de restaurante…

—Ya…

—¿Y dónde has comprado estos canelones? Estaban deliciosos para no ser caseros…

—En el Hostal de la Plaça…

—Ah, es que están riquísimos…

—Estoy yendo a una psicóloga —interrumpe a su madre.

Núria se calla y traga saliva mientras enjuaga con desgana un plato que ya no puede estar más limpio. No quiere volver a la mesa y lanzarse al precipicio que intuye que le supondrá la afirmación de su hija.

—Me ha dicho que sería bueno que fuésemos juntas un día —añade al cabo de un silencio largo, denso y molesto.

—¿Quién? —pregunta Núria sin mirarla ni dejar de hacer lo que hacía.

—Nosotras dos. —Traga saliva—. Tú y yo, sin las niñas.

Ya lo ha soltado, ya ha abierto el melón y espera.

—¿Y puedes decirme por qué te ha dicho eso esa médica? —pregunta Núria al cabo de un rato.

—Bueno, yo…, yo he ido… —Carraspea para adoptar una actitud más segura—. Yo ya hace tiempo que voy y… —A Raquel le cuesta explicarse. Había preparado mentalmente el discurso un montón de veces, había previsto las diferentes reacciones con las que podría salirle su madre, empezando por una negación rotunda, que era la que creía que tenía más números, hasta la altamente improbable de cuestionarlo sin oponerse—. Empecé a ir porque me veía incapaz de sobrevivir a esta suerte de convivencia que tenemos ahora —suelta al fin.

—¿Cómo…? —Se detiene un momento para buscar la forma de continuar—. ¿Cómo lo has llamado? —retoma Núria perpleja.

—¿Perdona? ¿No lo has entendido? ¿Quieres que te lo re…?

—No, no, no… No hace falta —la interrumpe Núria—. O sea que, por lo que me parece que dices, llevas tiempo, meses, quizá más de un año, yendo a una loquera, con la que debes de ponerme a parir, hablándole de lo mala madre que soy, y ahora pretendes que vaya yo contigo, que hable con una de esas que trata a chalados, a la que habrás inflado la cabeza de mala manera y que debe de pensar que soy… Bueno, da igual lo que piense…

—¿En serio, Núria? —dice resignada y con una tranquilidad que la sorprende a sí misma—. Lo he hecho sobre todo…

—Me la trae al pairo por qué lo has hecho —afirma con rotundidad sin dejar que termine—. No pienso ir a ver a ningún médico de esos o lo que sea. Si no será ni médico…

—Es una psicóloga —aclara Raquel, que no puede evitar que se le escape la risa por lo bajo.

—Pues eso, psicohostias o como quieras llamarlo… Yo no estoy chalada… —añade con más calma.

—Y no debería traértela al pairo…

—Aaah… —Se aclara la garganta antes de continuar—: A ver, explícame… —añade intuyendo por dónde le saldrá su hija—. ¿Por qué lo has…?

—Lo he hecho por las niñas. —Ahora es Raquel quien no la deja acabar—. ¿O no crees que, si hay alguna posibilidad de hacer las cosas mejor de lo que las hemos hecho tú y yo, vale la pena intentarlo?

49

Enero de 2011

Le habían programado el parto para el día 17 del mes que viene, pero esta noche ha empezado con dolores. Las contracciones enseguida se han hecho regulares, cada una más intensa que la anterior, y se han marchado al hospital. Todo el embarazo ha ido perfecto, pero Laura ya está hasta el moño y agotada, no sabe cómo ponerse, ni de día ni de noche.

A aproximadamente mil kilómetros de distancia, Raquel ha sabido que algo le pasaba a su gemela. Ella también ha echado cuentas y ha visto que era temprano para que naciesen las niñas, pero, como siempre que ha sentido algo tan profundo, ajeno a ella pero tan intrínsecamente insondable, y se ha encontrado lejos de casa, ha hecho lo imposible por volver.

Toni y todos sus amigos, poco o muy descastados, que con el día de Navidad dice que ya tienen suficiente familia, organizaron un viaje a Nápoles y Raquel se apuntó. Estaba preparándose para la fiesta de Nochevieja cuando ha notado un dolor intenso en el bajo vientre, un dolor de regla tan agudo que se ha mareado. En cuanto ha podido, ha buscado billete de avión para volver. Esta Navidad

tampoco la ha pasado en familia; no le costó mucho justificarse, tenía la excusa perfecta: a principios de año nacerían las gemelas y entonces ya se cogería unos días de vacaciones para ir a conocerlas. Les mintió, dijo que tenía trabajo en Italia. Nadie cuestionó que le hiciesen trabajar el día de Navidad en un país de cultura y tradición católica, como tampoco la casualidad de que Toni fuese de vacaciones y que ella aprovechase la coyuntura y pudiese escaparse el día 30 para celebrar el Año Nuevo con él.

Laura llevaba días sin dormir; de hecho, el último trimestre no recuerda haber pegado ojo ni una noche entera. Cuando no se movía una, se movía la otra, y, cuando estaban quietas, tenía unas ganas de hacer pis intensísimas. Muchos días se había ido al sofá y se pasaba la noche entera viendo temporadas pasadas de *The Big Bang Theory*. Estas últimas semanas le habían aconsejado que hiciera un poco de reposo; de todas formas, con las dimensiones que habían alcanzado sus pechos, su barriga y su culo, tampoco sabía cómo acercarse a las clientas para según qué servicios. Le había ido bien poder descansar. Ha estado tumbada en el sofá levantándose a hacer pis cada dos por tres. No dormía por la noche, pero, como estaba en casa de día, iba cerrando los ojos a ratos.

Mikel no ha podido estar más pendiente de ella, incluso lo encontraba demasiado pegajoso. ¡Llevaba tanto tiempo deseando ser padre! Y ella, con el convencimiento que ha tenido siempre de que vendrían dos, había pospuesto este paso tanto como había podido. También sabía desde el primer día que eran dos niñas.

Como ella y Raquel.

Ahora están en la habitación del hospital. Júlia y Martina nacieron la noche del día 31 y no fueron las primeras catalanas de 2011 por poco. Quizá sí que fueron las últimas de 2010. Ha ido todo bien: pese a ser gemelas y un poco prematuras, tienen un buen peso y no ha sido necesario meterlas en la incubadora. Era el miedo que se callaba Laura, que se imaginaba recién parida y sola en la habitación del hospital con sus hijas dentro de una caja de plástico. O tener que irse a casa y dejarlas allí. Cuando le dijeron que descartaban esa opción, volvió a llorar. Todo era perfecto. Todo como había deseado. Las niñas y ella en la habitación del hospital.

Laura está pletórica, no entiende cómo el cansancio acumulado y las pocas horas que ha dormido los últimos días no la han dejado destrozada. Había decidido que les daría el pecho, pese a que todas las mujeres con las que lo ha hablado le han dicho que no lo conseguiría: «No lo aguantarás», «Son dos y puede que se queden con hambre», «Tendrás que estar todo el día con una cría enganchada al pezón»… Ella insiste en hacerlo, y suerte de la matrona que la ha acompañado: «¡Inténtalo! —le dijo—. Si un día no puedes, o ellas no crecen lo suficiente, pues ya te plantearás qué hacer».

Mikel parece un sargento. Las enfermeras quieren limpiarlas y hacerles no sé qué montón de pruebas más, y él no deja que se las lleven hasta que cada una consiga cogerse al pecho de su madre. Martina ha sido la primera: ha salido hambrienta, comiéndose un puño con ansia. Se la han puesto encima y no puede dejar de llorar. Ha sentido que un nuevo amor estallaba en su interior y se ha llevado todo lo demás por delante. No puede compararlo con ninguna otra cosa, ninguna sensación ni emoción vividas antes. Su

hija le da cabezazos en el pecho y no para hasta encontrar el pezón y engancharse a él. Primero chupa con ansia y desasosiego, pero enseguida debe haberse hartado, porque se calma y se queda dormida. Luego le ha contado los dedos de los pies y de las manos, que no falte ninguno, ese era otro de los miedos, otro grande y recurrente que ha sentido durante todo el embarazo, que no les falte ningún dedo.

Estos meses se ha sentido más cerca que nunca de su madre.

Cuando la matrona se ha llevado a Martina para hacerle todas las pruebas que les habían explicado, Laura ha agradecido esos minutos de descanso entre una y otra. No recuerda si también ha llegado a cerrar los ojos, quizá han pasado diez minutos. Han vuelto las contracciones, también intensas, pero no tanto. Se siente agotada y llena de energía a un tiempo, y vuelve a hacer fuerza hasta que le dicen que ya se le ve la cabeza. La segunda no le ha exigido tanto esfuerzo. El dolor se disipa poco a poco, y Júlia sale dentro de una oleada de placer casi orgásmica.

Son las dos preciosas, tienen el pelo rojo y la piel sumamente blanca. Son idénticas.

Ahora se siente eufórica e inquieta a un tiempo. Raquel está a punto de llegar y se muere de ganas de que conozca a sus hijas. Núria, en cuanto las ha visto, ha dicho que eran iguales que ellas al nacer, y ella ha agradecido que Raquel aún no haya llegado, pues se ha ahorrado un comentario más de su madre sobre ella. Laura le para bastante los pies cuando es necesario y se está guardando para cuando estén solas decirle que no quiere volver a oír que Martina le recuerda a Raquel y que a ver si consiguen que no se tuerza.

Desde que tiene uso de memoria, recuerda ese comportamiento de su madre con ellas dos, esa diferencia en el trato, esa manera de mirarlas distinto. Con ella nunca se intercambiaron. Ese juego no le entusiasmaba, pero sufría tanto por su hermana que siempre acababa accediendo.

Raquel debe de estar a punto de entrar por la puerta y ha pedido a las matronas que las vistan con dos de los conjuntitos que ella le envió. Durante el embarazo, Raquel la ha llamado y escrito más que nunca. Siempre hablan mucho, y su hermana es la única a la que le confía absolutamente todo, incluso más que a Mikel.

—Antes de nada, ¡la madre de las criaturas! —dice Raquel oculta tras un enorme ramo de flores del cual cuelgan dos peluches.

—¡Hola! —grita Laura al verla antes de dejar escapar un gemido. Se ha emocionado al oír la voz de su hermana y ha hecho ademán de incorporarse.

—Amor, cuidado —dice Mikel en un tono que suena más paternalista de lo que habría querido.

Raquel intenta encontrar un lugar en el que dejar el jarrón, que le pesa en las manos. Núria tiene a una niña en brazos, y Mikel, a la otra. Ve que los dos la miran con cara de todo menos de bienvenida y se agacha para dejar las flores en el suelo.

—Tienen que ir en el pasillo —le reprocha Núria.

Raquel no hace ni caso a su madre. Se asegura de que el jarrón quede bien arrinconado y no sea una molestia, y se abalanza sobre su hermana para abrazarla.

—Tía, tía, tíaaa —dice mientras le da un beso y le acaricia las mejillas—. Estás guapísssimaaa…

—Shhh —le espeta Núria—. Que están las dos dormidas…

—¿Las has visto? —Laura ignora por completo el comentario de Núria.

—Ahora, ahora voy…

—Dice mamá que son iguales que nosotras cuando nacimos…

Raquel se gira de espaldas a Laura para poder ver a sus sobrinas. Mikel y Núria, que aún sostienen a una niña cada uno, las miran y, lejos de hacer ademán de mostrárselas a Raquel y acercárselas, se las arriman al pecho.

—Por favooor —dice Raquel con un grito ahogado para no despertarlas y acercándose a Mikel—. Pero qué cosa más boniiita.

Raquel extiende los brazos hacia su cuñado, un gesto no meditado que reprime de inmediato al ver que no tiene ninguna intención de dejarle a su hija.

—Es que está durmiendo muy bien —aduce él ocultando el disgusto por la visita de su cuñada bajo la mirada de Laura.

—No, no, tranquilo —repone Raquel—, si a mí, cuando son tan pequeños, los bebés me dan más miedo que otra cosa.

—Esta es Martina —indica Laura—. Y a Júlia la tiene mamá.

—Holaaa —dice muy bajito Raquel, que se acerca a Núria para conocer a su otra sobrina—. ¡Sí que son idénticas! —añade en un grito ensordecedor tras volverse hacia su hermana.

En ese preciso instante Martina se echa a llorar.

—Si es que, si es que… —Núria niega con la cabeza—. Ya has despertado a la niña.

—A ver —interviene Laura mirando con desaprobación a su madre —, al menos hoy podríamos tener la fiesta en paz, no os…

—Ya volveré —la corta Raquel—. Voy a casa a darme una ducha, que vengo directa del aeropuerto y…

—Acércame a la niña, Mikel —pide Laura—, que lo que tendrá es hambre. Esta estaría todo el día enganchada a la teta y a mí me duelen horrores con solo oírla llorar.

—Te acompaño abajo —dice Mikel a Raquel antes de dar un beso a Martina en la cabeza y dejarla en brazos de su madre.

—Holaaa, cosita —dice Laura a su hija cuando la tiene encima.

—Eeeh, de acuerdo —contesta Raquel intentando disimular la sorpresa por el gesto de su cuñado.

Mikel y Raquel se dirigen al ascensor en silencio; cuando entran, está lleno de gente y no se dicen nada en todo el trayecto hasta la planta baja. Una vez fuera, Raquel le sigue, aún sin pronunciar palabra, hasta la cafetería.

—¿Me pides un café, cuñado? —pregunta Raquel.

Él no responde, pide las bebidas al camarero y espera dándole la espalda a que se las lleven.

—Voy a buscar una mesa —añade Raquel.

Le espera sentada y extrañamente complacida por el hecho de que Mikel haya querido tomar un café con ella. Ya hace mucho tiempo que se da cuenta de que hace el paripé con ella delante de Laura, seguramente también delante de Núria, pero, las pocas veces que se han quedado a solas, su comportamiento hacia ella se ha abocado hacia una desidia silenciosa a la cual no ha intentado encontrar, ni siquiera buscar, ningún por qué.

—Toma —dice acercándole la taza mientras retira la silla de delante para sentarse.

—Ah, qué bien, te lo han puesto en taza, no soporto los vasos…

—Sé que fuiste tú… —Mikel la mira con una rotundidad áspera y profunda que la intimida tanto como la descoloca.

—¿Cóóómo? ¿De qué coño me estás hablando…?

—Aquella noche, en Tamariu —la corta.

—Mierda, mierda, mierdaaa. —Raquel ha dado un sorbo al café—. ¡Hostia puta, cómo queeemaaa! —dice mientras busca en su bolso la botella de agua que siempre lleva—. Pero ¿con qué coño me vienes tú ahora, tío? Estás como una cabra…

—Eres una hija de pu…

—¡Ya está bien, para! Que a mí tampoco me gustas…

—El tatuaje, el puto tatuaje que llevas en el culo, cabrona. Lo vi, aquel día en Tamariu que te me… —La fulmina con la mirada—. No entiendo cómo tardé tanto en recordarlo, hostia puta… —dice ahora en un susurro, como si se tratase de un pensamiento—. ¡Qué puto asco, joder! —añade subiendo el tono de voz—. No soy capaz ni de decirlo en voz alta. Hace mucho que lo sé. —La mira a los ojos con un resentimiento sereno e infranqueable—. Joder…, no sé, no lo vi antes, o quizá mi mente no me lo dejó ver, y cómo no caí en que Laura nunca se hubiese comportado de ese modo… Joder, ¿y ahora por qué coño te cuento esto?… Hace mucho, demasiado tiempo que lo sé y que me lo guardo, y ya no puedo…

Mikel no acaba la frase, y continúa con la vista clavada en ella. Los ojos de él son ahora sendas cuevas oscuras y húmedas, unos pozos profundos en los que caer al vacío y morir ahogado, sin fondo, sin ánima. No quiere saber si sabe que se acerca a la noche de la que le habla. Siente que el corazón se le encoge a sacudidas y una valentía falsa que le grita desde muy adentro que se aferre a la mentira hasta el último momento.

No será verdad si no lo es para todos.

—Pero ¿con qué me sales tú ahora…?

—Ni lo recuerdas, ¿no? Mala pu…

—A ver, guapo…

—Te has follado a tantos que…

—¡Frenaaa! Ya vale, ¡¿eh?! O me largo…

—El verano que Núria me invitó a pasar las vacaciones con vosotras. —Baja el tono de voz, pero escupe desdén y asco sin dejar de mirarla a los ojos—. Debe de hacer casi veinte años, pero yo no me lo puedo quitar de la cabeza desde que descubrí que fuiste tú quien… —Deja la frase sin acabar, llenando el aire que los rodea ahora también de vergüenza.

A ella le cuesta sostenerle la mirada, sabe perfectamente de qué le habla, sí que hace casi veinte años de aquella noche, de aquel incidente, y hoy es la primera vez que habla de ello en voz alta. Se ha maldecido tanto por aquel día… Nunca está preparada para nada relacionado con su familia, con él o con Núria, pero esto, hoy… Si hoy esperaba algo, era una tregua por parte de su madre, y también de Mikel. Hoy, que debería ser uno de los días más felices de su vida, de la de todos. Hoy se siente menos preparada que nunca para todo esto, convencida, o quizá tímidamente engañada por su mente retorcida, de que hoy la emoción les haría tratarla de un modo distinto. Hasta que ha cruzado por la puerta de la habitación.

Pero ¿merece acaso otro tipo de trato?

Debajo de la mesa le tiemblan las piernas, es incapaz de pararlas, al tiempo que se siente paralizada por el miedo, por el pánico por lo que va a pasar ahora, mañana, cuando se lo cuente a Laura.

Por un momento sigue tentada de sostener la mentira: no será una verdad si no la acepta. Huye rápidamente de ahí, lo que diga no cambiará nada del comportamiento de él con ella. Sabe que aún no

le ha contado nada a Laura; la ha protegido y escondido de sus disparates toda la vida, pero esto es distinto. Tiene la oportunidad de evitar caer todavía más bajo con toda esta historia.

No hay salida digna.

No hay salida.

Solo le queda asumir la culpa, intentar ofrecer una disculpa que nunca será aceptada con tal de que no se lo diga a Laura. No soportaría perderla a ella también.

—Mira… —Mikel apura el café de un trago y se frota la cara con las manos—, me la suda lo que hagas o dejes de hacer —dice ahora sin mirarla—. Lo que me gustaría a mí es poder explicárselo todo a Laura, y así te bajaría de una vez de ese puto pedestal de mierda en el que te tiene plantificada.

—Mikel, yo…

—No te haré suplicármelo —la corta—. No se lo voy a explicar porque… —No le salen las palabras, necesita tomar distancia y desvía la vista unos segundos al movimiento del exterior antes de continuar—. Le haría demasiado daño y, bueno…, lo que tiene contigo no se lo he visto nunca con nadie y…

—¿Te da miedo? Que no te crea, ¿verdad? —Le ha salido con un tono amenazador que no habría querido, que no entiende y que al instante la hunde en una mezquindad amarga e implacable.

—¡Eres una hija de puta! —exclama en un tono que ha hecho que se giren los de las mesas de alrededor—. Estás disfru…

—Mikel, perdonaaa, no, yo…

—Mira, está el puto tatuaje. —Le coge una mano violentamente —. Lo vi, y me dijiste que te lo habías hecho en Berlín, ¿te acuerdas? —añade soltándosela con brusquedad.

—Perdonaaa, Mikel, perdonaaa, por favor…

—Es que además recuerdo… ¡Qué puto asco, joder! Te pusiste su colonia, lo tenías todo…

—¿Cómo?

—Aléjate de nosotros…

Mikel se levanta de la mesa.

—Mikel…

Antes de irse la mira. Su cara, sus ojos, ya no dicen nada.

—Puta psicópata…

50

Febrero de 2025

Núria rara vez contesta a los mensajes de WhatsApp. Raquel ya ha aprendido que su madre prefiere hablar, y que eso no significa que esté molesta ni nada parecido, tampoco nada nuevo que ella desconozca. Los que le envió anoche, esta mañana a primera hora y también hace diez minutos para recordarle la cita ni siquiera los ha leído.

Ahora la espera en una cafetería cerca del gabinete, como quedaron cuando le confirmó la hora y el lugar. Núria ya debería haber llegado, es de las que siempre aparecen cinco minutos antes, y Raquel empieza a barajar la idea de que no se presente.

¿Le ha confirmado en algún momento, con absoluta seguridad, que sí, que iría?

Le costó convencerla, aquel día debatieron largo y tendido sobre la efectividad de la terapia; ella se desnudó delante de su madre, le habló de su experiencia sin hacerlo. No había previsto que la conversación virase hacia ese punto, y tampoco quería contarle cómo ni qué hablaban de su infancia, porque habría sido perfecto para que Núria se posicionase en un no rotundo y taxativamente

infranqueable. Al final, quizá por aburrimiento, o porque si en alguna cosa coincidían las dos es en el hecho de que su relación no es buena y que, por el bien de las niñas, tienen que mejorarla, como sea, Núria accedió a ir a probarlo. Estaban de acuerdo en que, si funciona, tenían mucho que ganar.

Entra a pedir un café con leche y busca por todo el local para descartar que no la haya visto pasar y se encuentre sentada a alguna mesa. Al comprobar que no está dentro, decide salir a tomárselo a la terraza.

Hace un día frío pero muy soleado de febrero; tras muchos días de lluvia, le apetece relajarse al sol, aunque sea en esas circunstancias. También le resulta más fácil estar con ella en el exterior, rodeadas de gente y viendo a unos y otros ir y venir, acarreando todos también con sus vidas y sus miserias. Han recuperado la relación, pero son muy pocas las ocasiones en las que se encuentran solas, cara a cara, y Raquel nunca sabe por dónde le va a salir. Pensar que justo hoy pueda llegar de culo la contraría más de lo que ya lo está, más de lo que la ha incomodado todo el silencio de Núria de hoy y de ayer.

No puede dejar de mirar el móvil, tampoco a un lado y al otro de la calle. Solo faltan diez minutos para la hora de la cita y cada vez tiene más claro que Núria no va a presentarse. Se enciende un cigarrillo, dejó de fumar hace unos años por enésima vez, pero después del accidente de Laura y Mikel volvió, o quizá fue antes, quizá fue cuando supo por qué dejó de existir para ellos. Sabe que esta sensación de serenidad que acaricia cada vez que da una calada es falsa, y que seguramente no hace sino fomentar la

ansiedad con la que cree que está acostumbrándose a vivir, pero ahora mismo no se ve capaz de dejarlo.

Cuando faltan dos minutos para la hora de la visita, la ve acercarse. Da una última calada, apaga el cigarro y apura el café con leche de un trago. Saluda a Núria levantando la mano. Ella se dirige al gabinete psicológico, a un paso más lento de lo que tiene por costumbre, y más si sabe que llega tarde. Decide reunirse con ella allí. Debe de estar a una cincuentena de metros de la puerta de entrada y ya puede verle una cara que no pronostica nada bueno.

—¡Voy! —le grita de lejos, y no tiene claro que la haya oído.

Cuando la tiene delante decide no hacer ningún comentario sobre su inusual falta de puntualidad, tampoco sobre que haya ignorado sus mensajes. No le preguntará si ha pasado algo. Sabe que para Núria no es fácil estar ahí. No necesita hacer ningún esfuerzo para recordar cuánto le costó a ella dar el primer paso, afrontar esa primera vez. La primera es la que más cuesta. Porque realmente entonces aún dudas de cómo va a socorrerte una persona que no te conoce de nada. Solo espera que le conceda unos días, unas sesiones, para darse cuenta de cómo puede ayudarlas a recorrer este camino, a poner en palabras, a conducir hacia algún lugar todas esas emociones que más que silenciadas llevan años disfrazadas de reproches.

—¡Buenos días!

—Hola —responde Núria, que finge buscar algo en el bolso—. No…, no encontraba la calle —añade finalmente.

—No pasa nada.

Cuando les abren la puerta, Raquel entra primero y se sitúa delante del mostrador. La recepcionista está atendiendo a otra

persona, y Raquel se vuelve hacia su madre y le dice que si quiere que se siente, que seguro que enseguida las llaman para entrar. Siente la incomodidad en la nuca. La percibe como una suerte de vergüenza abrumadora que la empuja, que lucha por doblegarla y empequeñecerla. Como cuando era una niña.

—Hola, Raquel —la saluda la chica de recepción—. Victòria lleva un poco de retraso, siéntate, que no tarda en salir a buscarte.

—Hoy vengo con mi madre…

—Pues toma —dice tendiéndole un portafolios con un bolígrafo—. Que rellene las casillas marcadas y firme el consentimiento para la protección de datos.

No es habitual que lleve retraso, como tampoco que la sala de espera esté tan llena. Núria no suponía que iba a entrar en un lugar así, tan abierto, con tanta luz. No esperaba verse tan expuesta. Desde que Raquel le pidió que vayan juntas, se ha figurado que entraría en un piso con un portal estrecho y viejo de alguna calle escondida. Quizá que aguardarían un par de minutos delante de la puerta antes de que saliese a recibirlas la terapeuta. En su imaginario no había recepcionista. En ningún momento ha pensado que estaría en una calle de las más concurridas de Mataró, la capital del Maresme, tampoco que se encontraría en una sala tan concurrida. Mantiene la cabeza gacha, no quiere alzar la vista y toparse con alguien que pueda reconocerla. Alguien que después vaya largando por ahí que la ha visto en la consulta de un médico de grillados. Le tiemblan las piernas sin control, las detiene presionando con las manos sobre el bolso, encima de los muslos. «Igual sí que parezco una chalada», se dice. Está sudando. Mira el reloj y ve que lleva diez minutos ahí sentada, diez minutos de retraso.

«Qué mala educación —piensa—. A este ritmo, el último del día irá con una hora de retraso».

Cada vez que se abre la puerta de entrada, cada vez que sale alguien del pasillo donde deben de estar las consultas, la mirada se le va inconscientemente a ver quién es, y cada vez la baja reprimiendo el gesto, avergonzada porque algún conocido pueda descubrirla allí. ¿En qué momento y por qué narices la ha convencido su hija de ir?

—¡Buenos días, Victòria!

Raquel, que se ha sentado en la única silla que quedaba libre al otro lado de la sala de espera, se levanta a saludar a la terapeuta cuando la ve aparecer por el pasillo.

—¿Cómo estás?

—Bien…

—Ya puedes pasar…

—Hoy vengo con mi madre, ¿te acuerdas? —contesta Raquel acercándose a la silla donde se sienta Núria.

—Pues venga, ya podéis pasar —dice Victòria, que ya ha dado media vuelta y enfila el pasillo tras saludar con una sonrisa a Núria —. Sentaos, por favor —les dice al tiempo que señala las sillas delante de su mesa.

Cuando Núria ha visto el sofá, el corazón se le ha acelerado imaginándose por un momento recostada en el diván que tantas veces ha visto en las películas, con la doctora esta de los grillados tendiéndole un pañuelo de papel ante la posibilidad de que se eche a llorar. Si antes de entrar se arrepentía de estar allí, ahora mismo no podría describir con palabras lo estúpida que se siente por haber sucumbido a los caprichos de burguesa de su hija.

—Bien —dice Victòria mirándolas—. ¡Bienvenida, Núria! ¿En qué creéis que puedo ayudaros?

51

Enero de 2011

Le ve alejarse y se ahoga en el pozo gélido y oscuro de sus miserias.

El recuerdo del día que le preguntó por el tatuaje se le encabalga en la mente con el de las palabras de Núria cuando descubría que había estado con algún chico «guarra», «furcia», «calientabraguetas»…

Fue durante su despedida de solteros. Empieza a atar cabos. Desde aquel día el comportamiento de Mikel con ella cambió. Cuando eran muy jóvenes, cuando Mikel se trasladó a Barcelona para acabar la carrera, siempre salían los tres. No tardó en darse cuenta de que a su cuñado no le hacía gracia. Y, cuanto más la menospreciaba él, más le gustaba a ella.

Toni le dijo un día: «A ti lo que te pasa es que estás pillada por tu cuñado, reinona». No le respondió, tampoco le dejó continuar. Estaban en la barra de La Concòrdia, adonde iban siempre a tomar la primera copa. Como la mayoría de las noches de fin de semana, Mikel y Laura se habían quedado a cenar en casa con Núria, y ella prefirió ir a comerse un bocadillo con su amigo. No soportaba verlos cuando, después del postre, se acurrucaban en el sofá y se

deshacían en carantoñas y confidencias cada vez que Núria entraba en la cocina y los perdía de vista. Y, cuando Núria se sentaba con ellos, Mikel no podía hacerle más la pelota a su suegra. Con los años comprendió que Núria se había convertido para él en aquella madre que había muerto demasiado pronto. Y ella no podía estar más encantada con todos los halagos del prometido de su hija preferida. La cara de Núria el día que le dijo que le quería más a él que a ella, que era su hija, no lo desmintió. Su fisonomía confirmaba una verdad de la cual no era consciente o que no se atrevía a decirse a sí misma. Por un momento, Raquel pensó que aquello la haría cambiar, mostrarse y comportarse de un modo distinto con ella. Pero el resentimiento y la rabia que sentía su madre por ella eran demasiado intensos, demasiado profundos. No cambió nada. Los primeros días, Raquel lo intentó. Trató de acercarse a ella en vano.

Ella los esperaba en la barra con Toni, tomándose la primera copa antes de salir de fiesta, y Mikel y Laura acababan de entrar por la puerta. Seguramente ella no pudo disimular la sacudida que sufrió al verlos. Y Toni le soltó aquello que ella era incapaz de verbalizar ni mentalmente. ¿Quizá no se había dado cuenta?

—Tía… —le dijo su amigo al tiempo que le apoyaba una mano en el muslo.

—Déjame —respondió mirándolo con intensidad a los ojos antes de beberse el chupito.

—Mi reina… —Le apretó la pierna y le dio uno de sus besos en los labios—. Cuando quieras, aquí estoy…

No le dejó terminar la frase, empezó a sonar «Creep», de Radiohead. A Raquel la música la conecta con todo lo que siente, todo lo que intenta esconder y todo lo que no sabe expresar con

palabras. La asaltaron una vergüenza y un desdén que hacía demasiado tiempo que tenía enterrados. Si Toni se había dado cuenta, ¿quién más podía hacerlo? ¿Mikel? ¿Laura? Huyó a toda prisa al baño, al fondo del local. Se encerró allí, no se veía con fuerzas para salir. La mente le gritaba al oído lo que escuchaba detrás de aquella puerta. *But I'm a creep, I'm a weirdo. What the hell am I doing here? I don't belong here. I don't belong here…* Había entrado llorando y la habían visto tres compañeras de Laura del instituto, unas a las que no soportaba. De hecho, no soportaba a ninguna. Tenía los ojos rojos, le moqueaba la nariz, y si Laura la veía enseguida se daría cuenta de que pasaba algo. La vida la había llevado a tragarse las lágrimas la mayoría de las veces. A disimular, mentir, esconder, reprimir.

Muchos días, cuanto más se reía, más habría querido llorar. Aquel día decidió que no lloraría nunca más.

Salió del baño y se fue directamente hacia un amigo de Mikel que llevaba días, meses, detrás de ella. Se le lanzó al cuello y le dio un morreo antes de tirarle del brazo y llevárselo fuera hasta el coche de él. Follaron debajo de una farola parpadeante y con el griterío de la calle ahogado por «Rolling in the Deep».

¿A aquel tío le gustaba Adele?

Se la sudaba que pudieran verlos.

Prefería que los vieran.

Algún día Laura debió decirle a Mikel que se había dado cuenta de cómo la trataba, porque cambió su comportamiento con ella. Al principio era por esa manera suya de controlar a Laura, por cómo se las ingeniaba para que su hermana siempre acabase haciendo lo que ella quería. Todos estos años, ha querido creer que era así, hasta

hoy, hasta ahora, cuando sencillamente se da cuenta de que era una omisión absoluta de su existencia.

Siempre pensó que, una vez casados, él había decidido que no le hacía falta fingir que le caía bien y volvió a mostrarse despiadado y repulsivo con ella.

No fue que no le hiciese falta fingir, fue que no podía hacerlo, había descubierto su secreto más vergonzoso y humillante.

Siempre ha pensado que esa es la peor forma de tratar a alguien. Ahora sabe que no, que el tedio repelente que ha captado en su mirada es el peor lugar en el que podía estar. Hoy, ahora, pesan todos los momentos, todos los años, que hacen que puede percibir esa punzada de desdén cuando se le acerca.

Siente un zarpazo aturdidor en el corazón, en la cabeza, en todas partes. No sabe qué duele más, seguramente esta búsqueda agotadora e inútil de la dignidad mental y emocional…

Aún puede verle haciendo cola delante del ascensor.

En medio del gentío, se ha vuelto para mirarla.

52

Marzo de 2025

Anoche, después de acompañar a las niñas a casa y antes de irse, Núria le dijo que hoy iría muy justa y que ya se encontrarían allí directamente.

Luego dijo: «Dentro». Añadió el adverbio cuando estuvo segura de que ninguna de las niñas andaba cerca, y probablemente tras ver la cara de duda de Raquel.

Raquel se sintió vencedora.

Recordó la primera sesión y, sobre todo, lo que vino a continuación, las horas siguientes, al día siguiente. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza, enredados en una maraña de dudas, con el sentimiento profundo de una incapacitación absoluta para ordenarlos. La pregunta que Victòria dejó en el aire, «deberes», dijo, y que abrió la puerta a aquel dolor tan antiguo que le había llevado a creer que era inherente a su ser, removido, escuchado y aceptado con esta nueva forma de ver y entender a la cual la acercó Victòria: «Raquel, eras una niña, no tenías recursos para gestionar todo aquello».

Que Núria le confirmase que tenía intención de volver le pareció un triunfo y, por primera vez desde que se halla a cargo de Júlia y Martina, vio la luz, un atisbo de esperanza para salvar su relación.

Hoy se ha despertado cansada. No entiende el mecanismo de su psique retorcida. «¿En qué momento?, ¿cuándo ha pasado esto?», si se fue a la cama contenta, incluso eufórica, por el paso que había dado su madre con la terapia. Se ha pasado la noche inmersa en una pesadilla agotadora: eran unas niñas todavía y ella había convencido a Laura, otra vez, de que se intercambiasen. Ahora, desde la perspectiva de esta noche, no alcanza a recordar si fue una de tantas o se trata de una simple invención. Su madre, como siempre, las descubría. Entonces Núria les explicaba las consecuencias de aquello en su vida, que aquello que Raquel siempre consideró un juego acabaría llevándolas a donde están hoy. La violencia que reflejaban los ojos de Núria, esa mirada siempre clavada en ella, que no acompañaba el discurso en plural, dirigido a las dos. Esa forma tan suya de señalarla como la culpable de todo. Las imágenes eran tan vívidas… Se encontraban en el piso de Barcelona, Núria estaba cocinando escudella para cenar; aún tiene adherido a la garganta el hedor grasiento del caldo. Describía con todo lujo de detalles qué pasó aquella noche, también el día que Mikel le contó que lo había recordado. El día que él se lo confesaba a Laura, y también el día del accidente. Núria era como un ser superior, omnisciente, conocedor de todo lo que ocurriría en sus vidas, y le daba el poder, la oportunidad, de cambiar el futuro, el futuro de entonces. Esta noche ha sentido que estaba en sus manos dejar de comportarse de ese modo y evitar el presente que les toca vivir.

«Si no detienes este juego, tu hermana morirá. Si sigues así, sus hijas se quedarán huérfanas».

Quería salir de allí con urgencia y a la vez se hallaba atrapada en esa pesadilla.

El despertador ha acudido en su auxilio mucho antes, pero no ha sido capaz de reconocerlo y parar la alarma.

Pesa. La duda de qué habría hecho si hubiese tenido esa opción, una leve certeza de que no se habría comportado de ningún otro modo, porque, en el fondo, ella es así. También quiere salir de ahí. Está atrapada en ese pensamiento, esa voz que hoy tiene la cara de Núria, que la mira con la misma frialdad, despiadada, insensible y lacerante.

Hace meses que ve a Victòria, y cada día que va se siente como si la hubiese arrollado un tráiler. Un cansancio profundo se apodera de ella. Al principio se resistía, no quería sucumbir de ninguna manera. Con el tiempo ha aprendido que lo mejor es ceder. Cuando empezó con la terapia, no cayó en la relación que existía entre lo que trabajaba con Victòria y su estado las horas siguientes, incluso al día siguiente. Las primeras sesiones, ante la incomprensión de por qué se sentía así, se oponía y la cosa no hacía sino empeorar. La pesadez corporal evolucionaba hacia una fuerte migraña que la llevaba a acostarse a oscuras y a suplicar que nada le truncase el sueño.

Cuando ha llegado Núria, Raquel ya estaba dentro de la consulta. Se ha excusado diciendo que no encontraba aparcamiento y se ha sentado en la silla de al lado. Aquel primer hito que ayer dio por conseguido se ha convertido en decepción absoluta cuando ha visto que no llegaba y ha vuelto a recordar la pesadilla. ¿Y si Núria ha soñado lo mismo? «¿El día podría ir a peor?», se ha preguntado, y

no ha podido evitar sentirse desengañada ni dejar de imaginar cómo afrontar esa conversación, ese por qué no había ido, que, como fuese, sería mejor que el silencio.

Un par de minutos antes de que abriese la puerta, se ha visto tentada de contarle a Victòria cómo se sentía, qué le había pasado aquella noche que aún la tenía trastocada y hundida en el pozo. La mano de la culpa apretaba muy fuerte hoy. Y el pozo era más oscuro, más húmedo, más gélido y más profundo que nunca.

Albergaba la esperanza de que Victòria le dijese que era normal, o que eran cosas del subconsciente, que ese no era un camino que se hacía siempre hacia delante, que a veces hay que dar un paso atrás para avanzar.

No se lo ha contado. ¿Quizá por miedo, quizá por vergüenza? ¿Quizá habría acabado confesándoselo si no hubiese entrado Núria?

Algo debió decirle Victòria para que haya vuelto. Hoy llega contenta, y por un momento Raquel se plantea si ese pensamiento que la atormenta desde que se ha levantado es cierto, que su madre es una psicópata y ya no hay nada que hacer.

No es eso.

Enseguida se da cuenta de que a su madre le cuesta enfrentarse a la vergüenza y al qué dirán si alguien la reconoce antes de llegar al interior de la sala.

Ese día, esos primeros minutos de Núria en la consulta de la terapeuta no distaron mucho de los suyos. En ese momento no lo vio, pero ahora sí, con distancia sí. Entonces el triunfo no le permitía proyectarse más que en una sola cosa: una batalla más ganada a su madre. Ahora puede verse en ella, el mismo juicio, la misma vergüenza, el mismo miedo a que la reconozcan, a que la tomen por

lo que no es en un lugar que no le corresponde y que tampoco le aportará nada.

Ella misma se negó durante mucho tiempo a probarlo, se negó incluso a conceder el beneficio de la duda a las posibles ventajas de trabajar lo que siempre ha llamado sus «mierdas silenciadas».

Hoy tiene la cabeza en otra parte.

Núria, en cambio, se siente como pez en el agua; la mira y no cabe en sí de desconcierto. Eso era lo que quería, deseaba llegar a ese punto con su madre. De hecho, quizá no, ¡claro que no!, pero no cree que haya ningún otro camino para poder mantener una relación mínimamente cordial y educar de manera conjunta a las hijas de Laura. Y ahora, hoy, aquí, no puede sino envidiar a Núria. Habla con Victòria con una ligereza… Ella no las escucha, no hay forma de centrarse en la conversación, pero si le dijeran que le está explicando su receta de fricandó no lo dudaría un segundo.

Eso también le hace sentirse mal. ¿Puede ser más jodidamente rebuscada? Si es lo que ella quería.

¿Victòria se ha dado cuenta? La mira y no sabe si busca que participe en la conversación. No tiene ni idea de qué hablan.

Mira el reloj y ya solo faltan diez minutos para terminar. A ver si hoy es tan puntual como siempre. No entiende ese proceder de los psicólogos, lo que siempre ha visto en las películas y que a ella también le pasa: cuando parece que estás en el momento álgido de la conversación, en ese punto esperado en que sientes que por fin cambiará tu vida para siempre y dejarás de sentirte como una puta mierda, ese lugar que no habrías creído poder alcanzar jamás, de repente te dicen: «Bien, hemos acabado por hoy».

53

Noviembre de 2013

—*Happy birthday to…*

—¡Felicidades, hermanita! Qué pasada, me acaba de llegar…

Raquel se ha esperado para llamar a Laura hasta estar segura de que ya habría recibido el ramo de flores.

—¿Qué, qué, quéééé? Veo que te has cogido el día de fiesta si estás en casa a estas horas…

—¡Qué va! —responde con un suspiro—. Acabo de llegar al trabajo. No he…

—¡Tíaaa! ¡¿Cómo que no?! Pero si es sábado, y hoy cumplimos cuarenta. —Lo pronuncia cantando el número—. Para que luego digas que la adicta al trabajo soy yo…

—Ay, nena…

—Vamos, como si lo viese —la interrumpe Raquel—. Tenías a la clienta de los sábados y no has querido decirle que era tu cumpleaños. ¡Vaya tela, tíaaa!

—Bueno, es que no está la cosa para invitar a las clientas a irse a la competencia.

—Va, calla, primero hablemos de cosas divertidas —vuelve a cortarla—. Tu regalo no es ese maravilloso y carísimo ramo de flores, ¡¿eh?! —añade—. ¡París, *la nuit* nos esperaaa! —grita—. Acabo de mandarte los billetes por mail, y ni de coña se te ocurra decirme que…

—¿Y eso cuándo sería? —pregunta mientras hace números mentalmente—. Está a punto de llegar la clienta, en cualquier momento te cuel…

—Sí, sí, en primavera, por descontado, la mejor época, mediados de abril —afirma muy rotunda—. Bueno, en otoño también sería muy bonito, pero ¿cuándo no lo es París? —Deja escapar un suspiro —. Yo tengo que estar allí, y la empresa me paga un hotel de la hostia, así que… Habría preferido mayo, pero me dirás que si tu aniversario con…

—¡Olvídalo! —responde taxativa.

Raquel no está acostumbrada a las negativas de su dócil hermana y no se atreve a interrumpirla.

—Es que… —Se echa a llorar.

—¿Y ahora qué coño pasa?

—El trabajo de Mikel… Tienen problemas y, bueno, a él no le preocupa, y a mí normalmente tampoco me preocuparía, pero esta vez… —Se detiene a enjugarse las lágrimas—. Si se ha cabreado un montón porque no me he cogido fiesta…

—Claro, tía, que un día es un d…

—No quiero entrar en detalles, ya hablaremos…

—Como quie…

—A mamá ni se lo he contado —la interrumpe—, o sea que tú no le digas nada.

—¿Yooo? Pero ¿qué coño quieres que le diga yo de ti a Núria, si no hablamos?

—Ya, ya. —No puede evitar sentirse mal por lo que acaba de decir —. Pero hoy te llamará.

—Sí, hoy… Hoy toca. ¿Y Mikel qué dice? Ya sabes que yo puedo ayu…

—Uy… —Suspira—. Gracias, gracias, pero ya sabes que no querrá de ninguna…

—Coño, qué pesado, si a mí no me cuesta…

—¡Raquel, que no!

—Paaaso de hablar de mierdas hoy —suelta ahora—. Es nuestro cumpleaños y, además, es mi regalo, ¡no te costará ni un duro, tía!

—Bueno, ya hablaremos…

—¡De hablar nada, va! Y cuéntame cosas… —busca la palabra adecuada— ¿divertidas?

—Es que además llega en el peor momento: el propietario del centro ya me ha avisado de que tenemos que renovar contrato y me subirá el alquiler: que si todo está más caro y bla, bla, bla. Y, bueno, tiene razón, los locales…, tooodo —pone énfasis en la última palabra — ha subido mucho de precio por la zona. —Deja escapar un suspiro lastimero.

—¡Tía, no te reconozco! Venga, ¿alguna buena noticia? ¿Y cómo están mis sobrinitas?

—Ay, voy agotada, pero para comérselas. Han crecido tantísimo desde la última vez que viniste a casa. No las reconocerías…

—Ay, ¡es que me muero de ganas de verlas! A ver si puedo ir…

—Nena, el timbre —la interrumpe—. Te dejo, que será la clienta. Te llamo antes de irme a casa. Gracias por las flores, te quiero.

—Tía, tía, tíaaa —añade Raquel—. Tú lo que tienes es la puta crisis de los cuarenta…

—¡Va, calla!

54

Abril de 2025

Núria, hoy, también llega cinco minutos tarde. Ya lo tiene controlado: sabe que Victòria tardará un poco en hacerlas pasar, el tiempo justo para despedirse del paciente anterior, siempre el mismo. Al principio se evitaban la mirada, no recuerda quién fue el primero en fijarse en el otro; un día desvió la vista, se topó con la complicidad turbadora de un desconocido y sintió que aquel momento los acercaba a las mismas miserias. La boca torcida, una sonrisa invertida que quiere salir pero que queda atrapada entre los dientes y los labios. El tiempo justo para que Victòria vuelva a la sala, supone que a preparar su historial, y salga a llamarlas: «¿Hoy vienes sola?», le preguntará. Ella se limitará a sonreír a la espera del: «Ya puedes pasar».

Núria llegará tarde, solo los minutos esenciales para que ellas se saluden y pregunten cómo han ido estos días. Entiende que, a su edad y con sus maletas llenas de prejuicios, también en lo que respecta a la salud mental, no quiera enfrentarse a la sala de espera llena. Puede leerlo en su «¿Ya habéis empezado?» antes de excusarse en el tráfico a esas horas o en la dificultad para aparcar.

Ni Victòria ni Raquel vuelven a decirle que a escasos doscientos metros del centro hay un parking de pago. Raquel vacía la silla de al lado, donde habrá dejado el bolso, y Victòria le dirá que no han empezado, que estaban esperándola.

Que vaya ya es un gran paso. A ratos han recuperado la comodidad del silencio compartido, ese que no llega a discernir si queda demasiado lejos para recordarlo o si nunca ha existido entre ellas.

—A mí… —empieza Raquel con indecisión— me gustaría hablar de un tema…

—¿Y ahora qué pasa? —la interrumpe Núria.

—Pues para eso estamos aquí, ¿no? —responde Victòria en un tono amable—. ¿Te parece bien, Núria? —añade mirándola—. ¿Vemos de qué quiere hablarnos hoy Raquel?

Núria no contesta, pero asiente con la cabeza.

—Ma… —Está a punto de llamarla «mamá», pero el miedo a que piense que quiere darle jabón la detiene—. Núria. —Carraspea. Le sudan las manos, apretadas una dentro de la otra, encima de las piernas para ejercer presión y detener el movimiento tan suyo cuando tiene que decir algo a su madre. No se atreve a mirarla y clava la vista en Victòria, como si descargase en ella todo el peso de lo que quiere pronunciar—. No estoy segura de cómo te lo vas a tomar; bueno, sí, sí que lo sé… Sé que no te va a gustar. —Se da cuenta de que no podía haber empezado peor.

—Tranquila, Raquel —interviene Victòria—. Aquí no venimos a juzgar a nadie, ¿verdad? ¿Núria?

Núria tampoco dice nada, vuelve a responder con un movimiento de cabeza cargado de miedo e incertidumbre.

—Es de Juan de quien quiero hablarte… —arranca Raquel.

—¿Juan? ¿Qué Juan? —la interrumpe.

Sabe perfectamente de quién le habla, lo siente por cómo se le acelera la respiración por momentos, y también lo vería en el tono de su piel si fuese capaz de mirarla.

—De papá.

—Aaah… —Respira hondo y chista con la lengua—. ¿Y él sí que es digno de recibir ese título? —Escupiría fuego si fuese posible.

—Quiere conocer a las niñas…

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué sabe él?

—Él y yo hace tiem…

—Por encima de mi cadáver —replica tajante Núria, que aprieta el bolso con fuerza en su regazo, retira la silla y se levanta—. ¿Hay algo más de lo que quieras hablar? Porque, si es eso, por mí ya hemos acabado…

—Por favor… —Calibra mentalmente si contarle que hace años que tiene relación con Juan es una buena manera de continuar ese intento de conversación.

—Por favor, ¿qué?

Siente la presión de la mirada de su madre, clavada, ahogándola, y aguarda el juicio, la crítica, la burla. Como cuando era una niña. Quiere levantar la cabeza y mirarla a los ojos, quiere enfrentarse a ese miedo que no llega a recordar desde cuándo arrastra. Solo es capaz de respirar para mantenerse con vida. Todo lo demás se ha paralizado. Empieza a arrepentirse de haber sacado el tema, de no haber esperado unos minutos para dejarla hablar antes y confirmar que hoy sí que era un buen día para contárselo. Pero no, no lo es.

Vuelve a ser aquella niña pequeña, desvalida e invisible. Vuelve a ser aquella adolescente sola y vulnerable.

Siente adheridas a los ojos unas lágrimas que pujan por salir. Intenta respirar para algo más aparte de sobrevivir, busca el recuerdo de por qué están allí. Tampoco pensaba que su madre fuese a acceder nunca a acompañarla a un lugar así. Vuelve a pensar en aquel primer día, en la vergüenza silenciosa y lacerante de Núria amenazándola con irse si tenía que estar un minuto más en aquella sala llena de gente, de enfermos, de chiflados, de grillados, como dice ella. Detrás de esos cristales translúcidos que el miedo a ser reconocida allí, desde la calle, le hacían esquivar.

Y se desmorona… El llanto que contenía con esfuerzo se desborda sin control, y alza la vista hacia su madre.

Núria vuelve a sentarse, vuelve a apretar con la misma fuerza, pero sin ira, el bolso sobre los muslos. No alcanza a entender ni a reconocer qué le ha hecho volver a su sitio, no recuerda la última vez que vio llorar a su hija. Regresa la culpa, hoy diferente, con un sosiego desconocido pero amable, por primera vez con gratitud. Quizá es eso lo que hoy también brota con las lágrimas de Raquel.

—Era el que vi el día del tanatorio, ¿verdad?

Raquel no responde, asiente con la cabeza, y Núria conoce la respuesta sin mirarla.

—Nos abandonó, nos dejó con un piso pagado y un sobre con quinientas mil pesetas… —Ahora es ella quien llora.

—¿Quieres que hablemos de qué pasó? —le dice Victòria a Núria.

—Hace años que hemos recuperado la relación. —Oye en su interior el grito de ahora o nunca y decide soltarlo—: Juan nunca nos perdió la pista del todo…

Núria vuelve la cabeza hacia ella. Raquel tampoco recuerda la última vez que la vio llorar. No sabe qué le dicen esos ojos, puede acercarse a su sufrimiento de otra manera, hoy siente el mismo dolor. No quiere juzgarla ni culparla por no haberlo hecho de otra forma con ella. Por no ser capaz de recordar si un día la quiso.

Le gustaría tocarla, cogerle las manos, secarle las lágrimas que le resbalan por la mejilla y abrazarla.

No lo hace.

Núria tampoco.

Se miran.

Callan.

Cuando las voces callan, los silencios gritan.

55

Febrero de 2017

—Llevo días queriendo contarte algo, pero… —dice Laura, recelosa.

—Va, dime…

—Es que pensarás que soy tonta, pero juraría…

—Venga, tía, mira que llegas a ser…

—Me parece que he visto a papá.

—¿Cómo?

—A papá, nuestro pa…

—Sí, sí, sí. —Raquel respira hondo antes de continuar—. Ya sé a quién te refieres. ¿Y? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Es que, además, después de verle… Bueno, de verle no, de reconocerle…

—A ver, Laura, pero ¿le has visto o no?

—¡Sí, sí! —Hace una pausa para coger aire—. Es que creo que ya lo he visto varias veces, y era un señor que…, pues que… A ver, ¿cómo te lo explico?

—Lauraaa, tíaaa, al graaano —la increpa Raquel con insistencia.

—Sí, sí… Pues que era un hombre al que ya había visto y me sonaba mucho, hasta que un día me dije: «Madre mía, es papá…».

—¿Y le dijiste algo?

—No, no, ¡qué va! De hecho, me quedé mirándole y él a mí también, y de repente se fue.

—¿Y estás segura de que era…?

—Sí, bueno… A ver, Raquel, sí, porque si no…, bueno, no te habría dicho nada…

—Ya, ya… ¿Y dónde dices que le has visto?

—En la escuela de las niñas y cerca del centro.

—Ya…

—Qué fuerte, ¿no? ¿Y tú…?

56

Abril de 2025

Abre la nevera, está casi vacía. No puede evitar pensar en Laura y maravillarse por cómo lo tenía todo siempre controlado: la compra, la ropa, las extraescolares. Las pocas veces que la oyó quejarse por eso, le parecía una nimiedad, que su hermana era una exagerada. Ella siempre arriba y abajo, aviones, aeropuertos, hoteles, trenes, taxis, y siempre con el auricular en la oreja, empalmando una llamada con otra lista de Spotify para empezar.

Hoy tocaba hacer la compra, pero la conmoción con la que ha salido de la sesión con Victòria la ha dejado baldada. Es que ni por un momento ha pensado que no había nada para cenar. Vuelve, vuelve esa pena, y ese desprecio, esa vocecita que grita que se equivocó: «¿De verdad pensasteis que yo lo haría bien? Hostia puta, Raquel».

¿Ha sido un paso adelante? Quiere creer que sí. Hoy aún no puede, mañana quizá tampoco, pero en unos días sabrá que sí.

Fuera del centro, tampoco se han dicho nada. Cuando Victòria, mientras les acercaba un paquete de pañuelos de papel y les llenaba un vaso de agua, les ha dicho que habían terminado por hoy, han

cogido el bolso y han salido en silencio. No se quita de la cabeza la duda de qué hacer, de cómo continuar, cómo retomar el camino. Tampoco el miedo a que hoy se haya cerrado del todo la puerta. Oye a las niñas en la planta de arriba, se ríen como locas con la música altísima. Seguro que están grabando algún vídeo para TikTok, piensa, y recuerda de nuevo que es por ellas, sobre todo, por lo que han ido a ver a Victòria.

Oye que se cierra la puerta de la calle, y una emoción concebida a partir de una mezcla extraña, entre dulce y amarga, de miedo y esperanza. Las llaves en la bandejita de la entrada, ahora debe de dejar el bolso y el abrigo en el perchero del recibidor, se descalza y se pone las zapatillas de andar por casa, que ya hace días que dejó aquí. Ahora grita a las niñas por el hueco de la escalera: «La yaya está en casa». No, no grita, hoy no. Hoy tampoco les dice que bajen el volumen de la música o se quedarán sordas. Hoy las niñas no debían estar en casa, y ella quizá no sabe o no recuerda que el entrenamiento se canceló. Hoy las zapatillas se arrastran inciertas, menos decididas, vacilantes. Miedo: una sensación muy cercana al pánico atrapa a Raquel, la invade, la ahoga. «Pero ¿qué pasa, Raquel?». Con un gesto no meditado, se gira para esperar que entre en la cocina, también sin darse cuenta la aguarda con alguna otra cosa en el rostro, también duda, y este espanto que quiere parecer una sonrisa.

Vuelven a mirarse en silencio.

Núria se dirige a la nevera, como antes ha hecho Raquel, y la mira de arriba abajo a su vez.

—¿Qué te parece si pedimos unas pizzas para cenar?

57

Diciembre de 2018

—¿Dónde andas?

—¡Aaah!, tíaaa, tíaaa —responde con un suspiro adormilado.

—Joder, no te habré despertado, ¿no? —dice bajando la voz—. ¡Perdona!

—No, no… —bosteza de nuevo—, qué vaaa, es que he pasado mala noche y estaba holga…

—Pero… ¿dónde estás? —dice sin dejarla acabar.

—En casa, llegué ayer, muy estresada, y salí con Toni a darlo todo —contesta—. ¿Qué?, ¿te ha gustado lo que les he mandado a las niñas por Navidad? No tenía claro cuándo volve… —La frase se le queda a medias, perdida en otro bostezo.

—Mujer, no he querido abrirlo, así lo vemos juntas. Además, si estás aquí, dáselo tú, ¿no? —Laura hace una pausa antes de romper el silencio del otro lado del aparato—. ¿Qué?, ¿este año tampoco piensas venir?

—Tíaaa —dice en otro bostezo—, no empieces, que no eres mi madre, ¿y qué quieres que te di…?

—Así no arreglaréis las cosas nunca… —la corta.

—No puedo arreglar lo que no sé, lo que no entiendo —la interrumpe ahora ella con cierto sarcasmo—. ¿No crees? Además, ahora me quedo unos días por aquí, pero después tengo que irme, por trabajo…

—Ya…

—Volveré antes del cumpleaños de las ni…

—Tú misma.

—Laura…

—¿Qué?

—Hace tiempo que quiero contarte…

—Ayyy, ¿y ahora qué pasa? ¿Qué has hecho?

Las dos se detestan cuando Laura esconde más cosas de Núria que suyas en la voz.

—Joder, tía, vete a la mier…

—Perdona, perdona, dime, es que me cabrea que…

—Llevo años viendo a papá.

—¿Qué?

—Debí decírtelo cuando lo viste, pero nunca nos ha perdido de vista, quiere verte, conocer a las niñas… —Raquel espera dentro del silencio de su gemela—. Lau…

—No.

—Se arrepiente de todo.

—¡Ah! Muy bonito, se arrepiente de todo y ya está, ¿no? —Laura hace una pausa y respira—. Mira, ahora…, ahora no tengo tiempo, está a punto de llegar la clienta y…

—Vale, pues quedamos y vamos a cenar. ¿Hoy, mañana?

58

Abril de 2025

—Para ti, ¿de jamón de York o de verduras?

—Hoy me apetece la que pides tú, de berenjena, ¿no? —contesta Núria sin mirarla. Ha abierto el lavavajillas y está colocando las tazas y los platos de la merienda que las niñas han dejado en el fregadero —. Estas niñas ya va siendo hora de que empiecen a hacer estas cosas.

—Pues sí… Berenjena y parmesano, te pido esa, ¿eh? —Raquel habla con su madre y mira el teléfono—. Voy a ver si puedo pedirlas por WhatsApp —se excusa.

—Sí, sí… ¿Hoy no había entrenamiento? —Núria recoloca todo lo que contiene el lavavajillas, mueve el mismo plato y el mismo vaso, una y otra vez.

—Se ha cancelado.

Un silencio saturado de una incomodidad frágil y renovada se instala entre las dos.

—¿Y desde cuándo dices que te hablas con tu padre?

Iba decidida a retomar el tema. «Cuanto antes, mejor», piensa. Se sienta a la barra y coge totalmente desprevenida y con el

teléfono en la mano a Raquel, que se disponía a encargar la cena.

—Pa… Juan —corrige el impulso de llamarlo «papá»—. Él…, él… nunca nos perdió de vista —empieza a explicar—. Tenía contratado a alguien que le mantenía al tanto y le enviaba fotos nuestras, y dos o tres veces al año, igual cuatro, venía a Barcelona y nos observaba a escondidas.

—Con dinero todo es fácil, ¿no?

—Núriaaa… —Quiere rectificar ese primer tono condescendiente —. ¿Me das dos minutos, que encargo las pizzas? Resulta que no tienen WhatsApp y… —Abre la puerta del balcón y coge un cigarrillo del paquete para emergencias que guarda en un cajón—. Esas dos no tardarán en morirse de hambre y arrasarán con todo lo que pillen…

—Pues no van a encontrar nada… —Sonríe cuando se da cuenta de que ese comentario a Laura no se lo habría hecho nunca, porque no habría hecho falta, y le sorprende que le haya salido con un matiz alejado de sus característicos reproches.

Raquel la mira, niega con la cabeza y se le escapa una sonrisa que también la sorprende.

—No he tenido… —dice en voz baja mientras espera a que la atiendan.

Núria busca las servilletas y empieza a poner la mesa.

—Si tienes mucho trabajo, mañana puedo ir yo…

—En media horita están aquí… —Se interrumpe un momento y recupera mentalmente lo que le ha dicho su madre—. Pues… mira, sí; ya te haré una lista, que mañana tengo un día de locos…

Núria no responde. Asiente apretando los labios, con un brillo en los ojos que dice más que cualquier palabra.

—Estaba al tanto de todo… —retoma Raquel.

—Todo, todo es mucho decir, ¿no te parece? —Carraspea—. ¿Ahora me estás hablando de tu padre?

Raquel no contesta, asiente con la cabeza y cuenta en silencio para mantener la calma mientras observa a su madre, que se mueve arriba y abajo por la cocina. Quiere entenderla, quiere ponerse en su lugar. «Claro que no podía estar al tanto de todo».

—Te dejo hablar, va… —añade Núria.

—El caso es que ya hace tiempo que me dijo, antes del accidente, que quería intentar recuperar la relación con Laura, conocer a Mikel y a sus nietas…

—¿Y Carmencita? ¿Aún está con…?

—¡Mamá, por favor! —la interrumpe con un grito simpático—. Sí, está con ella y… ¿Me dejas contártelo a mi ritmo y por orden?

—Sí, venga, ya me callo. Perdona —añade sin mirarla—. Orden, orden, ordeeen —refunfuña imitando a su hija con la intención de que no la oiga.

—¿Por dónde íbamos? —dice con un suspiro—. Eso, Laura… Que papá quería recuperar su relación con ella y conocer a Mikel y a las niñas. Y, bueno, ella no quiso, o se lo estaba pensando antes de…

—O sea que ¿estabais todos al corriente? —vuelve a interrumpirla bastante irritada—. Y lo hacíais todo a mis espaldas. Madre mía, qué…

—No es eso…

—Ah, ¿y qué es, entonces? Tu hermana nunca… —empieza a elevar el tono.

—Mi hermana dijo que no, que no quería recuperar la relación, bueno… —busca la palabra correcta y gesticula con las manos para

que baje el tono de voz—, que no quería por ti.

—Ayyy —Núria arranca a llorar mientras se lamenta quejumbrosa —, mi Laura, ella siempre…

—¿Quéééé? —grita, ahora más fuerte.

—¡Pues que ella no me traicionaría, nunca! —suelta con un grito y una mirada contundente que deja a Raquel sin palabras.

—No se trata de traicionar, se trata de…

—¿De qué? —la corta con un tono amenazador, que destila violencia—. ¿De que él se largó? ¿De que os abandonó cuando no erais más que unas niñas? ¿De que os cambió por una jovencita y se creyó las mentiras de la mala puta de Raqui y…?

—Es el abuelo de las niñas y tiene derecho a conocerlas.

—¡Derechos, derechos, derechos! Los derechos también hay que ganárselos, ¿no crees?

—¿Qué pasa? —grita Martina—. ¿Queréis parar de…? Estáis fatal, ¿no?

—¿Qué abuelo quiere conocernos? —añade Júlia.

59

Junio de 2020

—¿Qué tal?

—Bien —contesta Raquel al tiempo que se levanta para abrazar a su hermana—. Estoy harta de tanta historia con la distancia social…

—Ya… Esto de quedarte en casa te pone a prueba —le dice Laura mientras le acaricia una mejilla.

—Ni me acuerdo del tiempo, los años, que hacía que no pasaba tantos días en el mismo sitio. —Sonríe—. Y debo decirte que duermo como nunca…

—¡Me lo creo! —Laura sonríe y le coge las manos—. Es que tanto cambio horario, qué quieres que te diga, seguro que no es bueno.

—Ay, Laura… —Suspira—. Hay tantas cosas en la vida que no son buenas… ¿Y tú? ¿Y las niñas? Llevábamos días sin vernos…

—Bien, todos bien. Sin vernos ni hablar casi, todo el día pegada al teléfono…

—Tía, es que tengo mucho trabajo, ya no saben qué inventar, están todos cagadísimos por lo que pasará con las ventas…

—Creo que desde que estás aquí hemos hablado menos que nunca…

—En fin… ¿Y Patxi?

—Pues a Mikel no le ha hecho ninguna gracia que saliese a cenar, por lo del virus, ¿sabes?

—Típico de él. —Vuelve a suspirar—. ¿Le has dicho algo de papá?

—No, Raquel. —Suelta las manos de su hermana, que aún tenía cogidas—. Si no sé nada más de él…

—No sabes más porque no…

Cuando Raquel por fin decidió hablarle a Laura de su padre, esta se cerró en banda, prácticamente no quiso ni oírla, convencida de que sería una deslealtad hacia su madre. De vez en cuando, en las ocasiones en que Raquel y su padre han quedado, ha dejado caer alguna cosa sobre cómo está Juan. Hasta hace pocos días, Laura no ha decidido escucharla. Durante este tiempo la relación de las dos hermanas, sin querer, y también sin ser conscientes de ello, se ha enfriado. En poco más de un año, Juan ha conseguido lo que nunca habría querido: alejar a las gemelas. Cada una se ha posicionado de una forma ante la figura del padre que las abandonó, también ante lo que supondría ese regreso para Núria. Cuando Laura le dijo a Raquel que quería que se lo contase todo, enseguida movieron cielo y tierra para encontrarse. Raquel no quiso preguntar qué había cambiado, no quiso poner en riesgo la decisión de Laura y que se echase atrás de nuevo. La conoce bien y sabe que eso no significa que quiera volver a verle, ni mucho menos que esté dispuesta a que Martina y Júlia le conozcan, pero todo es empezar, y a la hora de manipular ella es la reina, eso sí que lo sabe.

—Ya, lo sé, pero por eso quiero que lo hablemos. —Suspira y busca cómo explicarse—. ¿Sabes que… —baja la mirada antes de

continuar— no puedo evitar sentirme como si estuviese traicionando a mamá? Esta sensación es una mierda.

—Sí, claro, lo sé y lo entiendo, pero tú eres así.

—¿Así cómo?

—Juan se puso en contacto conmigo antes de que me fuese a Estados Unidos —empieza a explicar Raquel, omitiendo la pregunta de Laura, convencida de que no espera ninguna respuesta a eso—. Como te dije, nunca dejó de estar pendiente de lo que hacíamos y dejábamos de hacer. Yo con papá… Él conmigo… siempre fue como tú con Núria, ¿sabes?

Laura no contesta, asiente con la cabeza y vuelve a cogerla de la mano.

Raquel levanta un brazo para avisar al camarero. Cuando ha llegado al restaurante, se ha sentado directamente en la terraza. Han quedado en la Marineta de Mataró, uno de sus restaurantes favoritos, también de Laura. Venía inquieta y no ha entrado a saludar, como siempre, al chef y a su madre.

—¿Quieres un poco de vino? —pregunta a Laura cuando llega el camarero.

—Yo tomaré agua.

—Dile a Pere que él mismo, pero que no falten las alcachofas en texturas y una botella bien fría del Autora de la Cava Bertha.

—Marchando, pues, para las pelirrojas más guapas del Maresme —dice el camarero.

—Perdona, pero con el Maresme te quedas corto —añade Raquel guiñándole el ojo.

—Y agua para mí.

—Sí, perdón, pero también tomará un poco de blanco, que ese le encanta.

Laura responde con una sonrisa torcida.

—Venga, te escucho —dice.

Raquel le cuenta que su padre había dispuesto con un detective privado que fuese informándole de cómo les iba la vida, y él de vez en cuando viajaba a Barcelona, a escondidas de Raqui, y también de Carmencita, y se camuflaba para ir a verlas y que no le reconociesen. No fue hasta que supo que ella quería irse de au pair a Estados Unidos cuando se puso en contacto con ella.

—Sí que hace tiempo que os veis…

—Si no hubiese sido por papá, yo no habría podido irme. Núria nunca habría…

—¿Y qué hizo? Y a Raqui, ¿la conociste?

—Sí…

—¿Y es como decía mamá? Bueno, ya debe de haber muerto…

—La conocí cuando ya estaba muy mal —dijo Raquel—. Me vas cortando y puede que me deje alguna cosa, ¿eh?

—Ponme una copa a mí también, por favor —pide Laura al sumiller cuando se acerca a servirles el vino.

—Raqui estaba convencida de que no éramos hijas de papá, ¿sabías eso?

—¿En serio…? No…, no, ¿y eso? ¿Por qué?

—Resulta que era una mujer muy lista para algunas cosas, pero devota a más no poder, y muy corta para otras…

—¿Y? —la interrumpe.

—¿Quieres dejarme hablar? —Da un trago al vino—. Qué bien entra fresquito.

—¡Me callo! Sí que entra bien… —dice Laura—. Pero es que no entiendo cómo podía pensar que papá no era nuestro…

—Resulta… —Raquel la corta con una mirada dulcemente reprobatoria—, pues resulta que, cuando nacimos y nos vio el color de pelo, se empeñó en que no éramos de papá y en que Núria le había puesto los cuernos…

—¡No me lo puedo creer! —A Laura casi se le salen los ojos de las órbitas—. Pues sí que era un poco mala…

—Y que si éramos hijas del demonio y que llevaríamos la mala suerte a la familia…

—¿Cómo?

—Es que se ve que en aquella época el populacho decía eso de las pelirrojas…

—¡Qué fuerte! —Laura se acaba la copa de vino.

—Y de los pelirrojos, claro. Papá, cuando pudo, le enseñó una prueba de ADN, y ni por esas la muy hija de puta…

—Raquel —interviene Laura—, ¡creo que en este caso sí que te dejo decirlo!

Las dos se echan a reír mientras Raquel levanta la copa para brindar.

—Voy al grano y después preguntas, que, si no, no acabamos… —le dice a su hermana mientras le llena la copa otra vez—. Era muy cabrona, sí. Y, sí, está muerta, murió en 2011, creo. Sí, en 2010 tuvo un ictus que la dejó muy tocada y supongo que entonces vio al santo padre y quiso redimirse de sus pecados, porque le dijo a papá que quería conocernos…

—¿Va en serio? ¿Y todo eso te lo contó papá? Porque, claro, no entiendo… Una madre es una madre, pero unas hijas, vaya, para mí

es evidente quién está por encima de todo…

60

Mayo de 2025

Anoche, Núria envió un mensaje a Raquel por si quería tomar un café antes de la sesión con Victòria. Raquel sonrió doblemente mientras le respondía que sí y añadía el emoticono de la cara sonriente que abraza.

Núria no deja de sorprenderla, ni los recursos con los que da para definir los encuentros con la terapeuta y no meterse en el mismo saco que toda la gente con la que se encuentra en la sala de espera.

—Deberíamos ir tirando —dice Raquel, que rebaña con la cuchara la espuma del café con leche que se le ha quedado en el fondo de la taza.

—¿Tú crees? Siempre nos hace esperar, aún tenemos cinco minutos.

—Tienes razón, voy a pagar mientras terminas.

—Eso, te espero aquí al solete, que se está muy bien —añade Núria, y se acomoda contra el respaldo de la silla.

Cuando llegan al centro, Victòria ya sale a buscarlas. Entran en su despacho, Raquel está de pie y aún con la chaqueta a medio quitar cuando Núria arranca.

—Mi padre abandonó a mi madre cuando se enteró de que estaba embarazada… —Se aclara la garganta.

Raquel se sienta en la silla y mira a Victòria, que tampoco dice nada mientras tiende un vaso de agua a Núria.

—… de mí —retoma Núria tras dar un trago—. Mi padre, aquel hombre… —Suspira—. Yo…, yo no llegué a conocerle. Tenía otra familia, no era de aquí, no sé de dónde era. Bueno, tampoco estoy segura, sé cuatro cosas por las habladurías que oía en el mercado y también por mis tíos. Mi madre no llegó a contármelo… Murió cuando yo era muy pequeña, apenas la recuerdo. Mis abuelos también habían fallecido, así que ella vivía con mi tío, que se casó con la tía Rosa… —Coge aire antes de continuar—. Aquella mujer era una mala pécora. Mi madre no era pelirroja, pero Laura y tú os parecéis mucho a ella. —Desvía la vista un instante hacia Raquel—. Era muy guapa y alta, y la tía Rosa, que un día en el mercado me dijeron que no había podido tener hijos, y que era pequeña y rechoncha, y fea, fea —sonríe con una rabia que no puede reprimir — como una mala cosa, supongo que le tenía envidia y siempre la trató… —Se detiene y cierra los ojos—. Era como el cuento de la Cenicienta… —Una lágrima huidiza se le desliza por la mejilla.

—Mamá… —interviene Raquel tras apoyarle una mano en el muslo y retirarla con una urgencia asustadiza—, no hace falta…

—Sí, sí… Hoy me toca a mí —replica con rotundidad antes de coger aire y mirar a Raquel y a Victòria con una sonrisa rota y los ojos anegados.

La psicóloga le tiende la caja de pañuelos de papel, y Núria coge uno y se suena la nariz con fuerza.

—Cuando yo me quedé preñada de ti y de tu hermana —retoma, y decanta la mirada hacia Raquel—, los tíos riñeron de lo lindo. La tía soltó un montón de barbaridades sobre mi madre; le recordó al tío lo que habían dicho en el mercado y los vecinos cuando se quedó embarazada de mí y… —Hace una pausa para beber un poco de agua—. Yo los oí y… —no puede continuar e intenta calmarse respirando lenta y profundamente—, y dijo…, dijo que yo era igual que ella. El tío Pere me quería, pero su mujer le daba tanto miedo que siempre hacía como si no me viese, siempre… —Coge otro pañuelo para secarse la cara—. Era muy buen hombre, pero un calzonazos. Estoy segura de que cuando la tía se enteró de que tu padre se había largado se le llenó la boca diciendo que ya lo sabía… Mira que la muy mala… —Respira para reprimir lo que está a punto de decir—. Cuando se enteró de que tu padre tenía cuartos —vuelve a mirar a Raquel—, la muy… Tendrías que haberla visto entonces… Cómo cambió, la mala puta… Entonces todo eran atenciones, que si tenía que comer por tres, que si «ya me ocupo yo de todo»… ¿Me pones un poco más de agua, Victòria, por favor? —dice, y apura la que le queda.

—Sí, claro…

Núria le acerca el vaso para que vuelva a llenárselo. Respira hondo antes de continuar y mira a Raquel.

—De verdad, hija, de verdad que yo no quería sentir lo que sentía… —Le coge un segundo la mano y se la aprieta con fuerza antes de soltarla—. Ya erais distintas dentro de la barriga, aunque vuestro padre me decía que no eran más que tonterías mías. —Hace una pausa y coge otra gran bocanada de aire. Guarda silencio.

Vuelve el rostro hacia su hija. Llora—. Lo intenté, lo intenté, de verdad que lo intenté.

—¿Quieres que paremos, Núria? —interviene Victòria.

Núria guarda silencio y niega con la cabeza.

—¡Aaah! —Deja escapar un grito que le nace de un interior desconocido.

Raquel se asusta, lleva rato llorando también y ahora mira a Victòria, que niega con la cabeza y esboza una sonrisa que dice «No pasa nada, tranquila».

—Yo… nunca os quise igual.

61

Mayo de 2025

—Papá…

—Hola, amor mío, qué alegría oírte…

—¿Dónde estás?

—¿Qué pasa? En casa, en Cádiz.

—¿Puedes venir?

—Sí…, sí, sí, claro… Cojo el próximo vuelo… ¿Ca pasao?

Había salido y dejado a Núria en la consulta, sentada y destrozada. Había necesitado huir. La ira se impuso a la compasión. No la miró; no pudo. Cerró la puerta de un portazo, con un rugido angustioso amenazándole mientras su corazón latía con fuerza, caótico y desordenado. Ella lo sentía en las sienes, en la frente, en los ojos. En la garganta. En la calle, el cielo se había nublado. Se puso las gafas de sol con una urgencia que le exigía caminar, rápido, rápido.

No recordaba cómo había llegado hasta allí. Ni una sola calle que hubiera cruzado.

Sin saber cómo, se encontró sentada en la playa, con la amenaza de la lluvia, y podía sentir el calor de la arena a través de la ropa.

Allí, por fin, respiró.

Llamó a su padre; tenía que hablar con él. Debía contarle todo lo que había dicho Núria, aquella verdad suya tan insondable y abrumadora, arraigada en su ser y en su existencia antes de que pudiera cobrar consciencia de ella. Compartirla, repetirla, con la única persona que le quedaba que también podía conocerla. No podía guardar ese dolor sola.

¿Y qué sabía su padre de todo aquello? ¿No podía no estar al corriente? ¿O quizá sí? Hacía muchos años que había retomado el contacto con él. Y él jamás… Hoy, quizá más que nunca, le duele solo de pensar en lo que hizo su padre. Hoy no es capaz de decirse que su padre las abandonó. Hoy la mínima duda de que su padre fuese consciente de esa verdad oculta de Núria y que se hubiese largado dejándola sola y desvalida le duele más que nunca.

No, no, no, no… Su padre no podía saberlo. Se dice, se repite, quiere creer. Necesita creer.

—Aterrizo a primera hora…

—Muy bien…

—¿Nos vemos en la cafetería de siempre? ¿Después de que dejes a las niñas en clase?

—¡Sí!

—¿Raquel…?

—¿Qué?

—Estoy preocupado… ¿No quieres contarme qué ha pasado?

62

Mayo de 2025

Raquel quería acompañar a Júlia y a Martina al instituto, pero le han dicho que no hacía falta. Ya hace días que el recuerdo de lo que representa el día de hoy la acompaña como una suerte de tormento; con todo, teniendo en cuenta cómo han evolucionado sus vidas, había llegado a pensar que este año pesaría menos.

El último día que fue con su madre a la consulta de Victòria, cuando se marchaba, experimentó una sensación extraña que le brotaba de otro sitio, de un lugar suyo desconocido y muy profundo. No sabe si las palabras de Núria la ayudaron o acabaron de hundirla. Antes de empezar a hacer terapia con ella, ya había hablado con Victòria de cómo la había tratado siempre su madre, y se encontraba en un punto de no querer juzgarla. Quizá nunca será capaz de perdonarle todo lo que ha hecho.

Quizá sí que pueda perdonar a Núria.

Perdonar sí, olvidar no, justificar tampoco.

Pero ¿se podrá perdonar a sí misma?

Todo lo que le oyó decir de ella antes de que naciese, cuando era un bebé, una niña… Hace tres días de eso, y no han vuelto a hablar.

«Ahora soy yo quien debe dar un paso al frente», piensa.

Lleva todo el día de hoy, también ayer, con esta idea royéndola por dentro. Su madre y ella no son tan diferentes; las dos son unas supervivientes, niñas víctimas de los silencios, de la violencia verbal, de todo ese resentimiento y todo ese afecto y amor que les faltaron. Con su confesión, ha logrado colocar a Núria en el lugar que tenía reservado solo para ella, el mismo en el que se paró a respirar al llegar y alguna cosa se calmó en su interior cuando Victòria volvió a decir: «Raquel, eras una niña, no tenías herramientas para gestionar todo aquello».

Se levanta y coge el teléfono, le enviará un mensaje y la invitará a comer. Mejor en casa. Esta intención nace y echa a andar en su cabeza con la certeza de que ahora, desde que salieron del centro, es ella quien inflige violencia a su madre. ¿Cuántas veces ha sido ella víctima del silencio como violencia?

Cuando Núria llega a casa de su hija, Raquel ya tiene la mesa puesta. Hoy hace tres años del accidente de Laura, pero no es distinto de ayer, tampoco de mañana. Para empezar, se ha planteado cocinar para su madre, pero ha optado por ir a comprar la comida preparada. Quizá sí que se decida algún día a ponerse el delantal, quizá empiece mañana.

Núria ha dudado de llamar al timbre. No puede decir que su mensaje le haya sorprendido, fue Raquel quien se empecinó en que fuesen juntas al psicólogo, también quien le dijo, desde aquel primer día en que ella pensó que se habían intercambiado los papeles, que aquello iba de dar pasos adelante la mayoría de las veces. Pero que, ocasionalmente, había que retroceder, para coger impulso y seguir progresando. ¿Cómo lo expresó Raquel aquel día? «El único que

fracasa es el que abandona», así se lo dijo. Y con este recuerdo aparta el dedo del interfono.

Cuando la ve entrar, Raquel se esfuerza por mantener la calma.

—Hola, hija —dice Núria al llegar a la cocina.

Raquel no responde.

—Qué buena pinta tiene esa comida.

«¿En serio vas a empezar a hacerme la pelota ahora?», piensa Raquel.

—Espero que te guste, pero no hagas eso —dice mientras le sirve una copa de vino.

—Gracias. No tenía claro que quisieses volver a hablar conmigo…

—Ya sabes por qué íbamos a ver a Victòria —la corta Raquel—. No tenía ningunas ganas de… De hecho, ¡no tengo! —No quiere decir lo que dice, tampoco quiere usar ese tono ni sentir lo que siente, pero no puede reprimirlo ni parar—. Pero puedes entender que, cuando papá me buscó, me volqué por completo, ¿verdad? Él sí que me quería, ¿recuerdas? —grita ahora más fuerte en medio de un llanto que también habría querido contener.

Núria se sienta a la mesa, mira a su hija y llora a su vez. Le gustaría levantarse, acercarse a ella, ser capaz de abrazarla como alguna vez había hecho con Laura. Pero tampoco puede.

—Él es afectuoso, ¿recuerdas? Tampoco a él supiste quererlo y se fue…

—Raquel, hija…

—Tampoco le perdono lo que hizo, dejarme contigo cuando sabía cómo me tratarías.

Raquel se detiene y mira a su madre, no puede controlar lo que siente. No quiere ser la responsable de lo que es ahora mismo.

Quizá este es el punto al que tenían que llegar, el principio y el final de todo. De nada. Ahora mismo se comería sus palabras. Ahora. Ha tenido que convertirse en todo lo que no quería y ver los ojos, los dientes, al monstruo que alberga en su interior, sentir la rabia y la necesidad de hacer daño, de hacer sufrir para parar. Para darse cuenta de que no quiere eso nunca más para su madre; tampoco para ella.

—Perdona —dice al tiempo que se sienta a su lado—. Perdona, perdona, perdona… —Quiere alargar el brazo y coger el suyo—. Joder, ¡¿de qué cojones me ha servido gastarme tanto dinero en la puta terapia?!

—Mira que llegas a ser malhablada, hija…

Raquel le cuenta a su madre todo lo que en su día le contó a Laura sobre su padre. También que Juan siempre ha procurado que no les faltase nada: pagó una parte de la casa, por eso acabaron ofreciéndosela a aquel precio.

—Laura me dijo que no quería quedar con él si tú no estabas de acuerdo…

63

Julio de 2026

Hicieron falta un par de meses para que las dos volvieran a la consulta de Victòria después de que Núria fuese capaz de confesar sus miserias a su hija. Aquel día Núria sentía cómo la oprimía toda aquella forma de actuar, de ser y sentir, toda aquella otra parte de su vida, tan real e intrínseca y que nunca había sido capaz de nombrar, porque no la había reconocido nunca como propia, hasta que en ese momento estalló en su interior. Era como si su ser se desdoblase en una dicotomía que la había perseguido y acorralado desde que supo que llevaba dos criaturas en el vientre, pero que escondía tan silenciada que no era capaz de descifrarla. Una característica de su individualidad que en aquel instante había gritado alto y con una urgencia aterradora la necesidad de verbalizarla. De compartirla con la persona a quien más daño había hecho. Hasta aquel momento, estuvo allí y la convirtió en una madre de la cual solo se sentía orgullosa a tiempo parcial. Con una mujer que solo fue capaz de crear vínculos afectivos sinceros y viscerales con aquella otra hija que había muerto. Fue un momento, breve y conciso. La asaltó, le estalló dentro. Como aquel amor inédito y

desconocido que había experimentado cuando Laura vino al mundo y la vio por primera vez. Aquel día lo sintió como una parte indivisible y eterna de sí misma, y con la misma intensidad y prisa lo dejó ir.

Fueron un tiempo y un espacio extraños e inciertos para las dos.

En aquel primer encuentro después de la confesión de su madre, Raquel se descubrió mezquina y cobarde. No podía dejar de sentir una gratitud infinita hacia su madre por habérselo contado, una gratitud que era capaz de entender como disculpa y compensación por todos aquellos «te quiero» y todas aquellas muestras de afecto que nunca había recibido. Su madre no había sabido hacerlo mejor, ella tampoco. Cuando la tuvo delante, sin embargo, una rabia airada, salvaje e indomable manó de ella de manera irreflexiva. No decía qué sentía, tampoco cómo. Tuvo que soltarlo todo, darse cuenta del daño que le hacía a su madre, verla sufrir hasta el instante preciso antes del colapso.

Entonces se detuvo. Se le acercó y lloraron juntas. Los cuerpos, inquietos, buscaban tocarse, lo necesitaban. Aún no estaban listas, pero tampoco lo sabían. Sin compartirlo ni quererlo, habían integrado las palabras de Victòria como un mantra de supervivencia hacia sí mismas y hacia la otra: «Lo hicimos lo mejor que supimos».

Solo hablaron de ello aquel día. Ninguna de las dos supo nunca por qué no eran capaces de preguntar más cosas a la otra, tampoco de confesar que se parapetaban tras un arsenal de excusas más o menos ciertas, poco o demasiado banales, que mantenían los miedos disfrazados.

Fue Raquel, otra vez, quien propuso a su madre que volvieran juntas a la terapia.

De eso hace más de un año y, aquel día, Victòria habló más que nunca. Normalmente las reflexiones de la terapeuta eran breves: preguntas concretas y aparentemente muy sencillas que las cogían de la mano para abocarlas al principio a una oscuridad insondable y lastimera, en la que necesitaban pararse, mirar hacia dentro, buscar de qué les hablaba cada dolor, y acabar acercándolas dulce y tiernamente, cuando podían empezar a sentir que aquel nudo en la garganta se aflojaba, aquel puño que les atenazaba las entrañas, enjaulándolas, a entenderse más y mejor, y a observarse desde un lugar en el que la culpa se sentaba junto al amor propio.

Aquel último día en que Núria se deshizo en llanto y confesiones hacia la hija y la madre que había sido, abrió la puerta a un nuevo camino.

Quizá ninguna de las dos sienta nunca que merece una vida plena y feliz por el simple hecho de existir, por el simple hecho de haber nacido. Las dos han sufrido demasiadas violencias y las han silenciado durante demasiado tiempo. Ni a la madre ni a la hija les habían enseñado a querer.

Núria se debatió toda su vida dentro de un remolino dual e inconsciente, lleno de contradicciones y rencor hacia sí misma. Había proyectado en Raquel el referente de madre que había tenido, y perpetuó el amor como lo recordaba, como sentía que tenía que ser. Con Laura, en cambio, se convirtió en la madre a la que siempre añoró y que su memoria no era capaz de evocar.

«A querer también tienen que enseñarnos», les dijo Victòria.

En ningún caso se ha sentido orgullosa de cómo se había comportado con Raquel, pero «el instinto que se impone es el de supervivencia», como también les dijo la terapeuta. Como el hecho

de que no podía cambiar, sin detenerse a cobrar consciencia de sus pensamientos, que la llevaban a actuar, ser y sentir de un modo distinto con cada una.

Fue aquella dualidad irreverente que percibió desde el primer momento al saber que llevaba dos niñas en el vientre, todo aquello que no podía decir, y que tampoco quería sentir en su interior, la que hizo que la vida intrauterina de Raquel ya fuese removida y transgresora con el mundo, con la vida y consigo misma.

Quizá solo fue una criatura llorona porque quería, buscaba y reclamaba aquella energía y devoción que no sentía correspondidas. Nadie era capaz de distinguir a las niñas, solo Núria, quien no necesitaba más que mirarlas a los ojos u oírlas respirar. Sobrevivir también es lo que ha hecho Raquel toda su vida.

64

Julio de 2026

Hoy Raquel está en casa. Le parece que por fin está en casa. Como con tantas otras cosas y tantas otras veces, también debe agradecer a su amigo ese momento de lucidez. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? De eso también hace poco más de un año. Están solos en el piso de Laura y Mikel. No hace mucho de aquella comida con Núria, que supuso el inicio de esta nueva manera de tratarse, de sentirse y de quererse. Raquel percibe una paz reciente y juvenil en su interior, se nota incluso una respiración sosegada y que nunca se habría creído capaz de alcanzar. Es jueves por la noche, el día favorito de Toni y Raquel para quedar, y, desde que adoptó a las gemelas, no tienen muchas oportunidades de hacerlo. Están sentados a la mesa del balcón; Raquel ha comprado jamón y queso, que comen con una coca de panadero con tomate y aceite de oliva.

—¿No te parece que me estoy poniendo…? —dice Raquel sin poder reprimir el desagrado al tiempo que se coge la barriga con las dos manos para mostrarle a su amigo esa lorza incipiente.

—Pues yo… —la repasa de arriba abajo antes de continuar—, si me preguntas…, hoy diría que estás follable… —suelta mirándola de

reojo mientras apura el fondo de la copa.

—Viniendo de un marica como tú… —responde acercándose para darle un beso—, eso es un puto elogio. —Suelta una carcajada ruidosa—. Venga, ¿qué quieres?

—De verdad…, hoy te has hecho algo, ¿no? Porque, reina, últimamente… —dice mientras llena las copas—. ¿Y las *twins*? Que si me lo has dicho… —añade abriendo la boca.

—¿Últimamente qué? —pregunta con cierta impaciencia—. Ya lo sé, es que no tengo tiempo para más cosas y… Las niñas están en Menorca, en casa de una amiga del insti…

—¡Aaah! ¿Solas?

—No, no, ni de coña. Con sus padres, se han llevado dos más…

—Sí, sí, algo me dijo Martina.

—Vuelven dentro de una semana, y… A ver, venga… Explícame eso…

—¿El qué?

—¿Por qué follable? ¿Y hoy, precisamente? Uf, si me estoy poniendo… Se me está poniendo un culo con tanto teletrabajo…

—¡Ay, reina mía! A nuestra edad, culo o cara.

—Pues, mira, eso es verdad, que con estos kilitos sí que me veo la piel como más… —se estira las mejillas con las manos y se lo enseña a su amigo— ¿estirada?

—Hoy estás… divina, pero ya te digo que última…

—¿Quéééé?

—Amor, es que… Ay. —Carraspea antes de continuar—. A ver, que, desde que haces de madre, ¡me llevas unas pintas! —Niega con la cabeza y la mira de arriba abajo.

—Ya… Sí… Es que…

—Que todo eso que está mejor por dentro tiene que verse por fuera, pero ponte un poco mona, ¿no?

—Síííí, ya lo sé…, entre que teletrabajo mucho y que no salgo del pueblo, ¡hostia puta!

—Eso, sí, excusas baratas, pero… a ver cuánto hace que no follas. ¿No había uno…?

—Ay, calla. Ni me acuerdo de…

—Y aquel que te tiraba los tejos… era bastante mono, ¿no? —Hace una pausa y suspira—. Eso, amor, ¡eso es lo que necesitas!

—No sé, es que…

—Además, mamarla es un ejercicio de yoga facial que flipas… —dice tocándose ahora él la cara.

—Ja, ja, ja… Seguro, pero… no voy a hacerle una mamada en la primera cita, ¿no?

—Claaaro… —Toni la mira meneando la cabeza a un lado y al otro —. No te enteras, reina… ¡No te enteras! Ahora se meten la polla en la boca antes que la lengua, y si no… pregúntaselo a las *twins*.

—Perdonaaa… —Le ve beber de la copa mientras asiente con la cabeza y la mira con cara de «¿quién es esta tía que tengo delante?»—. Pero si aún no tienen ni dieciséis años… —Raquel no acaba la frase porque su mente la transporta a sus dieciséis años.

—¡Qué rancia! —Toni niega con la cabeza—. ¡Cariño!, además…, ¡que no tienes que casarte para echar un polvo! ¿Cuándo te has vuelto tan…?

—Yaaa, perooo… No sé…

—¡Nada! —insiste casi a gritos—. Mañana le escribes, tía. Y te pones mona y ya está…

—Esa es otra, tengo un lío con la ropa…

—De eso…, de eso hablo…, que esos pantalones que llevas siempre ya tienen que tener el culo desgastado. Aaay… ¿Dónde tienes el vino, que se ha acabado? Con lo que tú has sido… —dice apurando la botella en una de las copas—. Y, mira —le señala las rodillas—, ya han cogido la forma… Varía un poco, cariño, que tienes ropa monísima…

—Aún la tengo en cajas… Y el vino, en la nevera. —Se detiene un momento ante la cara de póquer de su amigo—. Que el vino está en la nevera…

—Sí, sí…, si dónde está el vino es lo único que me ha quedado cla…

—Y la ropa, en el trastero y en una maleta, bueno, dos o tres, fuera del armario y… ¡me veo fatal con todo!

—¿Cóóómo? —grita con la botella vacía en las manos—. ¿Qué quiere decir eso de que tienes la ropa en el trastero?

—Sí, ya… Es que…

—¿En qué trastero?

—En el de…

—¿Y qué, bajas al parking a cambiarte?

—No… —Raquel se ríe por no llorar y niega con la cabeza—. ¡¿Me dejas hablar, coño?! —Respira hondo—. Aquí, en mi habitación, tengo un par de maletas y el resto en el trastero del piso de Barcelona…

—¿Perdonaaa?

—Sí…

—Pero ¿por qué en el trastero? ¿Al final has alquilado el piso?

—No, no… Era la idea, pero… no he tenido tiempo. Lo tengo a medias y…

—Pues estás perdiendo una pasta cada mes… —Toni ha abierto otra botella y rellena las dos copas.

—Ya, ya lo sé… —Niega con la cabeza.

—A ver, a lo que íbamos… Y dices que…, a ver, explícame eso…, que estoy flipando… ¿Cómo que tienes dos maletas de ropa?

—Aún no he podido abrir el armario de…

—Es que… —Aprieta los ojos y los labios para estructurar mentalmente todo lo que quiere decirle—. Tú lo que tienes que hacer es largarte de esta casa, amor…

—Pero…

—Ahora me dejas hablar a mí…

—Sí, si ya lo sé. Pero… es la casa de las niñas y…

—¡A ver, cariño! ¿Quieres hacer el favor? Si es que yo ya hace mucho que…

Raquel había regresado a su piso a buscar ropa y lo más esencial antes de mudarse al dúplex de Laura; de eso, el día que cenaba con su amigo, hacía más de cuatro años. No había vuelto. Cada tres o cuatro meses enviaba a una empresa de limpieza y tenía en mente ponerlo en alquiler, pero su nueva vida la había embestido y aún no se había adaptado a ella.

No le pareció mala idea lo que le propuso Toni, no de entrada, pero tampoco quiso darlo por hecho sin saber qué pensarían Júlia y Martina, con las que habló el fin de semana después de que volviesen de Menorca. En cierto modo, sentía que la historia de su madre se repetía. Las niñas, y también Núria, se mostraron encantadas con la propuesta. Vendería su piso de Barcelona y, con el dineral que le ofrecían, se comprarían una casa nueva: una más

grande, con una habitación para cada una y una para Núria, por si quería quedarse alguna noche. Con chimenea y un jardín con una pequeña piscina.

Las gemelas también se habían dado cuenta de que Raquel no se había hecho sitio en los armarios. No tuvieron ni que hablarlo entre ellas, ambas estuvieron de acuerdo en irse del dúplex en el que habían vivido desde que nacieron. Ninguna de las dos era consciente de qué quería escoger y dónde custodiar los recuerdos de sus padres y de su infancia. Hacerlos suyos, únicos e indivisibles, de cada una. Quizá les dolía tener que dar ese paso también. Dejar de conservar en las paredes y en las estanterías la sombra de aquel pasado que las acorralaba cuando se sentían más vulnerables, sin quererlo ni pretenderlo. En su corta vida, nadie les había hecho sentirse responsables ni culpables de nada, pero esa aflicción llevaba demasiado tiempo impregnando el ADN de su linaje.

Vaciaron los armarios sin prisas.

Las cuatro, a un tiempo y por separado. Cada una buscó su espacio, su momento, para encontrarse y despedirse a la vez. Nada como el olor intacto que guardaban aquellas puertas que aún no había abierto nadie para reencontrarse con ellos. Lo hicieron durante semanas, sumidas en un aura de añoranza. Querían acabar y, al mismo tiempo, que no se acabase nunca. Rieron y lloraron, solas y juntas.

También fueron semanas de visitas incansables hasta que la encontraron. O quizá fue la casa la que les gritó que aquel era su sitio. Fue una decisión unánime, sin ninguna duda ni condición. Lo comprendieron a la vez. La agente inmobiliaria abrió los postigos de su nuevo salón, y el espacio se inundó de una luz cálida y

chispeante en la que danzaban calmadas y armónicas partículas de polvo en suspensión. Del jardín llegaba un efluvio húmedo de hierba recién cortada y un rumor inquieto de agua las invitó a salir a la terraza. Se acercaba el otoño, pero el aire bramaba y olía a verano, a primavera tardía. La sombra de un pino centenario que se cernía sobre la piscina las acogió, oían en silencio y al unísono una invocación. Podían leerlo también en la mirada de las demás.

Firmaron las arras la semana siguiente, y al cabo de un par más tenían formalizada la compra. Entretanto, con una ilusión recién estrenada y liberadora, se hartaron de visitar tiendas de muebles, hasta que dejaron a su gusto su nuevo hogar.

65

25 de agosto de 2026

Hace unos meses del primer encuentro de Juan con las niñas, en el que Núria no estuvo presente. Ni esa ni ninguna de las otras veces que se han visto.

De entrada, Núria se cerró en banda ante la idea de que Juan conociese a sus nietas. No consideraba que se lo mereciese. Después de la noche en que Júlia y Martina oyeron discutir a madre e hija por él, y Júlia preguntase por el abuelo, las niñas dejaron pasar unos días, hasta que vieron que, poco a poco, Núria y Raquel recuperaban la cordialidad, alguna sonrisa y los silencios cómodos. Estaban las cuatro en casa, y ni Núria ni Raquel habían caído en que las niñas había puesto la mesa sin que nadie se lo pidiese ni que tuviesen que decirles que ya podían sentarse a comer una sola vez. Se esperaron hasta el postre. Las hermanas miraban con cautela a la abuela y a la tía, y fue Martina quien se decidió a formular la pregunta que habían ensayado:

—¿Quién es el abuelo que quiere conocernos?

Se hizo el silencio, impertinente y molestamente orquestado por las miradas que intercambiaron madre e hija.

—Si tenemos un abuelo, queremos conocerlo, yaya —dijo Júlia, que alargó una mano para estrechar la de su abuela mientras buscaba con la mirada el apoyo de Raquel.

¿Qué sabían aquellas niñas de todo lo que había ocurrido? Nadie les había contado nunca nada.

Núria no se atrevía a mirarlas. Tampoco a hablar, pero en el fondo sabía que no podía pretender ni permitir que sus nietas no conociesen a Juan. No, si era lo que deseaban.

El primer encuentro se produjo el fin de semana después de aquella comida. Núria no quiso saber nada de cómo habían quedado, y después tampoco preguntó a ninguna de las dos qué habían hecho ni de qué habían hablado. Núria optó por el mutismo en todo lo que se refería al hombre que la había abandonado. Tanto resentimiento acumulado durante tantos años la había llevado a olvidar todas las otras cosas que Juan había sido en su vida. Nadie la juzgó ni dudó del porqué de su elección. No hizo falta, los silencios dijeron más que las palabras. Júlia y Martina, sin conocer nada de aquella historia, percibían el recelo y el dolor de la abuela, la desconfianza y la decepción, y lo respetaban sin condiciones. Raquel advirtió las dudas en ellas, ya que Martina, sobre todo, quería conocer más y mejor qué había ocurrido con aquel abuelo del cual nunca habían oído hablar y que ahora aparecía de la nada. Agradeció que fuese en aquel momento, después de esa otra forma de relacionarse, de entenderse y de querer tanto a su madre como a sí misma. Se sorprendió contándoles aquella historia tan suya y que tanto había condicionado su existencia y sus relaciones, con un dolor renovado. Se oía hablar y percibía cómo en su interior menguaba aquel dolor que aún le oprimía el alma, entendiéndolo como un

tramo más del camino. Con cada palabra se lamentaba menos dentro, a menor profundidad.

Hoy va Juan a cenar. Este verano se ha cogido unos días para estar cerca de su hija y de sus nietas, y ha alquilado un apartamento delante de la playa en un pueblo vecino. Este año cumplirá los ochenta, siempre ha llevado una vida saludable y se encuentra bien, pero sabe que se le agota el tiempo y quiere poner remedio y disculparse por todo lo que siente que hizo mal.

De Carmencita se enamoró profundamente, como le había pasado unos años antes con Núria. Tanto daba si Raqui le había manipulado y se había desvivido para que la dejase y volviese a Cádiz. Él nunca dudó de su paternidad, pese a que tampoco la defendió lo suficiente ante su madre. Sabe que no lo hizo bien. En lo que a eso se refiere, también se dejó asesorar por su madre. En aquel momento, no tener que ver la cara de Núria cuando se enterase le pareció lo más sencillo, y no solo para él. No tardó en aprender que ningún camino fácil lleva a un lugar feliz. Es posible que entonces sí que pensara que, entre todas las opciones que le permitía su madre, dejarles el piso y suficiente dinero para seguir adelante una buena temporada sin él era la mejor de todas. Raqui accedió, pero con la condición de que las abandonase y no se acercase a ellas nunca más. Fue un cobarde. No tuvo valor para afrontar su nueva realidad, sus deseos y sentimientos. Aún era joven y aún creía que el dinero era lo que más pesaba en la mayoría de las ecuaciones.

Acabó mintiendo a su madre y a su nueva familia. La culpa y la añoranza no le permitían avanzar. Nunca se sintió plenamente feliz y siempre soñó con reunir a todos sus hijos a una misma mesa. Pocos

meses después de estar instalado en Cádiz, contrató a un detective privado para que fuese informándole de cómo les iba la vida a sus hijas y para que intercediese, sin que ella llegase a descubrirlo nunca, en todo lo que hacía Núria. Cuando decidió vender el piso, él movió cielo y tierra para pagar una parte de la casa nueva sin que Núria se enterase, como también procuró que no le faltase trabajo y que le ofreciesen tarifas por encima de lo que se pagaba. Aquello no le hacía sentirse mejor, pero era lo único que siempre creyó que podría darles.

Raquel ha decidido informar a su madre de sus encuentros, y le dice cuándo y dónde van a verse. No tanto con la esperanza de que quiera acompañarlos como para protegerla del momento. No se lo dice directamente, y tampoco espera ninguna respuesta. Lo deja caer en medio de una de esas conversaciones en las que no necesitan mirarse. Sabe que no es capaz de enfrentarse a él. Tanto como que le gustaría poder hacerlo por sus nietas.

Ahora están los cuatro sentados a la mesa, ya han cenado y tomarán postre. Juan es encantador, y a las niñas les gusta tenerlo cerca, pero ninguna de las dos puede evitar un sentimiento de traición hacia la abuela.

Para él, conocerlas ha sido como recuperar a esas hijas a las que abandonó y con las que tuvo que contentarse con observarlas siempre a escondidas.

—Estaba todo buenísimo, hija —dice Juan, que se recuesta en la silla y se da unos golpecitos de satisfacción en la barriga.

—Gracias, papá… —contesta Raquel cuando se levanta de la mesa para ir a buscar la tarta de chocolate que les ha llevado.

En ese momento suena el timbre.

—¿Esperáis a alguien? —pregunta Raquel a Júlia y a Martina—. ¿Querrás un poco de cava, papá?

—Nooo… —responden las dos al unísono.

—Tengo un Max de Bertha enfriándose… —insiste Raquel.

—¿Quieres que vaya yo a abrir? —pregunta Juan al tiempo que se levanta—. Hummm… Venga, va, una copita…

—No, no, no te muevas, que ya estoy… —replica, y le ve dirigirse a la entrada.

—Tú encárgate del postre y el cava, que ya abro yo… —grita Juan cuando está a punto de llegar al recibidor.

Antes de abrir la puerta, se detiene delante del espejo que ocupa la pared de la entrada, se mira, vuelve a tocarse la barriga y se arregla el pelo con las manos en un gesto coqueto y espontáneo.

El timbre vuelve a sonar, ahora con más intensidad y urgencia.

—Ya va… —dice con la mano en el pomo—. Ho… hola, Núria…

—Hola…

Al otro lado de la puerta se encuentra Núria. Esta noche no se ha atrevido a abrir con su llave. Tampoco esperaba que fuese él quien acudiese a recibirla.

Al oír su voz, ese dejo andaluz que tanto ha odiado y añorado, se ha acobardado. Le ha invadido un temblor terrible, el corazón le latía encendido y aturdido, las piernas apenas la sostenían, y un sudor pesado, helado y estremecedor le ha cubierto el cuerpo de arriba abajo. Se ha hecho pequeña, diminuta, nada. Se ha planteado marcharse. Habría querido echar a correr, esconderse en la oscuridad de la noche y que él no pudiese verla huir. Le ha dado miedo y ha dudado, pero no lo ha hecho.

Se ha armado de valor, ha recogido esa dignidad perdida, la misma que él le robó, y ahora, por fin, siente que empieza a recuperarse. Ha dado un paso al frente por sus nietas y ha vuelto a llamar al timbre, con fuerza, enajenada y con la intención y la necesidad de que se llevase parte de la ira que la poseía. Solo por ellas.

Silencio. Miradas. Miedo, ira, reproches mudos, vergüenza, remordimientos, soledad, desánimo, melancolía, amor perdido, amor truncado y amor huido… Un aire que se ha vuelto denso e irrespirable.

Núria le mira fijamente a los ojos. No sabe qué siente aparte de decepción. Ni el olor añorado de él la ha movido de donde está.

Le mira y, sin querer, disfruta de todo el desconcierto, de todo el miedo, también de toda la vergüenza que alcanza a leer en su mirada, en la forma inquieta en que mueve las manos, que buscan dónde quedarse quietas.

De repente ya no es pequeña ni invisible. Levanta la vista y capta el reflejo de sus nietas en el espejo. Sabe que podría irse, no necesita escuchar nada de lo que él pueda decirle, ya no. Pero recuerda que ha ido allí por ellas, por ellas y también por su hija.

—¿Puedo pasar?

Agradecimientos

Gracias, Joan, por tu apoyo, tu compañía, tu confianza y por hacerme reír siempre siempre.

Gracias, Max y Roc, por elegirme a mí de entre todas las madres posibles.

Gracias, familiares y amigos que habéis estado a mi lado y me habéis escuchado. Teneros y saberme acompañada ha sido imprescindible para lograrlo.

Gracias, Marcel, también por la foto.

A la comunidad de Bookstagram, por la buena acogida que siempre me habéis dado, por vuestro apoyo y respeto. Sabéis que conoceros en persona es una de las cosas que más me gustan de esta profesión.

Gracias al equipo de Penguin: a Joan Riambau, por este liderazgo honesto, elegante y respetuoso. A Bego Berruezo, por la cubierta. A Silvia García, Andrea Montero y Lara Moyano; la vuestra es la parte más ingrata, la perfección la hace invisible y, como pasa con la escritura, siempre le darías otra vuelta. Gracias por el respeto, la paciencia y el aprendizaje. A Marc, Sílvia y Marina, los más

divertidos. A Mireia Lite, Laura Puebla, Laia Collet, Marta Andreu, Pau Clua y Anna Porcel.

Y, especialmente, a Núria Puyuelo, mi editora, ese primer contacto entre nosotras siempre ocupará uno de los mejores lugares en los recuerdos de mi vida. Y a Meritxell Oriol. Gracias a las dos por todo el cariño, la paciencia y la profesionalidad del día a día.

A mis queridas amigas, Carlota Pérez, Joana Urgeles, Laia Aris, Lis Saures y Sandra Martí, gracias por responder con urgencia a esas quedadas de «SOS, necesito hablar de esto». Y a Beth Pous, por los recuerdos olvidados de nuestro viaje a Berlín. Qué bonito seguir creciendo también con vosotras.

Un agradecimiento especial a Elisabeth Baiget Vila, mi musa en esta historia. Cuando surgió la idea de que las protagonistas fueran pelirrojas, Eli apareció en mi vida; su luz disipó cualquier duda que tuviera, y conocerla fue y sigue siendo un gran regalo precioso. Gracias también por las fotos y las confidencias, y por acercarme a la realidad estética y social de ser pelirroja en los años setenta y ochenta.

Gracias a las gemelas Ana y Natalia Anta, y a sus padres, Ana Borràs y Javier Anta. Por esa maravillosa mañana de revelaciones; qué bonito y emocionante fue compartirla con vosotros.

Gracias a las gemelas Jéssica y Aroa Salmeron, y a Gemma y Yolanda Flaqué, por las confidencias, curiosidades y anécdotas, que me han permitido acercarme y empatizar con este amor tan especial, tan grande y excepcional, que compartís desde vuestra vida intrauterina.

A mis brujas favoritas: Núria Ibern y Maria Barón, por cuidarnos siempre desde nuestro lado más vulnerable y permitirnos crecer a

vuestro lado. Gracias, gracias, gracias.

Gracias a mis amigos: Regina Rodríguez Sirvent, Magda Minguet, Cristian Olivé, Montse Morera, Sebastià Ribas Fèlix y Elisabeth Oliveras, por socorrerme en la crisis del primer capítulo. Gracias también por eso.

Gracias, Mari Luz Cadenas, por tu aportación a los textos de Raqui y Juan.

Gracias a Guzmán Clavell, por cuidarnos siempre que lo necesitamos y por revisar el texto del notario.

A Raquel Martínez, en quien se inspira el personaje de Victòria y a quien debo tanto por todo lo aprendido este último año. Cuando me dijiste tu nombre fue una señal maravillosa de que el universo me había traído a la persona perfecta para recorrer conmigo esta parte del camino.

Gracias, El Corte Inglés, por vuestra rápida respuesta a todos los correos electrónicos que os he enviado.

¿Hasta dónde serías capaz de llegar por proteger un secreto?



Laura y Raquel nacieron el mismo día, con apenas veinte minutos de diferencia. Son idénticas por fuera pero radicalmente diferentes por dentro. Laura es dulce y sencilla; Raquel, en cambio, es compleja y contradictoria. A pesar de vivir a miles de kilómetros de distancia, siempre han contado la una con la otra y han estado unidas por un vínculo que solo las hermanas gemelas pueden compartir. Pero, cuando menos se lo esperan, sale a la luz un secreto de su adolescencia que lo cambiará todo.

Una historia sobre la culpa, la pérdida y el valor de mirar atrás para cerrar las heridas del pasado y empezar de nuevo. Porque, cuando el amor no se reparte por igual, ¿se puede llegar a querer bien? ¿Quién decide qué es imperdonable?

Ester Invernon Cirera (Mataró, 1973) cursó estudios superiores de moda y trabajó en el sector textil y de la moda hasta 2020, año en el que decidió dedicarse a la escritura.

Es autora de la novela superventas *Ningú ens va dir que seria fàcil* (La Campana, 2023) y de la *Trilogía Albons* (La Campana, 2025), compuesta por *Un estiu per estimar*, *I la vida va d'això y Dins del teu record*. También ha publicado un relato corto en la recopilación *Contes Comtals* (Lluny del Ramat, 2026).

Título original: *Després de tu*

Primera edición: agosto de 2026

© 2026, Ester Invernon Cirera
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Andrea Montero Cusset, por la traducción

El poema citado en el capítulo 32 es «Death is Nothing At All», de Henry Scott Holland (traducción de Andrea Montero Cusset).

La edición de esta obra ha contado con el apoyo del Institut Ramon Llull.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial/ Begoña Berruezo Sánchez
Ilustración de la cubierta: © Dakota Hernández

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistema de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-80-4

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial

Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Sin ti

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Ester Ivernon
Créditos

Table of Contents

Sin ti
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Ester Ivernon
Créditos